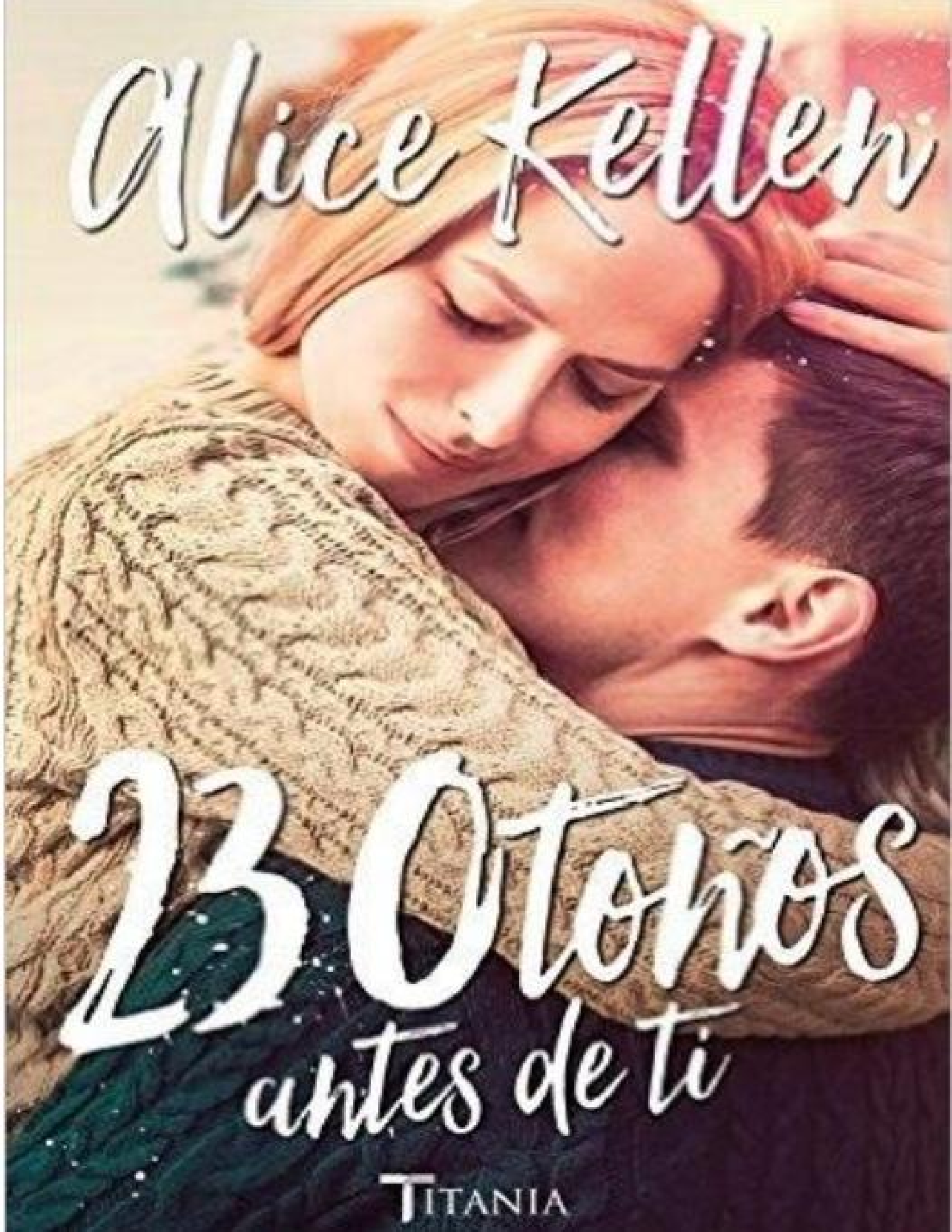
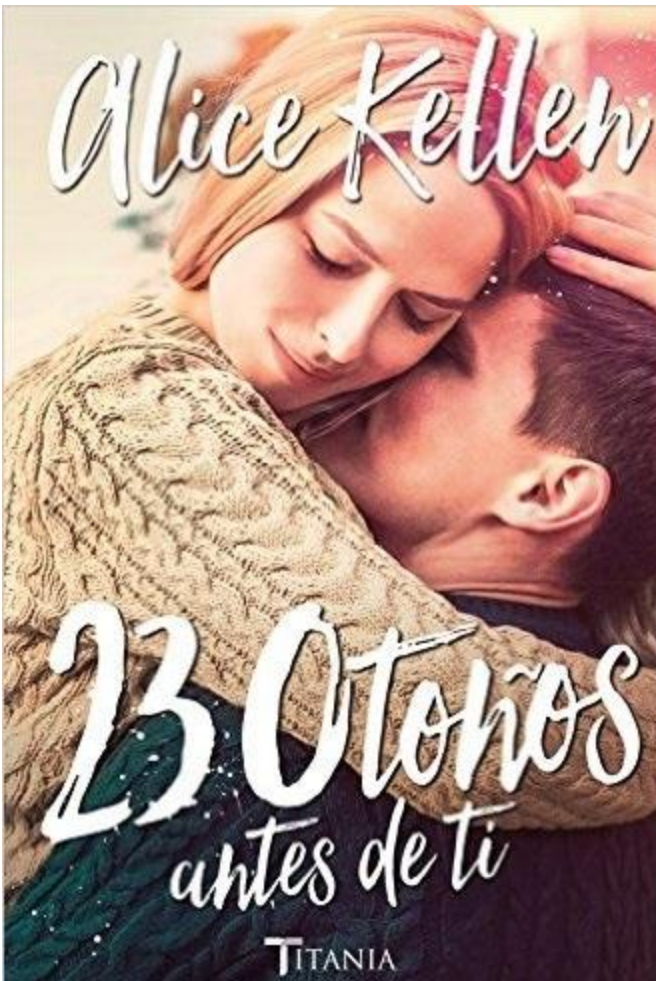




Alice Kellen

23 Otoños
antes de ti

TITANIA



23 Otoños
antes de ti

Alice Kellen

23 Otoños antes de ti

TITANIA

Argentina • Chile •

Colombia • España

Estados Unidos • México •

Perú • Uruguay • Venezuela

1.a edición Enero 2017

Reservados

todos

los

derechos.

Queda

rigurosamente prohibida,

sin la autorización escrita

de

los

titulares

del

copyright,

bajo

las

sanciones establecidas en

las leyes, la reproducción

parcial o total de esta obra

por cualquier medio o

procedimiento, incluidos

la

reprografía

y

el
tratamiento informático,
así como la distribución
de ejemplares mediante
alquiler
o
préstamo
público.

Copyright © 2016 by Alice Kellen

All Rights Reserved

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-16715-64-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para J, por llegar, por quedarte, por
seguir.

Y porque tienes razón, las personas no
son lo que piensan que son,

tan solo creen serlo. Y eso es lo más triste.

«Las tres reglas. Primera: La paradoja. La vida es un misterio, no pierdas el tiempo deduciéndola.

Segunda: Humor. No pierdas su sentido,

sobre todo en ti. Te dará una fuerza colosal. Tercera: Cambio.

No hay nada que perdure.»

El guerrero pacífico.

Año 19 9

Harriet solía recoger hojas de los árboles y guardarlas en tarros de cristal. Le gustaba hacerlo cuando se sentía nerviosa. Entonces, cruzaba las tres calles que separaban su casa del inicio del bosque, donde las primeras briznas de hierba rozaban el asfalto, y se internaba en aquel

lugar silencioso pero tan lleno de vida.

Sentada en el suelo húmedo, seleccionaba con delicadeza las hojas que más le gustaban. A pesar de estar enamorada del color verde, a menudo se decantaba por aquellas más rojizas; sentía que le otorgaban fuerza al conjunto. Rabia. Pasión.

Aunque solo tenía seis años, nadie nunca fue a buscarla. Al principio, Harriet anheló que su padre lo hiciese, que fuese hasta allí y la cogiese del brazo y la arrastrase de nuevo hasta la casa mientras le pegaba la bronca. Eso le hubiese demostrado que le importaba su seguridad. Pero, conforme fueron pasando los días, aceptó la realidad. Su realidad. Y aprendió entonces a

disfrutar de esos instantes de
soledad entre los frondosos árboles
y sus inmensas y regordetas copas,
que se esforzaban por alcanzar el
cielo grisáceo de Washington.

Pasaba

muchas

horas

allí,

eligiendo con cuidado su próximo
botín, observando con atención el
esqueleto fibroso que se adivinaba
en las hojas más translúcidas,
buscando alguna que tuviese una
forma estrellada o similar a un
corazón (esas eran sus preferidas),
intentando combinar los colores...

Aquel día, aún nerviosa por no
poder quitarse de la cabeza las
palabras que un compañero de clase

había dicho sobre ella (que era
«tonta, tonta, tonta»), se esmeró por
conseguir
el
mejor
resultado
posible. Cuando lo hizo, al terminar,
alzó el recipiente hasta que la luz
del sol creó reflejos sobre la
superficie de cristal.

Era perfecto. Inmejorable. Había
algo retorcido en el hecho de que
las hojas permaneciesen allí dentro,
resguardadas e intactas, que lograba
calmar la ansiedad que en ocasiones
Harriet sentía en el pecho. Porque
nadie podría dañar a esas hojas. No
se
perderían.

Y,

si

al

final

terminaban

convirtiéndose

en

polvo, lo harían lentamente, y no

porque la suela de un zapato las

aplastase sin miramientos.

A veces, Harriet deseaba estar

también en algún lugar parecido;

seguro, agradable. Deseaba vivir en

su propio tarro de cristal.

Año 2002

Angie le quitó el vestido a su

muñeca y se lo tendió a Harriet.

—Pónselo. Van a ir de fiesta.

—¿Y por qué no pueden ir a

montar

a

caballo?

—Harriet

acomodó a su muñeca, que tenía el pelo igual de rubio que ella, a lomos del caballito de plástico.

—Porque ir a una fiesta es mejor

—zanjó

Angie,

que,

sin

ser

consciente de ello, solía dominar el curso de todos los juegos que compartían juntas. La otra niña obedeció y abrochó con cuidado el velcro que cerraba la parte trasera del corto vestido—. Mi madre siempre dice que, si la fiesta es por la noche, hay que llevar zapatos de tacón. ¿Te gustan los azules?

—No. Prefiero los rojos.

—Los rojos los he pedido yo antes.

Toma los azules.

Harriet cogió los zapatos de un tono zafiro. Se preguntó qué opinaría su madre al respecto. Hacía un par de años que se había marchado. «Un viaje largo», había comentado su padre en alguna ocasión. Desde entonces, él era más huraño, más arisco y nada cariñoso. A veces, ella se preguntaba si tenía la culpa de que a su madre le apeteciese tanto viajar. No recordaba haber hecho nada malo antes de que saliese por la puerta de casa arrastrando un par de maletas a su espalda. Era un sábado soleado, y, con los ojos brillantes, le había dado a Harriet un beso muy fuerte en la

frente, dejándole la marca del
pintalabios rojo que llevaba. A su
padre no lo besó porque estaba en el
trabajo, así que tan solo le dejó una
carta sobre la encimera de la cocina.

«Quizá

por

eso

estaba

tan

enfadado desde entonces», pensaba

Harriet.

Porque

no

se

había

despedido de él con un beso.

Harriet miró dubitativa a su mejor
amiga.

—Angie, ¿crees que tu madre

sabr  dónde está la mía? —Habían
sido grandes amigas; solían tomar t 
y reían sentadas en el porche
mientras ellas jugaban juntas, y a
menudo se turnaban para llevarlas o
recogerlas del colegio—. Quiero
saberlo. Quiero escribirle una carta.

—No lo s , pero a veces habla de
ella, sobre todo cuando la tía

Madison

viene

de

visita

los

domingos por la tarde.

— Y qué dicen?

—Cosas raras. Que es una buscona.

— Y eso qué es?

Harriet dejó su muñeca a un lado,
sobre el césped húmedo del jardín

trasero de la casa de los Flaning.

—Ni idea. —Angie se encogió de hombros—. Deberías preguntárselo a tu padre, él tiene que saber dónde está. ¿Por qué no lo haces?

—Siempre se enfada.

—Pero tú quieres escribirle una carta.

—Sí, sí que quiero.

—¿Te
acompañó

y

se

lo

preguntamos juntas?

—No hace falta. Yo lo haré.

Harriet sonrió, mostrando esas dos
palas un poco más grandes de lo
normal que le daban un aire
travieso a su rostro dulce. La otra

niña le tendió entonces los zapatos
rojos con gesto apesadumbrado.

—Toma. Tenías razón, a tu
muñeca

le

sientan

mejor.

Quédatelos.

Cuando Harriet regresó a casa un
poco más tarde, con su muñeca
todavía colgada bajo el brazo,
descubrió que el lugar estaba
sumido en la penumbra. No era una
casa precisamente pequeña; de
hecho, tenían más habitaciones de
las que jamás podrían llegar a
utilizar. El señor Gibson había
amasado
una
buena

fortuna

trabajando e invirtiendo dinero en

una tabacalera. Con parte de esos

ahorros, se había casado con la

mujer de sus sueños, Ellie, y había

esperado

tener

una

familia

numerosa y fuerte, de esas que se

mantienen unidas pese a las

adversidades. El señor Gibson,

además,

anhelaba

tener

hijos

varones, valientes y útiles, que

pudiesen hacerse cargo de su parte

del negocio en cuanto cumpliesen la

mayoría

de

edad

y

que

le

acompañasen a pescar los fines de semana. Nunca imaginó que su felicidad se vería truncada tan pronto y que, como único recuerdo de lo que habían sido tiempos mejores, le quedaría una hija débil e ignorante.

Harriet caminó de puntillas por el salón. El ambiente olía a rancio, a alcohol. Su padre estaba sentado en el sofá y tenía la mirada clavada en el televisor. Sostenía un vaso en la mano derecha y el líquido ambarino se sacudió cuando él se giró al percatarse de su presencia.

—Ya estoy aquí —anunció Harriet.

—Ya lo veo —bufó.

Ella dejó su muñeca sobre la mesa
y se limpió las manos sudorosas en
los pantalones rosas que vestía, que
ya estaban algo viejos.

—¿Cuándo volverá mamá?

—El día que dejes de ser tan
estúpida. —Emitió una risa amarga y
cargada de rencor—. Tu madre no
va a volver nunca. Se ha ido para
siempre. Así que será mejor que
empieces a valerte por ti misma y a
ser útil. ¿No se supone que deberías
saber cocinar y encargarte de la ropa
siendo una mujer?

—Y ya lo hago. Me ocupo de mi
ropa. —Harriet pestañeó más de lo
normal al intentar ocultar las
lágrimas que pugnaban por salir.

—Pues

aprende

a

cocinar,

entonces.

El señor Gibson le dio un trago a

la bebida y la saboreó con lentitud.

Luego volvió a mirar a la niña, que

seguía inmóvil a un lado del

televisor.

—Deja que te dé un buen consejo,

Harriet. Para ser alguien en esta

vida, vas a tener que conseguir que

un hombre permanezca a tu lado. Y,

para que eso suceda, tendrás que

aportar algo a cambio. Ese algo tiene

mucho que ver con el tiempo que

pases en la cocina. Una mujer de

verdad no abandona sus tareas y se

larga sin previo aviso con un rufián,

como hizo tu madre. Una mujer de
verdad sabe cuidar del hombre,
sabe
hacerse
cargo
de
sus
responsabilidades. —Chasqueó la
lengua—. Eres demasiado tonta para
lograr un futuro de provecho, y ser
guapa no te ayudará eternamente.
Hazme caso. Solo deseo lo mejor
para ti. Lo mejor... teniendo en
cuenta las circunstancias. Y ahora
sube a tu habitación, acuéstate y
piensa en lo que te he dicho.

Harriet

seguía

confundida

mientras subía las escaleras que

conducían a su dormitorio. No había entendido exactamente qué era lo que su padre quería decir. Lo único que sabía con total seguridad era que su madre no volvería. Ya casi no podía recordarla; había olvidado el timbre de su voz y el tono exacto de los reflejos cobrizos de su cabello que brillaban cuando el sol los acariciaba con su luz. Solo era capaz de rememorar una y otra vez que era una mujer llena de colores y de pulseritas y de cosas que se movían y producían un sonido tintineante que le hacía cosquillas en los oídos.

Año 2007

Cuando Harriet cumplió catorce años, no solo sabía planchar y limpiar cualquier superficie de la

casa (desde la tela del sofá que su padre solía manchar cada vez que se le caía un poco de cerveza, hasta los cristales, la madera y el ladrillo), también sabía cocinar mejor que algunas
amas
de
casa
de
Newhapton.

Guisos,
legumbres,
pescados, carnes, verduras y pastas;
había aprendido a manejar y sacar lo mejor de cualquier alimento que cayese en sus manos.

Pero si había algo que le apasionaba era la repostería. En vistas de que a su hija Angie no le

interesaba demasiado, la señora Flaning le había ido enseñando las reglas básicas para lograr una buena masa o un bizcocho jugoso y esponjoso. A día de hoy, hacer pasteles se había convertido en una especie de obsesión. Soñaba con mezclas imposibles, con sabores que fusionar, con diseños que crear. Soñaba que la gente disfrutaba comiendo sus dulces y que volvían para repetir y felicitarle por la inusual cremosidad o por el relleno inesperado de frutos rojos que aportaban un toque ácido entre tanto chocolate.

Soñaba... Harriet soñaba tantas cosas...

Año 2009

Vestía unos pantalones vaqueros de

campana y una camiseta blanca de
tirantes que se ceñía a esas curvas
que habían aparecido en su menudo
cuerpo de la noche a la mañana.

Harriet

había

crecido,

convirtiéndose

en

una

chica

atractiva

que

no

pasaba

desapercibida.

Pero

eso

solo

alimentaba más sus miedos. ¿Y si

nadie podía ver nunca quién era
ella realmente? ¿Y si nadie se
molestaba jamás en arañar detrás de
las primeras capas para conocerla de
verdad?

Aquella noche, sin embargo, había
dejado sus preocupaciones en casa.
Todos los habitantes del pequeño
pueblo de Newhapton se habían
reunido en la plaza y sujetaban en
sus manos farolillos de papel
encendidos que le otorgaban un
halo de magia al lugar. Era el día en
el que se inauguraban las fiestas
anuales
que
celebraban
cada
verano, y el ritual indicaba que se
debían liberar los farolillos y pedir

un deseo.

Harriet notó la mano de Angie
apretando la suya.

—¿Qué vas a pedir? Yo no me
decido entre aprobar las asignaturas
que me quedan del año pasado o
que mi madre deje de perseguirme
todo el tiempo. —Angie se puso de
puntillas y estudió a los vecinos allí
congregados—. Mírala, ahí está,
observándonos casi sin pestañear. Es
como un pequeño sabueso sin vida
propia.

¿Puedes

esperar

un

momento? Voy a exigirle que deje
de espiarme.

—Claro.

En cuanto su amiga se alejó un

par de metros, alzó la mano y
saludó a la señora Flaning con
cariño. A pesar de que siempre
estaban discutiendo por cualquier
tontería, sabía que ambas se querían
y, a su manera, estaban muy unidas.

La madre de Angie era, eso sí,
controladora

y

se

inquietaba

demasiado por las decisiones que su

hija

tomaba.

Aunque

pudiese

suponer un incordio en ocasiones

(su toque de queda por las noches

era mucho menos permisivo que el

de ella), a Harriet le hubiese

encantado tener una madre que se preocupase por su futuro y que le impusiese normas y le enseñase a hacer las cosas de la manera correcta.

—¡Ay! —protestó al notar un golpe en la espalda, y al girarse se encontró con una cabellera rubia y unos ojos de un color similar al chocolate fundido que usaba para bañar su pastel preferido, el del relleno de naranja con base de galletas.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Eliott Dune le regaló la sonrisa más bonita del mundo y señaló al chico que reía tras él—. El idiota de mi amigo todavía piensa que es divertido ir empujando a la gente por ahí. ¿Te he hecho daño?

—No, no es nada.

—Me llamo Eliott Dune y supongo que tú eres Harriet Gibson. —Le tendió una mano que ella estrechó con nerviosismo—. Creo que no nos habíamos presentado antes.

—Sé quién eres. Te conozco de vista. Del instituto.

Tenía la boca seca cuando él volvió a sonreírle de aquel modo tan arrollador; era como si la curvatura de esos labios tuviese el poder de cambiar el transcurso del mundo. Harriet, al igual que todas las chicas de Newhaston, sabía perfectamente quién era Eliott. El chico de oro. El chico que tenía una familia perfecta y sacaba buenas notas y jugaba mejor que nadie en el equipo de baloncesto del instituto.

Iba un curso más adelantado que
ella, que acababa de cumplir
dieciséis
años,
y
despertaba
admiración y envidia a partes
iguales.

—Tienes... Tienes una hoja en el
pelo. Espera. Deja que te la quite.
Era una señal. Tenía una hoja en
el pelo, ¡una hoja! No una mariquita
o un chicle de frambuesa, no. Y vale
que era una hoja diminuta, del
jasmín de la casa de Angie, en la
que había estado antes de ir a la
plaza, pero el tamaño no era lo
importante. Le encantaban las hojas
y
Eliott

Dune

había

visto

precisamente eso en ella. No se
había fijado en su escote o en su
trasero, sino en la hoja enredada
entre su cabello.

—¿Puedes dármela?

—¿Quieres que te devuelva la
hoja? —La miró divertido.

Su primer impulso había sido
pedírsela y guardarla para siempre
en un tarro de cristal. Porque era
especial.

Un

recuerdo.

Pero

enseguida

Harriet

advirtió

lo

estúpido que sonaba aquello. Estaba segura de que Eliott Dune miraría a sus amigos por encima del hombro de un momento a otro y emitiría una risa burlona ante la ridiculez de sus palabras.

No lo hizo.

Tan solo le cogió la mano con la que no sujetaba el farolillo y, tras acariciar la palma con la punta de los dedos, depositó con cuidado la hoja de jazmín.

—Gracias —susurró Harriet.

—No hay de qué, pero me debes un favor. No tengo un farolillo y sí muchos deseos por cumplir. Así que no me negaría a compartir uno con la chica más guapa que he visto en mi vida. —Se inclinó hasta rozar el

lóbulo de su oreja con los labios—.

Pero no le digas a nadie que te lo he dicho.

Ni

que

llevo

meses

pensándolo.

Harriet tragó saliva sopesando el

significado de sus palabras, y el

silencio

los

envolvió

mientras

intentaba dar con una respuesta

ingeniosa que demostrase que era

una chica aguda y lista. Pero, antes

de que pudiese encontrar las

palabras adecuadas, Angie apareció

a su lado dando un pequeño saltito

y Eliott se apartó al tiempo que
extendía la mano y se presentaba.

—Queda un minuto para que
soltemos los farolillos. —Angie miró
el reloj de la iglesia blanquecina que
presidía la plaza.

La

multitud

comenzó

a

impacientarse, revisando que todo
estuviese a punto. Y cuando las
campanas comenzaron a sonar a las
doce de la noche, en medio del caos
del momento, nadie fue testigo de
cómo los dedos de Eliott se cerraron
en torno a los de Harriet y, juntos,
lanzaron a la vez el farolillo de
papel.

Docenas de luces naranjas y

amarillentas

surcaron

el

cielo

oscuro y se elevaron en el aire,

llevándose

consigo

los

deseos

silenciosos de los habitantes de

Newhapton.

Cuando el espectáculo visual

terminó y la noche se cernió sobre

ellos, Eliott rechazó ir con sus

amigos a un claro del bosque,

conocido porque los jóvenes solían

reunirse allí para beber y divertirse

lejos de las miradas de los adultos.

En cambio, le pidió si podía

acompañarla a su casa.

—Me encantaría, pero Angie y yo siempre volvemos juntas.

—Si no tengo que ir con mi madre, como es el caso. —Se apresuró a matizar la morena. Le guiñó un ojo a su amiga—. Había olvidado decírtelo. Mamá quiere ir a casa de tía Madison y recoger el molde que le dejó ayer. Pretende hacer pasteles para medio pueblo durante las fiestas. Ya sabes lo obsesiva que es.

—Depositó un beso suave en su mejilla y se alejó unos pasos de la pareja—. Pasadlo bien. Y ven mañana a casa si quieres ayudar a mamá en la cocina.

En cualquier otro momento le hubiese emocionado la idea de tener una excusa para hornear dulces junto a la señora Flaning ,

pero

ahora

estaba

totalmente

absorta en Eliott Dune y su forma

silenciosa de caminar. Mientras

paseaban por esas calles que tan

bien conocía, no dejaba de pensar

en el hecho de que él parecía

dominar todos y cada uno de sus

gestos, desde la forma en la que su

mano se balanceaba a un lado y le

rozaba casualmente hasta ese modo

seductor de mirarla de reojo.

—Y dime, Harriet —saboreó el

nombre de la joven—. ¿Cómo es

posible que nunca antes hayamos

hablado?

Newhapton era un pueblo lo

suficiente pequeño como para que

resultase

extraño

que

no

se

conociesen de oídas casi todos los

ciudadanos,

pero

también

lo

suficiente grande como para que

uno pudiese estar toda una vida sin

cruzar palabra con algunos de los

vecinos.

—No lo sé. Cosas del destino,

supongo.

—¿Crees en el destino?

—A veces. ¿Y tú?

—No. Prefiero pensar que puedo

controlar mi vida. Que lo que me

suceda de ahora en adelante

depende solo de mí mismo.

—Pero eso... es imposible.

—¿Por qué?

—Imagina que viene un coche por detrás y nos arrolla, ¿dependería de ti?

—No exactamente. —Chasqueó la lengua—. Puede que algunas cosas tengan mucho que ver con que la suerte esté de tu parte. Eso no quita que, en el fondo, siga deseando controlar el futuro.

Harriet

emitió

una

risita

chispeante y alegre que rompió el silencio de la noche.

—Eso es muy...

—Vamos, dilo. No te cortes

Él se metió las manos en los bolsillos con aire divertido.

—Intentar controlarlo todo suena aburrido. Previsible. Sin gracia.

—¿De verdad acabas de llamarme «aburrido»?

—No directamente, pero...

Eliott sonrió. Dejaron de caminar cuando llegaron a la casa de la joven,

una

de

las

pocas

construcciones de ladrillo ocre del

pueblo, con dos plantas y una

buhardilla. Ella se sujetó con una

mano a la barandilla blanca que

rodeaba la propiedad, ahora poco

cuidada tras la caída del precio de
las acciones de la tabacalera, y lo
miró dubitativa mientras sopesaba
la mejor forma de despedirse.

—Gracias por acompañarme. Ha
sido divertido —dijo—. Y siento lo
de «aburrido».

—No lo sientas. Hacía siglos que
nadie

era

realmente

sincero

conmigo —bromeó, aunque ella

dedujo que sus palabras guardaban

algo de verdad—. ¿Puedo verte en

otra ocasión? Tú y yo, a solas. Como

en una especie de cita. —Bajó la

vista a la acera unos instantes—. Yo...

llevaba un tiempo queriendo hablar

contigo. Confieso que no ha sido

casualidad que mi amigo me
empujase sobre ti. Eres preciosa,
Harriet.

Ella notó los pies encogerse en el
interior de sus zapatillas debido a la
emoción, notó el corazón latiéndole
más rápido de lo normal y notó un
burbujeo extraño en su estómago.

—¿Me estás pidiendo salir?

—Sí.

—¿Y a dónde iremos? ¿Qué
haremos?

—Deduzco que eso es un sí.

Harriet asintió lentamente con la
cabeza y Eliott sonrió y acortó la
distancia que les separaba. Acogió
su rostro entre las manos y le dio un
beso cálido en la mejilla derecha,
como si ella fuese valiosa, única. Y
pensó entonces que quizás el deseo

que había pedido al lanzar su
farolillo, «que alguien me quiera de
verdad», podía llegar a ser realidad
algún día. Aquel beso era un buen
comienzo.

Año 2010

Estaban tumbados en un prado
húmedo y repleto de diminutas
margaritas. Era la flor preferida de
Harriet. Había descubierto aquel
lugar años atrás y acudía allí con
frecuencia para sentarse a pensar,
para dejar que el sol se filtrase entre
las copas de los árboles y le
acariciase la piel. A diferencia del
interior
del
bosque,
que
la

acompañaba en sus enfados, aquel sitio era mucho más luminoso, más puro.

Sonrió cuando Eliott colocó una última margarita entre sus cabellos dorados. Luego la besó. Despacio.

Con cuidado. Con dulzura. Sus besos siempre eran así, tiernos.

—¿Crees que tus padres me querrían si nos casásemos algún día?

Se amonestó a sí misma en cuanto terminó de formular la pregunta.

Aunque llevaban casi un año saliendo juntos, Eliott evitaba hablar de lo poco que los Dune apreciaban sus elecciones. Para ellos, Harriet tan solo era una niña tonta y mona, hija de un padre alcohólico y misógino y una mujer infiel que les había

abandonado a ambos y desatado las
habladurías del pueblo.

—Lo importante es que te quiera
yo, ¿no crees?

—¿Y me quieres?

—Te quiero, Harriet.

—¿Y si tus padres te convencen de
que puedes conseguir a alguien
mejor...?

—Tú eres lo mejor para mí. Ya lo
sabes.

Año 201

Se abrazó a sí misma, deslizando las
manos por el estómago. Tenía los
ojos enrojecidos e hinchados, y, cada
vez que pensaba que había agotado
todas las lágrimas, una más caía por
su mejilla.

—Tienes que entenderlo, Harriet.

—No quiero abortar. No puedo

abortar.

Eliott se llevó las manos a la cabeza y suspiró hondo.

—¿Crees que me he esforzado tanto para terminar así? —La miró furioso—. No pienso quedarme anclado en este puto pueblo contigo y con un bebé. Tengo planes. Tengo una vida que construir.

—¡No sería necesario! —Bajó de la cama, abandonando el calor de la colcha rosada, y caminó hasta estar a su altura. Cuando le había llamado esa misma tarde para contarle la noticia, pidiéndole que fuese a su casa, no imaginó que reaccionaría de un modo tan tajante, tan insensible—. Yo me ocuparé de todo mientras tú estés fuera. Cuidaré del bebé. Y te esperaré hasta que

termines tus estudios y vuelvas.

Eliott, por favor... No pretendo interferir en tus planes.

—¿De verdad...? Dios, joder. —Se frotó la barbilla con el dorso de la mano—. Pensaba que eras un poco más lista, Harriet. ¿Esperabas que siguiésemos juntos cuando me fuese a la universidad? Son cinco años.

Cinco dichosos años. En mi caso mucho más si consigo entrar en medicina.

—¿Qué soy para ti, entonces? ¿Algo temporal? —Ni siquiera reconocía esa voz extrañamente aguda que escapaba de sus labios.

Eliott pareció calmarse durante unos segundos. Inspiró hondo, bajó la vista al suelo y luego la alzó despacio hasta ella. Había confusión

en su mirada; rabia, pero también
algo de tristeza. Harriet odió
profundamente
su
compasión,
porque no era un sentimiento
solidario, no, en realidad sus ojos
tan solo reflejaban lástima, como
cuando vas conduciendo y sientes
pena al ver en el arcén a un animal
herido, pero no paras el coche y
sigues conduciendo sin mirar atrás.
—Eso es exactamente lo que
intento
decirte
—susurró—.

Te
quiero, Harriet. Te quiero de verdad.
Pero no encajas en mi vida, no
encajas en lo que quiero conseguir.

Pretendo ser alguien importante.

Ojalá las cosas fuesen diferentes,
pero era evidente desde el principio
que lo nuestro no sería algo a largo
plazo. Cualquier persona de este
pueblo con dos dedos de frente es
consciente de ello.

Harriet sintió sus pulsaciones
dispararse. Todavía más. Más y más
rápido. Estaba fuera de sí. Su mundo
desmoronándose a pedazos a su
alrededor como si todos los besos y
las caricias se hubiesen sostenido
sobre unos cimientos de plastilina.
Endebles, frágiles. Y ahora todo se
caía y ella no sabía cómo pararlo.
Era consciente de que ni siquiera
había cumplido aún los dieciocho
años y que quedarse embarazada
había sido un error garrafal que

ambos deberían haber evitado, pero
no podía dejar de pensar en el bebé.
No podía dejar de pensar en él y en
el hecho de que lo llevaba dentro de
ella. Era su obligación cuidarlo,
protegerlo.

Se limpió las lágrimas con torpeza.
—¿Sabes? Está bien. No me
importa. ¡No me importa no encajar
en tu dichosa vida perfecta! Yo tengo
mis propios sueños. ¡Puedes irte al
infierno!

—¿Tus sueños? ¿Qué sueños? —
Eliott bufó.

—Montar la pastelería.

Él rio sin ningún tipo de humor.

—Yo quiero ser médico. Tú quieres
ser pastelera. Yo pretendo salvar
vidas. Tú pretendes que la masa no
te quede muy seca. ¿Notas la

diferencia? —ironizó—. Ah, bueno,
sí, y ahora quieres tener un bebé.
Solo eres una cría ilusa.

Harriet iba a enfrentarse a sus
hirientes palabras cuando oyó la
cerradura girar en el piso inferior.

Su padre llegaba a casa antes de lo
previsto. Notó un nudo en la
garganta y de inmediato le dirigió
una mirada suplicante a Eliott. No le
hizo falta más de un segundo para
adivinar sus intenciones.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

Corrió descalza tras Eliott. Sentía
el frío de las tablillas de madera del
suelo mientras bajaba las escaleras a
trompicones como si fuese lo único
real y firme en la estancia. Ella ya
había pensado en cómo mantener al
bebé por sí misma. Ya había

calculado que en menos de dos
meses cumpliría los dieciocho,
podría independizarse y buscar un
trabajo y alquilar la habitación que
los Flaning tenían en el sótano para
los invitados. Pero si su padre se
enteraba... si la noticia llegaba a sus
oídos...

Consiguió alcanzar la mano de
Eliott y tiró de la manga de su jersey
cuando ambos, todavía respirando
agitados, pararon frente al hombre
corpulento y serio que los miraba
con el ceño fruncido.

—Señor Gibson... —comenzó a
decir Eliott.

—No. Por favor, no lo hagas —
Harriet sollozó y sus dedos se
enroscaron en la manga de lana del
joven que todavía sostenía—. No te

molestaré. Lo juro. Nunca te pediré nada, Elliott. Por favor...

—¿Qué está pasando aquí? —
bramó su padre.

—Lamento lo que tengo que decirle, señor Gibson, pero me temo que su hija está embarazada. No ha sido algo que... no ha sido premeditado, evidentemente, y...

Elliott Dune calló de inmediato cuando el hombre avanzó hasta Harriet dando grandes zancadas y le cruzó la cara dos veces con el dorso de la mano. El sonido de las bofetadas rompió el silencio de la estancia y una marca rojiza apareció en la mejilla de la chica. Pero a ella no le importaba ese dolor, pensó sin apartar la mirada de la persona a la que había amado durante el último

año y medio. No. A ella le importaba otro tipo de dolor más profundo, más irreparable.

La clínica se encontraba en Seattle, a más de una hora de camino desde Newhapon por la carretera I-5 N.

Harriet

notaba

su

estómago

encogerse una y otra vez, como si fuese una especie de señal, como si el bebé le estuviese suplicando que no lo hiciese, que no cruzase la puerta que conducía a la consulta del médico.

—Cariño, todo va a salir bien. —

Angie le sonrió con dulzura y le apartó los mechones de cabello sudoroso que se pegaban a su frente

—. Yo estoy contigo, ¿de acuerdo?

Dame la mano.

Lo hizo. Le dio la mano y Angie se la estrechó con fuerza. Había convencido a su padre para que la señora Barbara Flaning y su hija la llevasen a la clínica. Ya no le quedaban lágrimas. Eran las once de la mañana del peor día de su vida.

El lugar olía a desinfectante y a algo cítrico, como si hubiesen limpiado con un producto con aroma a limón.

—No quiero entrar —gimió.

Agradeció que la señora Flaning hubiese aceptado esperar en el coche, porque la admiraba lo suficiente como para no desear que la viese en aquel estado tan deplorable. Ella era, en cierto modo, lo más parecido a una madre que

había tenido. Ya había sido muy humillante tener que explicarle lo ocurrido, pedirle el favor de llevarla hasta allí para evitar que lo hiciese su padre y no poder dejar de sollozar durante todo el trayecto.

—Ya lo sé. —Angie la abrazó y le dio un beso en la frente al apartarse —. Tienes que ser fuerte, Harriet. Los dos sabemos que es algo que no vas a olvidar, pero aprenderás a vivir con ello, ¿me oyes?

Se le había pasado por la cabeza la idea de huir. Pero no tenía adónde ir ni conocía a nadie que pudiese ayudarla. Sabía que era una locura, un pensamiento iluso propio de una niña. Cada minuto que pasaba se derrumbaba un poco más.

—Confía en él. En Eliott. Se

suponía que íbamos a estar juntos,
que no era algo temporal. Soy idiota.
—Sorbió por la nariz—. Y sé que
ahora suena estúpido, pero pensé
que me pediría que me casase con él
y yo le esperaría e intentaría
convertir en realidad la pastelería
mientras él finalizaba sus estudios.
Qué ingenua he sido. Qué tonta.
—Deja de insultarte a ti misma. Es
normal que pensases así, Harriet. Tu
padre lleva años convenciéndote de
que tu único propósito en la vida es
precisamente eso: conseguir un
marido y cuidar de él. Y no es cierto.
Tú vales mucho más. No necesitas
que ningún hombre te ponga un
anillo en el dedo —aseguró—. De
hecho, espera. —Se quitó una de las
múltiples sortijas de plata que

llevaba—. Dame la mano. Yo, Angie Flaning , te doy este anillo, Harriet Gibson, como símbolo de nuestra amistad. Porque te quiero. Y porque estoy orgullosa de ti. Prometo que, de ahora en adelante, cada vez que considere que das un paso hacia delante, te regalaré un anillo. Hoy eres la chica más valiente que conozco.

Harriet sonrió entre lágrimas y se limpió la mejilla derecha con la manga de la camiseta roja que vestía. Después alzó su mano y observó el discreto anillo durante unos segundos.

—Gracias, Angie. Gracias por estar conmigo. Por todo.

Se escuchó

una

ligera

interferencia antes de que una

almibarada voz femenina hablase

por el interfono.

—Harriet Gibson, pase a la

consulta ocho, por favor.

Año 2014

El funeral fue íntimo y rápido. Tan

solo acudieron un par de amigos del

señor Gibson que solían ir con él a

pescar el último domingo de cada

mes y la señora Flaning , su hija

Angie y el novio de esta, Jamie

Trent.

Y,

aunque

Harriet

era

consciente de que ninguno de los

tres le tenía ni un ápice de cariño a su padre, agradeció que estuviesen allí para acompañarla en el difícil momento.

Difícil... Bueno, eso era algo relativo.

Harriet se esmeró por organizar un funeral perfecto. Le pidió al párroco de la iglesia que oficiase la misa a las seis de la tarde, la hora preferida del señor Gibson para sentarse en el sofá y beberse una cerveza. O dos. O tres. Las que fuesen. Encargó rosas blancas y amarillas y ella misma se ocupó de quitarles todas y cada una de las espinas (todavía no sabía por qué se había obsesionado por hacerlo), y compró un ataúd de madera oscura, acolchado por dentro, con apliques

plateados en el borde y los cierres.

Lo único que Harriet no hizo fue
derramar una sola lágrima. Le
pareció justo. Ya había llorado
suficiente en vida por culpa de ese
hombre que ahora descansaba bajo
tierra, no iba a seguir haciéndolo
también después de su muerte.

La mañana siguiente al funeral,
Harriet se reunió con el abogado de
su padre en el diminuto despacho
que este poseía en el ala este del
Ayuntamiento de Newhaption. Las
cortinas color burdeos impedían
que la luz penetrara en la estancia.

Harriet se sentó después de tenderle
la mano y aceptar sus condolencias.

El abogado, que se llamaba William
Anderson, apartó algunos papeles
de la abarrotada mesa antes de abrir

el testamento de su padre.

—Señorita Gibson, usted es la única heredera. —Harriet asintió con la cabeza—. Sin embargo, no sé si estará al corriente de que al hacer el testamento su padre puso unas condiciones un tanto... especiales. Ella frunció el ceño.

—No, nunca me dijo nada. ¿De qué condiciones estamos hablando? El abogado cogió las gafas que descansaban sobre el escritorio y se las puso antes de trazar con el dedo índice las líneas del documento que empezó a leer en voz alta:

— «Yo, Fred Gibson, en plena posesión de todas mis facultades, declaro que, solo y exclusivamente en el caso de que mi hija contraiga matrimonio, podrá disponer de la

herencia estipulada». —Carraspeó
para aclararse la garganta y alzó la
cabeza para mirar de nuevo a la
sorprendida
joven—.

Además,
acordamos una cláusula especial
para evitar cualquier tipo de fraude
que se resume en que, suponiendo
que
mañana
contrajeses
matrimonio y recibieses el dinero,
no podrías solicitar el divorcio hasta
dos años después. En caso de que lo
hicieses,
deberías
devolver
la
herencia que, por deseos expresos

de

tu

padre,

iría

a

parar

íntegramente a los fondos públicos

del Ayuntamiento de Newhapton.

Harriet enmudeció e intentó

asimilar la noticia. Debería haber

esperado cualquier cosa de su

padre. Incluso después de fallecer

seguía ejerciendo control sobre ella.

Era como si estuviese destinada a no

poder escapar de sus garras. Típico

de él, claro, dar por hecho que

necesitaba un hombre a su lado

para disponer correctamente de la

herencia.

No. Tenía que ser una broma.

—¿Son legales esas condiciones?

Acabo de cumplir veintiún años.

Puedo administrar perfectamente mi dinero. ¿Qué sentido tiene que deba contraer matrimonio? ¡Es ridículo! ¡Estamos en el siglo XXI!

Se puso en pie. Estaba furiosa.

Había cuidado de su padre en su lecho de muerte, durante dos meses.

Había soportado desde niña sus comentarios machistas e hirientes.

Había preparado un funeral digno de una persona respetable y querida, nada más lejos de la realidad. Y había acatado todas y cada una de sus normas; como encargarse de las tareas del hogar casi desde que tenía uso de razón porque, según decía, era su deber, o no apuntarse al taller de repostería

creativa que impartían en Centralia
porque él consideraba una idiotez
desplazarse tanto para algo así, a
pesar de que la ciudad tan solo
quedaba a media hora de camino en
coche, ¡demonios!, ¡ni que tuviese
que salir del Condado de Lewis!

—Puede estar segura de que el
testamento

es

legal

—contestó

William Anderson, el abogado—.

Lamento los inconvenientes que

pueda

causarle,

pero

nuestra

responsabilidad es respetar los

deseos de nuestros clientes.

—¡Pero es injusto! Y una estupidez

—gritó—. ¿Qué pasa si no quiero casarme nunca? Tengo derecho a tomar esa decisión.

—Por supuesto, pero entonces, como le he explicado, el dinero pasaría

a

ser

propiedad

del

Ayuntamiento y...

—Ya, ya lo sé —le cortó, y se llevó los dedos al puente de la nariz antes de suspirar sonoramente y teñir su voz de ironía—. Y dígame, en el hipotético caso de que me tropezase con el hombre de mi vida, ¿bastará con que presente un certificado matrimonial?

—Exacto.

—¿Y qué ocurrirá con la casa? ¿Es
ahora propiedad del banco?

—La

vivienda

le

pertenece,

señorita Gibson. Sin embargo, a

menos que contraiga matrimonio,

no podrá venderla y, por tanto,

disponer

del

beneficio

correspondiente.

—¿Eso es todo?

—En principio, creo que sí.

Todavía en pie, ella se colocó el

asa del bolso en el hombro,

dispuesta a marcharse cuanto antes.

Necesitaba salir y respirar aire

fresco.

—Una cosa más, ¿puede decirme
qué cantidad de dinero me dejó?

—Por supuesto. Perdone, pensé
que lo sabría.

—Como ve, la comunicación con
mi padre no era demasiado fluida.

—Sí, ya veo, hum... —Fue hasta la
última página—. El señor Gibson le
deja a usted 16.700 dólares, más la
casa y acciones de la tabacalera
valoradas, a día de hoy, en 3.506
dólares.

Era casi lo que necesitaba para
hacer realidad su sueño. Llevaba
trabajando desde los dieciocho en
un pub del pueblo, propiedad de
Jamie Trent, el chico con el que salía
su mejor amiga. Gracias a esa
estabilidad

laboral,
había
conseguido unos cuantos ahorros
que guardaba con recelo, a la espera
de que llegase la oportunidad que
tanto
anhelaba
(aunque
había
gastado un buen pellizco en el
funeral de su padre), y lo tenía todo
planeado. Abriría una pastelería en
Newhapton y sería diferente a las
otras dos que ya había en el pueblo.
La suya sería luminosa y alegre, y
quería que ya desde el escaparate
los transeúntes pudiesen advertir
que dentro encontrarían los mejores
dulces del Estado. Ella hornearía
con mimo, y cada pastel sería único.

Y habría tartas, cupcakes, galletas,
¡toda la repostería imaginable! A
veces, por las noches, cuando no
podía dormir y daba vueltas en la
cama, recreaba mentalmente la
decoración, la tonalidad exacta del
papel de las paredes...

Y ahora que parecía tan cerca...

Vistas las condiciones exigidas por
su padre en el testamento, los dulces
tendrían que esperar, aceptó Harriet
mientras caminaba por las calles del
pueblo tras salir del despacho y se
dirigía hacia Lost, el local donde
trabajaba y donde sus amigos
estarían esperándola para oír las (ya
no) buenas noticias.

Año 2015

(Parte 1)

El local estaba ya vacío, después de

una noche de duro trabajo, y Harriet
había terminado de secar los vasos y
las copas limpias. Era uno de los
pocos establecimientos del pueblo
que abría hasta tarde y los jóvenes
solían acudir a divertirse. Ofrecían
un ambiente alegre, un montón de
cervezas diferentes (desde con sabor
a regaliz hasta con un toque de
canela), y, además, todo el mundo
sabía que Jamie Trent elegía la
mejor música para animar a la
clientela. Aunque aquel día había
hecho una pequeña excepción al
hacer
sonar
la
melodía
de
Cumpleaños feliz en honor a Harriet.

Y después Angie y Susan, que solo
acudía de vez en cuando como
refuerzo, habían abandonado sus
puestos tras la barra para sacar un
pastel con veintidós velitas blancas
que ella, avergonzada por las
miradas de la gente, terminó
soplando a toda prisa. No pidió
ningún deseo; tampoco importaba
demasiado, teniendo en cuenta que
nunca se cumplían. Aún recordaba
esa desesperación con la que pidió
«que alguien me quiera de verdad»
cuando era solo una cría ilusa.

—Te alejas de los veinte —
sentenció Angie.

—Acabo de cumplir veintidós.

—Pues eso, que empiezas a
alejarte.

—Lo que tú digas, pero solo soy

cuatro meses más mayor que tú. —

Sonrió y colocó la última copa en la estantería. No pudo evitar fijarse en cómo Jamie rozaba la cintura a su amiga al pasar por su lado y luego le daba un beso suave en la comisura de la boca.

Siempre

estaban

tocándose. Llevaban saliendo juntos alrededor de cuatro años y seguían manoseándose a todas horas—. Será mejor que me vaya ya a casa y os deje que terminéis la fiesta a solas —

dijo

mientras

se

acercaba

al

perchero que había tras la puerta de la despensa y cogía su abrigo—. No os importa cerrar vosotros, ¿verdad?

—En realidad sí. Quieta ahí, señorita.

Harriet alzó las cejas al mirar a Jamie. Por mucho que fuese su jefe, antes era amigo y no acostumbraba a hablarle nunca en un tono autoritario. Tampoco es que ella fuese demasiado dada a saltarse las normas o escaquearse del trabajo, al contrario.

—¿Ocurre algo?

—Todavía no te hemos dado tu regalo de cumpleaños.

—¡No teníais que comprar nada!

—Será mejor que te sientes —le advirtió Angie.

—¿Tiene

garras,

colmillos

y

Jasmine tenía uno igual? Porque ya

sabes que siempre he querido un

tigre. —Se removió incómoda en el

taburete cuando vio que ninguno de

los dos reía—. Ahora en serio, ¿de

qué se trata? Me estáis asustando.

Angie sacó un sobre blanco de su

bolso y lo sujetó con ambas manos

frente a sus narices.

—Sabemos

que

tu

primera

respuesta será un rotundo «no».

Pero, como te conozco mejor de lo

que a veces me conozco a mí

misma, también sé que terminarás
diciendo que sí. Al final. Cuando
masques un poquito la idea y te
vayas al bosque y metas unas
cuantas hojas en tus tarros de cristal
y...

—Vale, lo pillo, es arriesgado.

Dámelo. Me mata la intriga.

Rasgó con cuidado el papel del
sobre y sacó los dos billetes de avión
que había en el interior. ¿Destino?

Las Vegas. ¿Fecha? Próximamente.

En un principio a Harriet le pareció
raro, pero luego sonrió.

—¿Y por qué iba a decir que no? —
preguntó entusiasmada—. ¡Un viaje
a Las Vegas! Chicos, es genial. Es...
demasiado, en realidad. No puedo
aceptarlo.

—Puedes y lo harás, porque no es

solo un viaje, sino también un plan.

—Un

plan

maléfico.

—Jamie

sonrió

entrecerrando

los

ojos

(siempre sonreía con los ojos) y su

novia le dio un manotazo en el

brazo antes de hablar.

—Y el plan es el siguiente: tú y yo

un fin de semana a solas en Las

Vegas para pasárnoslo en grande,

olvidarnos de las cotorras aburridas

de este pueblo y... ¡encontrar un

marido!

¡Bieeeeeen!

—Alzó

los

brazos

en

alto

a

modo

de

celebración.

Los miró con incredulidad.

—¿Os habéis vuelto locos?

—Sí, los dos estamos locos por que
puedas cumplir tus sueños y abrir la
pastelería. Sabemos que será un
éxito. Solo necesitas un dichoso y
estúpido certificado matrimonial
para que tu vida dé un giro de
ciento ochenta grados.

—¿Pero quién demonios va a
querer casarse conmigo? ¿Y por qué
en Las Vegas?

—Porque

está

a

miles

de

kilómetros y nadie podrá demostrar

si es una farsa o no, y porque todo el

mundo hace locuras en Las Vegas.

¿Sabes cuántas personas se casan en

esa ciudad cada minuto? Cinco.

Cinco jodidas bodas. —Jamie golpeó

con la palma de la mano la madera

de la barra.

—Te lo estás inventando.

—Vale, puede que sí. Pero tengo

razón en todo lo demás. Solo tenéis

que encontrar a alguien que pase

del matrimonio y toda esa mierda o

algún turista al que no le importe

cometer una locura. Y dos años

después te divorcias.

—Eso es ruin.

—Un poco. Pero tampoco harás un
daño terrible a nadie. Como gesto
caritativo, guarda algo de los
ahorros para hacerte cargo de los
gastos del futuro divorcio y punto.

—¡Ni hablar! De ninguna manera.
En serio. Ni siquiera voy a pararme
a pensarlo. La respuesta es no. No,
no y no. Tajantemente no.

Dos meses y medio más tarde,
llegaron a Las Vegas. Y dio igual que
ambas hubiesen visto mil veces en
la televisión cómo era la ciudad,
porque
les
pareció
tan
impresionante como si fuese la

primera vez que oían hablar de ella.

Era la primera vez que Harriet
salía del Estado de Washington, y se
dijo que, a pesar de los nervios que
le encogían el estómago cada vez
que pensaba en el tema del
matrimonio, había valido la pena
intentarlo

solo

por

tener

la

oportunidad de ver un mundo
completamente nuevo. Años atrás,
cuando todavía se permitía soñar
despierta, había fantaseado con
viajar a París, Roma, Barcelona,
Nueva York y mil lugares más.

Descubrir rincones nuevos. Probar
sabores

exóticos.

Conocer

costumbres diferentes. Tardó un tiempo en comprender que no estaba destinada a ser una de esas mujeres aventureras que se cuelgan una mochila a la espalda sin pensárselo dos veces.

—¡No me puedo creer que estemos aquí! —exclamó Angie, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

—Y eso que la idea ha sido tuya.

—¡La mejor idea del mundo!

—Entonces mejor no pensemos cuál sería la peor. —Atravesaron las

puertas del hotel entre risas, se
acercaron al mostrador y pidieron
las llaves de la habitación que
compartirían durante los próximos
dos días—. Puede que esa lámpara
de araña valga más que la mitad de
Newhapon. Es inmensa —comentó
Harriet con la vista clavada en el
techo del hall, sintiéndose muy poca
cosa frente a la majestuosidad de
aquel lugar; los muebles de estilo
clásico
prometían
costar
una
fortuna,
la
moqueta
estaba
inmaculada y hasta los bolígrafos

que había en recepción eran de una conocida marca.

Angie la agarró del brazo cuando consiguieron las llaves.

—Vale, antes de cometer ninguna tontería, tenemos que estructurar bien qué pasos vamos a seguir. Y no se me ocurre ningún lugar mejor para hacerlo que en la piscina del hotel, ¡fiesta!, ¡bien! Esto va a ser genial.

—Aplaudió

y

varios

huéspedes que subían con ellas en el ascensor las miraron por encima del hombro—. Ahora en serio, qué alegría no ver ese horrible cielo gris. Gris ceniza. Gris aburrimiento. ¿Has visto el azul de este cielo? ¿Has visto

el sol? Por cierto, tenemos que
comprar crema solar. Es importante
que no parezcas una langosta para
poder
encontrarte
un
marido
decente.

—En realidad, se supone que
tenemos que encontrar a alguien
poco decente.

—Esa es la teoría de Jamie. No
tiene ningún fundamento.

Salieron del ascensor y caminaron
por el pasillo del hotel arrastrando
las maletas sobre la moqueta
púrpura.

—Yo estoy de acuerdo con él. Es
mi marido, es mi elección. —Harriet
alzó un dedo en alto a modo de

advertencia; quería dejar las cosas claras antes de que la situación se descontrolase todavía más (si es que eso era posible)—. Seguiremos el plan de Jamie. Buscaré a alguien alocado, irresponsable, que parezca poco de fiar. Alguien lo suficiente pasota e idiota a quien no le importe en absoluto estar casado con una desconocida. Que no dé valor a las cosas y pueda tomarse una situación que a otros preocuparía como un tema de risa con el que bromear con sus amigos.

—Ya vale, lo capto. Así que vamos en busca de un capullo integral.

—Eso es.

A juego con el resto de las instalaciones del hotel, la piscina era inmensa; de un azul cobalto, parecía

imitar la forma sinuosa de una lombriz, y el césped cubría el suelo de cierta monotonía solo rota por las altas palmeras y las tumbonas blancas.

Harriet y Angie se habían dado un chapuzón nada más bajar de la habitación del hotel y ahora estaban tumbadas bajo el ardiente sol matinal. Ninguna de las dos estaba acostumbrada al sofocante calor, así que no tardaron en pedir un zumo tropical con hielo.

—Repasemos el plan una vez más

—prosiguió

Angie.

No

habían

parado de hablar de lo mismo desde la llegada a la ciudad—. Buscamos a

un tío capullo, a poder ser esta
noche. Es mejor terminar el trabajo
sucio cuanto antes —apuntó, como si
estuviesen planeando atracar una
sucursal bancaria—. Te insinúas.

Nada

demasiado

exagerado.

Bebemos unas copas, le damos la
bienvenida al modo «desfase total»,
y, cuando la cosa esté bien
empapada del ambiente caótico de
Las Vegas, sale a relucir el tema de
la boda improvisada como si fuese
algo guay, algo loco y genial.

—Qué sencillo —masculló Harriet.

—No

seas

negativa.

Solo

necesitamos un golpe de suerte.

Mucha gente se casa en Las Vegas
sin desearlo realmente, ¿por qué no
ibas a lograrlo tú?

—Cada minuto que pasa soy más
consciente de que no deberíamos
estar aquí. Ha sido un error. No sé
cómo me he dejado convencer de
que semejante locura podría salir
bien. —Dejó el zumo sobre la mesita
redonda que había entre ambas
tumbonas—.

En

primer

lugar,

porque no se me da nada bien

actuar. Angie, por favor, en el

colegio, siempre hacía de arbusto o

de estrella o... de cualquier cosa

inmóvil y muda. ¿No te acuerdas? Y,

en segundo lugar, tampoco sé ligar.

En serio. No sé. Requiere práctica y experiencia, y sabes que yo dejé de interesarme por los tíos desde lo de Elliott y...

—Relájate.

—Este plan es un fracaso y no dejo de sentirme mal por haber aceptado. ¡Prometo que os devolveré el dinero de los billetes de avión!

—¡Deja de decir chorradas! Es tu regalo de cumpleaños. —Angie se levantó las gafas de sol y se incorporó para poder mirar a su amiga—. Está bien. Fuera presión. Por ahora, olvida la razón por la que estamos aquí y límitate a disfrutar del momento.

Tengo

el

presentimiento de que todo saldrá

rodado

si

conseguimos

que

mantengas la calma. Así que

relájate. Túmbate —dijo mientras

hacía eso mismo—. Cierra los ojos. Y

siente el calor del sol sobre la piel...

¿No te parece una sensación

maravillosa?

Harriet hizo lo que le pidió.

Casi todo. Excepto cerrar los ojos.

Algo que agradeció cuando su

mirada tropezó con el tío que

acababa de salir de la piscina y

caminaba hacia ella. Harriet advirtió

un ligero cambio de ritmo en sus

pulsaciones. Tragó saliva, nerviosa.

Fue como si la zarandeasen sin
previo aviso.

No era el chico más guapo que
había visto en su vida. No, no lo era,
pero sí tenía un atractivo diferente,
masculino, travieso. Llevaba un
bañador de color rojo que marcaba
la línea de las caderas y dejaba
entrever la forma en uve en la que
terminaban
los
abdominales.

Harriet pensó en cómo sería deslizar
las manos por el torso mojado,
repleto de diminutas gotitas de
agua, dejar que los dedos trazasen
un camino sobre la cálida piel
morena y después... y después dejó
de imaginar qué sentiría, al alzar la
vista

y

encontrarse

con

sus

impactantes ojos verdes. Unos ojos que estaban fijos en ella. Tenía una mirada salvaje, intensa.

Literalmente, dejó de respirar al descubrir que él iba directo hacia ella, recordándole a un tigre hambriento y sigiloso. Pero tan solo fue una falsa alarma. El chico la miró una última vez, le dedicó una sonrisa indescifrable y pasó de largo dando grandes zancadas sobre el crujiente césped.

Harriet tardó alrededor de cinco minutos en lograr que dejaran de hormiguarle las palmas de las manos. ¿Qué demonios...? Ella no

reaccionaba así. Ella era racional,
serena, sensata. O había aprendido a
serlo a la fuerza. Y le gustaba su
filosofía de vida.

—¿Estás bien?

Dejó de soñar despierta al
escuchar la voz de Angie.

—Sí. Mejor que nunca.

—Eso es un «no». —Angie suspiró
y bebió el último trago de su zumo

—. Lo mejor será que subamos a la
habitación

para

dejarlo

todo

preparado. Así te quedarás más

tranquila. Todavía tenemos que

decidir a qué local acudir esta

noche, pediré en recepción que nos

recomienden unos cuantos.

Habían acordado no ir a un local
de juego ni al casino del hotel
porque, por lógica, cualquier tío que
se encontrase ahí estaría demasiado
ocupado perdiendo su dinero. Era
mejor buscar algún sitio donde
hubiese buena música y pudiesen
tomar una copa.

—De acuerdo. Vamos.

Harriet se levantó de su tumbona
y, mientras cogía la toalla y la
doblabla, aprovechó para echarle un
vistazo al chico del bañador rojo.
Estaba tumbado unos metros más
allá, acompañado de otros dos
amigos que tendrían su misma
edad. Se había puesto unas gafas de
sol y ella tuvo la estúpida certeza de
que, de no ser así, podría haber
disfrutado del verde de sus ojos

incluso a pesar de la distancia. Reía
de algo que acababa de decir el
único rubio del grupo. Y tenía una
forma de reír perfecta. El tipo de
carcajada
despreocupada
que
denotaba lo poco que le importaba
lo que pensasen de él y que
reafirmaba su nula intención de
pasar desapercibido.

Es decir, que era exactamente
igual que Harriet. Pero al revés.

Año 2015

(Parte 2)

El

local

tenía

varias

salas

diferenciadas por la decoración y la
iluminación. La zona de baile,
donde
sonaba
una
música
electrónica y optimista, era más
oscura y las luces de colores
parecían moverse al ritmo de la
canción. Había enredaderas que
trepaban por las paredes y le
otorgaban un aire salvaje a la
estancia. En cambio, la sala a la que
acudieron nada más llegar era
mucho más tranquila. Un espacio
abierto, con mesas bajas y redondas
y
mullidos
sillones
blancos.

Farolillos de aire vintage que
contrastaban con la decoración
moderna y minimalista y jarrones
de cristal, altos y retorcidos, que
contenían
orquídeas
malvas
y
blancas.

Harriet nunca había estado en un
lugar tan elegante. «Tan pijo», pensó.
El local más sibarita de Newhapton
era un asador rústico que solo abría
los fines de semana y donde servían
unos platos increíbles que siempre
te dejaban con ganas de repetir, pero
nada parecido a aquel lugar, desde
luego.

—Pidamos algo. —Harriet señaló
la barra, donde se congregaba buena

parte de la clientela. Unas luces led de color azul rodeaban el contorno con forma de ele—. ¿No te sientes un poco fuera de lugar?

—Sí, pero no deberíamos. Míranos, estamos estupendas.

Deja de preocuparte. Dentro de unos días volveremos a estar en casa, planificando la apertura de una nueva y sensacional pastelería en el pueblo...

—Prefiero no hacerme ilusiones.

Harriet llevaba puesto un vestido

rojo, ajustado y sugerente. Con cada paso que daba, la tela se subía un poco más por la zona de los muslos y tenía que estar pendiente de recolocárselo. Era la primera vez que lo usaba; años atrás tuvo el inusual impulso de comprarlo en una pequeña tienda del pueblo de al lado cuando lo vio en el escaparate, pero hasta el momento no había tenido ocasión de ponerse algo tan arriesgado. En su día a día, acostumbraba a utilizar vaqueros y camisetas sencillas y cómodas.

Angie pidió dos cócteles de frambuesa que apenas llevaban alcohol y le tendió uno a Harriet, que se metió la pajita en la boca y le dio un trago. Delicioso.

—Te aconsejo que le echés un

poco de sal —musitó una voz masculina a su espalda, antes de coger el salero de cristal que había sobre la barra y deslizarlo hacia ella con suavidad.

—¿Sal? ¿Con frambuesa?

Harriet se giró y se sumergió en el verde de aquellos ojos. Era un verde mágico, como el de las auroras boreales, y ya lo había visto antes. El chico de la piscina asintió con la cabeza y alzó la mano para llamar la atención de una de las camareras.

—No le hagas caso. Le van los sabores raros. Es lo que tiene ser un tío raro —reiteró uno de sus amigos. Tenía el cabello castaño y unos iris claros, grises. Les sonrió—. Pero, si queréis conocer a alguien normal, me llamo Mike. Y este de aquí es

Jason.

—¡«Normal» dice! Y una mierda.

—Les tendió unas cervezas a los otros dos y rio con la misma despreocupación que a Harriet le había llamado la atención esa mañana. Ella se estremeció cuando centró la atención en su rostro—.

Hazme caso con lo de la sal, le da un punto diferente. A no ser que te vaya más lo clásico. En ese caso...

Él cogió el botecito de la sal para apartarlo y ella eligió ese mismo instante para decidirse a probar la mezcla. Sus manos se rozaron.

Harriet reculó al notar el tacto suave de su piel.

—Perdona. Toma.

—Gracias.

Echó unos cuantos granos de sal

en la bebida de frambuesa y le
preguntó a Angie, que charlaba con
los otros dos chicos, si quería un
poco. Ella negó con la cabeza y le
dirigió una mirada de advertencia.

—Espera, deja que te abroche bien
el

pendiente

—dijo

con

voz

cantarina y se inclinó hasta poder
susurrarle al oído sin que pareciese
sospechoso—. ¿Por qué estamos
perdiendo el tiempo con estos tíos?

Están tremendos. Y sobrios. No es el
perfil que buscamos.

—Lo sé —siseó—. Gracias, creo que

ya

está

bien

—sobreactuó,

llevándose una mano a la oreja. Era cierto que nunca logró sacar más de un cinco con cuatro en las clases de teatro del instituto.

Después bebió del cóctel. Y sí, el toque de sal le daba un sabor especial. Lo dulce y lo salado no casaban bien a menudo, pero a veces la mezcla suponía todo un acierto. A Harriet le pareció peculiar y un punto a su favor que no tuviese gustos tradicionales. Él la miraba casi sin pestañear. Ni siquiera apartó los ojos de ella al darle un trago a la cerveza.

—¿Y bien?

—Rico. Original. Me gusta.

—Chicos, ha sido un placer charlar

con vosotros —comenzó a decir

Angie—, pero tenemos que irnos.

Ojalá nos veamos en otra ocasión.

Harriet se sintió rara cuando, tras despedirse escuetamente, comenzó a caminar hacia la sala contigua.

Angie iba un par de pasos por delante. ¿Por qué quería girarse...?

¿Por qué deseaba mirar atrás por encima del hombro y buscar una última vez esos ojos? Menuda tontería. Qué estupidez. No lo hizo, no se giró.

El ambiente que se encontraron al entrar en el salón de baile fue muy diferente. La melodía electrónica estaba demasiado alta como para que pudiesen intercambiar más de un par de palabras. Pasaron un buen rato contemplando a los tíos que

había

alrededor.

Fue

bastante

desalentador. Hablaron con uno que

llevaba un sombrero de copa de

peluche y que no dejaba de

sacudirse al ritmo de la música;

parecía

agradable

y

bastante

despreocupado, pero lo descartaron

en cuanto les explicó que él y sus

amigos

estaban

celebrando

su

despedida de soltero y que, al

parecer,

era

un

momento

memorable al ser el último del

grupo que se casaba.

—Es

decir,

que

ni

siquiera

podemos tirar de los amigos —

confirmó Angie.

—Empiezo a sentirme ridícula. —

Harriet volvió a bajarse el vestido y

deseó que la tela diese un poco más

de sí—. ¿En qué pensábamos

creyendo

que

encontraría

un

marido en Las Vegas?

—No te vengas abajo. —Angie la
agarró del brazo y tiró de ella hasta
la barra, que era mucho más larga
que la del otro salón. Alineadas de
un modo perfecto, cientos de
botellas
brillantes
de
cristal
adornaban la pared de ladrillo—. ¡Es
solo la primera noche! Y hace
apenas una hora que salimos del
hotel. Recuerda lo que te dije esta
mañana: centrémonos en disfrutar,
¡vamos a pasarlo genial! —exclamó
entusiasmada—.

De

hecho,

pidámonos un chupito.

Pidieron uno. Y después otro, y
otro y otro más. Para cuando ambas
fueron conscientes de que unirse a
la fiesta no era la idea más sensata,
ya fue demasiado tarde. Bailaron.
Bailaron como si aquella fuese la
última noche de sus vidas. Pasaron
un buen rato con Diego y Adán, una
pareja
que
venía
de
Miami,
recreando los pasos de baile más
ridículos del mundo, riendo y
perdiendo la noción del tiempo.
Quizá por eso, casi entrada la
madrugada, les perdieron la pista y
terminaron uniéndose a un grupo
alocado de mujeres que celebraban

que una de ellas acababa de
divorciarse. Todas iban vestidas de
color rosa chicle y llevaban unas
diademas de las que sobresalían
unos muelles con antenas de
abejitas.

—¡Y llevan purpurina! ¡Adoro la
purpurina!

—Harriet

aceptó

la

diadema que una de ellas le tendió
y se la puso en la cabeza. Ahora que
era una abejita parecía que la vida
tenía más sentido, que todo estaba
en su lugar.

—¡Esta es la mejor noche de mi
vida! —Angie alzó en alto la copa
que llevaba en la mano y las demás
imitaron el gesto entre risitas

contagiosas.

—Tengo que... ir al servicio. Creo.

—Harriet miró a su alrededor algo confundida y le preguntó a una de las chicas de rosa si sabía dónde podía encontrarlo. Le señaló el fondo de la sala y el pasillo más oscuro en el que desembocaba—.

Ahora vuelvo. Angie, pórtate bien. —

La señaló con el dedo y luego prorrumpió

en

una

sonora

carcajada.

El camino hasta los baños fue un infierno. La gente saltaba y bailaba animada. Había quienes llevaban bastoncillos y collares fluorescentes que se entremezclaban con las luces

de colores. Harriet empezó a marearse, y, para cuando consiguió llegar al servicio, su ánimo se había desplomado de golpe, como si acabasen de arrebatarse toda la energía. Recordó por qué demonios estaba allí, en Las Vegas, y se puso de mal humor. Se suponía que solo tenía que hacer una cosa, una dichosa cosa, y hasta en eso había fallado. Vale que lo de encontrar marido en una noche no parecía lo más fácil del mundo, pero sentía que su vida estaba abocada al fracaso.

Salió del minúsculo aseo un poco más enfadada consigo misma que cuando entró e intentó espabilarse echándose agua en la cara. A la mierda el maquillaje. Cogió un

trozo de papel y se quitó los restos de pintura mientras escuchaba a una chica hablar por teléfono y lloriquear dentro de uno de los cubículos. «Bienvenida al mundo real», estuvo a punto de gritarle. Solo había una cosa que Harriet deseaba por encima de encontrar un marido, y esa cosa tenía mucho que ver con quitarse los zapatos de tacón que llevaba y lanzarlos contra una pared. Le costaba mantener el equilibrio y le rozaban en los laterales produciéndole un dolor casi insoportable.

—Putos zapatos... —masculló entre dientes, y se apoyó en la pared de ladrillos que había en el pasillo. No estaba segura de que pudiese llegar hasta donde la esperaba Angie y

esas nuevas amigas que parecían
pompones rosas. Le encantaban los
pompones. Le caían bien.

—Habría jurado que eras de las se
lavan la boca con jabón después de
soltar un taco.

Harriet reconoció la voz ronca y
atrayente y dejó de prestar atención
a la hebilla de su zapato. El chico de
la piscina y la frambuesa con sal la
miraba fijamente. Estaba solo en
esta ocasión y tenía los ojos
entrecerrados, brillantes. También él
daba la impresión de haberse
tomado dos copas de más. Alzó a
duras penas un dedo en alto antes
de hablar.

—Y habrías acertado. Yo nunca
digo tacos.

—Acabas de decir «putos zapatos».

—Esta noche no cuenta. No soy yo misma. Puedo decir tacos.

—Ya entiendo... —Se apartó del centro del pasillo cuando un grupo de chicas pasó por su lado y apoyó el hombro en la misma pared sobre la que Harriet seguía recostada—.

Así que es tu noche libre, ¿y vas a conformarte con «putos»? Espera, creo que puedo ayudarte. Mierda, imbécil, gilipollas, cabrón, ¿«polla» está considerado un insulto?

No, no veo qué tiene de ofensivo.

Hum. Pero sin ninguna duda mi preferido

es

«joder» —sonrió

travieso—. «Joder», en todos los

sentidos de la palabra.

—Ya había pillado a la primera por
dónde iba la cosa, pero gracias por
la aclaración. Si me disculpas...
tengo que irme.

Estaban muy cerca. Demasiado.

Harriet se balanceó un poco al

intentar

apartarse

y

terminó

apoyándose sobre aquellos hombros

fuertes y firmes. Él la sujetó con

delicadeza e inspiró hondo.

—¿A qué coño hueles? ¿A vainilla?

—Mira, ese se te había olvidado.

—¿Coño? No, qué va. Pero siempre

dejo algo de reserva, no me gusta

jugar todas las cartas en una sola

tirada.

—¿En serio consigues ligar así?

—¿Qué tiene de malo?

—¿Necesitas que te lo explique?

—Es evidente que sí.

Harriet dio un paso hacia atrás

para alejarse de él. Sumado al

alcohol,

tenerle

tan

cerca

le

dificultaba la tarea de concentrarse

en formar una frase coherente.

—Conozco a los tipos como tú. Y

puedes irte al infierno.

—Si me conoces tan bien como

dices, no tendrás problema en

escapar de mis garras—. Lo que ella

había pensado en un primer

momento: era un tigre. Un tigre

hambriento y feroz—. Vamos, te invito a una copa.

—Qué generoso. Pero creo que paso.

Harriet imprimió en cada palabra la amargura que había acumulado durante toda la noche y se esforzó por caminar recta con los horribles tacones al pasar por su lado. Pero, antes de que pudiese alejarse, sintió que la cogían con firmeza de la muñeca y la empujaban hacia atrás con suavidad. Mientras ella lo miraba con una mezcla entre enfado y curiosidad, él alzó la mano y tocó con la punta del dedo una de las antenas de abeja que sobresalían de la diadema que llevaba.

—¿Ya te han dicho esta noche que estas antenitas te hacen irresistible?

—Por suerte, tú eres el primero.

—Soy así de original.

Él esbozó una sonrisa arrolladora.

—Estás borracho.

—Un poco. Igual que tú. Por cierto,

¿de dónde eres? Tienes acento.

—¡No es verdad! ¡No tengo acento!

—exclamó indignada.

—Pronuncias la ese de forma rara

—dijo—. Oye, recuérdame por qué

seguimos hablando en este pasillo y

todavía no sé cómo te llamas o de

dónde eres.

Harriet resopló, consciente de que

no había hecho siquiera el amago

de marcharse. Él tenía razón, ¿qué

hacía ahí parada como una tonta?

—Vale, fin de la fiesta. Estoy

cansada, me duelen los pies y sigo

sin encontrar un marido. Apártate y

déjame pasar —farfulló.

—Eh, quieta ahí, abejita. Todavía me debes una copa.

—No es verdad.

—¿Qué tengo que hacer para que seas un poco más simpática?

—¿Desaparecer? —Se puso de puntillas para aliviar el dolor en los talones—.

¿Conseguirme

unas

cómodas zapatillas?

—¡Hecho! Te traeré unas zapatillas a cambio de una copa. —A él parecía divertirle el curso que había tomado la noche, como si estuviese más que acostumbrado a manejar situaciones de aquel tipo—. ¿Qué número calzas?

—¿Lo dices en serio?

—Joder, sí. Que me lo pongas más
difícil solo alimenta mi espíritu
competitivo.

¿Treinta

y

siete?

¿Treinta y ocho...?

—Gasto un treinta y siete.

—Quédate aquí. Sé una abejita
obediente.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Volveré en seguida.

Harriet seguía confundida tras
verlo atravesar el pasillo que
conducía a los servicios para
perderse entre la multitud. Se frotó
las cejas con los dedos y la zona de
las sienes, intentando calmar la
sensación de tirantez. No recordaba
la última vez que había estado

borracha. De hecho, no recordaba la última vez que había salido de fiesta, porque no estaba segura de que pudiesen calificarse con esa palabra las reuniones entre amigos que se llevaban a cabo en el bar de Jamie durante los fines de semana.

Sobre todo por una razón muy simple: ella siempre estaba detrás de la barra sirviendo las bebidas, así que nunca tenía oportunidad de desmadrarse demasiado. Y era mejor así, por supuesto.

Aunque a veces se preguntaba un montón de «¿y si...?». Dejaba volar la imaginación. Se perdía en ella misma. ¿Y si su madre nunca los hubiese abandonado y Fred Gibson hubiese seguido siendo un padre medianamente

normal?

¿Y

si

hubiese evitado caer en las redes de
Eliott? ¿Y si no hubiese tenido que
sentir la pérdida de ese bebé y
pensar en él más a menudo de lo
que estaba dispuesta a reconocerse a
sí misma? ¿Y si hubiese conseguido
escapar de Newhapon y recorrer el
mundo y ser alguien interesante y
perspicaz y especial, el tipo de chica
de la que los hombres se quedan
prendados al oírlas hablar y no al
mirarlas andar?

—¿Qué haces ahí tirada? —Él la
miró desde arriba. Sujetaba por los
cordones unas Converse blancas y
las balanceaba con la mano—.

Venga. Arriba.

Harriet fue entonces consciente de
que se había sentado sobre la
moqueta del pasillo, con la espalda
apoyada en la pared. Dejó que la
pusiese en pie y se sujetó a él para
quitarse los tacones y ponerse las
deportivas.

Cuando
volvió
a
incorporarse, el cariz de la velada
había tomado un rumbo distinto. Ya
no estaba segura de cuántos
cambios de humor había atravesado
a lo largo de esa noche eterna, pero
había dejado de importarle.

—¿Cómo
has
conseguido
las

zapatillas?

—Tranquila, no he tenido que matar a nadie. En Las Vegas se apuesta cualquier cosa. Las he ganado. Y también me he ganado el derecho a saber algo de ti.

Harriet se humedeció los labios.

Tenía

la

boca

seca.

No

fue

consciente de cómo la mirada de él descendió hasta ese punto concreto de su rostro.

—Me llamo Harriet Gibson. Del sur de Washington. Pero no tengo acento, ¿entendido?

—Entendido.

—Reprimió

una

sonrisa—. Luke Evans. De San

Francisco.

—Qué típico.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Ya lo creo que sí. San Francisco

es perfecto. —Comenzó a caminar y

Harriet lo siguió—. ¿Has estado en

Fisherman's

Wharf?

¿O

en

Sausalito? ¿Twin Peaks?

—No he estado en ningún sitio —

murmuró ella por lo bajo, pero Luke

no llegó a oírla por culpa del

volumen de la música.

Volvían a estar en la sala repleta

de clientes que bailaban al ritmo de la electrónica melodía. Él cogió su mano con decisión cuando se internaron todavía más entre el gentío, y Harriet intentó encontrar a Angie y las pompones rosas entre la multitud, pero advirtió que ya no estaban en la esquina donde las había visto por última vez.

Así que estaba sola, en Las Vegas, junto a un completo desconocido...

Una parte de sí misma sabía que nada bueno podía salir de ahí. Pero la otra parte, esa más débil que acallaba con frecuencia, tenía ganas de divertirse, de dejarse llevar por

una vez sin tener que pensar en
catastróficas consecuencias o hacer
una lista de pros y contras.

—¿Tequila? —Luke esperó su
respuesta con el codo apoyado en la
barra de madera. Cuando ella
asintió, se giró hacia el camarero—.

Dos chupitos de tequila.

—Haces esto a menudo, ¿verdad?

—¿Beber tequila?

—No. Ligar con la primera que se
cruce en tu camino.

—¿Por qué estás tan segura? Quizá
simplemente me recuerdes a mi
hermana y verte indefensa sobre
esos andamios haya despertado mi
instinto protector. Soy un buen tipo.
Ya sabes. Ayudo a las viejecitas a
cruzar la calle, paso el día de Acción
de Gracias en un comedor social...

—bromeó.

El camarero les sirvió los dos
chupitos. Harriet se apretó más
contra Luke y ese gesto lo pilló
desprevenido. No era ella misma,
eso seguro. Podía notar el calor que
desprendía aquel cuerpo masculino.
Alzó las cejas al mirarlo.

—Entonces, ¿te recuerdo a tu
hermana?

Luke la estudió unos segundos en
silencio.

—En absoluto.

—Vale. Porque no hace falta que te
hagas el gracioso conmigo. Ya sé que
no eres un tipo encantador. Solo
quiero divertirme. Nada más..., nada
menos...

—Creo que estás en el lugar
indicado.

Luke le dedicó una mirada
seductora mientras cogía su mano y
volcaba un poco de sal en el dorso.
Harriet sintió una sacudida en el
estómago cuando él se inclinó y
lamió su piel con lentitud, antes de
beberse el chupito de un solo trago y
mordisquear un trozo de la rodaja
de limón. Le sonrió. Y ella tragó
saliva, nerviosa. Puede que sí fuese
un poco «de pueblo». Tampoco es
que en su día a día tuviese muchas
oportunidades de cruzarse con tipos
como
aquél.

Su
mirada
era
magnética; le infundía calma y, al
mismo tiempo, la mantenía alerta.

Había algo oscuro y triste en ella.

Una contradicción verde de lo más enigmática. No estaba segura de cómo etiquetarlo.

—¿A qué esperas? Te toca.

La estaba retando. Era evidente.

—Está bien. —Aferró su muñeca y sacudió el salero encima; se fijó en que tenía unas manos masculinas y algo ásperas, con los dedos largos y finos—. Pero añadamos un punto de diversión antes de que me duerma.

Juguemos a verdad o reto.

Él alzó una ceja en alto.

—¿En serio? ¿Eso no es famoso entre los adolescentes o algo así?

—Sumemos un trago a la parte del reto.

—Como quieras, abejita. —Luke ladeó la cabeza—. Supongo que me

toca empezar a mí. ¿Qué es lo que
estás haciendo en Las Vegas?

«Encontrar

un

marido

para

conseguir cobrar una herencia de

mi horrible padre y así lograr

montar una pastelería y cumplir el

sueño de mi vida. Solo eso.» Sí,

parecía poco probable que no

huyese despavorido tras semejante

respuesta. Harriet carraspeó para

aclararse la garganta.

—Hum. Reto.

—Qué misteriosa. —Luke la miró

con los ojos entornados y después le

mostró una de esas sonrisas que

conseguían que se le acelerase la

respiración—. Está bien. Quiero que

bailes esta canción. Pero báilala para mí.

Sonaba We found love. Harriet no bailaba. No hacía aquello. Sin embargo, lamió (o besó, no estaba segura) la piel del dorso de la mano de Luke, bebió el chupito y ni se molestó en probar el limón antes de dar un paso hacia atrás y moverse al ritmo de la canción mientras él la observaba sin pestañear, absorto, como si la sala donde se encontraban no estuviese repleta de cientos de personas mucho más interesantes que ella. Como si, de

hecho, solo existiese ella danzando
al son de «Turn away cause I need
you more, feel the heartbeat in my
mind. It's the way I'm feeling I just
can't deny, but I've gotta let it go. We
found love in a hopeless place...».

No hubiese parado de bailar de no
ser porque él le rodeó la cintura con
un brazo y la acercó de nuevo hasta
la barra, donde había dos chupitos
más. En esta ocasión eran de un
color rojo intenso que recordaba a
las cerezas maduras.

—Es mi turno —dijo ella.

—Adelante.

—¿Por qué pareces tan infeliz?

—¿Perdona?

—Despreocupado... pero infeliz.

—¿Sabes...? Yo podría decir lo
mismo de ti.

—Ya, pero me toca a mí hacer las preguntas.

Él dudó durante unos segundos, pero al final cogió el chupito.

—Reto.

—Cuéntame algo de ti que no sepa nadie más.

Luke bajó la vista al suelo antes de volver a fijarla en ella.

—Me dan miedo los erizos — susurró.

Harriet rio. Fue una risa sincera, dulce.

—¿Los erizos? Los erizos son adorables.

—No para mí. —Aunque todavía quedaba un chupito sobre la mesa, le pidió otros dos al camarero.

Harriet se encargó de señalar una botella al azar de las que adornaban

la pared—. ¿Cuál es tu mayor sueño?

Por primera vez, ella eligió

verdad.

—Me encanta la repostería y llevo

soñando desde pequeña con montar

una pastelería; me gustaría que

fuese un local luminoso con un

escaparate enorme lleno de dulces,

aunque, de momento, todo apunta a

que no lo conseguiré jamás —

suspiró dramáticamente—. Me toca.

A pesar de llevar puestas las

zapatillas deportivas, se tambaleó un

poco al dar un paso adelante. Luke

la mantuvo sujeta por la cintura y se

bebió otro chupito aunque no le

tocase el turno. Ella lo imitó. El

último era de limón y sabía un poco

ácido.

—Me pirran los pasteles —admitió

él—. ¿También harás galletas?

—Ya te he dicho que no habrá
ninguna pastelería... —contestó con
voz pastosa.

Hacía una eternidad que no se
sentía en calma, sin ninguna
preocupación a la vista, sin objetivos
por los que luchar. En realidad, no
alcanzar su sueño tampoco parecía
ahora algo tan importante. ¿Qué más
daba si no podía pasarse la vida
horneando
pasteles?

Estaba
borracha. Borracha y muy feliz, y ya
nada resultaba trascendental. Pues,
vale, trabajaría en el bar de Jamie el
resto de sus días, acogería en casa a
un par de gatos y disfrutaría de una
impuesta soledad lejos de riesgos

innecesarios.

—Pero, si algún día lo logras,
recuerda que me vuelven loco las de
canela y pepitas de chocolate. Casi
tan loco como me vuelves tú. Casi.
De verdad que me parece injusto
que uses colonia de vainilla. Hueles
jodidamente bien.

Harriet advirtió entonces que se
habían alejado de la barra y que
estaban muy juntos, abrazados,
bailando
lentamente
como
si
estuviese sonando un vals en lugar
de aquella música estridente que
retumbaba en las paredes del local.
Él la mantenía contra su cuerpo con
cuidado, como si fuese algo frágil o

delicado, y había hundido la cabeza en su cuello. Al respirar, le hacía cosquillas. O eran escalofríos. No estaba segura. Daba igual, porque fuese lo que fuese era agradable sentir la calidez de su aliento.

—¿Luke?

—¿Sí?

—¿Esto es raro?

—¿El qué?

—Estar

abrazada

a

un

desconocido.

—Si tengo en cuenta que yo soy ese desconocido, supongo que no.

¿Sabes...? Pensar demasiado a veces complica las cosas. Así que tan solo me quedo con que he visto a una

chica con antenas de abejita, sola e
insultando a unos zapatos, y me ha
apetecido hablar con ella. Un
impulso. No le des vueltas. Déjate
llevar.

—Creo

que

no

deberíamos

acostarnos.

Sintió la vibración de su risa en la
piel.

—Tranquila,

no

me

va

aprovecharme de chicas que han

bebido demasiado y luego no

pueden recordar lo genial que soy.

—Luke volvió a reír cuando ella le

dio un pisotón y después siguió
meciéndola con suavidad, ajeno al
ritmo que bailaban los demás—.

¿Quieres saber por qué me has
llamado la atención? —Harriet
asintió con la cabeza contra su
pecho—. Porque tienes la mirada
transparente. ¿Alguna vez te has
tropezado con una mirada tan
limpia que casi pudieses verte
reflejado en ella?

—¿Se supone que es algo malo?

—Quizá sí. No lo sé. No me suele
gustar verme a mí mismo.

—¿Desde cuándo? ¿Y por qué?

—Desde hace algún tiempo. —

Hizo una pausa más larga de lo
normal—. Cuéntame cosas de ti,
Harriet. Lo que sea. Cualquier
tontería que te venga a la cabeza.

Joder, tenías razón, esto sí empieza a ser raro; creo que se nos ha ido la mano con los chupitos.

—Me gusta guardar hojas secas en tarros de cristal —susurró ella, silenciando sus últimas palabras.

Harriet nunca se había sentido así.

Arropada (y encima por un extraño), segura, tranquila. Como si se conociesen de toda la vida, cuando, en realidad, estaba segura de que no tenían absolutamente nada en común. De hecho, seguía teniendo pinta de capullo pretencioso, pero al mismo tiempo... había algo más que se le escapaba...—. Casi nunca tengo pesadillas, pero mi habitación está llena de atrapasueños solo porque me gusta abrir las ventanas y ver cómo las plumas se mueven por el

viento. ¿Y sabes qué otra cosa me
encanta?

Las
margaritas.

Son
geniales. Sencillas, bonitas, perfectas.

A veces me encantaría ser una
margarita

y

no

tener

que

preocuparme por nada —rio—. Vale,
olvida eso último, ya no sé ni lo que
digo...

—No, no. Sigue, por favor.

En aquel momento la retuvo
contra él con más firmeza y el
abrazo se tornó real, cálido. Su voz
sonó

extrañamente

rasgada

y

Harriet tardó unos segundos en

volver a relajarse porque sentía su

cuerpo duro contra ella, sus manos

grandes en la parte baja de su

espalda,

su

aroma

masculino

envolviéndola...

Tragó saliva antes de seguir

hablando.

—Es la primera vez que salgo de

Washington. Patético, lo sé. Yo... En

fin. Cuando era pequeña tenía la

esperanza de hacer muchas cosas

interesantes, pero luego todo acabó

complicándose y la realidad nunca

supera las expectativas. Trabajo
sirviendo copas en el bar de Jamie.
Y no te rías de mí, pero si me
pidieses que situase Gambia en un
mapa no sabría decirte dónde está;
nunca conseguí aprenderme todos
los países y suspendí geografía en el
último curso. ¿Qué más? Ah, bueno,
sí: hace años que dejé de pedir
ningún deseo. Ni al soplar las velas,
ni al caérseme una pestaña ni al
soltar el farolillo el uno de agosto...
Ya nunca pido deseos. Nunca.
—Odio los deseos —murmuró él—.
Son un asco.
—Casi tanto como los Patriots.
—¿Hablas en serio? ¿Te gusta el
fútbol?
—Claro.
El

partido

de

los

domingos es un momento sagrado.

— «Para toda la gente del pueblo»,

estuvo a punto de añadir. Era la

verdad. Había sido así desde

siempre, pero pensó que sonaría

muy poco glamuroso—. Y preparo

nachos con salsa de queso si Jamie y

Angie se dejan caer por casa.

—Harriet...

—Dime.

—Creo

que

quiero

casarme

contigo.

La capilla era diminuta. Un pasillo

estrecho, con el suelo recubierto de

tablas de madera blanquecinas,
conducía hasta una cúpula algo
cutre en la que esperaba un hombre
gordinflón de mejillas sonrosadas
que llevaba una peluca torcida.

Harriet no tenía demasiado claro
cómo demonios había llegado hasta
allí. Lo único que sabía era que, al
igual que Luke, no podía dejar de
reír y que le dolía muchísimo el
antebrazo izquierdo. ¡Maldición!

¿Por qué le escocía tanto? No pudo
averiguarlo porque Angie apareció
en su campo de visión. Recordaba
vagamente haber hablado con ella
por teléfono hacía..., bueno, ¿quién
sabe? Tal vez media hora. Quizá tres
horas. Decidió que era irrelevante al
advertir que le fallaba la memoria.

La noche estaba llena de lagunas. De

cualquier modo, no era la única que se encontraba en el interior de aquella capilla. El chico de ojos grises, Mike, y el tipo rubio, Jason, no dejaban de bromear con Luke, y el primero llevaba un botellín de cerveza en la mano derecha que se balanceaba al son de sus carcajadas.

¿Era legal beber allí...?

—¿Qué estoy haciendo aquí? — consiguió balbucear Harriet.

—Chsss. Mantén la boca cerrada.

—Angie se inclinó hacia ella de modo que no la viesen los demás y se llevó un dedo a los labios—. Te vas a casar. Aguanta un poco..., solo un poco más, Harriet. Puedes hacerlo, ¿de acuerdo?

—¿Casharme?

¡Yo

no

quiero

casharme!

—¡Cierra el pico, maldita sea! —

siseó su amiga.

—Me duele el brazo.

Intentó tocarse la zona que notaba irritada, pero Angie se lo impidió al cogerla de la mano y la condujo sin demasiada delicadeza hasta el final de la capilla. Harriet miró a Luke.

Sus ojos eran dos rendijas de un color verde brillante y necesitaba decirle que le traían a la memoria la frescura del césped y...

El hombre que estaba enfrente empezó a dar un discurso sobre el matrimonio

del

que

ella

no

entendió ni una sola palabra. Luke tampoco pareció hacerlo, porque no dejaba de reír por lo bajo, al compás de las carcajadas de sus dos amigos.

Harriet no estaba segura de qué resultaba tan gracioso. ¿Estaba casándose? ¿Por qué demonios tenía que casarse?

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Harriet iba a gritar: «¡Protesto!», pero antes de que pudiese hacerlo los labios de Luke rozaron los suyos.

Solo un roce y sus pulsaciones se dispararon como si acabase de correr la maratón de Boston. Porque tenía los labios más suaves y tiernos

del mundo y sabía a limón con un toque de fresa. Ajena a que no estaban solos, posó una mano sobre su nuca y lo atrajo más hacia sí.

Luke gimió contra su boca y entonces... entonces alguien tiró de ella hacia atrás y se vieron obligados a separarse.

—Vale, ya está bien —ordenó Angie, y a continuación sacudió unos papeles frente a ella, le tendió un bolígrafo y le indicó que firmase no sé qué. Luego obligó a Luke a hacer lo mismo y, cuando sus amigos rieron más fuerte, los fulminó con la mirada. Angie tenía una forma de mirar afilada, seca, contundente.

—Genial. Nos vamos. Por fin —masculló y cogió de la mano a una

desorientada

Harriet

antes

de

dirigirse hacia la puerta de salida.

—¡Espera, espera! Tengo que

decirle algo a Luke.

—Pues díselo rápido.

—Luke —le llamó, y él se giró y le

dedicó una sonrisa tan dulce que

ella sintió el extraño deseo de

recorrer el pasillo de la capilla que

ahora los separaba y lanzarse a sus

brazos—. Tus ojos... Tus ojos me

recuerdan al césped en verano. Al

césped

que

crece

bajo

las

margaritas.

Al salir, Harriet fijó la mirada en
el cielo azul surcado de nubes
algodonosas. Hacía horas que había
amanecido. De hecho, recordaba
vagamente haber visto la salida del
sol sentada en una acera cualquiera,
con Luke a su lado y una botella de
vino barato en la mano derecha
mientras hablaban sin cesar de
cosas que ya habían caído en el
olvido.

Notó

la

bilis

quemándole

la

garganta

y,

algo

desorientada,
consiguió levantarse de la cama y
llegar hasta el cuarto de baño del
hotel para vomitar. Al terminar, se
quedó de rodillas sobre los fríos
azulejos del suelo, temblando, y
sintió
unas
manos
cálidas
apartándole el cabello de la frente.
Harriet se asustó.

—Eh, tranquila. Soy yo.

Angie la cogió de la mano y la
condujo nuevamente hasta la cama.
Le ahuecó la almohada, la ayudó a
tumbarse y encendió la lamparita de
noche bañando la estancia con luz
ambarina.

—Tómate

esta

aspirina.

—Le

tendió la pastilla junto a un vaso de
agua que Harriet bebió de un trago.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿Del mediodía?

—De la madrugada del domingo.

—Se acomodó a un lado de la cama,
sentándose con las piernas cruzadas
al estilo indio, y sonrió—. Deberías
ver la pinta que tienes...

—¿Por qué es domingo? —Le iba a
estallar la cabeza. Era como si
pudiese sentir el latir de su corazón
en las sienes, en la nuca, en cada
centímetro de su piel. La palabra
«resaca» no tenía nada de divertido.
Nada.

—Llevas todo el día durmiendo.

Bueno, todo no. Te has levantado dos veces más a vomitar, sin contar esta última. Tendrás el estómago vacío. ¿Te apetece un zumo de naranja? Todavía quedan en el minibar.

—No, por favor.

Harriet intentó incorporarse un poco, apoyándose en el cabezal de la cama. Las sábanas blancas estaban arrugadas a sus pies y, por más que se esforzó por recordar cómo había llegado hasta allí, fue incapaz de dar con una respuesta.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que...?

Fue a tocarse el brazo izquierdo, pero Angie sostuvo su rostro entre las manos y la obligó a mirarla a los

ojos

mientras

presionaba

ligeramente sus mejillas.

—Escúchame, Harriet. Lo has

hecho muy bien, ¿de acuerdo? No te

asustes. Lo del brazo... Lo del brazo

es solo una tontería de nada. Lo

superarás.

—¿Qué demonios...?

Al final descubrió de qué hablaba

Angie.

En la cara interna de la parte

superior del brazo, tenía un tatuaje.

Un jodido tatuaje.

Respiró hondo.

—¿Es de henna, verdad? Se irá.

Con el tiempo se irá, ¿no?

—Cielo, me temo que no. —Angie

frunció los labios.

Harriet fijó de nuevo la vista en el
tatuaje. Eran tres pájaros negros y
pequeños
que
parecían
volar
libremente por su piel. No se les
distinguía la cara ni ningún rasgo
más allá de la silueta oscura, como
si fuesen tres sombras. Los bordes
todavía estaban algo hinchados y
rojizos, pero era incapaz de dejar de
mirarlo. Tenía algo... algo bonito,
aunque no sabía explicar el qué. No
la simbolizaba a ella, eso seguro.
Pero quizá sí a la chica que a Harriet
le hubiese gustado ser.

—¿Estás bien? —Angie estaba
preocupada.

—Creo que sí. Me siento un poco

rara. —Apartó la mirada de aquellos pájaros negros que a partir de ahora siempre la acompañarían en el camino—. Cuéntame qué ha pasado.

—¿De verdad no lo sabes? Harriet, dime lo último que recuerdas.

—¿Lo último...? —Se devanó los sesos intentando aclarar las ideas.

Pero todo estaba difuso, como si la noche estuviese plasmada en un dibujo a carboncillo y alguien hubiese emborronado con los dedos las líneas y los trazos...—. Estaba en la barra con Luke. Nos tomamos unos chupitos y jugamos a verdad o reto. Después... bailamos y creo que bebimos otra copa —suspiró—. ¿Pasó algo más?

Angie hizo un ruidito extraño con la boca y terminó de hacerse una

coleta con el lazo rosa que una de las chicas pompones había atado a su muñeca la pasada noche.

—Por favor, suéltalo ya. Sigo teniendo ganas de vomitar, llevo un tatuaje de pajaritos en el brazo y no sé en qué día vivo. No puede haber nada peor, ¿verdad? Dime que no.

—¡Claro que no! En realidad, todo está bien ahora. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, a pesar de que necesitaba una ducha con urgencia

—. Desapareciste al irte al baño y yo me despisté durante un rato con ese grupo tan divertido de solteras; sobra decir que también iba un poco achispada. Luego intenté buscarte y te llamé unas mil veces, pero no conseguí localizarte. Hasta que tú te pusiste en contacto conmigo sobre

las siete de la mañana. —Harriet la escuchó con atención, procurando recordar algún que otro detalle y encajar las piezas sueltas—. Me dijiste que estabas en un local de tatuajes, con el amor de tu vida, y que acababas de ganar una competición de camisetas mojadas. —¡NO! —¡Sí! De hecho, te dieron un trofeo y todo. —Angie se inclinó hasta alcanzar la diminuta figurita dorada de plástico que descansaba sobre la mesilla—.

Tuve

que

comprar una camiseta en una tienda
de souvenirs, por la que me trincaron
veinticinco dólares, para que te la
pusieras por encima del vestido.

Cuando conseguí llegar al local de
tatuajes ya era demasiado tarde,
tanto tú como él teníais esos
dichosos pájaros en el brazo. Los
elegiste tú, por cierto. Decías que
simbolizaban la libertad.

Harriet había enmudecido. Nada
de todo aquello era posible. Algunas
imágenes sueltas y difusas se
adueñaron de su mente, pero no
logró descifrarlas. Ante su silencio
pasmoso, Angie prosiguió relatando
la velada.

—Lo único bueno fue que me

aseguró que os ibais a casar. Dijo, literalmente, que nunca pensó que fuese a terminar enamorándose de una abejita repostera. Créeme, es probable que él recuerde mucho menos que tú porque iba como una cuba. Y ahí fue cuando vi la oportunidad y decidí aprovecharla. Entendí que era uno de esos momentos de «ahora o nunca». Fue casi como una señal divina. ¡Tenía frente a mí a un tío borracho que quería casarse contigo! Así que lo organicé todo: fuimos a la oficina del Condado a buscar la licencia de matrimonio (aún no sé cómo, logré llevaros allí y rellené vuestros papeles), busqué la capilla más cercana y más barata (siento que no te casara Elvis, cariño, pero se salía

del

presupuesto),

y

luego

aparecieron sus amigos, que, por suerte, estaban igual de sobrios que tu querido marido. —Sonrió y después habló despacio, como si estuviese saboreando cada palabra —. Harriet Gibson, ¡ahora eres una mujer casada!

Se miraron en silencio durante unos instantes. Harriet podía oír el latir rítmico y asustadizo de su corazón.

—¿Lo dices en serio?

Se apartó el cabello rubio de la frente con una mano y notó su cuerpo sacudirse; le embargó una mezcla de alegría, confusión y algo

más que no supo identificar. Ni

siquiera

advirtió

que

estaba

llorando hasta que sintió las

primeras lágrimas surcando sus

mejillas.

—¡No llores! ¡Lo has conseguido!

Y casi sin proponértelo. —Sacó del

cajón de la cómoda unos papeles

grapados y se los tendió—. El

certificado de matrimonio. Este es

temporal, pero servirá. En unas

semanas te llegará por correo el

original.

—No... no me lo puedo creer...

Todavía no lo asimilo. —Se tapó la

boca con una mano mientras leía

algunas palabras sueltas. Y entonces

lo

vio,

ahí

estaba,

claro

y

contundente: «Luke Evans». Joder.

Estaba casada con Luke Evans. Era

real. No estaba dentro de una

disparatada película de sobremesa.

Aquello era muy muy real—. Estoy

casada.

—¡Sí!

—Estoy casada. Muy casada —

repitió.

—¡Harriet, vas a tener la pastelería!

—¡Dios mío!

Ya no podía controlar el torrente

de lágrimas. Angie la abrazó con

fuerza y ella se desahogó sobre su

hombro. Por primera vez en su vida
la suerte estaba de su parte. Cocinar
era lo único que Harriet creía hacer
medianamente

bien,

y

estaba

deseando demostrarle al resto del
mundo que servía para algo, que
podía, de verdad que podía lograrlo
si le daban una oportunidad.

—Y tengo algo para ti. —Angie se
separó de ella y le tendió una
pequeña

bolsita

azul—.

Hace

muchos años te di uno y te prometí
que cada vez que dieses un paso
hacia delante te regalaría otro. Sigo

estando orgullosa de ti. Cada día
eres más fuerte. Somos más fuertes.
Sonrió mientras ella sacaba la
sortija del interior de la bolsita y se
la ponía en el dedo anular, al lado
de la que le había regalado años
atrás en aquella deprimente clínica
y que siempre, siempre, llevaba
encima.

La
nueva
tenía
una
diminuta y preciosa piedra verde en
el centro, y Harriet se preguntó si el color tendría relación con ciertos
ojos que ya nunca volvería a ver.
—Angie, te quiero. Y no te
merezco —balbuceó. Los restos de
rímel teñían sus pómulos y tenía los
ojos enrojecidos—. Te quiero, te

quiero, te quiero...

UN AÑO Y SIETE

MESES DESPUÉS

1

Un cupcake resbaló de la caja de cartón y cayó sobre la acera de la calle. La señora Minerva Dune y su amiga, Elsie Cook, pasaron de largo sin dejar de susurrar entre ellas e ignoraron con descaro a la joven rubia que parecía necesitar ayuda. A Harriet no le importó. Al menos, no tanto como le hubiese importado años atrás.

Estaba

más

que

acostumbrada a los rumores que circulaban por Newhaptton y había

aprendido a desoírlos y a fingir que la cosa no iba con ella.

Dejó en el suelo la caja y la bolsita de papel que llevaba encima y se agachó para recoger los restos del cupcake y tirarlos a la papelera más cercana. Después entró en el local de Jamie, donde seguía trabajando durante el turno de noche, y depositó la comida sobre la tarima más cercana a la despensa.

Sobraban tantos dulces diariamente que llevarlos allí tras cerrar la pastelería se había convertido en una especie de ritual. Así podían utilizarlos en caso de que hubiese

una celebración de cumpleaños o servirlos como detalle si acudía algún cliente a última hora de la tarde, antes de que anocheciera y el lugar se llenase de gente con ganas de bailar y divertirse.

—¿Qué tal el día? —preguntó Jamie.

—Un poco solitario. —Se quitó la chaqueta—. ¿Todavía no ha llegado Angie?

—Vendrá más tarde. Ha tenido que llevar a su madre a la estación, ya sabes.

Tras mucho esfuerzo, entre todos habían logrado convencer a la señora Flaning de que necesitaba unas vacaciones, y el viaje que anualmente organizaba el club de costura era la excusa perfecta. Doce

mujeres se tomaban quince días
libres y disfrutaban del sol y el buen
tiempo en la costa del suroeste. A
Barbara le hacía falta salir un poco y
dejar de preocuparse tanto por los
demás,
porque
constantemente
sufría por Angie y Jamie y la
estabilidad del local, y por Harriet y
su negocio de repostería, por el
pajarito con el ala rota que se había
encontrado en el jardín... Por todo.
Y era un rasgo que se había
acentuado en ella después de que el
padre de Angie le pidiese el divorcio
y se mudase a Dallas.

—Hoy vienes cargada. —Jamie
sacó de la bolsa un donut rosa con
virutas de colorines y le dio un

mordisco. —Pues ellos se lo pierden,
¡está buenísimo! —se relamió con
los ojos entrecerrados.

—Gracias —le sonrió.

—Ya verás, la gente se dará cuenta
en algún momento de que Pinkcup
es la mejor pastelería del mundo. —
Abrió dos cervezas, le tendió una a
Harriet y le dio un trago a la suya—.

En serio, confía en mí. Tengo un
paladar

que

vale

millones

y

preferiría que me amputasen un
dedo antes que pasar el resto de mi
vida sin esto. —Alzó la mano en alto
y engulló el último trozo del donut
—. Hum. Delicioso —farfulló con la

boca llena.

Harriet sonrió y empezó a bajar
las copas del estante más alto y a
colocarlas
sobre

la

encimera

principal. En menos de media hora
abrirían las puertas de Lost y
empezarían a llegar los primeros
clientes. Jamie se encargó de
organizar las botellas de diversos
licores mientras se comía un
segundo donut. El novio de Angie
tenía la suerte de mantenerse
delgado a pesar de atiborrarse de
guarradas diversas; era alto, llevaba
la cabeza rapada y tenía un brazo
lleno de tatuajes, desde el dedo
anular hasta el hombro. El otro

estaba limpio. Y, si alguien le
preguntaba el por qué, siempre
respondía que simbolizaba las dos
partes de sí mismo que creía poseer.
Vestía camisetas sencillas y oscuras
y pantalones vaqueros un poco
anchos.

Barbara

Flaning

solía

sugerirle si necesitaba que le entrase
un poco de tela y él le explicaba de
nuevo, con esa infinita paciencia
que

lo

caracterizaba,

que

su

intención era llevarlos precisamente
así, holgados.

Al ser todavía jueves, la noche fue tranquila. Angie apareció una hora más tarde y la ayudó detrás de la barra mientras le contaba lo mucho que su madre se había resistido a subir en el tren hasta casi el último instante.

—He estado a punto de darle un empujón y meterla dentro a la fuerza.

—No te sientas culpable. Lo haces por su bien. —Harriet sabía que, desde el divorcio, Angie intentaba contentar a la señora Flaning más de lo que era habitual en ella—. Le vendrán genial estas vacaciones. Ya verás.

—Y a mí también. Necesito perderla de vista.

—Mientes. La adoras.

Angie puso los ojos en blanco.

—Está bieeeeeen. La adoro.

—¿Me adoras a mí? —Jamie
apareció y apoyó los codos en la
barra.

—Te

adoraría

si

fueses

un

millonario atractivo que me llevase

en helicóptero y tuviese una

habitación roja y...

—¡Ya estamos otra vez con el
dichoso Grey!

—Cielo, te llamas Jamie, piensa
que solo te falta el Dornan para estar
más cerca del objetivo. Poco a poco

—bromeó Angie.

Jamie resopló y luego volvió a

sonreír. Siempre estaba sonriendo.

—Deja esas copas ahí, Harriet.

Mañana las colocamos antes de abrir. Es tarde, será mejor que nos vayamos ya.

—El jefe manda —arguyó Angie.

Se despidieron poco después en la puerta del local. Harriet se dirigía en la dirección contraria y debía recorrer una distancia de diez minutos a pie para llegar a casa. A su nueva casa (aunque, en un sentido literal, de «nueva» tenía poco). Tras conseguir abrir la pastelería, hacía ya casi un año, había vendido a buen precio la enorme casa en la que se había criado con su padre. Odiaba vivir allí. Era un lugar repleto de malos recuerdos, vacío, lúgubre; no se

arrepentía de la decisión que había
tomado.

Ahora vivía en la zona más
alejada del centro del pueblo, casi al
inicio del bosque. De hecho, las
ramas de un abeto rozaban la
marquesina
de
la
casa.

Era
acogedora, construida en madera,
con un porche diminuto que Harriet
nunca usaba. Todo lo contrario a la
terrazza que daba a la parte trasera.
Resultaba más íntima, más solitaria.
Y, aprovechando que el tejado a dos
aguas la cubría, había dejado allí
multitud
de

almohadones

de

colores a modo de asiento. Enfrente había un poco de terreno en el que crecían flores y hierbas silvestres, que parecían estar siendo engullidas por el frondoso bosque, y un cobertizo donde guardaba trastos viejos. Después de pelearse con el calefactor para ducharse con agua caliente, intentó fingir que no percibía el mal aspecto de la madera, ni la chapa que se había desprendido de una esquina del tejado ni los cajones que no cerraban bien, porque ya le había pedido a Jamie demasiados favores los últimos meses.

Se vistió con un suéter gris y unos pantalones de pijama y se dirigió a

la cocina, que sin duda era la
estancia
que
le
había
hecho
decidirse a comprar aquella casa.
Era muy grande; el gran ventanal
daba al bosque y, durante el día,
penetraban los escasos rayos de sol
que se acercaban a saludar por allí.
Harriet tenía una tarima larga sobre
la que cocinar, un horno de tamaño
considerable y una isla en medio
por si la infinita encimera no era
suficiente. Allí había colocado dos
taburetes de madera que Angie,
Jamie o la señora Flaning solían
utilizar cuando venían de visita y
ella estaba cocinando.

Encendió el televisor del salón,
porque a veces el silencio se le
antojaba demasiado denso, y se
preparó un sándwich de mermelada
para cenar. Ni siquiera se sentó para
comérselo, le dio tres bocados
mientras sacaba de la nevera los
ingredientes necesarios para hacer
la masa de hojaldre que necesitaba
para el día siguiente. Últimamente,
se esforzaba por variar más. Había
productos fijos, como la tarta de
limón, de queso y de chocolate, los
cupcakes o los caramelos de fresa
con forma de corazón.

Y luego estaban aquellos dulces
que solo realizaba uno o dos días a
la semana con la intención de
comprobar cómo respondían los
clientes

ante

ellos,

como

las

cazuelitas de hojaldre con gelatina

de naranja y virutas de chocolate

que estaba a punto de empezar a

preparar. Si quería innovar y probar

cosas nuevas, adelantaba en casa

todo el trabajo posible para luego ir

más desahogada. Por suerte, de

lunes a jueves el bar no cerraba

demasiado tarde y ella podía

dedicarse a lo que más le gustaba.

Harriet esperaba que Pinkcup se

afianzase con el paso del tiempo. La

pastelería había ido ganándose una

clientela fija a cuentagotas, pero no

era suficiente para mantener el

gasto del negocio, sobre todo porque

la gente más joven no derrochaba tanto y, además, no solían hacer demasiados encargos u organizar eventos, que era algo que reportaba muchas ganancias. Por eso seguía trabajando por las noches media jornada en el pub de Jamie, para lograr equilibrar las cuentas y no tener que cerrar.

A ella no le molestaba tener dos trabajos

o

quedarse

hasta

la

madrugada leyendo libros de cocina

y adelantando los preparativos del

día siguiente. Lo único que a Harriet

le dolía era que muchos de los

habitantes del pueblo se negasen a

darle una oportunidad por meros

prejuicios y que juzgasen sus

pasteles

sin

siquiera

haberlos

probado. Eso sí la hacía rabiar.

Y

cuando

ocurría,

cuando

escuchaba

algún

comentario

hiriente a sus espaldas o alguien

volvía a sacar a la luz el nombre de

Eliott

Dune

(halagándolo,

por

supuesto), fijaba la vista en los
pájaros. En el tatuaje de los pájaros.

Por

alguna

extraña

razón

la

tranquilizaba hacerlo. Le recordaba

que, aunque se reprimiese y

aguantase con la cabeza gacha, en

realidad sí que existía otra parte de

sí misma, más libre y rebelde, que

todos ellos desconocían.

Todavía

no

había

amanecido

cuando apagó de un golpe el

despertador. Desayunó, se vistió y

guardó en una bolsa de mano el

recipiente donde llevaba la masa de
hojaldre y un par de ingredientes
más
que
necesitaba.

Después,
recorrió a pie los quince minutos
que tardaba en llegar al trabajo.

Pinkcup era un local de tamaño
medio

y

el

nombre

del

establecimiento estaba escrito en
cursiva con letras redondeadas y
rosas. Dentro, las paredes y el
mobiliario eran de color blanco, y
frente al mostrador acristalado, que
más tarde llenaría de dulces, había

una mesa baja rodeada de taburetes
de
madera.

Harriet

la

había

colocado allí para reunirse con los
clientes cuando alguien pedía algo
más específico, como una tarta de
boda (de momento solo le habían
encargado dos), un catering especial
para cumpleaños (cuatro pedidos) o
cualquier otra sugerencia para la
que necesitase hablar con antelación
u ofrecer una pequeña cata de
muestra.

Fue directa hasta la parte de atrás.

Había

varios

hornos,

cámaras

frigoríficas y enormes encimeras de
metal.

Harriet

dispuso

los

ingredientes en orden y se ató el

delantal

mientras

organizaba

mentalmente las tareas del día. Con

la práctica, había aprendido qué

debía hacer antes, el truco para

conservar

algunos

de

los

ingredientes y la anticipación de

tener preparados añadidos extras

como salsas, bolitas de caramelo,

virutas, mezclas de frutos secos... Ya que no podía contratar a nadie más, se esforzaba por agilizar su trabajo todo lo posible.

Cuando subió del todo la persiana y abrió, el expositor ya estaba repleto de diferentes dulces y el local olía a canela y a masa recién horneada. Como todas las mañanas, puntual, el señor Tom fue el primero en llegar y en pedir pan y una porción de pastel de queso con salsa de arándanos. Harriet le atendió sonriente y colocó el dulce dentro de una cajita de cartón que llevaba un asa desplegable.

—¿Tienes algo nuevo hoy? —preguntó. Tom estaba jubilado, cosa que no le impedía madrugar, y tenía una forma de hablar tosca, con

sequedad; aunque se había ganado
a pulso la fama de huraño, a ella
siempre le había parecido que
escondía cierta ternura.

—Tartaleta

de

hojaldre

con

gelatina de naranja y virutas de
chocolate.

—¿Cómo se te ocurren esas cosas,
niña? —gruñó y luego negó con la
cabeza—. Ponme dos.

Harriet plasmó toda su alegría en
una sonrisa enorme. No siempre el
señor Tom se animaba a probar algo
nuevo. Y no había nada que a ella le
gustase más que ensayar mezclas
diferentes y volcar su creatividad en
texturas, sabores y aromas. Le cobró

la compra y él se despidió con otro gruñido (era su forma de expresar algo parecido al cariño).

A lo largo de la mañana vendió casi todo el pan que había horneado, que era con diferencia el producto más demandado, algunos dónuts caseros y cupcakes, cuatro porciones de tarta, dos tartaletas de hojaldre más y una bolsita al peso de galletas de mantequilla. No se podía quejar. Al mediodía apenas tenía clientela, así que bajó un poco la persiana y engulló galletitas saladas en la trastienda y un par de dulces,

mientras

ultimaba

los

preparativos para el día siguiente.

Jamie se dejó caer por allí diez minutos antes de que volviese a abrir y aprovechó la visita para asaltar el mostrador y devorar todo lo que pilló a su paso.

—Entre una mamada y esta gelatina de naranja... tendría serias dudas. —Se relamió los dedos—. En serio. Está increíble. Debería ser un producto fijo.

—Gracias por ser siempre tan gráfico.

—Nos vemos esta noche. —Jamie sonrió—. ¿Te subo la persiana?

—Sí, por favor.

El resto de la tarde fue muy tranquilo. Apenas llegaron un par de clientes y Harriet aprovechó para preparar la masa de los cupcakes que hornearía al día siguiente. Cuando

hubo terminado todo lo que tenía
por hacer y acabó de limpiar, le echó
un vistazo a los libros de cocina que
guardaba en el armario de la parte
trasera del expositor y hasta le dio
tiempo a entretenerse con un
pequeño mapa del mundo que
acostumbraba a llevar en el bolso;
intentaba leer y aprenderse los
nombres y la situación de cada país,
pero tenía una memoria deplorable
para la geografía.

Ya estaba incluso planteándose la
posibilidad de cerrar un poco antes,
cuando un chico entró en el
establecimiento. Llevaba unas gafas
de sol estilo aviador. ¿Y quién lleva
gafas de sol en un pueblo del
interior cuando ni siquiera es
verano? Siempre estaba nublado. O

lloviendo. O nevando. La llegada del calor era todo un acontecimiento.

Así que a Harriet no le costó deducir que era algún turista perdido. Vestía un suéter gris jaspeado y unos vaqueros con un roto en la rodilla. Y tenía una de esas formas de caminar seguras, gráciles, como si el mundo estuviese a sus pies.

—¿Harriet Gibson?

—¿Qué desea?

Apoyó las manos en el mostrador y ella se fijó en sus dedos largos y masculinos y en la piel algo seca que recubría los nudillos.

—He venido a preguntarle a mi adorable mujer qué hay para cenar esta noche. Pollo al horno me va bien. Con las patatas poco hechas, por favor.

Él se quitó las gafas de sol y
Harriet tropezó con unos familiares
ojos verdosos. Luke Evans estaba
allí. En Newhapton. En su pastelería.
Se esforzó por no comenzar a
hiperventilar. Iba a necesitar toda la
suerte del mundo para salir ilesa de
aquel embrollo.

Abrió la boca, dispuesta a negar
cualquier tipo de acusación, pero
justo en ese preciso instante sonaron
las campanillas de la puerta y la
señora Heldie, una de sus clientas
más
fieles,
entró
en
el
establecimiento.

—Lo siento, pero está cerrado —le

indicó Luke, y Harriet se quedó sin
habla ante su desfachatez. Sin
embargo, dada la delicada situación,
supo que su mejor baza era
mantenerse callada.

—En el cartel pone que está
abierto —protestó la señora Heldie.
Luke resopló, se acercó a la puerta
de la tienda con dos grandes
zancadas y giró el cartelito. Lo
señaló.

—Ahora vuelva a leerlo, señora.

—Supongo que debería regresar
en otro momento.

—Supone mejor que lee.

Harriet estuvo a punto de romper
el voto de silencio, pero por suerte la
señora Heldie pareció asustarse lo
suficiente como para abandonar a
toda prisa el lugar. Sin mediar

palabra, él bajó la persiana de fuera
para que nadie más pudiese
interrumpirlos. Ella tragó saliva,
nerviosa y ansiosa, deseando que se
le ocurriese alguna idea brillante.
—¡Qué alegría encontrarte al fin,
cariño! —Cogió una galleta de
mantequilla que había sobre el
mostrador y le dio un bocado—. Así
que mi querida esposa se dedica a
hornear bonitas galletitas mientras
yo me paso media vida intentando
conseguir un puto divorcio. —La
tensión en su mandíbula era notable
—. Vamos a ver, dame una jodida
razón para que entienda por qué
demonios
mi
abogado
lleva

buscándote desde entonces. ¿Te
haces una idea de cuánto tiempo de
mi vida he desperdiciado por tu
culpa? Debería demandarte. De
hecho, es probable que lo haga.
—No sé de qué me hablas... —
Tenía la boca completamente seca—.
Yo no me llamo Harriet Gibson. Me
llamo...

Lo último que esperaba era que
Luke Evans le cogiese el brazo y le
arremangase la camiseta hasta dejar
al descubierto los tres pájaros
negros. Así, como si tuviese algún
derecho a tocarla sin molestarle
siquiera en preguntar. Él ladeó la
cabeza, sin apartar la vista del
tatuaje y luego volvió a alzar la
mirada hacia su rostro. Estaba muy
enfadado cuando Harriet logró

zafarse de sus garras.

—Deja de mentir. Joder.

—Puedo... puedo explicártelo.

—De acuerdo. Sorpréndeme.

Luke se cruzó de brazos y Harriet
cerró los ojos e inspiró hondo,
intentando concentrarse y pensar
algo bueno..., algo que pudiese
apaciguar su mal humor... Sabía que
el abogado de Luke Evans estaba
buscándola y que, unos meses atrás,
incluso
habían
localizado
el
teléfono de Angie (que era el que
ella había dado en los papeles de
inscripción) y su amiga se había
visto obligada a inventarse una
ficticia quedada en Las Vegas como

método para ganar tiempo. Pero
jamás, jamás pensó que él la
encontraría y aparecería allí, en
aquel pueblo alejado de todo y
todos, exigiéndole una explicación.

Y justo ahora, cuando apenas le
faltaban cinco meses para cumplir
las condiciones del testamento y
poder

pedir

el

divorcio

sin

consecuencias.

—Es... es una historia muy larga.

—No hay problema. —Luke sonrió
falsamente—. Tengo todo el tiempo
del
mundo
para

mi

querida

mujercita. Adelante. Empieza a
cantar.

2

Luke deslizó un dedo por el cristal
del expositor mientras ella parecía
pensar qué decir. No era la única
que estaba nerviosa. Él llevaba casi
dos años esperando ese momento,
buscando a la misteriosa joven con
la que se había casado durante un
fin de semana de juerga. No
esperaba encontrarse a alguien así.
Apenas recordaba a la rubia con la
que se emborrachó, pero los pocos
detalles que había memorizado no
tenían nada que ver con esa chica
dulce e inofensiva que tenía
enfrente.

El cabello rubio le llegaba a media espalda y se ondulaba ligeramente en las puntas. Tenía un cuerpo menudo y delgado, aunque Luke rápidamente adivinó que su talla de sujetador era más que aceptable. Y sus ojos eran de un increíble color avellana y estaban repletos de luz, de vida. Él se obligó a calmarse cuando vislumbró en esos mismos ojos un atisbo de temor.

—No voy a hacerte daño. Solo quiero entenderlo. Y conseguir el divorcio, claro.

Harriet le sostuvo la mirada unos instantes, sopesando si era de fiar o si, por el contrario, podía resultar peligroso.

—Tenía que casarme con alguien

—confesó finalmente apenas en un

susurro inaudible—. Antes de morir,
mi padre puso una cláusula en su
testamento para que no pudiese
acceder a su herencia a menos que
contrajese matrimonio. No era gran
cosa, pero necesitaba el dinero para
poder montar la pastelería. —Hizo
una
pausa
tras
hablar
atropelladamente—. Así que mis
amigos me regalaron un billete de
avión con destino a Las Vegas y la
intención de que lograra encontrar
un marido... El resto de la historia,
en fin, creo que sabes cómo terminó
todo.
—¿Te estás quedando conmigo?
¿Tengo pinta de imbécil?

—Es la verdad.

Luke comenzó a caminar de un lado al otro de la tienda y se llevó las manos al puente de la nariz.

Aquello no tenía ningún sentido y no era lo que esperaba averiguar al ir hasta allí, conduciendo durante más

horas

seguidas

de

lo

aconsejable. Luke se sentía perdido, muy perdido. Hacía tiempo que lo acompañaba la sensación de no encontrar su lugar en el mundo, de no tener nada útil que hacer con su vida; el hecho de desenmascarar a su esposa misteriosa se había convertido en una especie de

obsesión durante el último año y
pico porque, de algún modo
retorcido, era lo único «interesante»
que había trastocado el curso de sus
días. Así que, cuando su abogado le
aseguró que había conseguido una
dirección de un establecimiento
comercial a su nombre, no dudó en
poner rumbo allí porque, ¿total?,
tampoco tenía nada mejor que
hacer.

—Di algo. Cualquier cosa...

Luke tardó unos segundos en
contestar.

—Quiero el divorcio. Mañana. Sin
excusas. Pasaré a recogerte a
primera hora.

—Pero... ¡no! ¡No puedo! Por
favor...

—¿Qué más te da? —Luke la miró

con cierto desprecio—. Ya has conseguido lo que querías, ¿no? Tienes tu jodida herencia, así que deja de entrometerte en mi vida, a menos que desees que te acuse de fraude. Porque ambos sabemos que eso es exactamente lo que has hecho.

—Tú no lo entiendes...

—Entiendo que me piro. Y que me importa una mierda todo lo demás.

Te recogeré a las ocho y, si es necesario, iremos hasta Seattle, pero te aseguro que mañana seré un hombre soltero.

Y, sin más, levantó la persiana con una brusquedad innecesaria, produciendo

un

ruido

ensordecedor,

y

salió

del

establecimiento tan rápido como

había llegado.

Veinte minutos después, a Harriet

todavía le latía a mil por hora el

corazón. Era una bomba de relojería

dentro del pecho. Sentía pavor ante

lo que pudiese ocurrir, porque ¿qué

iba a hacer? No podía permitirse

devolver el dinero de la herencia,

eso desde luego. En su cuenta

bancaria apenas quedaba nada, todo

lo había invertido en aquella

pastelería

que

le

daba

más

problemas que alegrías.

Solo tenía una opción: suplicar. Y

rezar para que fuese compasivo,

claro, aunque todo apuntaba a que

el concepto «empatía» era algo

desconocido para él.

Aquella

noche

aguantó

estoicamente el turno en el trabajo.

Limpió las pocas mesas que había

(normalmente los clientes preferían

quedarse de pie o alrededor de la

barra), sirvió un sinfín de cervezas y

chupitos y dedicó más sonrisas de

las que merecían los tíos que le

lanzaban algún piropo cuando los

atendía.

—Estás rara.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

Angie la conocía tan bien...

—Me ha bajado la regla —siseó y se puso de puntillas para coger un par de jarras de cerveza de un estante alto.

—Te toca el día trece. Controlo tu periodo.

—A veces me das miedo. —Harriet sonrió por primera vez en toda la noche y luego, al recordar el marrón que tenía entre manos, volvió a serenarse.

Jamie

estaba

encargándose de la música al otro lado de la sala que, como era

viernes, estaba repleta de gente—.

Oye, ¿crees que podría... crees
que...?

—¡Suéltalo!

Angie se llevó a la cadera la mano
con la que sujetaba un trapo.

—Necesito salir un poco antes.

Solo un poco.

Trabajaba en Lost desde los
dieciocho años y solo en tres
ocasiones había pedido que la
dejasen marcharse antes de tiempo.

Una, una noche que tenía treinta y
nueve de fiebre. Dos, cuando su
padre, poco antes de morir, estaba
tan enfermo que no podía dejarlo
solo en casa. Y tres, ahora que Luke
Evans había llegado a su vida sin
avisar, sin llamar antes a la puerta y
pedir permiso para entrar.

Tenía que solucionarlo cuanto
antes. No esperaba a que mañana
fuese a recogerla para llevarla
directamente ante un abogado y
formalizar el divorcio.

—Harriet,

dime

qué

está

ocurriendo. —Angie ignoró a los
clientes que la llamaban tras la
barra y se inclinó hacia su amiga—.

Sabes

que

puedes

contarme

cualquier cosa.

—Dame un poco de tiempo.

Hablaremos mañana. Pero no tienes
que preocuparte por nada. Todo...

todo está bajo control —mintió.

—De acuerdo. Como prefieras.

Anda, márchate ya. Y si necesitas algo...

—Sé dónde estás. —Sonrió—.

Gracias.

La morena se giró para seguir atendiendo pedidos y Harriet fue a la trastienda y se puso el anorak encima de la camiseta de tirantes negra, a juego con los ajustados pantalones del mismo color que todos usaban para trabajar. Se despidió con la mano de un anonadado Jamie, que no pudo dejar su puesto para preguntarle qué ocurría, y salió del local.

El frío de la noche era punzante, húmedo. Harriet caminó por las calles de Newhapton disfrutando

del silencio que lo inundaba todo a
aquellas horas. El vaho escapaba de
sus labios y danzaba frente a ella
formando sinuosas ondulaciones.

No sabía si serviría de algo, pero
tenía que explicarle a Luke las
condiciones de la dichosa herencia.

Debía hacerle entender que si se
divorciaba antes de los dos años de
matrimonio

su

vida

estaría

completamente arruinada.

Por suerte, tenía la certeza de
dónde podría encontrarlo. Solo
había un hostel en el pueblo y
conocía bien a la propietaria, la
señora Galia, porque era una de las
mejores amigas de la madre de

Angie.

Llamó a la puerta y esperó hasta que Galia abrió. La mujer vestía un pijama de franela de color rosado y llevaba un gorro de dormir. Aunque no ocultó su sorpresa al ver a Harriet allí a aquellas horas, le dio un afectuoso abrazo y la invitó a entrar.

—El otro día mi marido trajo para el desayuno una caja de esos dónuts caseros que haces.

Estaban deliciosos. Les expliqué a varios clientes cómo ir a la pastelería, para que pudiesen comprar más. Pero cuéntame, cielo, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Le ha ocurrido algo a

Barbara?

—¡No, no! En absoluto. Angie la llevó ayer a la estación y hoy ha llamado y parece que le está sentando bien el clima más cálido —dijo—. En realidad, necesito un favor. Quería saber si un chico llamado Luke Evans se hospeda aquí. Esta tarde ha venido a la pastelería y creo que se le ha caído un billete de cincuenta dólares, pero no estoy segura. Me sabía mal que se marchase mañana temprano, antes de que pudiese devolvérselo, así que he venido en cuanto he terminado el turno de trabajo...

—Tú siempre tan considerada, niña. —Le palmeó la cabeza con cariño—. Si ese Luke es un chico guapo y un poco gruñón, creo que

puedo ayudarte.

—Encaja con la descripción.

—Cuando ha llegado esta tarde
estaba de muy mal humor y me ha
preguntado que dónde estaba el
McDonald's más cercano, ¿te lo
puedes creer? Le he dicho que a
más de setenta kilómetros y ha
subido hecho una furia a su
habitación. Está en la doce. ¿Quieres
que lo avise?

—No hace falta. Yo me encargo.

Pero gracias por la ayuda.

—No hay de qué. Será mejor que
vuelva a la cama. Ya sabes dónde
está la salida.

—Buenas noches, señora Galia.

—Buenas noches, Harriet.

Subió las escaleras despacio,
ganando algo de tiempo para pensar

cuál era la mejor forma de enfocar la conversación. Pero no había ninguna forma «buena», teniendo en cuenta que se había molestado solo por no conseguir una estúpida hamburguesa. La única razón por la que estaba allí era porque la alternativa, endeudarse hasta el fin de sus días, era mucho peor.

El pasillo de la tercera y última

planta

estaba

oscuro

y

poco

iluminado. Llamó a la puerta con

los nudillos y tomó una gran

bocanada de aire justo cuando él

abrió de golpe. Llevaba una toalla

blanca anudada a la cintura y

acababa de ducharse; las gotitas de agua todavía perlaban su cabello negro, y Harriet tuvo que apartar la vista de aquel torso atlético y musculoso.

—¿Qué coño haces aquí?

—Solo quería retomar la charla que hoy hemos dejado a medias en la pastelería.

—La daba por finalizada. —Se aferró al marco de la puerta y asomó la cabeza para echarle un vistazo al pasillo—. ¿Y quién demonios te ha dado el número de mi habitación?

¿Es que en este pueblo no conocéis la palabra «intimidad»?

Harriet señaló con el dedo el interior del sencillo dormitorio.

—¿Puedo pasar?

—Joder, claro que no.

—Bueno, pues... hablaremos aquí.

—Se removió con incomodidad—.

Solo quería pedirte un plazo de
tiempo antes de firmar el divorcio.

Cinco meses. Cinco meses y yo
correré con todos los gastos. Lo juro.

—¿Te haces una idea de cuánto
valen ahora mismo tus promesas? —

Luke sonrió con ironía—. Y, además,

¿por qué demonios iba a querer
esperar cinco meses? No, nada de
eso. Iremos mañana. O, mejor dicho,
hoy mismo, porque por si no te has
dado cuenta son más de la doce.

¿Tampoco os regís por horarios en
este lugar?

—¡Por favor, por favor! —rogó—. Si
me das ese tiempo, te deberé un
favor enorme. Pídeme lo que
quieras. ¡Cualquier cosa! —insistió y,

luego, se mordió el labio inferior
dubitativa—. Bueno, cualquier cosa
menos..., ya sabes.

—No, no lo sé.

—Sexo. Eso no.

—¿Tengo pinta de no conseguir
follarme a una tía por mis propios
medios?

En realidad, tenía pinta de tirarse
a quien le viniese en gana.

—Pues no lo sé. Supongo que es
cuestión de gustos.

—Me estás cabreando —siseó.

—No te lo tomes a mal. Solo digo
que es algo muy subjetivo.

Luke entornó los ojos. Tenía unas
pestañas largas y muy oscuras que
contrastaban con la claridad del iris
y, al mismo tiempo, ensombrecían
su mirada.

—Lo que me cabrea es lo que estás insinuando. Que coaccionaría a una mujer. O algo así. Eh, mira, me la pela. No quiero hablar más del tema, solo pretendo conseguir ese divorcio y continuar con mi vida de mier...

Dejó de hablar antes de terminar de pronunciar aquella palabra y luego suspiró hondo y pareció reprocharse algo a sí mismo. Harriet ladeó la cabeza y lo estudió en silencio unos instantes. Había algo en él que la descolocaba. Le hubiese gustado preguntarle por qué consideraba que su vida era una mierda, pero, dada la situación, se

centró en la conversación que
tenían entre manos.

—Solo lo he dicho a modo de
apunte. No era algo que pensase
realmente.

—Pues, de ahora en adelante,
haznos un favor a todos y guárdate
esos interesantes apuntes para ti.

Un silencio tenso se instaló entre
ellos. Harriet cambió el peso del
cuerpo de un pie al otro con actitud
vacilante y se abrazó los codos.

—¿Me darás esos meses de
margen? ¿Tenemos un trato?

—Qué graciosa eres. Pues claro
que no.

—Vas a arruinar mi vida, ¿es que
no lo entiendes?

—No es mi problema. No soy una
hermanita de la caridad.

Ella ni siquiera se había percatado de haber empezado a llorar hasta que él la miró alarmado, como si fuese la peor situación posible a la que tuviese que enfrentarse. Al principio la contempló con cierta dureza, pero al segundo sollozo su mirada se suavizó y presionó los labios con fastidio.

—Deja de llorar.

Pero no podía. No podía parar de hacerlo. Estaba frente a un completo desconocido, totalmente indefensa, a un paso de ver su existencia convertida en un montón de escombros tal como todas las personas que habían pasado por su vida habían previsto: desde su madre, que prefirió marcharse antes que permanecer a su lado, hasta su

padre, y Eliott Dune. Todos ellos,
finalmente, habían estado en lo
cierto. No tenía el suficiente carácter
para
mantener
un
negocio.

Sencillamente, estaba fuera de sus
posibilidades.

Sintió un nudo en el estómago y
sollozó más fuerte. Se llevó las
manos
al
rostro,
intentando
ocultarse, y giró sobre sus talones
antes de comenzar a caminar pasillo
abajo. Al menos, podía asegurar que
había hecho todo lo que había
estado en su mano. Incluso arriesgar

demasiado. Todo.

—Eh, quieta ahí. Para de llorar. Lo digo en serio.

La retuvo apoyando una mano en su hombro y Harriet se movió a un lado para rehuir del contacto. Él expulsó entre dientes el aire que había estado conteniendo.

—Veamos si podemos llegar a algún tipo de acuerdo. Entra en la habitación, antes de que algún cliente raro me denuncie por escándalo público

—agregó, sujetándose la toalla con la mano que tenía libre e instándola a que se metiese en la estancia.

Ella se sentó en la cama y él ocupó la silla que había enfrente. Sus pies

casi rozaban el borde de la colcha que colgaba. No había nada más en el dormitorio, aparte de una mesita de madera de pino y una puerta algo desvencijada que conducía al cuarto de baño. Una maleta enorme estaba abierta en el suelo.

—¿No deberías ponerte algo de ropa? —sugirió Harriet—. Hace frío.

Hacía frío, era verdad. Pero, además, le molestaba lo hipnótico que resultaba mirar la forma en la que el estómago de Luke se encogía cada vez que este tomaba una bocanada de aire. Podía contar uno a uno los músculos que se adivinaban en aquella piel morena.

Y, en efecto, también llevaba un tatuaje de tres pájaros negros en la cara interna del brazo izquierdo,

justo igual que ella. Sin embargo, no era el único. En un hombro había una especie de escudo que a Harriet le sonaba haber visto antes, en el brazo derecho, una brújula y casi en la cadera, ¿el dibujo de un erizo?

¿En serio?

Luke se entretuvo intentando encontrar una camiseta de manga larga y luego se excusó y fue al baño a cambiarse. Cuando salió, por suerte para Harriet, estaba completamente vestido.

—¿Por qué has traído una maleta tan grande?

—No es asunto tuyo —suspiró mientras se dejaba caer otra vez en

la silla—. Y ahora cuéntame por qué necesitas esos cinco meses. Quiero saber toda la historia. Toda. No más sorpresas.

Odio

las

jodidas

sorpresas.

—La raíz de la cuestión es que mi padre era un machista. O un misógino. No lo sé, porque nunca lo entendí. El caso es que supongo que pensó que necesitaría un hombre a mi lado para poder disponer de la herencia, así que...

—... tenías que casarte. Eso lo sé.

—Y una de las condiciones era que el matrimonio durase como mínimo dos años. Imagino que querría asegurarse de que no

cometiese un fraude.

—Parece que tu padre te conocía
bien...

—masculló

Luke

entre

dientes.

—En absoluto. ¡No me conocía
una mierda! —Harriet lo miró
enfadada. Hacía mucho tiempo que
no salía de su boca un taco. No con
esa facilidad, al menos. Solía
contenerse—. Perdona.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—No pretendía hablarte así.

Luke Evans rio. Seguía teniendo
aquella risa que a Harriet le había
llamado la atención en la piscina:
vibrante, sincera, despreocupada.

—No es gracioso —insistió ella—.

Si me divorcio antes del plazo
tendré que devolver todo el dinero
que me dejó. ¡No es mucho, pero no
puedo hacerlo! —Se llevó las manos
a la frente, desesperada—. ¿No lo
entiendes? El dinero es la pastelería.
Todo está invertido ahí. Tendría que
pedir un préstamo al banco y no
creo que me lo concediesen y...

—Deja de hablar tanto y tan
rápido —interrumpió Luke con el
ceño
fruncido—.

Te
estresas
demasiado. Y puede que sí quiera
pedirte algún favor. Ya veremos.

3

—¿Cómo que ya veremos?

—Ahora necesito dormir un rato.

—¿Eso significa que no vamos a divorciarnos?

Luke se puso en pie y la miró en silencio durante unos instantes.

Estaba siendo un capullo. Otra vez.

En realidad, era la única forma de comportarse que conocía. ¿Qué era lo que pretendía? No estaba seguro.

Solo sabía a ciencia cierta que no quería regresar a San Francisco y que, al salir de casa con la excusa de buscar a su misteriosa esposa, había hecho una maleta más grande de lo necesario. Por si acaso. «¿Por si acaso qué?» Ni idea. Al principio había pensado en recorrer la costa de punta

a

punta,

parando

en

albergues,

sin

horarios

ni

obligaciones, sin nada por lo que

preocuparse. Al fin y al cabo, ahora

que no tenía un trabajo, ya no tenía

ninguna

responsabilidad.

Su

existencia era como un lienzo

totalmente en blanco, sin pasado, sin

presente ni futuro. Luke había

esperado que, al cumplir los

veinticinco, se sentiría satisfecho al

mirar atrás y recordar todos los

logros que habría ido acumulando a

lo largo de su vida. Nada más lejos

de la realidad. Se sentía vacío, y

alcanzar aquella cifra y el hecho de
ver cómo sus amigos seguían
adelante tan solo había acentuado
más su desesperación.

Así que llevaba un par de meses
cometiendo todo tipo de locuras.

Cualquier cosa que se le pasase por
la cabeza con tal de sentirse un poco
vivo. Se había tirado en paracaídas,
se había emborrachado más de lo
debido y había hecho todo lo que le
apetecía y cuando le apetecía. ¿El
resultado?

Seguía

notando

un

extraño e incómodo vacío en su
interior. Le faltaba algo, el problema
era que no sabía el qué. Lo único
por lo que había estado dispuesto a

esforzarse hacía años que quedó
lejos de su alcance y pasó de ser un
sueño dorado a un sueño frustrado
que detestaba rememorar.

Y ahora estaba allí, en un pueblo
anclado en el pasado que no tenía
nada que ver con su forma de vida,
frente a una chica que despertaba en
él cierta compasión. Eso no era
bueno. Por favor..., ¡si ni siquiera
conseguida conectarse a internet con
el teléfono! Pero aun así... aun así
aquello

era

diferente,

nuevo,

curioso. Esos adjetivos pasarían a la
historia en poco tiempo, pero
mientras tanto...

—Puede que simplemente me

quede por aquí.

—¿Aquí? ¿En Newhapton?

—No, en un mundo de purpurina
y hadas y caritas sonrientes flotantes

—farfulló malhumorado—. ¡Pues
claro que sí! Y necesitaré un lugar
donde pasar estos días. Es decir, que
me quedaré en tu casa. Perdón. En
nuestra casa. Es lo que tiene casarse:

una

vida

en

común,

bienes

compartidos,

mucho

amor

desinteresado en la enfermedad y

blablablá.

Harriet tardó en reaccionar. Sus

pequeños puños aferraron la colcha de la cama. Luke no supo por qué, pero le hizo gracia el gesto, como si canalizase toda su rabia a través de algo tan... inofensivo.

—¡No puedes quedarte en mi casa!

—Ya lo creo que sí.

—Es... es imposible.

—¿Por qué?

—Porque ahí vivo yo.

—¿Dónde está el problema? Seré tu simpático compañero de piso. Y ahora largo, necesito dormir un poco, ¿sabes cuántas horas he conducido para llegar hasta aquí?

—No creo que tengas nada de simpático.

—Ahí te doy la razón.

Iba a decirle que antes era más majo. De verdad que sí, antes lo era.

Pero se había cansado de estar
siempre de buen humor y de poner
una sonrisa cuando en realidad
estaba enfadado con el mundo y con
la poca porción de suerte que le
habían repartido. Ni siquiera le
habían dado un trozo del pastel,
solo una puta migaja irrisoria.

Ella se puso en pie y Luke se dejó
caer en la cama, agotado. Las
sábanas olían al detergente en polvo
que usaba su abuela cuando él era
pequeño. Inspiró hondo.

—Oye, cometí un error. Lo sé. Y lo
siento
mucho.

Lamento

las

molestias

que

haya

podido

ocasionarte por culpa de esa boda,

pero lo cierto es que ni siquiera lo

planifiqué. Estaba tan borracha

como tú y al final surgió sin

pretenderlo...

Luke pensaba que se había ido. Se

giró, tumbándose boca arriba y se

llevó los brazos a la nuca sin dejar

de mirarla. Seguía plantada en

medio de la habitación, como si

tuviese algún derecho a estar

indignada.

—¿Eres una mentirosa compulsiva

o algo así, como en esa película de

Jim Carrey? Físicamente pareces

normal —en realidad le parecía muy

apetecible—, pero en cuanto abres

esa boquita que tienes...

—Te digo la verdad. Lo prometo.

—Esta conversación empieza a aburrirme. Te resumo el final: o aceptas que me quede o nos divorciamos dentro de unas horas.

Elige. Tienes hasta mañana para pensártelo.

Mientras

tanto,

te

agradecería que me dejases dormir.

Y cierra al salir.

Bajó la maleta del coche mientras ella sacaba las llaves del bolsillo de su chaqueta y abría la puerta de la entrada. Harriet había aceptado su oferta, y, tras ver la casa, Luke ya no estaba tan seguro de que hubiese sido una buena idea. Debería haber seguido todo recto por la costa hacia

cualquier otro lugar, porque aquel sitio era prehistórico y temía que se derrumbase en cuanto soprase un poco de viento.

Era una casa de madera que alguien había intentado pintar de un azul celeste muy feo. La pintura estaba desconchada y a trozos. El tejado a dos aguas estaba sucio, y el canalón, repleto de hojas secas, barro

y

otras

sustancias

no

identificables; si era capaz de distinguir aquello desde abajo, no quería ni pensar qué descubriría si un día le daba por subir allí. El porche estaba algo descuidado y las

tablas de madera crujieron cuando subió los escalones que conducían a la entrada. Harriet abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Pues ya hemos llegado.

—Al fin del mundo, por lo que veo.

El interior conjuntaba con la fachada. La madera necesitaba un buen repaso y los muebles tenían pinta de ser muy antiguos. El comedor era pequeño, con un televisor, un sofá y una mesita auxiliar sobre una alfombra de pelo grueso y suave.

La cocina era la única estancia decente. Tenía un gran ventanal y en las repisas había docenas, ¡cientos!, de botecitos de especias e ingredientes que Luke desconocía.

Había múltiples estanterías con
diferentes utensilios, cajas de latón y
tarros de cristal llenos de hojas
secas. Y en el centro, en la isla que
presidía la habitación, un solitario
vaso con agua y cinco margaritas
frescas.

—Luego

te

explicaré

dónde

guardo

cada

cosa,

pero

te

agradecería que no revolvieses

mucho la cocina —dijo Harriet con

voz monótona.

Parecía agotada y algo triste, pero

Luke se estaba cansando de esa

especie

de

altruismo

que

le

embargaba en su presencia. A él le

daba igual que su padre fuese un

idiota, la mierda de la herencia y

todo lo demás. Y si había cedido a

esos cinco meses de margen

(aunque no estaba seguro de que

fuese a cumplir con su palabra) era

porque estaba aburrido y no tenía

nada mejor que hacer que quedarse

por allí y perder un poco de tiempo.

A sus días siempre le sobraban

horas. De cualquier modo, sabía que

en menos de una semana estaría

harto de aquel pueblo y huiría

despavorido a..., bueno, a donde
fuese. Todavía no lo había decidido.

—Vale. No tocaré la cocina. Pero
necesito que me des la clave del
wifi.

Harriet lo miró en silencio unos
segundos.

—No tengo internet.

—Déjate de bromas.

—Va en serio. No tengo.

—¿Y qué coño haces todo el día
aquí metida?

Contrariado, Luke miró a su
alrededor.

Aquel

lugar

resultaba

ahora

todavía más claustrofóbico.

—Trabajo por la mañana y por la

tarde en la pastelería, y la mayoría
de las noches en un pub, de
camarera. No tengo tiempo para
nada más y, de todas formas, nunca
he usado mucho internet. Solo un
par de veces, en la cafetería que hay
al lado de la plaza.

Puede que sí que hubiese una
vida peor que la suya: la de la chica
que
tenía
enfrente.

Decidió
compadecerse
de
su
patética
existencia y no hurgar más en ello.

—¿Dónde está mi habitación?

—No tienes habitación. Solo hay

una y no pienso compartirla. Incluso aunque tuviese algún cuarto para invitados..., no me sentiría segura durmiendo bajo el mismo techo con un extraño.

—Pensaba que teníamos un trato.

—No te conozco de nada. No me fío de ti.

—Si quisiese hacerte daño, no

estaría

aquí

hablando

tranquilamente y malgastando todas mis reservas de paciencia. Y, hazme caso, la estás agotando.

—Puedes dormir en el cobertizo.

Harriet abandonó la cocina y Luke masculló una maldición por lo bajo antes de caminar tras ella. Salieron por una puerta trasera a una especie

de terraza llena de cojines, más
tarros de cristal con hojas y una
mesita baja que estaba en las
últimas. Enfrente, los primeros
árboles que conducían al bosque se
apoderaban del terreno sobre el que
crecían algunas flores silvestres y
había una cabaña también de
madera, pequeña, solitaria.

—Ahí es.

—Ya lo había deducido yo solito.

—No está tan mal. Si te esperas a
que regrese esta noche, puedo
arreglarla un poco y preparar la
cama y limpiar el...

—Me bastará con que me dejes
unas mantas —la cortó con una
especie de gruñido, y, por primera
vez
desde

que

había

pisado

Newhapton, ella le sonrió. Una

sonrisa contenida y tímida.

—Voy a por ellas. Mientras, puedes

ir echándole un vistazo.

Pero no hacía falta que lo

sugiriese, porque Luke ya había

puesto rumbo hacia el cobertizo.

Tuvo que golpear la puerta con el

hombro para conseguir abrirla, así

que supuso que hacía mucho que

Harriet no entraba allí. Partículas de

polvo volaron por el aire y él tosió.

Olía a madera húmeda. Demasiado

húmeda. Solo había una ventana,

que estaba sucia y atascada. Un

montón

de

cajas

de

cartón

amontonadas al fondo le dieron la bienvenida, junto al colchón de tamaño individual que descansaba contra la pared. Luke suspiró hondo y buscó algo con lo que lograr hacer palanca para poder abrir la ventana y ventilar la estancia. Encontró una especie de herramienta plana e intentó encajarla en la ranura.

—Apenas he entrado aquí un par de veces desde que compré esta casa

—dijo Harriet, que apareció en la puerta cargada con sábanas, mantas y unas bolsitas con aroma a lavanda que fue colgando aquí y allá, en cualquier saliente que encontró.

—Déjalo. Casi prefiero el olor a

humedad.

—¿En serio? —Se llevó una de las bolsas a la nariz—. Huele genial.

—Lo que tú digas.

Mientras Harriet tendía el colchón en el suelo, Luke logró por fin abrir la ventana con un chasquido. La subió todo lo posible y el aire gélido penetró en la estancia. Mucho mejor así.

—¿A qué te dedicas? —Ella lo miró de reojo al tiempo que metía las puntas de las sábanas bajo el colchón y la estiraba todo lo posible, procurando que ninguna arruga quedase a la vista.

—No es asunto tuyo. Y deja de..., deja las mantas ahí, joder. Yo me encargo, sé hacerme la cama.

—Perdona.

—¿Cuántas veces al día pides
perdón?

Harriet arrugó su pequeña nariz y
se dio la vuelta malhumorada y
dispuesta a regresar a la casa. Antes
de que pudiese dar dos pasos, Luke
volvió a hablar.

—¿A qué hora tengo que estar
listo?

—¿Listo para qué?

—Para ir al bar ese donde trabajas.

—Eso no va a suceder.

—Claro

que

sí.

No

pienso

quedarme aquí haciendo, ¿qué? No

hay ni una jodida cosa que hacer.

Me volveré loco antes de que hayas

vuelto.

—Mis amigos ni siquiera saben todavía que estás aquí —susurró por lo bajo, como si alguien más pudiese oírlos en aquel solitario lugar—.

Pensaba ponerlos al corriente esta noche.

—Razón de más para que vaya, así te ahorro las explicaciones, bastará con que entre por la puerta. En serio, ¿cuándo salimos?

Harriet parecía a punto de ponerse a gritar. Y, por alguna extraña razón, a él le gustaba poder sacarla de quicio. A primera vista, proyectaba una imagen tan calmada, tan conformista con su sencilla vida...

¿Cómo podía ser feliz?

—En diez minutos. Sé puntual —
contestó

con

una

brusquedad

inusual en ella.

—Tranquila, no tengo nada con lo

que

entretenerme.

Contaré

mentalmente los segundos que

OceanofPDF.com

faltan. Uno, dos, tres, cuatro...

Ella

le

clavó

una

mirada

desafiante.

—Si te parece tan aburrido este lugar, ¿por qué no vuelves a San Francisco? Nadie te lo impide, y es evidente que lo estás deseando.

No pensaba contestar a eso, para empezar porque ni siquiera él lo sabía. Luke chasqueó la lengua con fastidio y señaló el teléfono móvil que todavía sostenía en la mano. Por suerte, había cobertura. Era mejor que nada.

—¿Te importa? Tengo que hacer una llamada.

—Menuda excusa. —Puso los ojos en blanco—. Si no eres capaz de responder, simplemente dilo y evita quedar como un idiota caprichoso.

Harriet se alejó de allí dando grandes zancadas, cabreada. Luke sonrió, satisfecho por, al menos,

haberse

casado

con

una

desconocida que tenía su punto

divertido, y después devolvió la

llamada

que

llevaba

horas

posponiendo.

—¿Luke? ¿Eres tú? Llevo dos días intentando localizarte. Dos días.

Estaba preocupada por ti. Te he

llamado un montón de veces y...

—Estoy bien —la cortó—. Esto se ha complicado un poco, pero nada más.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. Tengo cosas que solucionar.

—De acuerdo. —Ella suspiró.

—Sally...

—Dime.

—Disfruta. —Se cambió el teléfono de oreja y lo sostuvo con el hombro mientras colocaba una de las dos mantas que Harriet le había traído

—. Disfruta de todo. Ya sabes. Haz lo que te apetezca.

—Es lo que siempre hago.

—Tengo que colgar.

—¿Cuándo volveré a saber de ti?

—No lo sé. Te llamo en unos días.

—Eso espero.

Luke finalizó la llamada, terminó de hacer la cama y cerró la ventana del cobertizo antes de salir.

4

Anduvieron en silencio por algunas callejuelas y Luke se esforzó por memorizar el trayecto. No es que aquel pueblo del Condado de Lewis fuese muy grande, todo lo contrario, pero sus calles parecían un laberinto y no se regían por ninguna estructura lógica. Alrededor, solo había hectáreas y más hectáreas de bosque. De esos bosques húmedos y repletos de helechos y musgo entre los frondosos árboles.

—¿Qué ocurriría si nevase?

Harriet lo miró de reojo, sin dejar

de caminar. Llevaba una gruesa
bufanda blanca, a juego con el gorro
y los guantes, y, por alguna horrible
razón, a Luke le resultaba adorable
verla cobijada entre tantas capas de
ropa.

—Pues eso. Que nevaría. ¿Nunca
has visto la nieve?

—Claro que sí, joder. Lo que
quería saber es si alguna vez os
habéis quedado aislados o algo así.

—Sucede de vez en cuando, pero
solo durante un par de días, hasta
que

las

máquinas

quitanieves

despejan la carretera que conduce al
pueblo vecino. —Lo miró divertida

—. ¿Te preocupa no poder escapar de

aquí?

—Evidentemente.

—Puedes

estar

tranquilo,

la

temporada

de

nieve

ya

ha

terminado.

Aunque acababan de darle la

bienvenida a marzo y quedaba poco

para la llegada de los meses más

veraniegos, seguía haciendo un frío

del carajo. Doblaron una última

esquina y ella señaló un local donde

se leía el nombre de Lost. La

persiana

estaba

medio

bajada

porque aún faltaba media hora para
que abriesen de cara al público.

Estaba situado al lado de una
carnicería cerrada y de otro pub de
aspecto similar.

—Es ahí. —Harriet dejó de
caminar en seco y se giró hacia
Luke, que la miró sin decir nada. Él
le sacaba una cabeza de altura y el
silencio era tal que podían escuchar
sus propias respiraciones—. Por
favor, déjame hablar a mí. No quiero
preocuparles.

Él estuvo a punto de decirle que
tampoco era tan malo como para
que sus amigos fuesen a inquietarse.

Su madre y sus hermanas lo

consideraban «travieso» y su amiga Rachel solía denominarle «capullo» como apodo cariñoso, pero, más allá de que hubiese asistido a más fiestas de las que podía recordar, no creía haber hecho nada terrible a lo largo de su vida. Razón de más para estar tan cabreado por su falta de suerte. No se lo aseguró. Simplemente se encogió de hombros con indiferencia.

Harriet entró en el pub y él la siguió. El interior estaba iluminado por un montón de bombillas que colgaban del techo; esas bombillas amarillentas estaban dentro de botellas de cristal a las que les

habían quitado la parte inferior para poder introducirlas. Eran unas lámparas diferentes, originales. Al fondo, había un par de mesas rodeadas por bancos con forma de ele y recubiertos de mullida tela granate. Y en la esquina opuesta había una pequeña mesa de mezclas de aspecto casero.

Luke observó la familiaridad con la que ella se movía tras la larga barra; detrás, colgaban numerosas pizarras, y los nombres de las cervezas y los chupitos estaban escritos a mano con tiza blanca.

Ofrecían un montón de sabores para elegir.

—¿Chicos? He llegado. «Hemos» — se corrigió con un toque de amargura en la voz cuando llamó

con los nudillos a la puerta del
almacén.

—¡Ya salimos! —gritó Jamie.

—Sí, espera solo... un momento —
añadió Angie algo agitada.

Luke se sentó en uno de los
taburetes frente a ella, como si fuese
un cliente más, y repiqueteó con los
dedos sobre la pulida madera de la
barra.

Alzó

las

cejas

significativamente

y

la

miró

sonriente.

—Ya entiendo cómo matáis el
tiempo en este pueblo. Parece que

tus amigos se lo están pasando en grande ahí dentro.

—Chsss, ¡cállate! —masculló.

La puerta del almacén se abrió en ese preciso instante. Y, en efecto, Angie seguía esforzándose por peinarse el cabello desordenado con la punta de los dedos, algo que dejó de hacer de inmediato en cuanto vio a Luke.

—¡Tú...!

Parecía más conmovida que la propia Harriet cuando se había enfrentado a él un día antes en la pastelería. Abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca.

—¿Quién es este? —preguntó Jamie.

—El chico con el que se casó... —susurró la morena con un hilo de

VOZ.

—Es mi falso marido —corroboró

Harriet.

El silencio se tornó denso. La inquietud podía leerse en los ojos de ambos, que se quedaron allí mirándose alternativamente sin saber qué decir.

—Llegó ayer a Newhapton, pero no tenéis que preocuparos por nada.

Hemos acordado una especie de trato. Todo... todo está bien —concluyó algo insegura.

—¿Qué trato?

—Empiezo a sentirme un poco invisible —dijo Luke.

Harriet lo fulminó con la mirada antes de volver a girarse hacia sus amigos.

—A cambio de esperar cinco

meses para pedir el divorcio, se
quedará en mi casa durante...,
bueno, todavía no me ha dicho
hasta cuándo —puntualizó—, pero
podéis estar tranquilos porque
duerme en el cobertizo. Y me
cerraré con llave —añadió, dado
que, en realidad, muchos de los
habitantes del pueblo ni siquiera se
molestaban en hacerlo. No solían
ocurrir altercados por allí.

—¡Eso no me tranquiliza nada! ¡Es
un
completo
desconocido!

—

exclamó Angie más alterada de lo
esperado. Harriet se encogió de
hombros con resignación.

—¿Qué otra opción tenía?

—Podría darle una paliza —siseó

Jamie.

—¿Sí? Eso estaría bien, porque

hace tiempo que no le parto la nariz

a nadie —contestó Luke con un deje

de diversión en la voz.

—¡Parad los dos! Parecéis críos —

protestó Harriet—. Y, Angie, pásame

la

escoba,

será

mejor

que

empecemos ya si queremos abrir a

tiempo.

Jamie farfulló algo por lo bajo y

volvió a meterse en el almacén de

mal humor, y ellas comenzaron a

limpiar y a colocar las copas, las

jarras y los vasos de chupito bajo la

barra. Harriet tiró a la basura
algunas botellas vacías y le pidió a
Angie que trajese nuevas del
almacén.

—Muy majos tus amigos —meditó
Luke—. Simpáticos. Hospitalarios.

—¿Qué
esperabas?

Eres

una

especie de amenaza.

Angie regresó acompañada por
Jamie y, con un golpe seco, dejó
sobre una de las estanterías las
botellas que había traído. La tensión
se palpaba en el aplastante silencio
que envolvía el local. Para desgracia
de Harriet, Luke decidió romperlo.

—¿Y
tenéis

algún

tipo

de

descuento para los maridos de las
empleadas?

—¿Por qué eres tan idiota? ¿Algún
patrocinador te da cinco dólares
cada vez que dices una estupidez o
algo así? —La morena se llevó una
mano a la cadera y Harriet y Jamie
no pudieron evitar reír por lo bajo.

—Ojalá. Siempre he querido ser
millonario.

Muy a su pesar, Angie disimuló
una sonrisa y negó con la cabeza.

—Está bien. ¿Qué quieres beber?

Luke

leyó

las

diferentes

especialidades

de

cerveza

que

servían.

—¿Cerveza ahumada? O Rauchbier,
como se diga.

—Ya me encargo yo. —Harriet le
quitó a su amiga la jarra de las
manos.

—Eh, pequeña abejita, ni se te
ocurra escupir dentro —dijo Luke.

—No lo haré, a menos que vuelvas
a llamarme «pequeña abejita».

Se acercó a uno de los barriles
más pequeños, colocó el recipiente
debajo y abrió la llave. La jarra
comenzó a llenarse de espumosa
cerveza de color oscuro. Luke apoyó
el antebrazo en la barra y sonrió

travieso.

—Es lo único que recuerdo de ti.

Ya sabes, llevabas esas antenitas en la cabeza. Pero hoy me he levantado complaciente, a ver, ¿cómo quieres que te llame? ¿Cielo? ¿Nena?

¿Cariño? ¿Amor mío?

Le tendió la cerveza.

—Bebe y calla. Tengo trabajo que hacer.

La

noche

avanzó

sin

más

sobresaltos. Angie y Harriet se ocuparon de atender a los clientes que iban llegando. Al ser sábado, el local se llenó rápidamente de gente. Jamie estaba en el otro extremo,

encargándose de la música. Luke pasó un rato más en la barra. Había muchos tíos que intentaban ligar con ambas, especialmente con Harriet, puesto que sabían que el novio de la otra andaba cerca. Y utilizaban un montón de frases hechas, cutres, que ella esquivaba hábilmente.

Harriet Gibson era guapa. A pesar de ser bajita, tenía un cuerpo proporcionado que él apreció en cuanto ella se quitó las capas de ropa y comenzó a servir bebidas. Y su cara era angelical.

Dulce.

Preciosa. En cuanto pensó aquello,

se levantó del taburete y se internó
entre el gentío. Era una chorrada
que tuviese que pasarse allí la
noche, mirándola como un idiota.
Pidió dos cervezas más, una de
regaliz y otra normal, y acabó
saltando al ritmo de la música junto
a un simpático grupo de gente.
Había una chica morena que no se
separaba de él y que tenía un
nombre raro que empezaba por eme
o ene. Luke se dejó mecer por la
música y cerró los ojos cuando los
labios
de
la
desconocida
se
deslizaron por su cuello con
lentitud. La canción terminó y dio

paso a otra más lenta, algo que le
hizo reaccionar y escapar de su
agarre para dirigirse a los servicios.
No estaba borracho. Todavía. Pero sí
algo achispado.

Al entrar al baño, tropezó con
Jamie, que estaba a punto de salir.
Aquel tipo que tenía el brazo lleno
de tatuajes lo fulminó con la
mirada.

—Que sepas que no me hace ni
puta gracia que vivas en casa de
Harriet. Como se te ocurra hacerle
algo...

—Ya.

A
mí
tampoco
me
entusiasma que decidieseis regalarle

un billete de avión para que se
casase conmigo, pero, mira, la vida
es así de injusta. —Ella lo había
puesto al corriente de toda la
historia de camino hacia allí—. Y
ahora ¿me dejas pasar? Quiero
seguir aburriéndome en tu bar.
Luke pasó el resto de la velada
conociendo a la mitad de los
habitantes de Newhapton, saltando,
bailando y bebiendo. Cuando la
fiesta terminó, se sintió algo
nostálgico. Pensó en su familia y en
sus amigos. ¿Qué estaría haciendo
Jason? ¿Y Rachel y Mike...? Bueno,
tampoco hacía falta ser un genio
para deducir en qué andarían
ocupados esos dos. Eran como
pulpos pegajosos.
—Es hora de volver a casa.

Harriet lo cogió del brazo y lo instó a levantarse. Se despidió de sus amigos y tiró con decisión de la manga de su camiseta hasta que salieron a la calle y el frío de la madrugada los envolvió. Luke respiró profundamente y caminó junto a ella algo aturdido. Odiaba esa sensación de vacío al final de una noche divertida, como si las risas, las conversaciones y los brindis solo hubiesen sido un espejismo irreal.

—No deberías haber bebido tanto

—le reprochó ella.

—Dame una buena razón.

—El alcohol es malo.

Luke puso los ojos en blanco y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta sin dejar de andar a su

paso. La miró de reajo.

—La chica que conocí en Las

Vegas no pensaba lo mismo.

—Esa chica no existe —contestó

Harriet secamente.

—Eres

demasiado...,

hum,

demasiado...

—¿Demasiado qué? ¡Dilo!

—Demasiado tocapelotas.

—¿Perdona? —Abrió mucho los

ojos.

—Estás perdonada. —Luke dejó

escapar una carcajada.

—Voy a ignorar esta estúpida

conversación porque sé que estás

borracho. Bien, ya hemos llegado,

¿crees que podrás encajar la llave en

la cerradura del cobertizo tú solo?

Espero que sí. Si no, en fin, ¡suerte
con eso de dormir en el bosque!

Buenas noches, Luke.

—Buenas noches, abejita.

La vio negar con la cabeza
mientras entraba en la casa y cerrar
después la puerta con un golpe seco.

En la soledad de aquella noche
oscura, Luke rio y alzó la mirada
hasta la luna redonda que flotaba en
lo alto del cielo. Luego cogió aire,
entró en el cobertizo y se dejó caer
sobre el colchón. Clavó los ojos en el
techo y, antes de quedarse dormido,
pensó en su vida, en los fracasos, las
decepciones

y

los

éxitos

inalcanzables.

Lo primero que le llamó la atención al despertar fue el aplastante silencio que había allí. Ni siquiera cuando escapó de entre las mantas y abrió la ventana se oyó nada, más allá del cantar de algunos pájaros y el susurro de las hojas de los árboles mecidas por el viento. Luke estaba acostumbrado a una vida diferente, más ajetreada, más ruidosa.

Miró el reloj del móvil y descubrió que era media mañana. Se frotó la cara y volvió a sentarse en la cama con la vista fija en las cajas de cartón amontonadas al fondo del cobertizo. Pensó en cotillear qué había en ellas, pero le pareció que eso sería caer demasiado bajo incluso para él. Así que se puso en pie, entró en la casa (no estaba

cerrada con llave), se duchó (el calefactor no calentaba una mierda) y se dirigió a la pastelería.

Harriet estaba terminando de atender a dos clientas cuando lo vio entrar. Había sido una mañana buena. De hecho, ya casi no le quedaban lacitos bañados en miel.

Luke

se

presentó

ante

las

sorprendidas señoras y les abrió la puerta al salir fingiendo ser todo un caballero.

—No me has despertado —dijo.

—Es que no estaba segura de que fueses a hacerlo.

—¿Me habrías dejado morir?

—Puede.

Cerró la caja registradora con un golpe seco mientras Luke cogía el mapita que ella había abandonado sobre el mostrador antes de que pudiese impedírselo. Lo giró entre sus largos dedos y lo miró con un inusitado interés.

—¿Qué haces con esto? —preguntó.

—No te importa.

—¿Estás intentando aprenderte los países?

—¿Y qué pasaría si fuese el caso?

—Nada, solo tenía curiosidad. —Se encogió de hombros—. Yo me los sé todos. Podría echarte una mano con tan compleja tarea. —Había un deje de burla en su voz y Harriet lo fulminó con la mirada.

—Genial. Qué listo. Bien por ti. Y

ahora dame eso. —Le arrebató el
mapita de las manos y volvió a
guardarlo en su bolso sintiéndose
un poco tonta ante él.

—Sabes que el único que tiene
derecho a estar enfadado en esta
historia soy yo, ¿verdad? —Se paseó
frente al mostrador y admiró todos
los dulces que había. Coloridos,
delicados, diminutas obras de arte.
La primera vez que estuvo allí ni se
molestó en prestarles atención. Alzó
la vista hacia Harriet—. ¿Has hecho
tú todo esto?

—Claro, ¿quién si no?

—No lo sé, pero parece mucho
trabajo para una sola persona.

Ella suspiró y lo miró vacilante

—¿Te apetece probar algo?

Luke volvió a clavar los ojos en el

cristal.

—¿Qué me recomiendas?

—La tarta de queso y galleta suele gustar a todo el mundo. —La señaló

—. ¿Te pongo un trozo? Está rica.

Luke asintió y cogió la bandejita de cartón cuando se la dio. Harriet le ofreció un tenedor de plástico, pero él se limitó a darle un gran mordisco. Ella lo miró con cierto temor, como si su evaluación tuviese algún tipo de valor.

Masticó y la saboreó. Estaba deliciosa. Era perfecta, con una base jugosa de galletas y una textura suave en la parte del queso que se deshacía en la boca.

—¡Joder!

—Traduce eso.

—Que está increíble.

Un
cliente
entró
en
el
establecimiento y pidió dos barras
de pan. Llevaba unas gafas de
montura cuadrada y tenía perilla.
Reconoció a Luke de la pasada
noche y le palmeó la espalda como
si fuesen viejos colegas.
—¡Lo pasamos en grande! —
exclamó.
—Ya lo creo, tío. —Luke habló con
la boca llena—. Oye, un consejo. Yo
si fuese tú compraba lo que queda
de esa tarta de queso y no dejaba
que nadie se acercase a mí hasta que
me hubiese tragado la última
migaja.

El tipo pareció algo confuso
cuando entendió lo que le estaba
diciendo, pero luego frunció el ceño
y miró el pastel con curiosidad.
—Vale—sonrió—.

Ponme
dos
trozos.

Le tendió un billete de veinte a
Harriet y, tras recoger el cambio, se
despidió de ambos con una sonrisa
y salió de la pastelería con las
manos cargadas. Ella se giró hacia
Luke y ladeó la cabeza.

—¿Cómo
has
hecho
eso?

Convencerlo así.

—Tienes que creer en lo que

vendes.

—Ya lo hago.

Él cogió una de las galletas de

muestra

que

había

sobre

el

mostrador.

—Cuando he probado la tarta de

queso parecías insegura.

—No es verdad.

—Lo que tú digas. —Miró a su

alrededor con gesto desganado,

fijándose en el tono claro de las

paredes y los muebles—. Así que

aquí es donde te pasas el día metida.

Qué divertido.

—¿Tú no trabajas? ¿No haces nada?

—No. Nada de nada.

—¿De qué vives, entonces?

Luke dejó de contemplar la estancia y se centró en ella. Llevaba el cabello rubio recogido en una trenza que caía por su hombro derecho y seguía teniendo ese brillo especial en los ojos que él había advertido en cuanto entró en Pinkcup la primera vez.

—Me despidieron —resumió—. Así que cobro una prestación por desempleo.

—¿A qué te dedicabas?

—A nada importante. —Señaló un cupcake rosa con una flor blanca en la punta—. ¿Puedo probar una mierda de estas?

—Claro. —Le dio uno—. Y gracias por lo de «mierda». Llevabas casi cinco minutos sin decir ningún taco

y empezaba a preocuparme que te ocurriese algo.

Los dos sonrieron.

Luke, ampliamente.

Harriet, con disimulo.

5

Ya

había

anochecido

cuando

regresaron a casa. Luke no solo

había pasado la mañana en la

pastelería, convenciendo a cualquier

cliente que entrase de que se llevase

algo más (en cierto momento,

Harriet le pidió que dejase de

hacerlo porque empezaba a resultar

violento), sino que, además, comió

allí y se quedó durante el resto de la

tarde, hasta que cerró.

No estaba acostumbrada a tener
compañía mientras trabajaba y
resultaba
extraño
compartir
aquellos momentos de habitual
soledad con alguien a quien apenas
conocía. Él era... raro. Preguntaba
cualquier cosa que se le pasase por
la cabeza, como si creyese tener
derecho a hacerlo, y no podía estar
quieto más de cinco minutos
seguidos. Imposible. Se sentaba en
la mesa destinada a las reuniones
para encargos y, cuando al fin
parecía que el silencio se filtraba
entre ambos, volvía a ponerse en pie
y a parlotear sin parar, aunque
nunca parecía decir nada concreto
sobre sí mismo.

—¿Y qué se supone que haremos
ahora?

Harriet encendió las luces al
entrar en casa.

—La cena. Y nachos con queso
para ver el partido. Vendrán Jamie y
Angie. El pub no abre los domingos
por la noche, y, además, creo que
quieren vigilarte.

Los dos se habían dejado caer por
la pastelería a lo largo del día para
cerciorarse de que no había ningún
problema. Y lo sorprendente era
eso: que no lo había. Dentro de todo
lo malo, la presencia de Luke no
resultaba tan terrible.

—¡Joder!

Había
olvidado
el

partido —alzó la voz consternado—.

¿Qué le pasa a mi cabeza? —Cogió el mando de la televisión, la encendió y puso el canal uno a pesar de que faltaba más de media hora para que diese comienzo.

—Tampoco es para tanto.

Luke la siguió a la cocina.

—Es como si a ti se te olvidase ponerle chocolate a una tarta de chocolate. O algo así. Yo me entiendo.

—Eso no tiene ningún sentido.

Harriet rio mientras cogía el delantal que colgaba tras la puerta y se lo ataba a la cintura. Después sacó del congelador una bolita de masa de pizza que había sobrado de varias semanas atrás y cogió mantequilla de la nevera.

—¿Qué

hago?

—Luke

se

arremangó el suéter con decisión.

—No es necesario que hagas nada.

—Sí que es necesario, a menos que

quieras que me vuelva loco. —Se

colocó a su lado, frente a la

encimera—. Llevo todo el día quieto.

Es insoportable.

Harriet sacó del mueble la harina

de maíz y la harina de trigo y lo

miró de reojo.

—¡Si no has parado de moverte ni

un solo segundo! Pero, vale, te

pongo los ingredientes y tú haces la

masa de los nachos mientras

preparo la pizza. —Vertió en un bol

la cantidad necesaria de harina y

agregó mantequilla y sal—. Toma.

Mézclalo y añade agua hasta que quede una masa consistente. Que no se te pegue a los dedos.

—Entendido, jefa.

El tintineante sonido que producía Harriet con la varilla metálica contra el cuenco al remover la salsa de queso era lo único que se oía en la estancia. Los dos permanecieron absortos en lo que estaban haciendo hasta

que

Luke

empezó

a

desesperarse y habló:

—¿No tienes música o algo así?

—Odias el silencio, ¿verdad?

—No, claro que no —farfulló, y

luego dejó de amasar y la miró con
los ojos ligeramente entrecerrados
—. ¿Te has parado a pensar en lo
raro que resulta todo esto?

—Cada minuto del día. Y cada
segundo de ese minuto.

Harriet dejó la salsa a un lado,
puso a calentar el horno, sacó el
rodillo de un cajón y estiró su masa
de
pizza
con
una
facilidad
sorprendente.

—Es decir, estoy haciendo nachos
con mi huidiza esposa, en su
ruinosa casa, que se encuentra en
medio de la nada. Es jodidamente
extraño. No parece real.

—Tú has hecho que sea real. Si
fuese por mí... —dejó la frase a
medias y señaló con la cabeza el bol
donde Luke tenía metidas las
manos—. ¿Necesitas que te ayude?
Él negó con la cabeza y se
concentró
en
unir
todos
los
ingredientes con las manos. El
teléfono móvil que llevaba en el
bolsillo de los vaqueros comenzó a
sonar, pero no hizo el amago de
querer lavarse las manos para poder
cogerlo. La llamada finalizó. Y unos
segundos después sonó de nuevo.
—¿No contestas? —Harriet terminó
de dibujar el borde de la pizza con

los dedos y roció la masa con
tomate.

—Paso. No me apetece.

La aguda melodía inundó la
estancia por tercera vez.

—Sea quien sea, es insistente.

Luke suspiró hondo.

—¿Cuánto tiempo tengo que seguir
amasando? Me estoy haciendo viejo.

—Un minuto más. Es importante
que quede uniforme, pero ahora
que lo dices... —Harriet entornó los
ojos y fijó la vista en su frente—,
creo que eso de ahí es una cana —
bromeó,

y

dejó

escapar

una

carcajada al ver su expresión de

desconcierto. Paró de reír cuando
llamaron a la puerta—. Iré a abrir. Ya
puedes ir extendiéndola con el
rodillo, está casi lista.

Se secó las manos en un trapo
mientras caminaba hacia el salón.

Sus amigos irrumpieron en la casa y

le

dirigieron

una

mirada

interrogante

que

respondió

encogiendo los hombros. Porque así

se sentía. Un poco confusa y algo

desorientada

por

todas

las

novedades de los dos últimos días.

Ni siquiera había dispuesto de cinco minutos de soledad y tranquilidad para poder asimilar que Luke Evans vivía ahora bajo su mismo techo.

Era chocante, pero tenía que adaptarse a las circunstancias.

Al entrar en la cocina, él ya había terminado de extender la masa y cortarla en pequeños triángulos (toda una sorpresa). Jamie dejó sobre la isla central una caja con botellines de cerveza y frunció el ceño.

—¿Todo bien por aquí?

—Hasta que tú has llegado, sí —
contestó Luke.

—Harriet, cielo, cuando fuiste a Las Vegas, te pedí que buscaras a un idiota integral, pero no pensé que

fueses a seguir el consejo tan al pie de la letra. —Ella rio mientras metía en la sartén una primera tanda de nachos.

—Lo de intentar ser gracioso no es lo tuyo —apuntó el aludido.

—Bueno, Luke, cuéntanos algo de ti —pidió Angie, zanjando así la disputa.

—Me gustan los nachos muy crujientes, ¿te sirve eso?

Harriet puso los ojos en blanco.

¿Tanto le costaría ser un poco, solo un poco, simpático y complaciente con sus amigos? La situación no invitaba a lanzar fuegos artificiales, era normal que ellos mostrasen cierto recelo.

—Vamos, ayudadme a sacar la pizza del horno y dejad de

incordiar.

Diez minutos después, los cuatro
estaban cenando y viendo el partido.

Jamie y Angie se acomodaron en el
sofá, así que Luke se sentó al lado de
Harriet, sobre la cálida alfombra de
pelo suave que rodeaba la mesa
central.

Cada vez que él se inclinaba hacia
delante para coger un nacho y
untarlo de queso, sus rodillas se
rozaban.

Para
cualquier
otra
persona, aquello hubiese sido una
tontería, pero no para Harriet. Había
desarrollado una especie de instinto
protector que la mantenía alerta. No
estaba

acostumbrada

a

esa

proximidad y menos tratándose de

un hombre. Además, todavía no

había decidido si era de fiar y

prefería ser cauta.

Se apartó un poco de él con

disimulo.

Los chicos tardaron alrededor de

cinco minutos en comenzar a hablar

sobre el partido. Luke parecía ser un

gran aficionado al fútbol americano,

incluso más que Jamie, y no cesaba

de detallar la táctica que estaban

utilizando, la posición que había

elegido el entrenador y de sacar a

relucir un millar de estúpidas

estadísticas

que

se

sabía

de

memoria.

Ella no era capaz de aprenderse
un dichoso mapa la mar de útil para
ubicarse en el mundo y él retenía
toda aquella basura en su cabecita.

La vida era injusta.

Para cuando terminaron la cena y
ella se levantó y comenzó a recoger
los platos, los otros dos estaban a
punto de empezar a llamarse
«hermano» el uno al otro. Angie
miró con algo de desdén a su novio,
como preguntándole mentalmente
por qué demonios confraternizaba
con el enemigo, pero Jamie no se
percató de que sus ojos escupían
fuego porque estaba demasiado

absorto en el partido, gritando y levantándose de un salto del sofá cada vez que alguien fallaba una jugada.

—Traeré los postres —anunció Harriet.

—¿Te ayudo? —Luke hizo un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista del televisor y centrarla en ella durante una milésima de segundo.

—No es necesario.

—Y mi compañía es mil veces mejor —se burló Angie antes de seguir a su amiga hasta la cocina. Harriet depositó con cuidado los platos vacíos en el fregadero e ignoró que la morena la miraba con un inusitado interés—. Te noto muy tranquila teniendo en cuenta que

tienes a un completo desconocido
en tu salón.

—No es que tuviese muchas
opciones, Angie. Así es la vida.
¿Prefieres tarta de chocolate o de
limón?

—¿No hay de queso?

—No. Luke ha obligado a medio
pueblo a comprarla. Se ha acabado.
Angie arrugó la nariz.

—De verdad que ese chico es muy
raro.

—¿Por qué lo dices?

—Hum, no sé, ¿quizá porque por
razones

supermisteriosas

quiere

quedarse un tiempo en un pueblo
minúsculo, frío y perdido en vez de
seguir disfrutando de su maravillosa

vida en San Francisco?

Harriet

estuvo

a

punto

de

preguntarle que cómo estaba tan

segura de que Luke tenía una vida

maravillosa. Porque precisamente a

ella le transmitía todo lo contrario. De

hecho, días atrás, en el hostel, él

mismo había estado a punto de

calificarla

como

una

mierda.

Tampoco es que tuviese pinta de

estar hundido, en absoluto, pero no

parecía feliz.

—Eso no es algo tan raro.

—Creo que el hecho de que esté

cañón

te

está

aturdiendo

mentalmente.

—¿Te parece que está cañón? —se

burló Harriet mientras cortaba las

porciones de tarta y las colocaba

sobre una bandeja.

—Tengo ojos —masculló, con un
codo apoyado sobre la encimera—.

Y no te hagas la tonta. Sabes que a
ese tío lo empotraría yo, tú, la vecina
del quinto y cualquiera que...

—¿A quién empotrarías, cielo? —

Jamie apareció en el umbral de la
puerta y se recostó en el dintel

mientras se cruzaba de brazos con
una mirada divertida.

—Solo a Ian Somerhalder. Ya
sabes que es mi única excepción,
amor.

Angie se llevó una mano al pecho
con gesto sobreactuado y luego, toda
inocencia, se acercó a su novio y le
dio un beso cálido en la comisura
de la boca. Jamie la retuvo contra él
con más firmeza sin dejar de
sonreír.

—¿Así que ya no te interesan
Jensen Ackles ni Jamie Dornan? —le
recordó
Harriet,
ignorando
la
romántica escena y aguantando las
ganas de reír.

—¿De qué estáis hablando? —Luke
entró en la cocina y dejó sobre la

encimera el último plato que faltaba por traer.

—De tíos buenos —resumió Angie.

Una sonrisa pretenciosa se adueñó de sus labios.

—¿Hablabais de mí, entonces?

—Tu marido es supercapullo —bufó Angie.

El resto de la velada avanzó sin contratiempos. No dejaron restos de los pasteles y, cuando terminó el partido, vieron un episodio repetido de Kitchen Nightmares, un programa que a Harriet le encantaba por razones obvias; solía tragarse cualquier cosa que tuviese que ver con la cocina, desde documentales

hasta algún reality show. Sobre las once de la noche, Angie y Jamie se despidieron y se marcharon a casa. Y ahí fue el único momento en el que se sintió algo incómoda.

Los dos se miraron unos segundos, anclados frente a la puerta que Harriet acababa de cerrar. Cuando la situación de verdad comenzó a volverse más violenta de lo previsto, él sonrió de lado, sin dejar de observarla con interés, y anunció que iba a fregar los platos antes de irse al cobertizo a dormir.

—No hace falta que hagas eso. —

Harriet le siguió hasta la cocina,
sorprendida y un poco turbada—. Yo
me encargo, de verdad. Además,
todavía tengo que dejar algunas
cosas preparadas para mañana.

—¿Qué cosas? —Luke frunció el
ceño mientras se arremangaba el
suéter y dejaba al descubierto
aquellos brazos morenos y firmes.

—Pues... la base de galletas de un
bizcocho y... —Se mordió el labio
inferior e intentó recordar qué era
lo que tenía que hacer y dejar de
mirar la forma en la que los
músculos de los antebrazos de Luke
se

tensaban—,

¡una

salsa

de

arándanos! Sí, eso es.

Él permaneció en silencio unos segundos, empapó la esponja y luego miró a Harriet por encima del hombro sin dejar de enjabonar el plato que sostenía en las manos.

—¿Cuántas horas trabajas al día?

—Prefiero no contarlas.

Ella dio por hecho que ya no podía hacer nada por impedir que se ocupase de fregar y buscó en los armarios los ingredientes que

necesitaba. Estaba cansada, sí. Pero tenía que seguir. Debía hacerlo. La única dirección que podía tomar pasaba por la línea recta que había trazado años atrás.

—¿Cómo consigues no volverte
loca?

—Porque no puedo permitírmelo,
supongo.

Luke

sonrió

y

terminó

de

enjuagar bajo el agua los últimos
cubiertos. Cogió un trapo para
secarse las manos y después bostezó
y se desperezó como si estuviese en
su propia casa. Al hacerlo, el
dobladillo del suéter se subió un
poco dejando a la vista algunos
centímetros de la piel suave y tersa
de su estómago.

—Si necesitas que te eche una
mano con algo más...

—Gracias, pero no —se apresuró a decir ella.

Se dirigió hacia la puerta trasera y Harriet terminó de verter el azúcar en el cuenco donde estaban los arándanos maduros antes de coger las llaves de la repisa y seguirlo.

—Ha estado bien. Lo de la cena y el partido, ya sabes. —Se frotó la nuca, y, si no fuese porque siempre se mostraba tan extrovertido, ella hubiese pensado que parecía algo cohibido.

—Supongo que sí —admitió.

—Buenas noches, Harriet.

—¡Eh, espera! —Luke se dio la vuelta tras bajar los escalones de madera del porche—.

¿Cuánto

tiempo piensas quedarte?

—Todavía no lo he decidido.

Se miraron en silencio unos

instantes y luego Harriet le deseó

también las buenas noches y cerró

la puerta con suavidad. Encajó la

llave en la cerradura y le dio la

vuelta con decisión hasta oír un

certero clac que prometía seguridad.

Acabó las tareas en la cocina casi a

las doce y se quitó la ropa y se vistió

con un pijama grueso con dibujitos

de renos antes de dejarse caer sobre

la cama. La cortina de su habitación

no estaba echada, y, al igual que la

noche

anterior,

le

resultaba

inquietante saber que Luke estaba a
tan solo unos metros de distancia...

Luke...

La primera vez que sus ojos
tropezaron con él en la piscina de
aquel hotel, casi dos años atrás, se
había quedado sin aire. Aún ahora,
a veces, sentía esa misma sensación
cuando su mirada parecía abrazarla
en silencio. Era extraño. Era extraño
sentir una especie de ¿conexión?
con una persona de la que no sabía
absolutamente nada.

Podía ser un canalla; de hecho,
tenía toda la pinta, con esa sonrisa
ladeada y más que ensayada. O un
psicópata. O, peor aún, alguien
parecido a su padre...

No, no. Eso no. No se parecían en
nada.

Harriet suspiró, se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda a la ventana, y acarició los tres anillos de Angie que llevaba en la mano izquierda. El primero se lo había dado a los diecisiete, en la clínica. El segundo, cuando despertó con una resaca increíble en la habitación de aquel hotel de Las Vegas. Y el tercero, el día que inauguró la pastelería.

Cuando sentía que no había logrado nada en la vida, que era débil y poca cosa, que no era inteligente y no podía ocuparse de un negocio ella sola..., cuando sentía todo aquello, hacía girar los anillos sobre sus dedos y se recordaba a sí misma que podía. Por supuesto que podía.

A la mañana siguiente, Luke llamó insistentemente a la puerta. Ni siquiera había amanecido todavía y faltaban diez minutos para que sonase el despertador, pero Harriet pensó que si no le abría terminaría por echar la puerta abajo.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Empezar el día? —Se coló dentro, fue directo a la cocina y cogió el cartón de leche de la nevera —. Creí que te habrías levantado. ¿A qué hora tenemos que estar en la pastelería?

—¿Tenemos?

—Eso he dicho.

Todavía somnolienta, Harriet se frotó los ojos y reprimió un bostezo.

—A las siete. Estaba a punto de

levantarme.

—Vale. Me pido la ducha primero.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Eh, abejita, una última cosa. —Se relamió los labios tras darle un sorbo al vaso de leche que acababa de servirse—. Me encanta tu pijama.

En serio. Creo que quiero uno igual,

¿los

venden

por

packs

para

matrimonios felices?

Harriet bajó la vista hasta toparse

con los simpáticos renos que

invadían la tela algodonosa. Lo miró

algo cohibida, sin saber muy bien

cómo reaccionar, hasta que él

prorrumpió

en

una

sonora

carcajada y se acabó el desayuno de

un trago. Ella puso los ojos en

blanco y volvió a refugiarse en su

habitación.

Aquel mismo ritual se repitió

durante los siguientes días.

Luke se levantaba temprano,

aporreaba la puerta hasta que

Harriet se decidía a escapar del

calor de las mantas y dejarlo entrar.

Discutían por ver quién se duchaba

antes (y por el hecho de que él tenía

la horrible manía de dejar el baño

patas arriba, con el suelo mojado y

la toalla arrugada de mala manera).

Más tarde, se iban juntos a la

pastelería caminando; a excepción
de un día en el que ella iba
demasiado cargada y él insistió en
acercarla en su coche.

Ya en Pinkcup, Luke la observaba
cocinar

en

la

trastienda

y,

normalmente, metía las manos

donde no debía o probaba las masas

y las salsas, sin importarle si estaban

crudas o no. Le gustaba comerse

algo salado y, después, buscar lo más

dulce que encontrase sobre la

encimera. Decía que en el contraste

estaba la gracia. Y, curiosamente, sus

palabras fueron la inspiración que

necesitó para hacer una nueva

receta: tarta de plátano y dulce de
leche salado.

Solo hacía una semana que Luke
había aparecido en Newhapton de
improviso, así que no estaba
demasiado

segura

de

cómo

demonios habían logrado adaptarse
tan rápidamente a esa especie de...

esa especie de rutina. Porque el
sistema era así: rutinario, ordenado.

Tras pasar el día en la pastelería (a
menudo él salía a estirar las piernas
y dar una vuelta), regresaban a casa,
cenaban algo rápido y se dirigían al
pub de Jamie. Allí, Luke se
comportaba como si le pagasen por
ser «relaciones públicas», aunque

nadie le había pedido que hiciese
nada y, en los ratos muertos,
merodeaba alrededor de la barra e
intentaba sacar de quicio a una
irritable Angie. Al terminar, antes de
ir a dormir, ella adelantaba alguna
tarea del día siguiente, como una
masa o alguna mezcla, mientras él
se encargaba de lavar los platos y le
pegaba
la
bronca
porque
consideraba que su existencia se
limitaba a trabajar y que, en su
opinión, la gracia de trabajar es
tener más tiempo o dinero para
disfrutar de la vida, lo que, en
esencia, explicaba que ella estuviese
dentro de un bucle infinito.

Sin
embargo,
el
viernes
al
mediodía,
Luke
rompió
esa
misteriosa
rutina
cuando
le
preguntó dónde estaba la famosa
cafetería con internet gratis.
—En la plaza, justo al lado de la
carpintería. —Harriet recogió los
restos de harina que había sobre la
encimera con el dorso de la mano y
un trapo.

—Volveré antes de que cierres.

—No hace falta. —Ella lo miró con cierta curiosidad—. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre? Soy yo la que trabajo, no es necesario que me sigas a todas partes.

—No tengo nada mejor que hacer.

Él se encogió de hombros y se puso la capucha de la sudadera oscura que vestía. Salió de la pastelería sin despedirse de Harriet y siguió sus indicaciones.

El cielo era de un gris pálido, casi verdoso. Así solía ser la mayoría de los días, en realidad. Luke no estaba demasiado seguro de cómo había podido soportar el clima frío y poco agradable de aquel lugar. Echaba de menos el sol de San Francisco. El sol, el mar y su gente y el ambiente, pero...

Ahí estaba el «pero» que lo
inmovilizaba.

Se había dado cuenta de que no se
sentía feliz en ninguna parte. El
problema no era el clima, la dichosa
ciudad en la que se encontrase ni
ningún otro factor externo.

El problema era él.

Y aunque aquellos últimos días,
motivado por la novedad, se había
sentido
extrañamente
animado,

Luke estaba seguro de que en
cuanto la monotonía lo consumiese
desearía huir muy lejos y buscar
algo distinto que lo entretuviese el
tiempo
suficiente.

¿El

tiempo

suficiente para qué...? Eso no lo
sabía; en su cabeza la balanza de
preguntas y respuestas estaba algo
desnivelada. Lo único que podía
asegurar es que ya nunca se
apasionaba por nada ni nadie. Las
mujeres que pasaban por su vida
eran muchas, pero siempre lo
hacían de forma fugaz, y los nuevos
hobbies que descubría terminaban
siendo una pérdida de tiempo. Luke
se aburría con facilidad. Era como
un niño caprichoso con un montón
de juguetes a su alcance que ansiaba
y
descartaba
con
la
misma

intensidad y rapidez.

Una parte de él envidiaba a Harriet. Porque ella tenía aquello que tanto echaba de menos: pasión por algo concreto. La veía sonreír mientras cocinaba, la veía poner mimo y detalle en cada una de sus creaciones como si fuesen dulces únicos e irrepetibles y, cuando tenía un rato libre, la veía hojear el libro de recetas que guardaba bajo el mostrador.

Luke dejó de pensar en la chica rubia cuando entró en la cafetería de la plaza. Parecía una especie de salón de té que poco tenía que ver con la decoración más rústica del resto del pueblo. Las mesas eran blancas, al igual que las sillas con respaldos trenzados y los elegantes

taburetes que se alineaban tras la barra.

—¿Aquí hay internet? —preguntó al camarero.

—Sí. —Buscó tras el mostrador y le tendió un papel con la clave escrita a lápiz—. ¿Qué desea tomar?

Recorrió con la mirada la repisa tras la barra, toda llena de cajitas de té de colores y aromas variados, justo al lado de la pizarra que anunciaba los precios del café.

—Una cerveza. Estaré en una de las mesas del fondo.

—Ahora mismo se la llevo.

Luke se sentó al lado de la enorme cristalera desde donde se veía parte de la calle principal, dándole la espalda a la puerta de la cafetería y a todo lo que ocurría en

su interior. Sacó su teléfono móvil e introdujo la clave del wifi. De inmediato empezaron a llegar un millar de notificaciones.

De Facebook. De Twitter. De Instagram. Del dichoso correo. De todas partes. Era como si el universo, el universo que había estado ignorando, lo reclamase tras aquella semana de desconexión.

Ignoró los comentarios que tenía pendientes y escribió un tweet: «Estado: perdido en PiruletaLandia. No molestar, a no ser que haya una invasión zombi o seas Jessica Alba. Gracias». Sonrió antes de darle a enviar.

Tenía varios emails de su antiguo jefe, pero ni siquiera hizo el intento de leerlos antes de eliminarlos, ¿para qué? Ya sabía lo que le diría: que estaba decepcionado de él, que jamás había imaginado que pudiese hacer algo semejante... Dejó escapar el aire que estaba conteniendo cuando abrió el chat y repasó por encima la avalancha de mensajes que aparecieron: su madre le preguntaba si se estaba alimentando bien (¿por qué coño la intrigaba siempre lo mismo? Él comía como un animal desde que tenía uso de razón), Sally insistía una y otra vez en saber cuándo demonios iba a volver, y sus tres mejores amigos habían abierto una conversación conjunta:

Jason: Al menos, podrías molestarte en decirnos si sigues vivo.

Rachel: Y coge el dichoso teléfono.
CÓGELO.

Mike: ¿Por qué sois tan pesados?
Dejadlo en paz. Estará tirándose a su esposa. O buscándose una nueva. Lo que sea. Luke sabe lo que hace.

Rachel: Mike, te estoy viendo desde el sofá. Uno, deja de molestar a *Mantequilla*. Y, dos, es patético que te rías de tus propias gracias. En serio.

Mike: Pecosa, este gato me ama tanto como tú.

Rachel: No recuerdo haber dicho jamás algo así.

Mike: Pero todos sabemos que lo haces.
Te resulto adorable.

Jason: Había iniciado esta conversación para averiguar el paradero de Luke. Si vais a empezar a fol aros mentalmente

con palabrería barata, casi que me voy.

Mike: ¿Y qué gracia tendría que me la fol ase con palabras?

Rachel: Luke, si sigues ignorándonos..., te juro que... te mataré en cuanto te vea. Sabes que lo haré. Te buscaré estés donde estés y te clavaré una daga en el corazón. Porque, ahora en serio, estás empezando a preocuparnos; te hemos l amado mil veces y hace casi una semana que no das señales de vida. Y el otro día soñé que te caías desde una ventana y estuve l orando hasta que amaneció. Empiezo a valorar la idea de acercarme a la comisaría más cercana...

Jason: ¿Luke...? ¿Estás ahí?

Mike: ¡JODER! ¡ACABO DE VER A JESSICA ALBA!

Jason: Lo que uno tiene que aguantar...

Mike: ¡Lástima! Pensé que funcionaría.

Luke sonrió muy a su pesar. La conversación era de la noche anterior. Se había portado como un capullo con los tres ignorando sus llamadas. Pero es que... es que no sabía qué decir ni qué excusa inventar para no tener que volver. Quería a Jason, Rachel y Mike más que a nada en el mundo, pero a pesar de ello no conseguía evitar sentir cierta incomodidad ante el hecho de que sus vidas, de algún modo extraño, siguiesen hacia delante mientras la suya se quedaba atascada. Completamente atascada. Y no sabía cómo salir de ahí y alcanzarlos y caminar al mismo ritmo que ellos tal y como había hecho siempre, desde que era apenas un mocoso.

Hasta hacía unos meses, habían
vivido los tres juntos en una casa
enorme. Y a Luke le encantaba
aquello porque no era una persona
que disfrutase de la soledad.

Durante toda su vida había estado
rodeado de gente y apreciaba la
compañía, las risas, las bromas y las
cenas en las que nunca se acababa la
conversación.

Él sabía que aquello no duraría
demasiado,

quizá

por

eso

le

sorprendió que le afectase tanto el
hecho de que Rachel y Mike
buscasen un hogar por su cuenta y
empezasen una nueva vida con

metas y expectativas que les incumbían solo a ellos. Rachel entró en la universidad, algo que siempre había deseado hacer. Y Mike siguió ocupándose de sus negocios. Así que Jason y él se mudaron juntos a otra casa más pequeña, que se acoplase a las nuevas circunstancias. Y era genial, mientras tenía un trabajo y cosas que hacer. Pero dejó de serlo cuando lo despidieron y empezó a sentir que no le gustaba lo más mínimo estar a solas consigo mismo durante tantas horas entre esas cuatro paredes. Jason trabajaba casi todo el día y él odiaba tener demasiado tiempo para pensar. Porque pensar... pensar no le traía cosas buenas. Unas mujeres de mediana edad se

sentaron en la mesa que había tras él. Reprimió un suspiro mientras le daba al botón para unirse al chat y comenzaba a teclear.

Luke: Sigo vivo.

Rachel: ¡Dios! ¡Sabía que solo estabas siendo un capullo!

Jason: Ya te vale, colega.

Luke: Bonita bienvenida al mundo exterior.

Mike: ¿Al mundo exterior? ¿Te han secuestrado unos marcianitos?

Luke: Casi.

Jason: ¿Has conseguido el divorcio de una vez por todas?

Luke: Casi.

Rachel: Luke, si vuelves a decir «casi», te pego.

Luke: Mike, tío, la agresividad de tu novia me preocupa.

Mike: Pues ya somos dos.

Jason: ¿Por qué sigues casado?

Luke: Mi mujer está buena.

Jason: En serio, déjate de bromas.

Luke: Es verdad, tengo buen ojo hasta borracho.

Rachel: ¿Cuándo vuelves?

Luke: Todavía no lo sé. He decidido tomarme unas vacaciones indefinidas. Quizá me dé más adelante por pasar por Everett, Bel ingham y llegar hasta Canadá; creo que Vancouver no queda tan lejos.

Mike: ¡No me jodas!

Luke: ¿Qué pasa? No es tan raro que necesite tiempo para..., bueno, para nada concreto. Así de plena es mi vida.

Rachel: ¿Cómo es Harriet? ¿Has averiguado por qué no ha intentado divorciarse de ti en todo este tiempo?

Luke: Casi.

Rachel: ¡Te mato!

Luke: Es broma. Me dio una explicación razonable. Más o menos. Y es simpática.

Luke omitió decir que también era dulce e inofensiva. Antes de llegar, los únicos recuerdos que tenía de ella se ajustaban a una definición diferente: se le había quedado grabado en la memoria el vestido rojo y ceñido que llevaba aquella noche en Las Vegas y esa forma de bailar que tenía, tan despreocupada y libre... No tenía nada que ver con la chica más retraída y cauta que había conocido estos últimos días. La Harriet de verdad vestía casi siempre con vaqueros

y

gruesos

jerséis

o

camisetas cómodas.

Luke volvió a centrarse en el

móvil cuando escuchó a las mujeres

que se habían sentado tras él hablar

de no sé qué fiesta que iban a

organizar

por

motivo

del

bicentenario

de

Alfred

Greg ,

fundador

de

Newhapton.

Un

aburrimiento de conversación.

Rachel: ¿Os habéis hecho amigos?

Luke: Algo así. No está tan mal. Al lado de tu novio, es soportable.

Mike: Eh, corta el rol o.

Jason: Eso. Dinos cuándo vuelves.

Luke: Os lo acabo de decir. No lo sé.

Rachel: A mí me parece bien que hagas esta especie de pausa en tu vida, puede que necesites tiempo. Pero cuando regreses te quiero al cien por cien otra vez. Cuando vuelvas... no habrá excusas. No soporto que estés triste.

Luke: Me gusta lo de «hacer una pausa».

Suena bien.

Le dio un trago a la cerveza que el camarero había traído y deslizó los pulgares sobre el teclado del teléfono, mientras

las

mujeres

sentadas a su espalda seguían con su
irritante conversación:

—Tuve razón desde el principio —
sentenció una de ellas con voz
autoritaria—. Que esté viviendo con
uno cualquiera lo confirma, ¿de
dónde lo habrá sacado?

—¿Pero es eso cierto? —preguntó
otra.

—¡Claro que sí! Lo han visto en la
pastelería

y

en

el

bar

del

zarrapastroso y la maleducada de su
amiga. Tuve suerte de que mi hijo

consiguiese desprenderse de ella a tiempo. A saber de quién sería ese bebé, ¡no quiero ni pensarlo!

—Pobre Eliott...

—Todas sabemos que Harriet Gibson hubiese sido capaz de hacer cualquier cosa con tal de retenerlo a su lado. Cualquier cosa —repitió.

Luke se levantó de golpe y la mesa se tambaleó levemente. No sabía exactamente por qué, pero estaba furioso. Muy furioso. Se dio la vuelta hasta encararse con la mujer de cabello pelirrojo que había estado echando pestes sobre Harriet y ella abrió la boca con sorpresa al advertir quién era.

Él le dedicó su sonrisa más macabra.

—Debería aprender a mantener la

boca cerrada si no tiene nada
interesante que decir —siseó—. Así
usted no malgasta saliva y los demás
evitamos escuchar estupideces. ¿No
están de acuerdo, señoras? —Miró a
las demás, que agacharon la cabeza
de inmediato—. Que les aproveche
el café. —Dio un paso al frente,
dispuesto a marcharse, pero volvió a
girarse—. En realidad, retiro lo
dicho. Las mentiras hacen daño al
niño Jesús —bromeó—, espero que
se atraganten. Buenas tardes.
Mientras salía de la cafetería,
intentó no reír ante el gritito agudo
que emitieron dos de las presentes.
Bufó. Detestaba a la gente que
juzgaba a las espaldas. No es que eso
justificase
por

qué

había

reaccionado de un modo tan...

brusco, pero puede que fuese

porque le estaba cogiendo un poco

(muy poquito) de cariño a Harriet. Y,

cuando Luke se encariñaba con

alguien,

lo

hacía

de

forma

incondicional.

Recostó la espalda contra la pared

de la parte de la cafetería que no

estaba acristalada y se despidió del

chat que tenía abierto con Mike,

Rachel y Jason, prometiéndoles que

cogería las llamadas a partir de

ahora. Después, le aseguró a su

madre que estaba comiendo más
que bien. Y finalmente le escribió
un mensaje a Sally: «Sigo sin saber
cuándo
volveré.

No

cuentas

conmigo. Tú pásatelo bien, no

pienses

en

nada

y

disfruta.

¿Recuerdas lo que hablamos aquella
noche en el bar? No nos queda nada
más que el presente».

7

Harriet se extrañó cuando Luke

apareció en la pastelería poco

después de haberse marchado y le

pidió una copia de las llaves,
asegurándole que ese día él se
encargaría de hacer la cena. Y
todavía se extrañó más cuando, al
terminar su jornada de trabajo y
entrar por la puerta, distinguió el
olor a especias y curry que flotaba
en el aire. Había sacado del
cobertizo el polvoriento tocadiscos y
lo había colocado sobre un mueble
viejo pegado a la pared. La voz de
Frank Sinatra se colaba por cada
rincón de la casa.

—Pensaba que era una broma. Lo
de que ibas a hacer la cena.

Él frunció el ceño, todavía con el
cuchillo en la mano derecha. Estaba
cortando un trozo de pollo en
daditos muy pequeños.

—¿Con qué clase de gente te

relacionas?

—¿Necesitas ayuda?

—No. Bueno, si quieres puedes ir
llevando el vino y la ensalada al
comedor.

—¿Vino? —Arqueó una ceja—. Te
recuerdo que esta noche trabajo.

—Me veo en la obligación de
informarte que no. Me encontré con

Angie

de

camino

aquí

y,

casualidades de la vida, me comentó

que te deben un montón de días

libres porque tú nunca quieres

cogértelos. Llevas años sin tener

vacaciones.

—Tienen que contratar a la chica

de refuerzo si lo hago. Es más gasto.

—De cualquier forma, hoy tienes la noche libre —sonrió—. Ten, la ensalada.

—Oye, ¿no puedes tomar esa decisión por mí!

—Yo no, pero Angie sí. Y he pensado que nos vendría bien tener un rato para conocernos. Al fin y al cabo, eres mi mujer. Me gusta conocer a mis mujeres. Soy así de raro.

Eh,

¿prefieres

queso

parmesano o mozzarella?

—Prefiero que me dejes elegir a mí de ahora en adelante.

—Te estoy dando a elegir el queso.

De mala gana, Harriet le arrebató

la bolsita de parmesano que sostenía
en la mano.

—Tomo nota. Nada de meterme
en tus asuntos. Pero lo hecho, hecho
está. —Cogió la botella de vino—.

Espero que te guste el pollo al curry
con queso y la ensalada, porque es
lo único comestible que sé cocinar.

Muy a su pesar, ella sonrió con
disimulo.

—Supongo que podría ser peor.

—Confía en mí: mucho peor. Una
vez, cuando era un crío, intenté
preparar tortitas como sorpresa por
el día de la madre y estuve a punto
de quemar la cocina de casa. Suerte
que mi hermana estaba por allí y
ella siempre sabe solucionar todos
los problemas.

Ya

en

el

comedor,

ambos

ignoraron el sofá y se sentaron en el

suelo, sobre la alfombra, tal como

acostumbraban a hacer desde el

primer día. Luke descorchó el vino y

lo sirvió en sendas copas.

—Así que tienes una hermana... —

tanteó Harriet.

—Tengo dos hermanas mayores.

—Siempre

quise

tener

una,

aunque en realidad Angie es como

si lo fuese. Crecimos juntas. Ya nos

conocíamos antes de empezar a

andar.

—Pues me alegra que no os
parezcáis en nada.

—¿Por qué dices eso? —Harriet se
metió un trozo de pollo en la boca,
masticó y tragó. Estaba rico—. Angie
es especial. Ojalá fuese un poco más
como
ella.

Tiene
mucha
personalidad.

—¿Intentas decir que tú no la
tienes?

Ella dudó. Eso le habían dicho
durante toda su vida: que era poco
interesante, poco inteligente, poco...
todo. Que no tenía nada fuera de lo
común que ofrecerle al mundo.

—No, no he dicho eso... —susurró
—. Hum, me gusta la cena. Buen

trabajo.

—Gracias. —Luke le dio un trago
al vino sin dejar de mirarla de reojo

—. Y dime, Harriet, ¿por qué
empezaste a cocinar?

—Alguien me dijo que era
importante que supiese hacerlo.

—¿Y ese alguien es...?

—Veo que te interesa mucho mi
vida —repuso ella con la boca medio
llena—. Pero no es justo que solo yo
responda un montón de preguntas
personales.

—Tienes razón. Pregunta lo que
quieras.

Harriet tenía un montón de
cuestiones danzando en su cabeza,
pero había una en concreto que la
intrigaba desde hacía tiempo. Vaciló
antes de hablar.

—¿Qué recuerdas de lo que

ocurrió

en

Las

Vegas?

¿Nos

liamos...? Quiero decir, no hubo

sexo, ¿verdad? Dime que no.

Él la miró muy serio.

—¡Pues claro que sí! Horas y horas

de sexo caliente... ¿En serio lo has

olvidado? No dejabas de pedirme

que te dijese cosas sucias al oído. Lo

hicimos

en

el

baño

de

un

restaurante y luego...

Terminó prorrumpiendo en una carcajada ante la perplejidad que se leía en el rostro de la joven; sostenía inerte el tenedor en una mano y tenía la boca entreabierta. Cuando descubrió que se estaba quedando con ella, le dio un codazo y Luke rio más fuerte.

—¡No tiene gracia, idiota! —arrugó la nariz—. Lo siento, no quería decir eso.

—¿Me pides disculpas por un «idiota»? ¿De dónde has salido?

—¿Te pone que te insulten o algo así? —preguntó mosqueada.

—No, pero tampoco hace falta que te pegues latigazos. Es una chorrada, una forma de hablar. Espero. Mira, hagamos una cosa: a partir de ahora te permito que me llames «idiota»,

«imbécil»

y

«capullo».

Pero

«gilipollas» no, ¿vale? Ni tampoco

«estúpido». Así tendrás algún tipo de

limitación y tu moral se sentirá

mejor.

Harriet sonrió mientras degustaba

el vino en la boca.

—Vale, pero sigamos donde lo

habíamos dejado. Entonces no nos

liamos, ¿cierto?

—Mi memoria decidió no archivar

esa noche, pero creo que no.

Además, estoy seguro de que si nos

hubiésemos

acostado

tú

lo

recordarías. ¿No te he dicho que
follar se me da mucho mejor que
cocinar?

Harriet tragó con cierta dificultad
y sintió que se sonrojaba. De verdad.

Notó

el

calor

sacudiendo

su

estómago y ascendiendo lentamente

por su cuello hasta alcanzar las

mejillas. Luke sonrió al darse cuenta

de ello y se inclinó, acercándose

más a ella. Harriet logró distinguir

las motitas verdes que había en su

iris, como si fuesen trazos de pintura

de una misma tonalidad. La

proximidad la puso más nerviosa.

—¿Por qué tienes que hablar así?

—¿Qué tiene de malo la palabra

«follar»?

—Enarcó

una

ceja,

divertido—.

¿Qué

edad

tienes,

Harriet?

—¿Importa eso?

—Importa si te sigues sonrojando

cuando alguien habla de cómo se

hacen los bebés. Porque sabrás

cómo se hacen, ¿verdad?

—Lo peor de todo es que tú

pienses que eres gracioso. Solo

quería saber qué había pasado esa

noche, porque apenas recuerdo

nada y es frustrante. Pero gracias por

nada.

Luke suspiró e intentó «portarse bien», a pesar de lo mucho que le gustaba ver cómo se ruborizaba y apartaba la mirada, cohibida y avergonzada. Despertaba en él algún resquicio de ternura que creía haber perdido hacía tiempo.

—Yo tampoco me acuerdo. Si hubiese mantenido la cordura..., no estaríamos ahora aquí, cenando, casados. Cuando bebo me da por hacer cosas muy raras. En serio. Debió de ser tu día de suerte. Pero hazme cualquier otra pregunta que pueda contestarte.

—¿No te echan de menos? ¿No hay nadie esperándote...?

—Hombre, confío en que mis amigos noten un poco mi ausencia.

—¿Cómo son ellos? —Pinchó con el tenedor los últimos restos de pollo y lechuga.

—Pues, veamos, está Rachel, que es la tía más testaruda del mundo, y está Mike, que es el tío más testarudo del mundo. Como es lógico, los dos están juntos. Y luego queda Jason, que ahora está soltero, y es el único sensato de los cuatro, la luz que nos guía en los momentos de crisis —rió, pero había algo más, un deje de afecto en su mirada.

—¿Son los que te acompañaban en Las Vegas?

—Sí, los dos. Rachel no vino a ese viaje.

Cuando terminaron de cenar, él se levantó y recogió los platos y la botella vacía. Ella hizo el amago de

seguirlo, pero Luke le indicó que no se moviese.

—Hoy me encargo yo —insistió.

Lo vio desaparecer por la puerta, todavía algo contrariada. No estaba acostumbrada a no hacer nada. De hecho, tras varios años ocupándose de todo, no podía asegurar que fuese a ser capaz de quedarse quieta, ahí sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. Torció el gesto, un poco molesta consigo misma por pensar de aquella forma tan clásica y retrógrada. Luke regresó un par de minutos más tarde y dejó en la mesita redonda dos vasos llenos de un líquido rojizo; los hielos tintinearón contra el cristal.

—¿Qué es?

—Licor de cereza. Lo único con alcohol que he encontrado en esta casa.

Sigamos

con

esto

de

conocernos... —Luke inspiró hondo antes de continuar hablando—. Esta tarde estuve en la cafetería y escuché a un grupo de mujeres hablar sobre ti.

—¿Sobre mí...?

Harriet sintió que se quedaba sin aire, aunque no supo por qué: era evidente que, tarde o temprano, si Luke acudía a la cafetería dónde se reunían las amigas de la madre de Elliott, se acabaría enterando de los rumores del pueblo y de todo lo que

aquellas cacatúas decían sobre ella
(más ahora que ya debían haberse
percatado de su presencia). Sin
embargo..., le había gustado que él
no estuviese al tanto de su vida y
que se tomase la molestia de
conocerla desde cero y no tuviese
nada que ver con aquellas personas
que creían conocer su pasado o
tenían
una
opinión
llena
de
prejuicios.

—Sobre ti y un tal Eliott que, al
parecer, era el hijo de una de ellas.

—Bueno, eso no te incumbe.

—Les deseé que se atragantasen
con el café.

—¿Qué hiciste qué...?

—Y me faltó poco para escupirles.

Pero como soy un caballero...

—¡Luke! ¡No puedes hacer eso! En
este pueblo... en este pueblo todo el
mundo

dramatiza

y

exagera

cualquier pequeño malentendido
que surja, ¿no lo entiendes? Te
tacharán de por vida.

—¿Y a mí qué más me da? —

frunció el ceño y luego suavizó el
gesto al percibir la incomodidad de
la joven—. Solo quiero saber qué
pasó con ese tío.

—¿Por qué?

—Porque soy un puto cotilla.

—No me gusta hablar de ello. Lo

siento, pero...

—¿Ni siquiera a cambio de tres preguntas más?

—De verdad que esto es algo personal.

—Me enteraré de todos modos. Es inevitable escuchar de lo que hablan. —Se encogió de hombros, le dio un trago a la bebida y luego la miró fijamente, mientras dejaba el vaso sobre la mesa—. También dijeron algo sobre un bebé.

Harriet abrió la boca, consternada, y después volvió a cerrarla de golpe.

Nunca le había contado aquello a nadie. Casi todos los vecinos de Newhaston se habían conformado con conocer tan solo una versión de los hechos y ninguno se había acercado a ella un día cualquiera

para preguntarle o pedirle que
contase su verdad. Menos Angie,
claro, que lo supo desde el principio,
y después su madre, Barbara, y
Jamie.

—Es una historia muy larga.

—De acuerdo. —Le sonrió, con
una de esas sonrisas preciosas que
parecía usar a modo de comodín. Si
pretendía
dar

tranquilidad,
conseguía justo todo lo contrario—.
Entonces, rellenaré los vasos antes
de que empieces.

Desapareció de nuevo, como si
estuviese dándole un respiro para
recuperarse, y volvió con la botella
de licor de cereza, caminando con
esa seguridad que emanaba sin

pretenderlo.

Guardó

silencio

mientras se sentaba.

—Yo... no sé por dónde empezar.

Era una cría cuando conocí a Eliott

Dune. Y él era el típico chico del

pueblo con el que todas deseaban

salir. En realidad... —Se mordió el

carrillo, pensativa—. En realidad,

mientras estuve con él no me trató

mal. No fue un completo idiota

conmigo. Hasta que me quedé

embarazada.

Luke la miraba atentamente.

—Tenía casi dieciocho años y él

estaba a punto de irse a la

universidad a estudiar medicina...

No se lo tomó bien. Fue como si se

quitase una especie de máscara y

me mostrase quién era en realidad.

—Tanta sinceridad tenía que ser culpa del alcohol, porque a Harriet todavía le sorprendía estar hablando de aquello con un desconocido sin que se le disparasen las pulsaciones.

Le dio un trago largo a la bebida—.

Le aseguré que no le molestaría, que firmaría cualquier documento que atestiguase que él no tenía nada que ver con el bebé...

—Pero no aceptó.

—No. No, joder. —Cerró los ojos e inspiró hondo—. Lo siento.

—Eh, «joder» me mola. Mientras estés conmigo, puedes decirlo todas las veces que quieras.

—Vale. Joder —le sonrió—. En resumen: se lo dijo a mi padre. Y mi padre... En fin, mi padre me odiaba.

Odiaba cualquier cosa que tuviese
que ver conmigo. Me obligó a
abortar. No pude evitarlo. No tenía
adónde ir, ni dinero ni era mayor de
edad. No tenía absolutamente nada.

—¿Y tu madre...?

—No estaba. Ella se fue cuando yo
tenía unos siete años. Creo que
también me odiaba —esbozó una
sonrisa amarga—. No tenía más
familia. Bueno, un tío, hermano de
mi padre, pero nunca tuvimos
demasiada relación con él. Así que
ocurrió lo inevitable. Te aseguro que
respeto que alguien decida tomar
esa decisión. Lo entiendo. Pero el
problema era que yo no quería
hacerlo. Y, cuando te ves obligada a
desprenderte de algo que quieres,
duele. —Tragó saliva—. ¿Sabes...?

Ahora, mirándolo en perspectiva,
pienso que quizá fue lo mejor. Por
aquel entonces tenía un mantra en
la cabeza, una especie de obsesión
por demostrarle al mundo que sería
una buena esposa, una buena
madre, una buena mujer. Tenía la
cabeza llena de... llena de...

—¿Mierda?

—Creo que esa es la palabra
exacta. —Harriet rio—. Tenía la
cabeza llena de mierda. Un montón
de ideas machistas que habían ido
calando en mí sin que me diese
cuenta. Es difícil escapar de esos
pensamientos cuando has crecido
entre ellos. Todavía me cuesta
hacerlo, a veces.

—Imagino que sí. Apuesto lo que
sea que a mi hermana le encantaría

psicoanalizarte. Para ella sería como una especie de fiesta a lo grande.

—¿Es psicóloga?

—Sí. Y activista en varios grupos feministas. Admito que a veces es un poco odiosa. La última vez que tuvimos una comida familiar, le pedí que pusiese ella la mesa y casi me clava un tenedor. Es un poco sensible, pero una tía guay, también. Cuando competimos por ver quién consigue beber más cerveza de golpe, está la cosa ahí, ahí. Creo que un día terminará ganándose si sigue entrenando con tanto empeño —dijo—. Pero, volviendo al tema, ¿qué tiene que ver lo que ocurrió con lo que estaban hablando esas... esas...?

—Señoras.

—Iba a decir algo más divertido,
pero vale.

—Se terminó sabiendo lo que
ocurrió. En un pueblo como este es
casi imposible que algo se mantenga
en secreto, créeme. Así que cuando
la gente empezó a hablar de ello, la
madre de Elliott, la señora Dune,
aseguró que el bebé ni siquiera era
de su hijo. Fue diciendo por ahí que
yo había estado con otros... —

Harriet bajó la mirada—. Y, por si te
lo estás preguntando, era mentira.

Pero los Dune son una de las

familias

más

adineradas

de

Newhapton,

regentan

varios

negocios y mucha gente de aquí

trabaja para ellos. Todo el mundo

los creyó. Eliott se marchó a la

universidad y quedó como una

víctima porque supuestamente mi

intención había sido estar con él por

su dinero y, después, encima, lo

había engañado. En fin. Hay

telenovelas

mexicanas

menos

dramáticas.

—Hostia.

—Así están las cosas.

—¿Nunca te han dicho que eres la

persona con peor suerte del mundo?

—No hace falta que nadie lo haga.

Ya lo sé —rio—. Lo único bueno de

toda esta historia es que Eliott no ha

vuelto a aparecer por aquí. Imagino
que habrá venido en alguna ocasión,
pero no lo he visto. Los Dune suelen
irse a esquiar durante las vacaciones
de Navidad o a algún destino
paradisiaco del que poder presumir
después.

Luke rellenó los dos vasos con
más licor de cereza.

—Odio a ese tipo de gente.

—Y

ahora

me

debes

tres

preguntas.

Él la miró divertido y se relamió
los labios después de beber un trago.

Harriet tuvo que obligarse a apartar
la mirada de su boca. Porque, una

de dos, o era increíblemente
apetecible o el alcohol empezaba a
afectarle más de lo previsto. La
segunda
opción
tenía
muchas
papeletas para ganar.

—¿De dónde sacas eso?

—Ese era el trato. Tú mismo lo has
dicho.

—Digo muchas cosas estúpidas.

Vale, al menos no era la única que
parecía ir algo achispada. Luke tenía
los ojos brillantes y algo más
entrecerrados de lo normal.

—Quiero saber cómo fue tu
infancia.

—Abejita, no te ofendas, pero eres
muy rara.

—¿Feliz? ¿Triste? ¿Difícil...?

—Muy feliz.

—No se terminará el mundo si te extiendes un poco más...

Luke dejó escapar una carcajada y se reclinó hacia atrás, apoyando los codos sobre la alfombra. Se le veía cómodo, tranquilo.

—Mi padre murió antes de que yo naciese.

Era
soldado.

Estaba
destinado en el extranjero y hubo una explosión y, bueno, eso es casi todo lo que sé.

—Dios mío. ¡Lo siento mucho! Eso no parece muy feliz.

—Puede que suene mal, pero es difícil echar de menos algo que ni

siquiera conoces, ¿entiendes? Así que no puedo quejarme. He vivido con mi abuela, con mi madre y con mis dos hermanas. Y fue bastante divertido.

—Te has criado entre mujeres...

Seguro que eras el niño mimado. Y encima el pequeño de la casa. —Lo miró con un deje de diversión.

—Suerte que tenía a Jason, Mike y Rachel para espabilarme.

—Rachel también es una chica.

—Ya, pero para mí es como si no lo fuese.

—Entonces, ¿os conocéis desde niños?

—Esto cuenta como una segunda pregunta

—apuntó

antes

de

proseguir—: Sí, desde los seis años.

El idiota de Mike me dio un empujón durante el recreo, en el colegio, porque yo llevaba el juguete que él quería, así que le di una patada. Jason apareció por allí y puso paz. A partir de entonces, los tres fuimos inseparables. Y un año después conocimos a Rachel. Era nueva en el barrio, acababa de llegar de Seattle con su padre, y Mike le golpeó con una pelota de béisbol. Como ves, todo nuestro nexo de unión es gracias a la agresividad de Mike.

—Solo me queda una pregunta...

—Intentó en vano que no notase su sonrojo—. ¿Por qué llevas tatuado un erizo en la cadera?

—Te has fijado...

—Era difícil no hacerlo.

—¿Por mí o por el erizo?

—El erizo, desde luego.

No estaba segura de que fuese a
resultar creíble. Bajó la vista cuando
él clavó en ella su intensa mirada
como
si
estuviese
intentando
zambullirse en sus pensamientos.

—Lo cierto es que sufro una
extraña tendencia por tatuarme
cuando estoy borracho. Me gustaría
decir que soy ese tipo de persona
que aprende rápidamente de los
errores, pero no. Aunque, ahora que
lo pienso, tú sabes mejor que nadie
de lo que hablo...

—Los pajaritos —sonrió.

—Los dichosos parajitos.

Harriet

estalló

en

una

despreocupada carcajada mientras

se tocaba de forma inconsciente el

brazo donde llevaba el tatuaje que

tenían a juego. Ella les tenía cariño a

aquellas tres sombras. Eran, junto a

los anillos de Angie, lo único que le

recordaba que dentro de sí misma

había más, mucho más; anhelos que

a veces permanecen dormidos

durante

demasiado

tiempo.

Y,

aunque a Harriet le costaba ir

destapándose ante el mundo, iba

haciendo avances.

—Me apetece bailar.

—¿Tú

bailas?

—preguntó

sorprendida.

Él la cogió de la muñeca para

ayudarla a levantarse y la arrastró

OceanofPDF.com

hasta la cocina. Volvió a colocar con delicadeza la aguja del tocadiscos y la música sonó de nuevo y envolvió la estancia. Le tendió una mano que ella aceptó algo recelosa.

—¿De qué tienes miedo? —Luke la pegó a él cuando comenzó a sonar My way.

—Esto es raro.

—¿Por qué?

—Estamos bailando.

—No es para tanto. Eres un poco...

A ver, ¿cómo decirlo sin que suene como una especie de insulto...? —Se mordisqueó la comisura del labio, pensativo, y la deslizó hacia un lado con delicadeza, casi como si la hiciese flotar a su alrededor—.

Mojigata. Eso es.

—¡Oye! ¿De qué vas?

Luke estaba a punto de añadir algo más, cuando el cielo pareció romperse en mil pedazos y, de repente, infinitas gotas de lluvia se estrellaron contra el cristal de la ventana de la cocina produciendo un sonido estridente.

—Tormenta —susurró Harriet—.

Era extraño tantos días de buen tiempo...

—¿Llamas «buen tiempo» a lo que hemos estado teniendo?

—Me temo que sí —admitió—.

¿Salimos a la terraza de atrás? Está cubierta. Podemos ver desde ahí cómo llueve.

—Es la mejor idea del mundo. —

Luke fue al comedor y regresó con la botella de licor en una mano y una manta en la otra. Le sonrió—.

Vamos.

Se sentaron entre los viejos
cojines de colores. La lluvia caía
sobre las hierbas salvajes que
crecían en el jardín trasero y
golpeaba contra las vigas de madera
del porche y el tejado. El cielo era
un manto oscuro y no se oía
absolutamente nada. Tan solo el
latir constante de la lluvia. Tan solo
sus respiraciones acompasadas. Tan
solo las ramas de los frondosos
árboles sacudiéndose al compás del
viento...

Permanecieron un rato callados,
hasta que Luke cogió uno de los
muchos tarritos de cristal que allí
había y lo inspeccionó con cuidado,
girándolo
entre

sus

dedos,

observando las hojas de diferentes

tonalidades que escondía en su

interior.

—Me

tranquiliza

hacerlos.

Guardar las hojas, quiero decir.

—Ya lo había supuesto.

—¿Por qué?

—Porque lo haces de forma

compulsiva. La casa está llena de

botecitos de estos... Me pregunto

una cosa, ¿qué pasaría si lo abriese?

¿Puedo? —Arqueó una ceja.

—¡No! No, no. La gracia... —

Harriet respiró hondo, esforzándose

por controlar los nervios; estaba

empezando a encontrarse un poco

mal—. La esencia de todo esto es
que esas hojas están... están seguras
ahí dentro, ¿entiendes? No lo abras,
por favor.

—¿Es una especie de metáfora?

—¿Qué?

—Vale, no sé cómo preguntar esto,
pero... —Luke inspiró hondo—. ¿Tu
padre te hizo algo alguna vez? ¿Es
eso o...?

—¡No! ¡Luke, no! De verdad. —
Harriet sacudió la cabeza y le quitó
el tarro de cristal con algo de
brusquedad—.

Sé

que

suenas

estúpido,

pero

solo

es

una

costumbre que adopté cuando era

una cría. Me tranquilizaba sentarme

en el bosque y pasar allí una, dos,

tres horas escogiendo mis hojas

preferidas,

desechando

otras,

buscando siluetas concretas... Es

una tontería. Pero era mi modo de

escapar y no estar en casa y matar

las horas muertas. Y me gusta la

idea de pensar que las conservo,

como si fuesen valiosas. ¿Por qué no

iban a serlo? Quiero decir, las cosas

tienen solo el valor que nosotros

decidimos darle.

Luke la miró serio.

—De acuerdo. Está bien. Creo que

entiendo lo que intentas decirme —
susurró y se dio unos golpecitos en
el labio inferior con la punta del
dedo

antes

de

encogerse

de

hombros—. Pero, eh, no te enfades.

Tenía que preguntarlo. Se supone
que somos amigos, ¿no? Era mi
obligación hacerlo.

—¿Amigos? Creo que utilizas esa
palabra con mucha facilidad.

—En absoluto. —Alzó la botella de
licor—. ¿Quieres más?

—No.

—¿Estás segura?

Harriet sintió su estómago agitarse
y se movió con cierta incomodidad

entre los cojines. La lluvia seguía
salpicando contra las vigas y
rebotando en el suelo de madera
del porche. El golpeteo de las gotas
de agua tenía un ritmo marcado
similar al de los latidos de su
corazón. Que iba demasiado rápido.
Demasiado acelerado...

—Tan segura como que creo que
voy a vomitar.

—¿Estás de coña?

—No. Ayúdame a levantarme.

—Ven, joder. Vamos. —Tomó su
mano y tiró de ella hasta ponerla en
pie.

8

Sentado en el suelo del cuarto de
baño, recostado contra la pared,
Luke rio. Harriet acababa de tirar
por el retrete la cena y el licor de

cereza y seguía arrodillada sobre las
frías baldosas azules. Llevaban allí
un buen rato, por si acaso le
quedaba algo más en el estómago.
Parecía ser que no.

—¿Qué demonios te hace tanta
gracia?

—La pinta que tienes. Tendrías
que verte —volvió a reír—. Estás
horrible.

—Lo que toda mujer quiere oír
después de vomitar delante de un
desconocido.

—Creo que esto ha afianzado
nuestro nexo de unión.

—¿Por qué siempre que apareces
en mi vida termino igual?

—Bueno, he estado más de una
semana sin emborracharte desde
que puse un pie en esta aldea. Eso

debería contar. —Luke se incorporó con cierta dificultad y estiró el brazo hacia ella—. Dame la mano, abejita, te acompañaré a la cama.

—Deja de llamarme así. Y puedo sola, gracias.

—No discutas. Venga, andando.

Harriet puso los ojos en blanco, aceptó su ayuda para levantarse y luego caminó hasta la habitación con Luke pisándole los talones.

Estaba bien. De verdad que sí.

Seguía

notando

el

estómago

revuelto y un poco los efectos del

alcohol,

pero

nada

realmente

preocupante. Él esperó frente a su cama mientras ella se cubría con las mantas y ahuecaba la almohada.

—¿En serio esto es necesario?

Luke sonrió débilmente y apagó la luz de la lamparilla antes de salir y dejar la puerta entornada. Ella respiró hondo un par de veces, intentando calmarse, mientras se concentraba en los atrapasueños pequeños que colgaban del techo.

Demasiadas novedades en su vida en tan poco tiempo... No estaba segura de dónde encajar esas nuevas piezas que habían aparecido de la noche a la mañana en el puzle de su día a día. Se dio la vuelta en la cama, atenta a los ruidos que provenían de la cocina: dedujo que

Luke estaba recogiendo la mesa y
lavando los platos. Quiso levantarse
y decirle que dejase de hacer
aquello y se marchase ya al
cobertizo, pero el sonido de la lluvia
golpeteando contra el tejado era
extrañamente
melódico
y
reconfortante, y al final dejó que el
sueño se apoderase de ella.

La casa estaba en silencio cuando
Harriet despertó. La tormenta había
pasado y la frágil luz del sol se
reflejó en el cristal antes de que
abriese las ventanas de par en par.

La lluvia había dejado tras de sí su
aroma característico y olía a madera
y a hierba húmeda.

Se quedó paralizada en cuanto

puso un pie en el comedor.

Luke

estaba

allí,

durmiendo

plácidamente en su sofá.

La manta apenas le cubría parte de la camiseta arrugada que se pegaba a su torso y tenía un brazo estirado hacia atrás. Aquellos labios, rojizos y sensuales, estaban ahora entreabiertos y sus largas pestañas acariciaban la piel bajo los párpados.

Harriet lo observó durante unos segundos, deslizando la mirada hasta percibir cada detalle, cada particularidad. Tenía un minúsculo lunar en el cuello, un par de pecas alrededor de la nariz que le daban un aire travieso y llevaba las uñas de

las

manos

muy

cortas,

algo

mordisqueadas, nada bonitas...

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí
mirándome?

Dio un saltito, asustada, e intentó
recobrar la compostura.

—El tiempo que quiera. Estás en
mi casa. En mi sofá. En mi espacio.

—Dame más drama.

—¡No puedes estar aquí, Luke!

¡Era nuestra norma!

Luke se desperezó.

—Era tu norma, no la mía. Y, para
tu información, temía que vomitases
otra vez. Deberías estar agradecida.

Soy un buen marido. —Se levantó y

estiró los brazos mientras esbozaba una sonrisa perezosa—. Sea como sea, supongo que esto sirve como prueba aclaratoria de que mi intención no es asesinarte en mitad de la noche, así que no hará falta que siga durmiendo en el cobertizo.

Harriet lo siguió hasta la cocina.

—Ni lo sueñes.

—El sofá no es que sea ninguna maravilla, pero es mejor que ese sitio mohoso. Déjame quedarme y a cambio arreglaré las tejas que están a punto de caerse. —Señaló el tejado con el dedo—. Y el calefactor. ¿Trato?

El problema no era que creyese que fuese a matarla, pues era evidente que no entraba en sus próximos planes descuartizarla y meterla en el maletero de su coche.

El problema era que se sentía muy rara pensando que Luke estaría tan cerca de ella cada noche, apenas a unos metros de distancia. No estaba segura de que fuese capaz de conciliar el sueño siendo consciente de su proximidad. Su presencia la inquietaba y hacía que se mantuviese alerta, como un gato perezoso al que de pronto le exigen que agudice de nuevo sus sentidos y, solo por si acaso, afile las garras. —Y también las tablas del suelo que están sueltas —añadió ella tras un tenso silencio que se prolongó durante un largo minuto—. Las

arreglarás.

Luke sonrió con cierta arrogancia.

—Cuenta con ello.

Contrariada por estar tan absorta discutiendo con Luke como para no percatarse de nada más, Harriet advirtió la hora que era. Se llevó una mano a la cabeza.

—¡Qué desastre, demonios! No es posible, ¡me he olvidado por completo de la pastelería! ¡Es sábado por la mañana! Y todo por tu culpa, estarás contento. ¿Dónde están mis llaves? ¿Mi bolso, mi... todo?

—Harriet, demasiado tarde. Son casi las once de la mañana, no tienes tiempo de preparar nada; deja de estresarte. Pon un cartelito avisando de

que

cierras

por

asuntos

personales, ¡y listo! —sentenció Luke

y le rozó el hombro al coger una

manzana del frigorífico. Tras darle

un mordisco a la fruta, apoyó la

cadera en la isleta de la cocina y se

quedó ahí observando cómo ella

contraía el rostro en una mueca de

horror.

—¡Pero no puedo hacer eso!

—Puedes. Y debes.

—¿Por qué dices...?

—¿Sabes que uno rinde más

cuando está descansado? —la cortó

—. La productividad tiene mucho

que ver con que un negocio

funcione.

—Está bien, déjalo. Aprovecharé para ir a ver a Barbara, que llegó ayer de su viaje. Espero que todo haya ido bien, porque a veces tiende a ser un poco trágica.

—¿Quién es Barbara?

—La madre de Angie.

—¿Y qué haré yo?

—No lo sé, Luke. Resulta difícil mantenerte entretenido todo el día.

—Créeme, no es difícil —sonrió travieso—.

Desde

tiempos

ancestrales, existe una manera de lo más estimulante que...

—Ni te molestes en terminar la broma —lo cortó—. Volveré para comer. Y, por favor, no hagas nada raro.

La casa de Barbara Flaning estaba al otro lado del pueblo, también en los límites que separaban Newhapton de los frondosos bosques de la zona. Tenía una terraza enorme, repleta de macetas con plantas que ella cuidaba con mimo, y el interior era muy luminoso, con los muebles blancos y las cortinas del mismo color, algo poco común en aquella zona más rural.

Le dio un fuerte abrazo a Harriet en cuanto abrió la puerta y, tras anunciarle que Angie acababa de llegar, ambas se encaminaron hacia el salón. Le preguntó por qué no estaba trabajando y ella se excusó diciéndole que se había encontrado mal la pasada noche antes de cambiar rápidamente de tema.

—Estás

bronceada.

Estás

guapísima —alabó Harriet.

—¿Verdad? Al parecer mi madre

se

ha

pasado

las

vacaciones

tostándose al sol.

Angie le dejó un hueco en el sofá,

sin apartar la mirada del ordenador

portátil que estaba sobre la mesita

principal. No despegó la mirada de

la pantalla mientras movía los dedos

con un poco de torpeza sobre el

teclado.

—Y practicando surf. —Barbara

sonrió con alegría—. Bueno, en

realidad solo nos metíamos en el
agua con la tabla bajo el brazo.
California es el paraíso. Oh, y ese
profesor
de
surf...
todo
un
espectáculo. Se llama Alex Harton y,
si no fuese porque está casado y
podría ser mi hijo, yo...
—¡Mamá! —Angie la fulminó con
la mirada—. Deja de babear; al
menos, mientras yo esté delante.
Gracias. Suficiente tengo ya con la
noticia del tontaina ese...
—¿Qué tontaina? —Harriet dejó el
bolso sobre el brazo del sofá.
—¡Mi amigo!
—Tengo un nuevo papá —repuso

Angie.

—¡No es verdad! Jerry y yo solo
nos
estamos
conociendo.

De

momento. Por eso necesito que
conectes el dichoso internet. Quiero
seguir hablando con él. —Miró a la
joven rubia—. Es de Texas y también
estaba allí de viaje. ¡Lo pasamos en
grande! Te habría caído muy bien,
¡es tan bromista! Me enseñó a usar
Falebuck para que pudiésemos estar
en contacto.

—Es Facebook. —Angie puso los
ojos en blanco.

Harriet estalló en una carcajada,
todavía incrédula ante la situación.
Conocía a Barbara desde siempre y

jamás la había visto tan alegre, tan
rejuvenecida, tan enérgica. Tras el
complicado
divorcio,
se
había
encerrado demasiado en sí misma.
Ese viaje y la aparición del tal Jerry
eran casi como una bendición.
Incluso aunque la cosa no llegase a
fragar, ya significaba haber dado
un gran paso hacia delante.
—¡Ya está bien, chicas! Parad de
hablar de mí —dijo, intentando
acallar las risas de ambas—. Cielo,
Angie me ha contado lo de tu
marido, ¿qué se supone que vas a
hacer? —Se sentó a su lado en el
sofá y las pulseritas de colores que
había comprado en un mercadillo

de

Los

Ángeles

tintinearón

suavemente—. Si te puedo ayudar de alguna manera, ya sabes que solo tienes que pedírmelo, ¿verdad?

—Gracias, pero todo está bien.

—Si omitimos que tienes a un desconocido en tu casa —repuso Angie antes de volver a centrar su atención en el ordenador.

—¿Por qué permitiste que ayer no fuese a trabajar?

La morena lanzó un suspiro y bajó la tapa del portátil.

—Luke vino a hablar conmigo y me preguntó por tus días libres. Le dije la verdad: que jamás pillas ninguno y que estamos hartos de

intentar obligarte a hacerlo. Y por una vez, y sin que sirva de precedente, tiene razón en algo: necesitas tomarte un respiro más a menudo. Así que ve preparándote para ir cogiendo las noches libres que te quedan. Durante el próximo mes no quiero verte por ahí a menos que te necesitemos como refuerzo, ¿queda claro?

—¡No! ¡Ni en broma! Quítate esa idea de la cabeza.

—¿Tengo que recordarte quién es el dueño de ese local? —sonrió—.

Oficialmente, estás de vacaciones.

Como mucho, te dejo que sigas trayendo los dulces que sobren del día y que me hagas compañía alguna que otra noche. —Le dio un beso en la mejilla y volvió a subir la

tapa del ordenador.

Harriet permaneció pensativa.

—Luke dijo que os encontrasteis por la calle. No me contó que te hubiese buscado a propósito para hablar contigo.

—Ese chico miente más que habla.

—Eso me preocupa... —Barbara se recogió los rizos castaños en una especie de moño y después acogió la mano de Harriet entre las suyas, infundiéndole cariño—. Cielo, no puedes fiarte de alguien a quien no conoces.

—Y no me fío. Sabes que no me fío de nadie.

—Menos de nosotras —le recordó Angie.

—Menos de vosotras, claro, y de Jamie —puntualizó, y luego arrugó

la frente con malestar—. Pero ahora mismo no tengo otra opción. Las cosas son así. Tiene todas las de ganar, podría quedarme sin nada tan solo si abriese la boca.

Barbara pareció angustiarse y olvidar

momentáneamente

esa

actitud tan zen que se había traído consigo desde California. Soltó la mano de Harriet y se entretuvo retorciendo las suyas con gesto nervioso.

—¿Qué sabes de él? ¿Cómo es?

—Pues... —Hubo un silencio—.

Tiene dos hermanas. Se crió con ellas y con su madre y su abuela porque su padre murió antes de que él naciese. Y le gusta la tarta de

queso y mezclar lo dulce y lo salado

y...

—Eso son meras cosas anecdóticas.

Podría estar contándote un montón

de mentiras. —Angie negó con la

cabeza, pero su rostro se iluminó de

repente cuando fijó otra vez la

mirada en la pantalla del portátil—.

Oye, ¿cómo era su apellido?

—Evans. Luke Evans. ¿Por qué

quieres saberlo?

«Luke Evans», tecleó rápidamente

mientras se mordía el labio inferior.

Las tres se inclinaron a la vez hacia

el ordenador, mientras Google

tardaba una eternidad en cargarse.

Y, de pronto, aparecieron varias

noticias

relacionadas

con

ese

nombre. Harriet sintió cómo su corazón se aceleraba, «pum, pum, pum». Dios... ¿Y si realmente sí era alguien peligroso? ¿Y si había atropellado a alguien y se había dado a la fuga y por eso quería quedarse en aquel diminuto pueblo durante un tiempo...?

—Es... —Angie leyó entre líneas, tras abrir una primera noticia de un periódico local—. Era jugador de fútbol. Estuvo a punto de fichar por los Oakland Raiders. ¡Joder! ¡Qué fuerte!

—¡Esa boca, señorita! —la regañó su madre, y abrió mucho los ojos cuando inspeccionó más de cerca la foto de un Luke un poquito más joven, vestido con el equipaje del

equipo de la universidad de Stanford—. ¿Este muchacho de aquí es tu marido? ¡Santo Dios! No me extraña que lo dejes quedarse en tu casa.

Harriet asintió en silencio, ajena a sus palabras, sin dejar de intentar averiguar qué decía el artículo. Su curiosidad iba en aumento. No debería intrigarla tanto, pero...

—¡Mamá!

—¿Qué más dicen de él?

—Parece ser... —Angie clicó con el ratón para bajar—. Creo que se lesionó. Aquí pone que era la estrella del equipo universitario cuando estaba en tercer curso y que tenía varios contratos sobre la mesa.

Leo el resto: «El agente de Luke Evans ya había apalabrado con la

directiva de los Oakland Raiders su inminente fichaje cuando, una semana más tarde, el jugador sufrió una rotura que impidió que el contrato llegase a cerrarse. En su lugar, su compañero Dylan Martin se vio beneficiado por esta situación y consiguió cerrar un trato con...».

—Déjame ver.

Harriet se hizo un hueco frente al ordenador y entró en cuatro enlaces más de noticias, pero todas ellas decían exactamente lo mismo. La lesión. El contrato que no llegó a firmarse... Hasta que encontró una en la segunda página que era más reciente y tenía que ver con un colegio privado de San Francisco. La leyó.

«El

entrenador

Luke

Evans,

antiguo jugador, quedó segundo en

la clasificación anual de los clubs

juveniles

del

Condado.

Como

reconocimiento a su labor, la

dirección del colegio le otorgó el

premio extraordinario que cada año

se reparte entre los integrantes de

las

actividades

extraescolares.

Además, anunciaron que para la

próxima temporada se destinarán

más fondos para el equipo de fútbol,

con la intención de potenciar el

deporte y la disciplina entre los
alumnos».

Contempló con atención las dos
fotografías que había al final del
artículo. Aunque no eran demasiado
grandes,

en

ambas

se

podía

distinguir a Luke en el lado derecho
y al equipo al completo con una
equipación de color azul celeste. En
la primera, los críos apenas tenían
seis o siete años, pero en la segunda
eran ya chavales adolescentes.

Dedujo que, por aquel entonces,
entrenaría a ambos equipos.

—Era

entrenador...

—susurró

Harriet y miró a Angie de reojo—.

Como el padre de Jamie —añadió,
pues era él quien se ocupaba hasta
ahora del único equipo que había
en Newhapton, al que asistían
también algunos chicos de los
pueblos de alrededor.

—¿Quién lo iba a decir?

Las tres permanecieron unos
segundos en silencio, asimilando la
noticia. Harriet entendió entonces el
tatuaje que llevaba en el hombro:
era el escudo del equipo de la
universidad, lo había visto antes en
alguna ocasión.

—¿Por qué no me habrá dicho
nada?

—No sabía que fueseis tan
amiguitos. En serio, ¿qué rollo te

traes con él? Vale que tiene su punto, lo admito, ¡pero utiliza la cabeza!

—¿Punto? ¡Tiene un puntazo, hija!

Ambas ignoraron a Barbara.

—No sé por qué lo odias tanto. Es simpático. Es divertido. Y me ayuda con la pastelería y las cosas de casa y...

—¡No quiero que nadie te haga daño! —gritó.

—¡Angie! —Su madre le lanzó una mirada feroz—. Deja de intentar controlar todo lo que ocurra en la vida de Harriet. Puede enfrentarse a esto sola. Y, si necesita ayuda, nos la pedirá, ¿verdad que sí, cielo?

—Claro.

—Pero...

—¡No más «peros»! —exclamó

Barbara—. No puedes escudarte
siempre en cosas que ocurrieron en
el pasado para justificarte cada vez
que te comportes de un modo
sobreprotector. ¡Y luego soy yo la
que exagera y se preocupa por
todo...!

—¿Insinúas que me parezco a ti?

—No lo insinúo, hija. Lo afirmo.

—¡Ah! ¡No digas eso! —Angie se
puso en pie de un salto—. ¿Sabéis...?

Tengo que irme, llego tarde y Jamie
estará esperándome.

Se despidió de ambas dándoles un
beso rápido en la mejilla y un
minuto después se oyó el golpe de la
puerta principal al cerrarse. Harriet
suspiró hondo y negó con la cabeza
antes de hablar:

—Será mejor que yo también me

marche

ya.

Me

alegra

que

disfrutases de esas vacaciones. De

verdad. Te veo mejor que nunca.

Las dos se incorporaron a la vez,

pero Barbara posó la mano sobre el

hombro de Harriet antes de que

pudiese dar un paso al frente.

—¡Ay, cielo! Lo estaba hasta que

volví y me enteré de lo del chico ese.

No quería decir nada más delante

de mi hija porque ya sabes que se

preocupa demasiado por ti...

—Sabía que solo estabas fingiendo

—rio suavemente.

—Quiero conocerlo.

—No sé si va a gustarte...

Si
pudiese
conseguir
que
mantuviese esa boca suya cerrada
durante un rato, quizás hiciesen
buenas migas. Pero eso parecía más
difícil que ser escogida como
tripulante de una nave espacial en
busca de agua en Marte. Se mordió
el labio inferior.

—Tienes dos opciones: o bien me
aseguras que lo traerás aquí el
primer
día
que
puedas
salir
temprano y venir a cenar o... me
pasaré por la pastelería esta semana.

—¡No, no, por Dios! —Se llevó una mano al pecho y dejó escapar una risita nerviosa—. Luke vendrá a cenar. Lo prometo.

—Buena chica.

Barbara le palmeó la cabeza con cariño mientras caminaban hacia la salida. Los primeros meses que la pastelería había estado abierta habían sido una especie de infierno por culpa de las continuas visitas de la madre de Angie. No dejaba de limpiar, de recolocar los pocos muebles que había, de inmiscuirse en las recetas que ella hacía, de toquetear el mostrador y cambiar la disposición de los dulces... Ya había ocurrido una situación similar cuando Jamie había abierto el pub años atrás. Barbara no podía dejar

que nada escapase de su control y, a
pesar de lo mucho que la querían,
acababa
con
la
paciencia
de
cualquiera. Así que, una tarde, muy
amablemente,
todos
le
habían
rogado un poquitín de espacio. A
pesar de ello, Harriet solía llevarle
algunas de las recetas nuevas que
hacía para que pudiese probarlas y
opinar; al fin y al cabo, había sido
Barbara la que le había inculcado su
pasión por la repostería.
Cuando Harriet volvió a casa, la

encontró vacía. Inspeccionó las habitaciones, hasta que finalmente salió al jardín trasero y se acercó al cobertizo. La puerta estaba abierta y había un montón de trastos sobre el colchón.

—¿Luke? ¿Qué estás haciendo?

Él levantó la mirada, todavía arrodillado en el suelo, y señaló algunas cajas que seguían amontonadas y cerradas, recubiertas por una fina capa de polvo.

—Nada. Había venido aquí para recoger mis cosas y, de casualidad, he visto una caja llena de discos y he pensado que sería genial tener más variedad musical en casa.

«En casa». Lo dijo así. Como si
fuese lo más normal y natural del
mundo.

—¡No puedes hurgar en las cosas
de los demás!

—Soy un chico muy curioso —
replicó curvando los labios.

—¡Me sacas de quicio!

—Es mejor que la indiferencia —
contestó—.

Entonces,

¿podemos

quedarnos con ellos? Sacar el
tocadiscos fue una buena idea; hace
juego con el resto de la casa, es un
aparato prehistórico. Lástima que no
tuvieses una gramola.

—Muy gracioso —masculló ella—.

Va, cógelos y deja de rebuscar más.

—Otra cosa —añadió antes de que

ella se diese la vuelta. Cualquier
rastros
de
diversión
había
desaparecido de golpe de sus ojos—.

No estoy seguro de si ya lo sabías,
pero he encontrado esto entre los
discos de vinilo. —Le tendió un
montoncito de cartas, todas ellas
atadas con una cuerdecita marrón
de aspecto antiguo—. No he querido
indagar más, pero creo que las
cartas son de tu madre.

Harriet le echó un vistazo al
nombre del remitente. Ni siquiera
era consciente de que le temblaban
las manos, no podía mantenerlas
quietas. Luke dio un paso hacia ella.

—Eh, ¿te encuentras bien?

—Ellie Gibson era mi madre. Y

son cartas dirigidas a papá...

Durante varios años después de que se fuese... —dijo en una especie de gemido afligido.

—Así que no lo sabías...

—No. Claro que no. Esta caja la encontré en la buhardilla; era lo único de mi madre que quedaba en casa y yo... Cuando me mudé la cogí sin mirar lo que había dentro.

Se dejó caer sobre la hierba húmeda, frente a la puerta del cobertizo, y Luke se sentó a su lado, en silencio. Ella estiró del cordel con delicadeza, el nudo se deshizo y las cartas cayeron de entre sus manos.

Cogió la primera, aquella que tenía la fecha más antigua, y la sacó por la abertura desigual.

«Querido Fred:

No sé cuándo volveré. No me pidas
que te dé una fecha, no me pidas
que te asegure que lo haré, porque
ni siquiera yo misma puedo saber si
eso ocurrirá. Tú me hiciste perderme
a mí misma. Tú arrancaste lo mejor
que había en mí. ¿Cómo puedes
pretender que no huya? ¿Cómo
crees que me he sentido todos estos
años? Asfixiada. Atada. Anulada.

Ellie»

Harriet sintió que se ahogaba.

Dejó las cartas sobre el regazo de un
sorprendido Luke y se puso en pie.

Se sacudió los pantalones vaqueros
con nerviosismo.

—¿Qué ocurre?

—Escóndelas

—susurró—.

Guárdalas en algún lugar donde no
pueda encontrarlas.

—¿Por qué?

—Porque si las tengo... las leeré. Y
no puedo. Aún no.

Su madre no la había nombrado.

Ni

siquiera

un

«¿cómo

está

Harriet?».

Nada.

Absolutamente

nada. Entró en la casa, cogió un

tarro de cristal vacío y se internó en

el bosque, intentando ignorar que la

mirada

curiosa

de

Luke

la

acompañó hasta que logró escapar
de su campo de visión. Agradeció
que no la siguiese, que respetase su
soledad.

Cuando llegó hasta un claro del
bosque, se sentó sobre el suelo
cubierto por agujas de pino, semillas
arrastradas por el viento y hojas,
muchas hojas que estaban ahí solas,
a la intemperie. Con delicadeza fue
inspeccionando algunas, mientras
sentía los latidos de su corazón
calmarse poco a poco, y guardó en el
bote las que le llamaron la atención
y despertaron su instinto protector.
Al terminar, lo cerró con decisión y
lo contempló satisfecha durante
unos segundos antes de alzar la

mirada hacia el cielo que se
vislumbraba tras las altas copas de
los árboles. Una bandada de pájaros
izó el vuelo y Harriet pensó en lo
fácil que sería ser uno de esos
jilgueros, sentirse libre, escapar de la
cárcel que a veces construyen los
recuerdos.

9

La rutina que habían marcado
siguió intacta durante las dos
siguientes semanas. Harriet advirtió
que empezaba a parecerle de lo más
normal la presencia de Luke a su
alrededor y, además, este siempre
solía echarle una mano. Se le daba
genial despachar a la clientela, por
ejemplo. Luke tenía la capacidad de
vender cualquier cosa. Cualquiera.
¿Galletas blandas de dos días atrás

que Harriet había olvidado quitar

del

escaparate?

¡Vendidas!

(se

prometió estar más atenta a partir

de entonces, porque no dejaba de

distraerse y no podía permitirse

cometer

más

errores).

Ya

le

resultaba algo cotidiano verlo untar

un palito salado con chocolate con

leche. Y también que se marchase

antes del atardecer para encargarse

de la cena, o que a aquellas alturas

confraternizase con más de la mitad

del pueblo porque, las noches que se

acercaban al pub de Jamie, se
convertía en el centro de atención
sin apenas esfuerzo.

Era

extrovertido,

hablador

(demasiado hablador) y le resultaba

sencillo entablar una conversación

con cualquiera que se cruzase en su

camino. Sabía qué decir en el

momento apropiado. De hecho, su

voz

adquiría

ciertos

matices

diferentes

según

a

quién

se

estuviese dirigiendo. Harriet tenía la extraña sensación de que con ella era cauto, suave. Un poco. Solo un poco. Y que le hablaba en un tono más bajo y susurrante que al resto. No estaba segura de que aquello le desagradase, porque era una especie de línea divisoria que marcaba la diferencia entre ella y los demás, que la hacía sentirse ligeramente especial a sus ojos aunque fuese por un detalle tan tonto.

De cualquier modo, después de la noche del licor de cereza, no habían vuelto a tocar ningún tema personal. Ella fingía no saber nada acerca de su pasado en el mundo del fútbol y, aunque varias veces había estado tentada de preguntarle por qué guardaba aquello con tanto ahínco

para sí mismo, no encontró el momento adecuado para hacerlo. Él tampoco había intentado sonsacarle nada más sobre lo ocurrido con Eliott Dune ni había vuelto a mencionar las cartas de sus padres que había encontrado en la vieja caja de vinilos, así que pensó que era justo no inmiscuirse en sus asuntos.

Los días pasaban volando con tanto trabajo por delante, y cuando se tomaban un respiro, a la hora de comer o de la cena, tan solo veían la televisión en silencio (un silencio extrañamente agradable, sencillo, fácil) o hablaban de tonterías, como lo absurdo que resultaba que Bob Esponja viviese en una piña debajo del mar o los beneficios de comer

brócoli

(Luke

odiaba

profundamente las verduras).

—Así que, suponiendo que se

desatase una invasión zombi en el

mundo, ¿cuál sería tu estrategia? —

Él la miró totalmente serio, como si

le importase de verdad la respuesta

a esa pregunta (hacía a menudo

preguntas tontas del estilo).

—Pues no lo sé. A ver... —Harriet

subió las piernas al sofá y dobló las

rodillas mientras cogía un par de

palomitas del cuenco. Era sábado

por la noche y acababan de ver una

película de zombis con un guion

que parecía escrito por tres monos

con ganas de divertirse—. Hum, ¿lo

más lógico? Supongo que irme a

una isla.

—¿Cómo sabes que en la isla no habrá zombis?

—Si hubiese, simplemente me quedaría navegando a la deriva.

Mira, esa es una buena táctica. Coger un montón de provisiones, montar en un pequeño barco y esperar hasta que alguien encuentre una cura o algo.

Luke frunció el ceño.

—¿Cuántos

meses

crees

que

podrías sobrevivir? Se ha desatado

una invasión zombi, no tienes

tiempo para cargar toneladas de

comida.

—Vale, dime cuál sería tu increíble

plan, entonces. —Harriet engulló otro puñado de crujientes palomitas y, al relamerse la sal de los labios, tuvo la certeza de que Luke estaba atento a aquel pequeño gesto; sintió que se ruborizaba y agachó la cabeza con la excusa de coger más. Luke inspiró hondo y apartó la mirada de su boca.

—Me iría al polo norte.

—¿Perdona?

—Ya lo has oído. Todo es hielo.

Kilómetros y kilómetros de hielo. ¿Y desde cuando a los zombis les gusta el hielo? Desde nunca. Es el lugar perfecto. Construiría un iglú y pescaría. Vida resuelta.

Harriet estalló en una carcajada.

—¡Estás fatal! Mi idea es mil veces mejor, la tuya tiene un montón de

cabos sueltos. Y si estuviese en un
barco a la deriva también podría
pescar, ¡y sin pasar frío!

—Esta conversación es estúpida.

—La has empezado tú, Luke.

Esa era otra de las cosas que lo
caracterizaban: dar por finalizada
una conversación cuando no le
interesaba seguir hablando del
tema. Lo hizo en cuanto Harriet
volvió

a

preguntarle

por

sus

hermanas

y

la

relación

que

mantenía con ellas; lo hizo cuando se interesó de nuevo por el tiempo que pensaba quedarse por allí; lo hizo el día que le pudo la curiosidad y quiso saber quién lo llamaba tan a menudo al móvil, y, finalmente, lo hizo cuando advirtió que su plan para escapar de una invasión zombi era patético.

El lunes, pocos días después de que se cumpliera su tercera semana allí y tras cerrar la pastelería, Harriet le propuso ir a dar un paseo por los alrededores del pueblo y, aunque él protestó al principio alegando que hacía demasiado frío, finalmente aceptó.

—¿Frío? No sabes lo que dices. Ya es primavera.

—Pues menuda primavera de

mierda —rio.

Harriet le dirigió una mirada de complicidad.

—Si lo que te preocupa es el partido, estaremos de vuelta antes de que empiece.

—Eso espero... —refunfuñó por lo bajo.

Sus pasos resonaban entre las casas de piedra y madera que se alzaban a un lado de la calzada entre los árboles que empezaban a florecer.

Luke arrugó la nariz cuando entendió que estaban rodeando Newhapton.

—¿Adónde me llevas?

—Es una sorpresa. No esperes gran cosa, pero creo que te gustará. Ojalá.

No es nada material —apuntó.

—Adiós al Ferrari, supongo.

Harriet rio y negó con la cabeza.

Llevaba

pensando

en

aquello

durante los últimos días y le había

parecido la forma más directa de,

uno, hacerle entender que lo sabía y,

dos, de recompensar de algún modo

que hasta el momento hubiese

accedido

a

no

romper

su

matrimonio, además de ayudarla en

la pastelería y, en cierto modo,

adaptarse a su vida y a sus

necesidades en vez de intentar

cambiarlas y sembrar el caos.

El día que Luke apareció allí, en Pinkcup, creyó que el mundo se deshacía bajo sus pies y pasaba a convertirse en un montón de escombros. Sin embargo, ahora, se sentía extrañamente feliz.

Le gustaba tenerlo alrededor.

Su compañía era agradable. Y jamás había conocido a nadie que la hiciese sonreír tantas veces al día. Luke era divertido a todas horas, incluso cuando refunfuñaba por lo bajo porque algo le molestaba.

Doblaron una última esquina y el
campo de fútbol, en el que
disputaban
los
partidos
de
Newhapton y los pueblos de
alrededor, se dibujó ante sus ojos. A
lo lejos se distinguía a un grupo de
jóvenes en pleno entrenamiento,
corriendo de un lado a otro y
lanzando el balón con precisión.
Luke frenó en seco antes de llegar
a las puertas del recinto, que estaba
vallado por una fina alambrada.
Apretó los nudillos y mantuvo los
puños cerrados a ambos lados del
cuerpo con el semblante tenso y una
expresión contrariada.
—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Pensé que...

—¿Qué pensaste, Harriet?

—Pensé que te gustaría. Te pasas el día en la pastelería, entre mis cosas, y es evidente que te aburres y que también necesitas tu espacio. Yo... —

Retorció un hilito que colgaba de la manga de su suéter con nerviosismo

—. Busqué tu nombre en internet. Lo sé todo. Lo del fichaje que no pudo ser con los Oakland Raiders y que después ejerciste como entrenador. Por eso mismo creí que te gustaría esto...

Luke cerró los ojos antes de volver a abrirlos de golpe. Le echó otro vistazo al campo de fútbol, verde y brillante. No le traía un recuerdo, ni dos ni tres. Traía a su mente una vida entera. Lo que iba a ser. Lo que

no pudo ser. Lo que finalmente fue.

Se llevó una mano a la boca,
intentando ahogar las palabras que
no quería dejar escapar, y luego se
frotó el mentón y la nuca con
nerviosismo.

No
consiguió
controlarse.

—No te metas en mi vida, Harriet.
No vuelvas a hacer algo así. El día
que esté aburrido de estar aquí,
simplemente me iré. Ya lo sabes.
Puede que sea mañana, pasado o la
semana que viene, pero no pienso
quedarme en este puto pueblo
demasiado tiempo, así que no es
necesario que te esfuerces para que
mi estancia sea más agradable.
Quizá no fueron tanto las palabras

como el tono. La voz de Luke abandonó el cariz divertido que la caracterizaba y se tornó fría, cortante y dura. Apenas había terminado de decir la última palabra cuando ella vio el dolor en sus ojos. Más dolor del que había visto hasta ahora. De fondo se oía el pitido del silbato y las voces de los chavales que entrenaban a lo lejos. Luke cerró los ojos, respiró hondo y, antes de que Harriet pudiese escapar, la agarró de la muñeca.

—Lo siento mucho. Lo siento. Eso ha sido cruel. Y tú no tienes la culpa de lo que sea que pase por mi cabeza...

—Suéltame.

La soltó de inmediato.

—Harriet...

—Solo... deja que me marche

ahora. Hablaremos luego.

Harriet tenía la mirada brillante,

acuosa. Luke sintió su corazón

encogerse

sobre

sí

mismo

y

quedarse rezagado en un rincón del

pecho. Sabía que ella no merecía su

enfado. Ella, que le había abierto las

puertas de su vida de par en par aun

a pesar de estar muerta de miedo.

Ella, que era demasiado ingenua

como para darse cuenta de lo

especial que resultaba ante sus ojos.

Merecía algo bueno. Años atrás,

Luke había creído que, a excepción

de Rachel, nunca aparecería otra

mujer que pudiese convertirse en su amiga. Pero Harriet era divertida, inteligente y fuerte y despertaba su curiosidad cada minuto de cada hora de cada día. Y él se sentía cómodo a su lado, sin tener que fingir.

—¿Estás llorando? Joder, Harriet.

—La abrazó con torpeza. Era la primera vez que la tocaba, la primera vez que sentía la calidez de aquel cuerpo menudo contra el suyo, y se sorprendió cuando sintió su piel estremecerse ante el contacto

—. No llores. Por favor. Sabes que soy un idiota. Me ha pillado por sorpresa que me trajeses aquí, pero lamento haber reaccionado así.

—No lloro. No pienso llorar por nadie.

Escapó de entre sus brazos.

Cuando volvió a mirarla, Luke

descubrió

que

tenía

los

ojos

húmedos y algo rojizos, pero sus

mejillas estaban secas.

—Estoy de acuerdo. Nadie merece

tus lágrimas.

—Nos vemos luego. Ahora, tengo

que

irme...

—respiró

hondo—.

Imagino que sabrás volver...

—Espera, Harriet. —Se metió las

manos en los bolsillos de la

sudadera—. ¿Qué tengo que hacer

para que me perdones?

—Ya estás perdonado, Luke.

La vio desaparecer calle abajo.

Hasta que no perdió de vista su

cabello rubio y ondulado, no se dio

la vuelta y contempló el campo de

fútbol y el cielo grisáceo y pálido

que se cernía sobre él. Respiró

hondo y después avanzó lentamente

hacia las gradas, preguntándose qué

estaba haciendo exactamente. No

estaba seguro. Cuando tan solo unos

metros de distancia lo separaban de

la valla de alambre que delimitaba

el campo, se quedó allí quieto,

congelado.

No supo cuánto tiempo estuvo

observando a los chavales jugar,

pero sin duda fue insuficiente. El

entrenador, un hombre bastante

mayor pero de cuerpo rudo, tenía el
cabello blanquecino y no dejaba de
dar órdenes a los chicos. A Luke le
gustaba más prestar atención, en
silencio, e intentar encontrar los
errores. Lo miró con cierta envidia,
mientras recogía la mochila y los
trastos de la grada junto a algunos
jóvenes, y, cuando todos se hubieron
ido y la noche se abrió paso
lentamente, Luke siguió allí con los
ojos fijos en las briznas de hierba
que acariciaban el borde de la
alambrada.

Solo cuando el móvil comenzó a
vibrar en el interior del bolsillo,
reaccionó y apartó la mirada del
suelo. Descolgó la llamada.

—¿Qué quieres? —masculló.

—Vaya, bonito recibimiento.

—Me pillas en un mal momento.

—Siempre es un mal momento.

Llevas una semana sin contestar mis llamadas, Luke. Y me prometiste que me ayudarías. Me lo prometiste.

—Ya no puedo ayudarte, Sally.

—¿Por qué?

—Porque no estoy allí, ¿entiendes?

Todo ha cambiado. No quiero lo que tenía en San Francisco. No quiero eso ahora. Y sé que te sientes perdida, de verdad que lo sé, y nadie te entiende mejor que yo, pero necesitas encontrar el modo de ser feliz.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Luke?

—Me estoy tomando un respiro.

Estoy... Creo que estoy intentando encontrarme. O algo así, joder. ¿No

es eso de lo que se trata todo?

—Veo que llevabas razón cuando decías que te pillaba en un mal momento. Te llamaré cuando hayas dormido o se te hayan pasado los efectos de lo que sea que te has tomado. Pásalo bien.

—¡Sally! —Miró el teléfono. Había colgado. Volvió a llamar, pero estaba apagado—. Mierda. ¡Qué mierda!

10

Algo cambió entre ellos tras aquel encontronazo. Luke no sabía decir qué era exactamente, porque Harriet seguía regalándole una sonrisa cada mañana con su habitual buen humor. Pero estaba ahí. En algún lugar más profundo, ella había retrocedido unos cuantos pasos y se había quedado rezagada por detrás

de él. Cuando hablaba de cosas banales, ya no lo hacía de un modo tan espontáneo como antes, sino que pensaba bien qué iba a decir y qué palabras utilizar para hacerlo.

Y a Luke le jodía aquello.

Mucho. Más de lo esperado.

Era sábado por la noche. Luke acababa de llegar al pub después de estar un rato en la cafetería de la plaza hablando con sus amigos e intentando comunicarse con Sally (que no le cogió la llamada). Tanto Jason como Mike habían vuelto a preguntarle unas mil veces cuándo pensaba regresar. En realidad, hasta él mismo era consciente de que su visita se estaba alargando más de lo previsto. Llevaba exactamente un mes en aquel pueblo. Un puto mes.

Y se le había pasado volando.

Mientras los días en San Francisco

parecían eternos y debía esforzarse

por

buscar

algún

tipo

de

entretenimiento para matar las

horas, allí los días se sucedían unos

detrás de otros muy juntos, con una

rutina marcada y pocos sobresaltos.

De hecho, se había sorprendido al

mirar el calendario.

Los clientes todavía no habían

llegado, pero ese día se celebraba un

cumpleaños numeroso y le habían

pedido a Harriet si podía acudir

como refuerzo. Jamie se sentó en el

taburete libre que había a su lado y

estiró el brazo sobre la barra.

—Mi padre me ha dicho que cierto tío un poco raro se quedó el otro día de pie frente a la valla mirando todo el entrenamiento. Por tercera vez consecutiva. No te ofendas, pero empieza a resultar algo extraño...

—Pasaba por allí.

Luke se encogió de hombros.

—Ahora en serio. ¿Quieres que hable con mi padre? Necesita que alguien lo ayude con el equipo. De hecho, está pensando en retirarse. Lleva mil años dedicándose al fútbol y mi madre está harta de que nunca tenga tiempo para sí mismo. Tú estás libre. Podrías ocupar el puesto hasta que encontrásemos un sustituto.

—¿Estás de coña? No pienso

perder el tiempo con chorradas. Me
piraré de aquí dentro de nada.

Harriet levantó la vista tras la
barra y le sostuvo la mirada durante
unos segundos, antes de volver a
centrarla en el vaso que estaba
secando con un trapo. Secar, secar,
secar. Repasó los bordes con cierto
ahínco.

—Déjalo, Jamie —le pidió con voz
dulce.

—Que conste que lo he intentado.

Luke puso los ojos en blanco y
agradeció que Angie saliese del
almacén cargada con una caja de
botellas

e

interrumpiese

la

conversación.

—Hey, mañana iremos al lago, ¿os apetece venir? Harriet, podemos esperar a que cierres la pastelería al mediodía, preparamos algo de pícnic y asunto resuelto.

—Entre eso o dejar que me claven palitos de bambú entre las uñas, hum... —Luke se llevó un dedo al mentón y Angie le dio un manotazo entre risas.

—Lo traduciré por un sí.

El lago era mucho más inmenso de lo que Luke había imaginado. Las montañas, verdes e irregulares, se cernían sobre las tranquilas aguas. Los cuatro caminaron hasta el final del muelle de madera. Por suerte para él, durante aquel mes el clima había mejorado. El cielo se había desprendido del traje gris que solía

vestir y se había enfundado un
esmoquin de un brillante azul
cobalto. El sol ondeaba en lo alto y
bañaba el paisaje de un tono
caramelo.

Observó a la joven rubia dejar en
el suelo la cestita que llevaba en la
mano

y

quitarse

después

la

camiseta. Tragó saliva y, de pronto,
le embargó cierta inquietud. Llevaba
unos pantalones vaqueros cortos,
deshilachados, y la parte superior de
un bikini floreado. Luke sintió el
extraño impulso de estirar del lazo
anudado a su cuello, liberarla de
cualquier resquicio de ropa y

acariciar su piel con la yema de los
dedos para comprobar si era tan
suave como parecía...

—Vamos, ¡no te quedes ahí
parado! ¡Ayúdanos! —exigió Angie.

A Jamie le apetecía pescar y estaba
concentrado en organizar la caja de
pesca, repleta de cositas diminutas y
brillantes que Luke no hubiese
sabido
catalogar.

No

sabía

absolutamente nada sobre pesca—.

¿Piensas dejarte la chaqueta puesta?

—Hace frío.

—Estamos a veinte grados.

—Eso es frío.

Angie lo miró escandalizada,
como si hubiese dicho algo terrible.

Pero es que para alguien de San Francisco esa temperatura no era demasiado cálida. Tras emitir un suspiro hondo, Luke se quedó también en bañador y se sentó al lado de Harriet, con las piernas colgando del muelle y los pies sumergidos en el agua helada. Sus dedos se rozaron cuando apoyó la mano en la madera.

—No me digas que no es bonito...

—dijo ella.

Tan solo se oía el cantar de los pájaros

y

a

Jamie

y

Angie

discutiendo de fondo sobre qué

anzuelo

utilizar.

Harriet

miró

embelesada

el

reflejo

de

las

montañas que se dibujaba sobre el lago. Con los ojos entrecerrados a causa del sol, Luke ladeó la cabeza para poder fijarse en ella. En ella y en sus labios húmedos, en ella y en ese escote que de repente quería descubrir, en ella y en sus ojos dorados...

—Hay cosas más bonitas.

—¿Cómo qué?

—Como una chica que conozco. —

Sonrió cuando la vio sonrojarse y se inclinó unos centímetros hasta casi rozar su oreja antes de susurrar—: Apetecible. Y diferente.

Harriet

se

quedó

paralizada

durante unos segundos; rígida, seria.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Eso, buena pregunta. ¿Qué coño estaba haciendo? No estaba seguro.

Verla con tan poca ropa le había nublado el juicio. Y empezaba a entender por qué se había casado con ella años atrás. Era inevitable.

Era casi lógico desear ponerle un puto anillo en el dedo. Quizás estaba enfermando. Gripe o algo de eso.

—Solo bromeaba. —Le dio un
codazo amistoso—. Relájate.

—¡Eh,
vosotros!

¿Qué
estáis
cuchicheando? —Angie puso los
brazos en jarras—. Tú, el tío idiota,
sí, ven. Vamos a enseñarte cómo se
pesca por aquí. No es buena hora
para pescar, pero no importa. —Luke
puso los ojos en blanco, se puso en
pie y cogió la caña que le tendía—.

Sujétala

y

mira

cómo

debes

prepararla. Presta atención.

Él se mostró divertido mientras le

explicaban cómo debía colocar el
sedal y manejar la caña para
lanzarla la primera vez. Cuando lo
hizo, la sostuvo con la mano
alrededor de cinco minutos antes de
preguntar dónde podía dejar ese
trasto.

—¿Sabes que el arte de la pesca
requiere paciencia? —replicó Angie.

—¿Paciencia? No sé lo que es eso.

—Luke rio.

Jamie se encargó de coger la caña
de
sus
manos
y
colocarla
adecuadamente para que no tuviese
que estar pendiente de ella, antes de
que los cuatro se sentaran en el

muelle y Harriet repartiese los
bocadillos que había preparado.
Cuando terminaron de comer, ellos
volvieron a acercarse a la zona
donde habían dejado los artilugios
de pesca junto a las cañas y Harriet y
Angie aprovecharon el momento
para irse a dar un paseo.

Como todos los bosques de la
zona, aquel era frondoso, húmedo,
repleto de helechos de color verde
esmeralda y musgo de diferentes
especies que se asentaba sobre el
suelo y las rocas que encontraba a
su paso. Angie se anudó el cabello
en una coleta alta sin dejar de
caminar y la miró por encima del
hombro.

—¡Vamos, culo gordo! ¡Me haré
vieja cuando me alcances!

—¡Serás...! —Harriet negó con la cabeza e intentó acelerar el paso—.

Aquí la única que ha engordado últimamente se apellida Flaning.

Siento tener que decírtelo, pero...

—Oye, ¡no seas zorra! Se te está pegando lo peor de Luke.

—Sabes que es broma. Estás estupenda.

—En realidad peso tres kilos más.

Culpa tuya, por no parar de sobornarme con pasteles para que trate bien al tío ese que guardas en tu casa. —Se subió a una roca y contempló

el

horizonte—.

¡Me

encantan estas vistas!

Habían ascendido lo suficiente

como para que el muelle y Luke y
Jamie pareciesen diminutos a sus
ojos. El sol, dorado, resplandecía
con más fuerza ahora que era
mediodía.

Harriet

estaba

ensimismada

disfrutando

del

paisaje cuando sintió los dedos de

Angie rodeando su muñeca con

suavidad para atraer su atención.

—Cielo, necesito que me digas la
verdad.

—¿Qué verdad?

—Te estás pillando por Luke. —No
era una pregunta, tan solo una
observación—. No voy a juzgarte.

Bueno, vale, un poco sí. Es mi

obligación recriminarte que te
enamores de alguien como él. No
parece un mal tipo, pero se irá
dentro de poco y entonces ¿qué? No
es justo que siempre seas tú la que
lo pase mal por los demás. Por una
vez... —suspiró—. Por una vez los
demás deberían sufrir por ti.

—¿Pero de qué hablas? ¡Si ni
siquiera lo conozco!

—A veces no hace falta saberlo
todo sobre la otra persona. Yo
tampoco conozco totalmente a
Jamie, ni siquiera después de tantos
años... —meditó—, y me gusta que
me sorprenda, que cambie y me
obligue a entenderlo de nuevo.

—Angie, déjalo. Para. Te estás
equivocando.

Harriet dio media vuelta y

comenzó a descender por el estrecho sendero del bosque que se abría entre los altos árboles y las plantas que crecían a sus pies.

Intentó no resbalar por culpa de la humedad que siempre aparecía en las zonas del interior.

—¡No es una acusación! Solo simple curiosidad. Es evidente que existe una compenetración entre vosotros y que a él le gustas y...

—¿Qué? —Se giró, con el ceño fruncido—. No lo conoces en absoluto, no. Mira, solo somos amigos. Sé que se supone que deberíamos odiarnos, que sería lo más lógico, pero no es así; nos llevamos bien. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué te molesta? Yo jamás he opinado sobre tu relación con Jamie.

Y he... —parpadeó, evitando llorar—,
he estado muy sola todo este
tiempo.

Angie se llevó una mano al pecho.

Las dos habían dejado de caminar.

—Lo entiendo. Te juro que sí. Pero
él se irá...

—¿Y qué? Solo es un amigo. No
pasará nada cuando se marche. La
vida seguirá y todas esas cosas —
masculló y le dio una patadita a una
piedra que salió rodando.

—Un amigo no te miraría como si
no hubiese desayunado. Y así ha
sido exactamente como te ha
mirado cuando te has quitado la
camiseta.

—Sonrió
traviesa—.

Parecía... hambriento. Le he pedido

a Jamie que estuviese atento, por si se lanzaba a por ti en plan tiburón blanco.

—Eres una paranoica. Tu madre tiene razón: sois iguales.

Harriet rio al pasar por su lado mientras Angie maldecía por lo bajo. Recorrieron el resto del trayecto hablando de Barbara y sus progresos con Jerry, al que había bautizado como «el papá de Texas».

Al parecer, las videollamadas entre ambos eran casi diarias y Angie no podía evitar verlo de refilón cuando la visitaba de improviso.

—Sé que es un tópico, pero juro que llevaba un sombrero de cowboy.

—¡No digas chorradas! —Harriet prorrumpió en una carcajada.

—Lo peor es eso, que no es broma.

Ojalá pudiese fingir que sí —suspiró
de un modo melodramático—. Y, a
propósito, mi madre me pidió que te
dijese que le debes una cena. Sabes
que si no cumples tu promesa se
volverá loca, irá la pastelería y
cambiará otra vez el mostrador de
sitio, ¿verdad?

—¡Por Dios, no! Me acercaré esta
semana.

El resto de la tarde se deshizo
mientras, tumbados sobre el muelle,
los cuatro contaban anécdotas de
tiempos
pasados
e
intentaban
atrapar algún pececito despistado
(cosa que no ocurrió, tan solo
lograron sacar un par de algas).

Luke les habló sobre las travesuras que hacía de pequeño junto a Mike, Jason y Rachel, y Jamie se dedicó a desvelar todos los secretos sobre sus infancias. Desde el día en que Harriet y Angie habían acudido disfrazadas a la casa de un colega del pueblo por error, cuando tenían catorce años; hasta aquel otro día en el que las dos fingieron que se les había pinchado la rueda del coche en mitad del bosque para justificar que Angie llegase a casa más tarde del toque de queda que Barbara marcaba severamente.

Al llegar a casa, Harriet estaba agotada pero feliz. Luke abrió la puerta y llevó a la cocina las bolsas con los trastos del pícnic. Ella lo siguió.

—Te ha dado demasiado el sol.

Tienes los mofletes rojos.

—No importa, lo he pasado bien —
bostezó.

—¿Sabes

qué

deberías

hacer

ahora? Sentarte en el sofá y
quedarte allí hasta que haga algo de
cenar, ¿qué te parece? No esperes
nada complicado aunque, admítelo,
empiezo a defenderme.

—Has mejorado mucho, pero hoy
me encargo yo.

Luke la miró en silencio unos
instantes.

—Lo haremos los dos. Y será
mejor que nos demos prisa, porque
falta poco para que empiece el

partido...

Luke acababa de dejar el móvil sobre la isla de la cocina cuando empezó a vibrar. Harriet se inclinó y leyó el nombre que aparecía en la pantalla. «Sally».

—¿No lo coges?

—No. ¿Tenemos queso en lonchas?

—Creo que sí. —Abrió la nevera y sacó la bolsita.

—¿Te apetece un sándwich?

Ella asintió con la cabeza; lo prepararon y se sentaron en el sofá para ver

el

partido

mientras

cenaban. Luke tenía que morderse la lengua para no gritar cada vez que fallaban alguna tontería. Ya en

el descanso, Harriet se tumbó en su hueco del sofá y bostezó. Él la contempló en silencio y midió sus palabras antes de hablar.

—He estado pensando...

—Me das miedo.

—No, en serio. —Luke habló con esa habitual voz más susurrante, suave, que usaba cuando quería que le prestara atención—. Deberías ir leyendo poco a poco las cartas de tus padres. No todas de golpe, pero...

—Gracias, pero no.

—¿De qué te sirve esconder los problemas?

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamó—. Es evidente que, si estás aquí tanto tiempo, debe ocurrir algo, algo en tu vida de lo que intentas escapar. ¿Qué otra razón si no

tendrías para quedarte con un
montón de desconocidos y pasar de
tus amigos o de coger el teléfono?

—Hasta

donde

recuerdo,

no

estábamos hablando de mí.

—Pues ahora sí.

Luke dejó escapar un profundo
suspiro.

—Intento que no seas como yo. Sé
dar consejos, pero no aplicármelos.
Quizá podría ayudarte saber qué
ocurrió. Lo que sea que viviste
cuando eras una niña marca lo que
eres ahora. No puedes cambiarlo,
pero sí entenderlo...

Ella apartó la mirada de aquellos
ojos verdes y brillantes y la centró

en el televisor. Pero no estaba
atendiendo a los anuncios que se
sucedió uno detrás de otro, su
mente no dejaba de darle vueltas al
mismo tema y de visualizar esas
cartas amarillentas y atadas por el
cordelito marrón...

Eso era lo que más odiaba de sí
misma. La cantidad de veces que
hacía girar los hechos en su cabeza,
intentando
visualizarlos
desde
diferentes perspectivas, dar con una
explicación o solución más o menos
lógica. A veces, pensar demasiado
era un lastre que la obligaba a
retroceder y le impedía mirar hacia
delante.

—Está bien. Pero solo una. Una

carta.

—Iré a por ella. Las escondí bien.

Luke le dedicó una sonrisa
endeble antes de levantarse y
regresó unos minutos después con
el viejo papel en la mano. Se lo
tendió, pero Harriet lo rechazó.

—Léela tú.

—¿En serio? ¿Estás segura?

Tumbada en el sofá, asintió
torpemente con la cabeza.

«Fred:

No sé qué esperas conseguir
echándome en cara todo lo que no
hice, lo que no estuvo bien, lo que
debería haber sido pero al final...

Lo pasado, pasado es. No creas que
todo fue mentira, no. Cuando te
conocí, de verdad pensé que lo
había encontrado a ÉL, a ese

hombre especial. Ilusa de mí.

Pronto me di cuenta de lo que esperabas en realidad: que fuese una más entre las patéticas mujeres de este pueblo, que me quedase en casa, aburrida, mientras tú te ibas a trabajar. ¿En serio? ¿En serio pensaste en algún momento que abandonaría mis alas? No me conoces. No me conoces ahora y no me conociste entonces. Deberías haberme dado lo que te pedí en su momento y quizás así... quizás así ahora mismo seguiría allí.

Por favor, no me escribas más.

Necesito tiempo.

Ellie»

Luke dobló en dos la carta cuando terminó de leerla.

—Lo mismo.

—¿El qué?

—¡No me nombra ni una sola vez!

—protestó Harriet—. ¿Qué clase de madre haría algo así? Ni siquiera se preocupaba por saber cómo estaba.

No debería sorprenderme, teniendo en cuenta que me abandonó, pero...

—¿Cómo era ella?

—No lo sé, creo que tenía alma de hippie o algo así. Nadie me habla mucho del tema, pero he ido escuchando

cosas

durante

los

últimos años. —Se mordisqueó el labio inferior. Y, aunque el momento no invitase a ello, Luke contempló ensimismado ese pequeño gesto, la forma suave en la que los dientes lo

atrapaban de forma sensual. Le
dieron ganas de imitarla. De
morderle la boca. Y eso no estaba
nada bien—. Ellie conoció a mi
padre
cuando
llegó
aquí
de
casualidad con un grupo de amigos
que mataban los días en la carretera
yendo de un sitio a otro; tan solo
estuvieron saliendo durante unas
semanas cuando decidió que no
regresaría con los suyos y que se
quedaría en Newhapton y se casaría
con él. ¿Raro, verdad? Supongo que
debió de ser como una especie de
flechazo o algo así...

Luke ladeó la cabeza. Estaba

sentado en el borde del sofá, muy cerca de ella.

—¿Crees en eso? ¿En los flechazos?

—Pues claro. Muchas parejas se han conocido así. Simplemente sienten una especie de auténtica conexión y supongo que les resulta imposible seguir adelante sin esa otra persona. Como si hubiesen encontrado su otra mitad —vaciló—.

¿Tú no lo crees?

—No lo sé —contestó con suavidad sin apartar la vista de ella—. ¿Cómo sería esa especie de conexión?

Descríbela.

Harriet rio y lo miró con los ojos entrecerrados, desde abajo, sin levantarse.

—No puedo decirte cómo sería exactamente porque nunca he

sentido un flechazo, pero eso no significa que no crea en ello. —Se obligó a apartar de su mente el instante en el que había visto a Luke por primera vez, años atrás, saliendo de la piscina; el modo en el que sus pulsaciones se habían disparado y el corazón parecía atascársele en la garganta.

Él continuó observándola con esa intensidad que atropellaba todos sus sentidos. De nuevo, Harriet pensó que quizá Luke no era el chico más guapo que había conocido en su vida, pero tenía «algo», un «algo» de lo más atractivo que le impedía pasar desapercibido; era el descaro de sus gestos, su modo seguro de caminar, su penetrante mirada y ese puntito travieso...

—¿Estuviste enamorada de Eliott
Dune?

—Supongo que sí —admitió—. ¿Tú
lo has estado alguna vez?

—¿Enamorado? —Sonrió como si
la pregunta fuese divertida—. No,
joder, no. Por suerte.

—No sé si deberías considerarte
afortunado por eso.

—Dame una buena razón para no
hacerlo.

—Porque, según dicen, el amor
mueve el mundo. El amor nos
impulsa a hacer estupideces y a
equivocarnos y a arriesgar. Negarte a
ello es como querer jugar una
partida de póker sin apostar ni un
céntimo; así no tiene ninguna
gracia.

—¡Vaya! Así que eres una de esas...

—¿Una

qué?

—Harriet

se

incorporó un poco en el sofá y cruzó

los brazos sobre el pecho.

—Ya sabes...

—No lo sé, Luke.

—Una de esas chicas románticas

que nunca tienen suficiente azúcar

en su porción de pastel —bromeó—.

¿Por qué buscas complicarte la vida

en vez de disfrutarla sin...?

—¿...responsabilidades?

—Eso es justo lo que quería decir.

Lo tenía en la punta de la lengua.

—Porque si algún día encuentro a

esa persona especial quiero que sea

para siempre. Quiero conocerlo. Y

quiero que me conozca. Que sea mi

mejor amigo. Sin secretos, sin
sorpresas ni disfraces. Solo nosotros.

—Suenas aburrido. —Luke le dio
un trago al botellín de cerveza que
llevaba en la mano.

—A mí me parece más aburrido
tirarme a cualquiera que se cruce en
mi camino para no implicarme con
nadie, pero, al mismo tiempo,
hacerlo para evitar estar sola. Es
triste. ¿Y sabes qué...? Bueno,
olvídalo.

—No, abejita. Dime —repuso
divertido.

—Pues que para eso ya tengo un
consolador.

Luke tragó como pudo el último
sorbo de cerveza y luego tosió.

—Ay,

la

hostia,

¿tú

quieres

matarme? —Antes de que Harriet
pudiese hablar de nuevo, extendió
una mano entre ambos para hacerla
callar—. ¡No jodas que lo usas
mientras duermo en el sofá, a tan
solo unos metros de distancia...!

—¡Luke! —gritó entre risas—. No te
emociones. Lo que intentaba decir
es que, para mí, el sexo no es solo...
eso —aclaró, y a él le pareció
enternecedor que la conversación le
resultase tan incómoda y que se
sonrojase tan solo por pronunciar la
palabra «sexo» —. Implica algo más
profundo. Algo bonito.

—Vale, lo pillo. Así que nada de
echar un polvo para matar las horas

—chasqueó la lengua—. Bueno,

entonces,

¿cuántos

novios

has

tenido?

—Ya lo sabes. Uno. Eliott.

Se inclinó más hacia ella.

—¿Intentas decirme que solo te

has acostado con un tío en toda tu

vida?

—Sí, eso es. Punto para ti.

—No lo dices en serio...

—Tan en serio como que esta

conversación empieza a alargarse

demasiado.

—¿Llevas años sin follar?

—¡Deja de decir esa palabra!

—¿Follar?

—¡Luke! —Le dio un golpecito en

el hombro—. Ya basta. Además, te estás perdiendo el partido. Tenía entendido que eso era como una especie de sacrilegio para ti.

Ella tenía razón. Se giró hacia el televisor y se sorprendió al darse cuenta de que el equipo que iba perdiendo había remontado hacía un buen rato. Ese tipo de despistes no solían ocurrirle cuando se trataba de fútbol. Pero, vale, puede que la charla sobre sexo fuese una excepción porque, joder, mientras se sucedían

los

últimos

quince

minutos de juego, no podía dejar de pensar en Harriet. En Harriet y su consolador. En Harriet y esa forma

inocente y sensual que adquiriría su
mirada cuando estaban a solas. Y en
Harriet, en una cama, y en lo mucho
que

la

haría

disfrutar

para

compensar todos aquellos años...

Joder. Se estaba poniendo duro.

Ahí, en el sofá, a tan solo unos
centímetros de distancia de ella.

Qué mierda.

Evitó mirarla hasta que el partido
terminó y, entonces, descubrió que
se había quedado dormida. Pensó
en cogerla en brazos para llevarla a
la cama, pero no quiso despertarla
ni tampoco invadir su habitación sin
su permiso. Apagó el televisor y se

entretuvo

más

tiempo

de

lo

aconsejable observando su rostro.

Tenía el cabello muy rubio y se

aclaraba todavía más en las puntas.

Aunque en esos momentos tenía las

mejillas arreboladas a causa del sol

que había tomado en el lago, su piel

era todo lo contrario a la suya,

pálida y de aspecto suave, sin una

imperfección a la vista (Luke tenía

dos pequeñas cicatrices: una en la

ceja y otra en la sien). Y sus labios...

Era imposible que dejase de

imaginar a qué demonios sabrían.

Eran perfectos, sonrosados y llenos.

Luke suspiró hondo mientras se

amonestaba a sí mismo. Se levantó, cogió una de las mantas que había a los pies del sofá y cubrió el cuerpo de Harriet con ella. Después, todavía pensativo, colocó un cojín en el suelo, bajo el sofá, sobre la alfombra, y se tumbó allí.

Tardó en dormirse. Pero, cuando lo hizo, lo último en lo que pensó fue que desde donde estaba podía olerla a ella. Podía apreciar ese aroma a vainilla que Harriet arrastraba consigo.

1

—¡Joder! ¿Pero qué...?

—¡Me he caído! Creo. Ay —gimió Harriet.

—Hum. Un ángel se ha caído del cielo...

Luke sonrió somnoliento y abrazó

el cuerpo de la joven, reteniéndola
junto a él sobre la alfombra de pelo.

Igual que la pasada noche, olía a
vainilla. Olía como deberían oler
todas sus mañanas. Era un buen
despertar.

—Eso es cutre hasta para ti, Luke.
Suéltame. —Harriet logró ponerse
en pie con cierta dificultad e inspiró
hondo mientras cogía la manta con
la que él la había tapado la noche
anterior y comenzaba a doblarla—.

Podrías haberme despertado.

—No. Estás adorable mientras
duermes, abejita.

—¡Venga, levanta! Tenemos que
irnos.

Recorrieron

las

calles

hasta

Pinkcup dando su paseo habitual y,
al llegar al establecimiento, lo
mantuvieron cerrado mientras se
internaban en la parte de atrás.

Harriet se puso un delantal, abrió la
nevera y empezó a sacar los
ingredientes que necesitaba y a
pasárselos a Luke que, a su vez, los
dejaba sobre la encimera.

—He estado pensando...

—Odio cuando dices esa frase. —

Harriet negó con la cabeza y
encendió el horno enorme que
estaba a un lado de la estancia para
que empezase a calentarse.

—Creo que puede ser bueno. Me
gustaría hacer un estudio de tu
empresa. De hecho, ya tengo
algunos detalles apuntados en el

móvil... Era inevitable verlos. Podría
serte de ayuda saber qué haces mal
y cómo podemos potenciar lo
positivo. Me dijiste que las cosas no
van demasiado bien, ¿no?

Harriet lo miró en silencio.

—¿Por qué ibas a saber hacer algo
así?

—Estudié marketing y publicidad
en la universidad. Creí que lo
sabrías,
después
de
que
averiguases... —hizo una pausa— lo
de la lesión y, bueno, todo lo demás.
—Se rascó la barbilla con cierta
incomodidad.
—Ah.
—¿Te gusta la idea?

—¿Crees de verdad que podrías ayudarme?

—Puedo intentarlo. Mi amigo Jason montó un negocio hace un tiempo con dos socios más. Era una inmobiliaria. La cuestión es que al principio costó que despegase y habían invertido un capital a tener en cuenta, así que lo ayudé en lo que pude. No es que él no supiese hacerlo, fue de los mejores de su promoción y sabe bien cómo relacionarse, pero a veces cuando estás muy metido en algo puedes perder la perspectiva. Las cosas siempre se ven más claras desde fuera.

—Suena lógico.

—Y necesitaría ver las cuentas de la pastelería.

—De acuerdo.

Harriet

tenía

las

manos

manchadas de harina e intentó

inútilmente apartarse con el dorso

del brazo un mechón de cabello que

había escapado de la coleta. Él

acortó la distancia que los separaba

y se lo colocó con cuidado tras la

oreja. Estaban tan cerca que ella

podía

escuchar

la

respiración

pausada de Luke y percibir aquel

aroma algo cítrico que llevaba

consigo a todas partes.

—¿Sirve también como disculpa

por lo del otro día?

—¿A qué te refieres?

—Lo del campo de fútbol. Tú ibas a darme una sorpresa y yo te grité, y sé que es una chorrada, pero aun así me hace sentir como la mierda. De verdad que lo siento. Somos amigos. Quiero que sigamos siéndolo sin que haya nada tirante entre nosotros...

—Hace días que te perdoné aquello, Luke. Y no tienes que preocuparte por las cuentas de la pastelería para compensar lo que ocurrió ni nada parecido.

—No, no, joder. Lo hago porque

quiero que esto funcione. Cuando
me vaya, me quedaré más tranquilo
si sé que todo marcha bien por aquí
—admitió—. ¿Tienes a mano las
cuentas?

—Solo las últimas, una parte. Lo
demás está en casa.

—Dame lo que tengas y le echaré
un vistazo. —Mientras ella sacaba de
un armario un par de carpetas
llenas de papeles tras lavarse las
manos, él metió el dedo en el cazo
donde el chocolate empezaba a
fundirse y se lo llevó a la boca; luego
se relamió el labio inferior antes de
hablar—. Iré a la cafetería para
trabajar en ello y poner al día los
correos. Volveré para comer.

—Luke, gracias por esto.

—No tienes que dárme las.

Salió de allí haciendo tintinear las campanillas que colgaban sobre la puerta y avanzó por Newhapton con gesto pensativo, saludando a los vecinos que se cruzaban en su camino, disfrutando de la tranquilidad de la mañana.

Empezaba a conocer cada rincón de aquellas calles laberínticas y empedradas y a estar familiarizado con los rostros de la mayoría. O, al

menos,
de
aquellos
que
frecuentaban la pastelería o el pub
de Jamie. Nunca había tenido
ningún problema para socializar. Le
resultaba sencillo percibir qué
querían de él y cómo debía
comportarse con cada persona.
Ya en la cafetería, pidió un
revuelto de huevos con beicon y se
sentó en la mesa junto al ventanal
que solía ocupar. Abrió la carpeta de
las cuentas de la pastelería y
comenzó a estudiar el historial
administrativo. Los ingresos cubrían
poco más que el alquiler, el pago a
los proveedores y las demás facturas
adicionales; era evidente que esas

horas extras en el pub a Harriet le
daban un respiro para no ir tan al
límite.

Pasados diez minutos, ya había
encontrado dos fallos en las cuentas.

Podía deducirse impuestos que no
le habían añadido y, además, estaba
pagando algunos servicios a la
gestoría que ella no requería. Y, más
allá del papeleo, Luke tenía bastante
claro algunos de los principales
problemas de la pastelería.

Se conectó al wifi desde el móvil
mientras

engullía

los

huevos

revueltos. Tenía más correos de su

antiguo

jefe,

de

promociones

estúpidas y de chistes en cadena que

Mike solía reenviarle a modo de

castigo o algo así. Los ignoró todos.

También evitó meterse en ninguna

red social (era sorprendente lo poco

que ahora las echaba de menos) y se

limitó a mirar la aplicación del chat.

Había un mensaje de Sally.

«Espero que se te haya pasado la

tontería. ¿Cuándo vuelves, Luke? Me

estás asustando. Y sabes que odio

estar sola. Lo odio. Conocí a un tipo

hace un par de días, pero no es tan

divertido como tú. En realidad es un

poco muermo. Quiero que volvamos

a pasárnoslo en grande, juntos.»

Luke respiró profundamente y

dejó a un lado el tenedor para

escribir con ambas manos en el
teclado del móvil.

«Ya te dije que no contases
conmigo. Sally, lo siento, pero no sé
cuándo volveré. Y, si lo hiciese
pronto, no quiero que las cosas sigan
como antes. Tú tampoco deberías
querer. Te deseo toda la suerte del
mundo. Besos, L.»

Antes de presionar el botón de
enviar, permaneció unos instantes
pensativo. Cuando por fin lo hizo,
buscó entre los numerosos contactos
a

Rachel.

Estaba

en

verde,

conectada.

Luke: Hey.

Rachel: Gran saludo.

Luke: Hola, lerda. ¿Mejor así?

Rachel: Al menos son más de tres letras.

¿Cómo estás?

Luke: Bien. Mejor. ¿Qué tal marcha todo por ahí?

Rachel: Marcha, sin más. Pero hablemos de ti. Y de la misteriosa Harriet.

Luke: Eres una cotilla, ¿lo sabías?

Rachel: Ajá. Tanto como tú. Quiero saber qué te traes entre manos. Y va en serio, Luke, no intentes escaquearte esta vez. Juro que no les diré nada a Jason y Mike. Porfa, porfa. Compadécete de mí.

Luke: No hay nada que contar, zanahoria. Ya sabes que tiene una pastelería, ¿verdad? Pues ahora estoy aquí, aburrido, echándole un vistazo a las cuentas. No me la estoy tirando. No está ocurriendo nada interesante.

Rachel: Adoro la simplicidad de tu mente.

Y lo de «zanahoria» es el colmo de la originalidad. Bravo.

Luke: Eh, no estoy siendo simple. Harriet me cae bien, incluso somos amigos; eso es profundo, ¿no? A mí me parece que sí.

Rachel: Tú nunca has tenido amigas. Exceptuándome a mí, quiero decir.

OceanofPDF.com

Luke: Bueno, pues se te acabó la exclusividad.

Rachel: ¿Sentirías la misma indiferencia que sientes conmigo si vieses a Harriet desnuda, recién salida de la ducha y *(Rachel está escribiendo...)*?

Luke: Para, joder. No hagas que me la imagine desnuda. Estoy en un sitio público.

Rachel: ¡Lo sabía!

Luke: Que te den. ¿Sabes qué? Casualmente, creo que acabo de olvidar el regalo que había decidido comprarte por tu cumpleaños. Y eso que era algo genial, inigualable. Lástima. Otro año será.

Rachel: ¡Eh! Ni yo ni mi futuro regalo tenemos la culpa de que tú te pongas cachondo con nada y menos. Así que mueve ese culo y vuelve a San Francisco

con lo que sea que hubieses pensado comprarme. De verdad que te echo de menos. Y sé que necesitabas un tiempo para reorganizar tu vida, pero ha pasado más de un mes. Ya es hora de regresar, Luke.

Luke: Todavía no.

Rachel: ¿Por qué?

Luke: Estoy tranquilo. Solo eso. Y hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Rachel: De acuerdo... *(Escribiendo...)*

¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Luke: ¿Has encontrado un dinosaurio vivo que pueda tener como mascota?

Rachel: ¡Va, capul o! Lo decía en serio.

Luke: *(Carita sonriente)* Me basta con que controles a esos dos en mi ausencia.

Rachel: Los llevo con mano dura. Jason está medio obsesionado con conseguir a unos clientes japoneses que quieren

vender dos propiedades enormes. Y Mike es Mike. Sé cómo manejarlo. Hablamos pronto, Luke. Creo que se me está quemando la comida (otra vez). Cuídate. Dejó el móvil en la mesa y se terminó los restos del beicon y los huevos, que ya estaban fríos. Estaba a punto de pagar, ya en la barra, cuando se fijó en uno de los panfletos promocionales que había apilados.

—¿Feria anual?

—Se monta a las afueras del pueblo, cerca del campo de fútbol. — Le explicó el camarero. Se llamaba Brandon y, a esas alturas, habían charlado en un par de ocasiones—.

Nosotros tenemos asignado un puesto de cata y venta de vinos, en colaboración con la bodega de

Martin. Pásate por allí si quieres

probar una buena cosecha.

—¿Es la próxima semana?

—Sí, desde el jueves hasta el
domingo.

Uno

de

los

pocos

acontecimientos importantes que

hay en Newhapton, junto a las

fiestas de verano. Ya te habrás dado

cuenta de que esto es más tranquilo

que una funeraria en vacaciones —

rio su propio chiste.

Luke cogió uno de los coloridos

cartelitos y le echó un vistazo a la

programación con gesto pensativo.

—¿Cómo

habéis

conseguido

participar?

—Cosas del jefe. Creo que solicitó permisos en el Ayuntamiento.

—Entiendo... —Sacó el dinero del bolsillo y le dejó a Brandon más propina de lo habitual, que la aceptó sonriente—. Gracias.

No fue a comer a la pastelería, tal como le había prometido a Harriet.

Pasó las horas en la sala de espera de las oficinas del Ayuntamiento, esperando a que los trabajadores de allí regresasen tras la media hora libre que tenían al final de la mañana. Y fue una tontería, pero echó de menos desenvolver el papel de aluminio del sándwich que él y Harriet solían

preparar

tras

levantarse para no tener que

regresar a casa al mediodía y perder

más tiempo. Solían comer en la

trastienda, sentados sobre cualquier

encimera, mirándose el uno al otro,

mientras él le preguntaba tonterías,

cosas estúpidas que a ella la hacían

reír. Como si creía que la forma de

caminar de los pingüinos era

ridícula o si pensaba en la

posibilidad de que unas orugas

gigantes

de

color

púrpura

invadiesen el planeta Tierra.

A Luke le gustaba verla reír.

Percibir las arruguitas que se

formaban alrededor de sus ojos
vivaces y cómo, avergonzada, se
tapaba la boca con el dorso de la
mano cuando la carcajada se
tornaba más fuerte y sonora.

Ya era tarde cuando salió del
Ayuntamiento, así que al regresar
decidió ir directo a casa sin pasar
por Pinkcup. Empezó a notar un
cosquilleo extraño cuando advirtió
que sus pies le habían conducido
hasta el campo de fútbol.

Se quedó de nuevo frente a la
verja metálica, con la carpeta que
contenía los papeles del negocio de
Harriet bajo el brazo. No estaba
seguro de si algún día se cansaría de
ese deporte, pero era evidente que el
momento aún no había llegado
porque no podía ignorarlo, no podía

seguir caminando sin más y dejarlo
atrás...

Estaba tan absorto observando

uno

de

los

ejercicios

del

entrenamiento que ni siquiera se

dio cuenta de que el entrenador

había dejado a solas a los críos y

estaba frente a él, al otro lado de la

valla.

—¿Piensas venir cada día a mis

entrenamientos y quedarte ahí

parado, chaval?

—¿Cómo dice?

—Ya me has oído —gruñó.

El padre de Jamie era casi peor

que el hijo. Gruñón, arisco, con un

rostro duro e inexpresivo, pero más robusto y ancho de espaldas. Y sin tatuajes a la vista.

—¿Existe alguna ley que me prohíba hacerlo? Hace tiempo que no le echo un vistazo a la Constitución...

—Así que vas de gracioso. —Sus ojos, que ya eran pequeños de normal, se entrecerraron todavía más bajo el sol del atardecer—.

¿Crees que porque te lesionaste y tu carrera se fue a pique tienes derecho a estar enfadado? Sí, no me mires así. Mi hijo me lo ha contado todo.

¡Eres un palurdo!

—Me está empezando a tocar los cojones.

—Deberías estar

aquí

o

en

cualquier otro lugar, aportando a los demás lo que sabes, tu experiencia.

Pero no... —Se burló con voz infantil

y se llevó los puños cerrados a los

ojos para fingir que lloraba. Aquel

anciano se estaba quedando con él,

¿qué demonios...? Ya entendía por

qué el pobre Jamie estaba tan pirado

—. Vas por ahí lamentándote por las

esquinas. ¿Quién fue tu entrenador

en la universidad? Dímelo, porque

pienso escribirle una carta de

protesta. Su función era fortalecerte,

independientemente del fútbol, y es

más que evidente que no lo hizo.

—¿Está mal de la cabeza? ¿Qué

coño le pasa? ¡Si dice una puta

palabra más...!

—¿Qué harás? ¿Quedarte detrás de esta valla y seguir lloriqueando como hasta ahora? —Soltó una risotada que terminó de encenderlo.

Echaba chispas. De verdad que sí.

No es que fuese demasiado heroico tener ganas de pegar a alguien, pero es que... Uf, era como si aquel tipo hubiese tocado las teclas exactas para hacerlo explotar.

Antes de pensarlo, ya lo estaba haciendo. Rodeó el lateral hasta llegar a la puerta del recinto y entró.

Caminó (casi corrió en realidad) hasta el centro del campo, donde el padre de Jamie acababa de regresar. Solo cuando llegó allí, lleno de rabia y fuera de sí, se dio cuenta de que todos lo miraban. Los veinte

chavales que había allí. Más el dichoso entrenador, claro. Un tenso silencio invadió la escena hasta que, de pronto y sin razón aparente, uno de los críos comenzó a aplaudir. Y después lo hizo otro y otro más, hasta que todo el grupo se sincronizó y Luke se sintió rodeado y aturdido.

—¿Qué demonios hacéis?

—¡Cuéntanos cómo fue jugar en San Francisco! —pidió uno de los chavales.

—¿Te dolió lo de la rodilla?

—¿Puedes conseguir que nosotros también quedemos segundos en el campeonato regional?

—Eh, chicos, ¡orden! Parad.

El padre de Jamie alzó los brazos en alto y todos guardaron silencio.

Luke se sentía como una especie de oso panda en extinción al que no dejaban de observar. Quería largarse de allí, pero al mismo tiempo...

Para su sorpresa, el entrenador le rodeó los hombros con un brazo y lo zarandeó a un lado sin ninguna delicadeza.

—No podemos obligarlo a que venga a los entrenamientos.

Depende solo de él. Sed un poco comprensivos, chicos. —Miró a los chavales con gesto afable. De ancianito angelical no tenía ni un pelo—. ¿Qué dices, Luke? ¿Te tiente la idea? Empezamos a las cuatro todos los días.

Luke lo asesinó con la mirada. En serio. Si hubiese tenido el poder de matar con los ojos, el padre de Jamie ya estaría fulminado sobre el césped. Quería darle un codazo y apartarlo de una vez, pero hubiese quedado un poco raro hacerlo delante de los críos.

—Claro. Ya me pasaré, si eso...

—¿«Si eso» significa que lo harás?

—preguntó un chico bajito, con el pelo de color paja y unos ojos redondos y azules.

El entrenador le susurró al oído.

—¿Dónde está tu dichoso corazón?

—No lo sé, pero al tuyo pienso darle un buen repaso en cuanto dejemos de tener público. —Sonrió de cara a los chavales, como si estuviesen murmurando un par de

bromas en plan viejos amigos y se
dirigió finalmente a ellos con
aparente
entusiasmo—.

¡Vendré
mañana! Pero solo un rato, ¿de
acuerdo?

Tengo
algunas
cosas

pendientes que hacer...

—¿Y nos enseñarás algún truco?

—Algo caerá, sí.

El hombre le presionó el hombro
con la mano y ambos se alejaron de
los chicos caminando por el césped.
Luke se zafó de él en cuanto tuvo la
oportunidad.

—¿Qué coño has hecho? ¡No
quiero

venir

a

un

puto

entrenamiento! —siseó.

—¿Entonces por qué te quedas

siempre ahí parado en la valla

mirándonos? Pareces un demente. A

los dementes se los encierra. Y a los

que saben de fútbol se los mete en el

campo. Y punto final.

—Ya veo que a ti lo de razonar

como que no te va...

—Llámame de usted.

—¡No me jodas!

—¡Chaval, te la estás jugando! A

partir de ahora, te dirigirás a mí

como señor Trent. ¡Nos vemos

mañana, a las cuatro! —gritó,

cuando Luke ya se alejaba hacia la

puerta, resoplando—. ¡Y ni se te ocurra llegar tarde!

12

—¡Ese hombre está pirado!

—¡Luke! No digas eso. Harrison es un buen tipo. Toma, lleva los vasos a la mesa mientras termino de aliñar la ensalada.

—A mí ni siquiera me ha dicho que se llamaba Harrison. Me pidió que me dirigiese a él como «señor Trent». Ese viejo gruñón... De verdad, fue una encerrona en toda regla.

Ella sonrió cuando se aseguró de que se había marchado al comedor, todavía sin dejar de parlotear y protestar por lo

bajo.

Estaba

contenta por que el padre de Jamie hubiese ejercido con él algún tipo de terapia de choque; le daba igual si había sido demasiado cruel o si se había tomado excesivas confianzas (lo conocía bien y solía ser exigente y rudo, pero también empático). Lo importante era que, al día siguiente, Luke estaría sobre un campo de fútbol por primera vez en mucho tiempo.

Se sentaron en la alfombra para cenar, como siempre. Él pinchó con rabia unas cuantas hojas de lechuga y se las llevó a la boca.

—Odio esta mierda verde.

—¡Pues no te la comas, tonto!

—Eh, pienso en mi salud. —Sonrió

cuando la vio negar con la cabeza y
emitir un bufido—. Bueno, recuerda
que mañana tenemos una cita.

Harriet

notó

su

estómago

sacudirse. El tenedor osciló entre

sus

dedos

cuando

se

giró

sorprendida hacia él, que seguía

engullendo la cena con la mirada

fija en el televisor.

—¿Una cita?

—Te dije que hablaríamos sobre la
gestión de la pastelería.

—¡Ah,

eso,

claro!

—exclamó

nerviosa, cayendo en la cuenta de lo

que Luke quería decir—. ¿Qué te

parece si ponemos el despertador

tres

horas

más

tarde,

nos

levantamos a media mañana y

hacemos algo consistente para

desayunar, algo que a ser posible no

incluya el pan de molde? Antes de

cerrar ya he puesto un cartelito

avisando de que estaría cerrado por

descanso del personal...

Luke la miró fijamente.

—Joder, a veces entiendo por qué

me casé contigo.

—¡Deja de decir chorradas! Va a empezar la película, chsss.

Harriet se despertó de buen humor.

Ahora que Susan estaba en el pub y ella solo iba como refuerzo algún día, empezaba a ser consciente de lo agradable que era no vivir tan atareada. También acentuaba ese pensamiento el hecho de tener dos manos más que la ayudasen en las tareas domésticas. Además, Luke también se había encargado de reparar desperfectos de la casa que ella siempre relegaba al último punto de su lista de cosas por hacer, y, desde que él formaba parte de su vida, sentía menos presión.

Aquella mañana la casa olía a beicon, a salchichas y a huevos. El

tentador

aroma

la

ayudó

a

levantarse y dirigirse hasta la cocina,

donde Luke estaba frente al hornillo

encargándose del desayuno. La

miró por encima del hombro al

percatarse de su presencia.

—¡Buenos días! ¿Vas descalza?

¿Por qué estás descalza?

—Ya casi no hace frío. —Se acercó

hasta donde él estaba y apoyó una

mano

en

su

hombro

para

impulsarse un poco y ver las

salchichas que chisporroteaban en
la sartén—. Qué buena pinta.

—Te vas a resfriar.

Él negó con la cabeza e intentó
ignorar lo agradable que era estar
allí, hablando de nada en concreto,
con la mano de Harriet rozándole el
hombro y robando descaradamente
un bocado de huevos revueltos. La
vio

masticar

mientras

sonreía

tímidamente.

Vestía

unos

pantalones grises de algodón y un
suéter raído que le quedaba
enorme, pero con el que parecía
sentirse muy cómoda. Y a Luke le

gustaba que vistiese así para estar
por casa, despreocupada, tranquila,
preciosa.

—He llegado fácilmente a la
conclusión de que todas nuestras
mañanas
deberían
ser
así.

Levantarnos a las diez, desayunar,
dar un paseo...

—... vivir del aire.

—Tomar un café en la terraza de
atrás. Nunca la usamos.

—Tienes

una

imaginación

desbordante. —Harriet rio—. Si
quieres, podemos almorzar ahí.

Hace buen tiempo.

Era verdad; el día era luminoso y
apetecible,
con
cierto
toque
primaveral. Ella se arremangó las
mangas del suéter cuando salieron a
la terraza y se acomodaron sobre los
múltiples cojines que había en el
suelo. Los tarritos de cristal, que
solía dejar ahí porque no sabía qué
otro
sitio
agenciarles,
estaban
cubiertos de polvo. Harriet se dio
cuenta entonces de que, a excepción
del momento en el que leyó la
primera carta de su madre, hacía
tiempo que no dedicaba un rato a

mirar las hojas, seguras, intactas. Ni tampoco había necesitado escaparse más veces al bosque.

—Tenemos bastante trabajo por delante en la pastelería —comenzó a decir Luke, tras dejar sendos platos sobre la mesita, algo desconchada por el azote del viento y la lluvia, que había frente a ellos. La rodilla de él le rozó el muslo cuando se acomodó a su lado y Harriet sintió su cuerpo estremecerse. Se apartó unos centímetros—. Para empezar, me gustaría que me dejases ocuparme de las cuentas durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —Tragó con dificultad—. ¿Qué pasará cuando te marches?

—Puedo seguir encargándome de ello a distancia. No será un problema.

—Luke...

Él se giró y sus ojos verdes resplandecieron bajo el sol de la mañana. Eran como un prado de hierba salvaje en verano. Harriet tragó saliva.

—Dime, abejita —sonrió burlón.

—¿Ya sabes cuándo te irás?

—Todavía no. —Su semblante se tornó serio de golpe, bajó la vista a su plato y después murmuró—:

Supongo que pronto.

Casi por primera vez desde que él había irrumpido en su vida, un

silencio incómodo los envolvió.

Harriet lo miró de reojo y luego giró

la cabeza y contempló las nubes de

algodón que salpicaban el cielo. Y

pensó, pensó que no debería

afectarle tanto saber que pronto se

iría, porque era algo evidente,

previsible. Algo que, supuestamente,

debería

estar

deseando

que

ocurriese. La voz suave de Luke se

alzó cerca de su oreja.

—Creo que echaré de menos todo

esto. El pueblo. La calma. Comer

dulces. A ti.

—Yo también —susurró ella con

un hilo de voz.

—Pero lo importante es que esté

donde

esté

puedo

seguir

ocupándome de tus cuentas. Confía

en mí —repuso con brusquedad—.

Hay algunos errores que subsanar,

no es nada relevante, pero puedes

deducirte más impuestos. Ahora, en

cuanto al producto...

—¿Qué pasa?

—Los dos sabemos que es perfecto,

que todo lo que haces es increíble,

pero tienes que dejar de variar

tanto. A partir de ahora, tienes

prohibido hacer recetas nuevas, a

excepción de una por semana. De

hecho, lo ideal sería que eligieses un

día concreto para incluir algún

dulce nuevo y, después, en función

de cómo respondan los clientes, ya
veremos. Por ejemplo, los lunes
sería perfecto; es el día más
tranquilo y podría ser un reclamo.
Además, los domingos siempre
tienes más tiempo para cocinar —
aclaró y sonrió cuando la vio fruncir
el ceño—. Harriet, hazme caso. No
puedes tener tanto género, tiras
muchas
cosas,
ni
siquiera
llevándolas gratis al pub de Jamie
consigues deshacerte de todo lo que
sobra. Eso son pérdidas. Puedes ir
añadiendo más variedad conforme
el
negocio
vaya

creciendo,

paulatinamente.

—¿Qué tendría que eliminar?

Todo es necesario.

—Tardé como una semana en

probar la mayor parte de tus

productos fijos. Eso no es normal.

Me he fijado que el pan, los donuts,
las galletas y los cupcakes se venden

bien y a diario. En cuanto al resto...

Quiero que invites a Jamie y a Angie

a la pastelería esta tarde, a las seis y

media. No serán más de un par de

horas, pídeles que dejen a Susan

sola en el bar un rato y que vengan

con hambre. Haremos una cata de

los productos y los puntuaremos.

Los diez que mejor nota saquen se

quedan fijos. Los otros..., adiós.

—¡No!

¿Cómo...?

¡No

puedo

pedirles eso! Y además... ¡Diez

productos es muy poco!

—Sí, sí se lo puedes pedir. Y no, no

es poco, es lo habitual. De hecho,

sigue siendo demasiado para un

pueblo como este. También he

pensado

más

cosas,

como

la

posibilidad

de

asociarnos

con

alguna

cafetería,

que

pudieses

venderles dulces a ellos a un precio

más reducido. Sería perfecto tener

todos los días un encargo mínimo,

podrías contar con ese ingreso fijo.

¿Y adivina qué más?

—¿Todavía hay más?

Harriet lo miró incrédula. Estaba

feliz, aunque también le asustaba el

hecho de tener que reducir las

innovaciones

en

repostería

y

enfrentarse a nuevos retos. Pero

necesitaba urgentemente darle un

empujón a Pinkcup.

—Sí.

La

próxima

semana

participarás en la feria anual que viene a Newhapton. Compartirás el puesto con la cafetería de Kate, la de la esquina que está tres calles más allá. Ella servirá cafés a los turistas y los visitantes y tú te encargarás de la parte de la repostería.

El

Ayuntamiento se queda con un beneficio del quince por ciento.

—¿Lo dices en serio? ¿Cómo has conseguido eso?

—Por culpa de mi encanto natural

—sonrió al verla tan entusiasmada y se giró más hacia ella, ignorando

que sus piernas se rozaban con
suavidad
entre
los
cojines—.

Escucha, es una gran oportunidad.
En el Ayuntamiento me aseguraron
que
durante
la
feria
acude
muchísima gente de todos los
pueblos de alrededor, así que
tenemos que llamar su atención de
algún modo.

—¡Me estoy agobiando!

—Eh, tú no te preocupes por nada.

Esta mañana he llamado a Mike y le
he pedido que se encargue de hacer

unas tarjetas básicas, rositas, tan
azucaradas como tu tienda —rio—,
con el nombre de Pinkcup, el
teléfono, los servicios que ofreces,
un email que todavía no he creado,
pero que pienso hacer en cuanto
pueda, porque, joder, ¿cómo puedes
no tener correo electrónico? Eres
muy rara.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Le
has endosado a tu amigo, al que ni
siquiera conozco, que se ocupe del
que se supone debería ser mi
trabajo?

—No te alteres. Mike no tiene nada
mejor que hacer, sus negocios
funcionan
solos.

Él
tiene

un

ordenador a mano y en hacer algo así apenas se tarda más de veinte minutos. Tranquila. Cómete lo que queda del beicon.

—Se me ha cerrado el estómago.

—Vale, si insistes... —Pinchó el trozo de beicon de su plato y se lo llevó a la boca, sonriente—. Todo saldrá bien. Las tarjetas llegarán a principios de la semana que viene, y, durante estos días, planificaremos qué dulces venderemos allí, ¿de acuerdo? Eh, parece que estés a punto de palmarla. Cálmate, Harriet.

—Eso es fácil decirlo, pero son muchas cosas de golpe...

—Estamos los dos en esto.

Él cogió su mano y le dio un apretón. Cuando tropezó con sus

ojos ambarinos, le dedicó una de

sus

sonrisas

tranquilizadoras.

Harriet ya no sabía si estaba

nerviosa ante la idea de acudir a la

feria, con toda la alta alcurnia de

Newhapton

paseándose

a

su

alrededor, nerviosa por los cambios

que se avecinaban en su negocio de

la noche a la mañana o nerviosa por

el modo suave y dulce con el que

Luke sostenía su mano entre las

suyas,

que

eran

cálidas

y

masculinas.

Dios. Era como si en su corazón

acabase

de

inaugurarse

un

espectáculo de fuegos artificiales. Y

todo eran chispas, colorines y ruido

aquí y allá.

Escapó de su agarre al notar que

empezaba a temblar.

Solo le faltaba que él se percatase

de esa sensación tan extraña que

despertaba en ella cada vez que la

tocaba, que la rozaba, la miraba...

Respiró hondo.

—¿Cuándo empezamos? Madre

mía, ¡hay un millón de cosas que

hacer! —Se puso en pie y recogió los

platos del almuerzo antes de internarse de nuevo en la casa. Luke la siguió contrariado.

—Tú solo descansa el resto de la mañana. Haz alguna de esas cosas relajantes que hacen las personas normales. Date un baño de espuma. O tómate un café en alguna terraza, por ejemplo. —Cuando dejó los platos en la pila, la sujetó por los hombros para obligarla a mirarlo—.

Yo iré a las cuatro a ese estúpido entrenamiento y, mientras tanto, tú te encargas de lo que mejor sabes hacer, ¿de acuerdo? Irá todo bien, abejita.

Harriet se dio un baño de espuma. Llevaba más de un año viviendo en aquella casa y era la primera vez que lo hacía. Siempre había sido de

duchas rápidas, sin perder el
tiempo, buscando la practicidad.
Cuando se sumergió en el agua tibia,
realmente pensó que no podía
existir

una

sensación

más

placentera. Hasta que imaginó cómo
sería que Luke estuviese en el otro
extremo de la bañera, desnudo,
mirándola de ese modo tan intenso
que conseguía que temblase por
dentro...

«Mal, fantasear con Luke estaba
muy, pero que muy mal.»

Cerró los ojos, respiró hondo y se
amonestó a sí misma.

Después dedujo que tampoco
importaba

demasiado

lo

que

pudiese sentir. Él se iría pronto. Eso había dicho. El hecho de que fuese a marcharse próximamente resolvía todas sus posibles dudas. Como, por ejemplo: ¿a qué sabían sus labios? ¿O cómo sería sentirse cobijada y arropada por esos brazos suyos que desprendían seguridad? ¿Y por qué tenía la extraña necesidad de querer hacerlo feliz, de intentar averiguar por qué había llegado a Newhapton tan perdido, tan difuso...? Ahora Luke parecía diferente. Más alegre, más risueño, más entero.

Salió del baño arrugada como una pasa y sintiéndose flotar. Juntos, picaron algo para comer e intentó

ver las noticias mientras Luke le
hacía varias de sus preguntas
chorras.

«¿Preferirías

morir

devorada por un león o por un
tiburón?»

Por

un

león,

evidentemente. Le tenía pánico al
mar profundo, a no tocar fondo con
el pie y a los tiburones desde que de
pequeña vio esa película tan
traumática. Él eligió el tiburón
porque aseguró que cuando te
arranca algún miembro del cuerpo
el mordisco es tan limpio y letal que
el cerebro no asimila la sensación
de dolor.

—Te lo estás inventando.

—¡Claro que no! —sonrió—. Tú sufrirías más. Los leones son torpes, desgarran y cogen la carne con sus patitas y todas esas cosas, son como gatitos gigantes.

Harriet emitió una carcajada.

—Tienes suerte de que nadie más pueda oír las tonterías que salen de tu boca. ¿Y sabes...? Yo al menos tendría la oportunidad de escapar, podría correr...

—Porque por todos es sabido que los humanos son más veloces que los leones.

—También podría subirme a un árbol —añadió—. ¿Tú qué harías? ¿Chapotear como una foca bebé en medio del océano? Uy, sí, qué idea más genial.

Luke se puso en pie.

—Esta conversación es estúpida. Y será mejor que me marche ya al infierno, digo, entrenamiento. —La pilló de improviso cuando se inclinó hacia ella, que seguía sentada en el sofá, y le dio un beso en la frente.

Hasta él pareció sorprenderse de su propio impulso y, cuando volvió a erguirse, permaneció unos segundos en silencio, mirándola desde arriba —. Nos vemos luego. Iré directo a la pastelería.

Iba a decirle que todas esas conversaciones que siempre calificaba de estúpidas las empezaba él, pero aquel beso la había dejado tan

aletargada

que,

cuando

consiguió abrir la boca, Luke ya se

había ido. Aún sentía el tacto suave

y cálido de sus labios en la piel,

como un rastro invisible que no

parecía que fuese a desaparecer

pronto. El incómodo cosquilleo que

se apoderó de su estómago la instó a

ponerse en pie, irse a Pinkcup y

comenzar a preparar todos los

dulces que necesitaba para la cata.

A las seis de la tarde, llegó Angie.

Y no la acompañaba Jamie, sino

Barbara.

Harriet le dio un beso en la

mejilla a la mujer al tiempo que le

dirigía a su amiga una mirada

interrogante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te dije que, si no venías pronto a cenar y traías a ese chico guapo contigo, vendría yo misma para hacerte una visita. Y qué mejor que hoy, así estamos todos juntos — aclaró, mientras entraban en la pastelería.

—Juro que he intentado evitarlo, pero, oye, ni amenazándola con quitarle Facebook ha cedido. Es de piedra esta señora.

—Esta señora de la que hablas es tu madre, ¡un poco de respeto, Angie! —protestó Barbara.

—¡Me desesperas!

—¡Y tú a mí!

Harriet sonrió mientras terminaba de colocar los dulces que había preparado sobre las bandejas de

cartón que tenía apiladas en el
mostrador.

Estaba

más

que

acostumbrada a las discusiones

entre madre e hija desde que tenía

uso de razón. Lo mejor de todo era

que luego no podían estar más de

dos días sin verse, se buscaban la

una a la otra incluso durante esos

enfados tontos en los que se

negaban la palabra. Barbara tenía

razón en una cosa: eran igualitas.

—¿No viene Jamie?

—Me ha dicho que en cinco

minutos estaría aquí —aseguró

Angie.

—Hablando de hombres, ¿dónde

está

tu

misterioso

marido?—

masculló su madre.

—En un entrenamiento. Tampoco tardará en llegar. —Le tendió a Angie una de las bandejas para que la llevase a la mesa que había en el otro extremo de la estancia—. A propósito, ¿fuiste tú la que le hablaste a Harrison de él? Parece que fue bastante..., hum, directo. —Lo hizo Jamie. Cuando le contó el historial de Luke a su padre, ¡no veas lo que se emocionó el hombre! Literalmente dijo que acababa de encontrar a su sustituto. Tuvimos que calmarlo y explicarle que su estancia aquí es temporal, pero no estoy segura de que la idea calase en

él al cien por cien. A cabezota no le gana nadie.

Cuando el silencio se alargó lo suficiente como para que Angie pensase que Harriet había dado por finalizada

la

conversación,

las

palabras escaparon de sus labios.

—Esta mañana comentó que se iría pronto.

Colocó las porciones de la tarta

Red Velvet en una de las bandejas y

no se dio cuenta de que Angie

estaba a su lado hasta que alzó de

nuevo la cabeza.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—Pues no lo parece —sentenció

Barbara.

—¿Soy bienvenido a la reunión de mujeres? —preguntó Jamie mientras entraba. Saludó a su suegra y a Harriet con un cariñoso abrazo y después depositó un beso rápido en los labios de su novia—. He traído algo para beber.

—Gracias. Déjalo en la mesa.

Luke apareció en el preciso instante en el que Jamie terminaba de colocar los refrescos. Entró en la pastelería y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Tú padre es el diablo!

Jamie rio y negó con la cabeza, mientras las otras le presentaban a Barbara y ella aprovechaba el momento para evaluarlo desde todos los ángulos posibles como si

fuese

a

hacer

algún

estudio

anatómico sobre él.

—Eres incluso más guapo en

persona.

—¿Incluso?

—Te he visto en fotos, en internet.

—Ah, vale, deduzco que todos los
habitantes de Newhaption están ya al
tanto de los fracasos de mi vida.

Genial —replicó sarcástico, y luego

le dedicó una sonrisa sincera que

terminó

por

encandilarla—.

Encantado de conocerte, Barbara.

Me han hablado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas...

—Más que buenas. Harriet es incapaz de decir nada malo de nadie. —Miró a Jamie—. Ni siquiera tratándose de tu padre. Algo incomprensible, por cierto.

—¿Qué te ha hecho el canalla de Harrison? —preguntó Barbara con alegría, al tiempo que se sentaban a la mesa, que ya estaba repleta de bandejitas llenas de dulces.

—Abandonarme. Lo digo en serio.

—Volvió a dirigirse a Jamie, al que la situación le parecía más que divertida—. Se piró a los cinco minutos de empezar y no volvió hasta que ya habíamos terminado. Tuve que encargarme de todo el entrenamiento, dejó tirados a los chavales.

—Ten, para ti.

—Gracias, querida esposa.

Luke aceptó el cuenco pequeño
con unas cuantas patatas fritas de
bolsa que Harriet le tendió y movió
un poco la silla para dejarla pasar y
que pudiese sentarse a su lado.

Angie los miró con curiosidad y alzó
una ceja.

—¿Por qué él tiene patatas?

—Es que le gusta comer algo
salado entre tanto dulce. —Extendió
las
manos,
inaugurando
la

presentación—. ¡Y aquí tenéis la
cata! ¿Qué os parece? Faltan algunas
cosas, pero como no cabían las
traeré cuando terminemos algo de

esto.

—Te diré lo que me parece: un kilo y medio más, como poco — respondió Angie sonriente, y cogió y empezó a mordisquear un palito de caramelo.

—¡Eh, eh, esperad! —Luke fue a la trastienda y trajo consigo cuatro folios que repartió a todos, menos a Harriet—.

Cada

producto

que

probemos, escribimos el nombre y al lado la puntuación que le damos del uno al diez, ¿de acuerdo?

Después haremos una media y nos quedaremos con los más votados.

—¡Es una idea genial! —aplaudió Angie—. ¿Sabes la cantidad de

trabajo que te ahorrarás, Harriet?

Todo será más práctico, más rápido.

—Pero

los

lunes

seguiré

incluyendo alguna que otra receta

nueva.

— «Alguna que otra», no. Una. Solo

una. Eso es lo que acordamos. ¿Te

parece poco cuatro pruebas al mes?

—Luke negó con la cabeza.

—A esta chica le parece poco

cualquier cosa cuando se trata de

repostería —dijo Barbara mientras

todos empezaban a engullir los

dulces que había sobre la mesa—.

Oh, el hojaldre está increíble,

crujiente. —Se relamió los labios y le

dio un codazo a Luke—. ¿Te ha

contado que a los ocho años ya sabía
hacer un bizcocho de nueces y pasas
mejor que la mayoría de las cotorras
de este pueblo? Le salía divino. Yo le
enseñé mis recetas y ella las fue
mejorando con el paso del tiempo.

Luke le dio un bocado a la tarta de
queso, tragó y miró a Harriet.

—¿No era un poco pronto a los
ocho años?

Ella se encogió de hombros.

—No tenía nada mejor que hacer.

—¿Acaso no ibas al colegio y todas
esas cosas?

—¡Dios, sí! ¿Cómo piensas que
crecí? —rio y se limpió un poco de
chocolate de la barbilla con la
servilleta—. Claro que iba al colegio,
pero nunca se me dio demasiado
bien. Al menos, no tanto como

cocinar.

—Sí que se le daba bien —aclaró

Angie—. Lo que pasa es que
dedicaba al estudio una media de
tres a siete minutos a la semana,
más o menos.

—Otra de las muchas cosas que
teníais en común —apuntó su
madre con tono reprobatorio—. Si

hubierais

hincado

los

codos...

podríais incluso haber ido a la
universidad.

Yo

estaría

muy

orgullosa.

—Lamento

haber

sido

un

desengaño total, mamá —masculló

Angie, y después apuntó la nota de uno de los dulces y se echó a reír—.

Esta mujer... Cuando ya pienso que no puede sorprenderme más...

—¡Sois tan pesadas! Todo el

puñetero día discutiendo. —Jamie

engulló una galleta de canela y

pareció concentrarse en el sabor, la

textura y el acabado en boca—.

Hum, está increíble. ¿Qué pasa si

todas mis notas son dieces puros?

—Eh, colega, ni lo sueñes. Mójate

—le advirtió Luke y después volvió a

centrar toda su atención en Harriet

—. Entonces, ¿nunca quisiste ir a la

universidad?

—Ni me lo planteé. ¿Para qué? Mi padre no me hubiese dejado ir de todos modos, así que un problema menos.

Luke ignoró lo que los demás comentaban sobre la cata de dulces, como si lo que Harriet acababa de decir fuese algo de lo más normal e inclinó más la cabeza hacia ella.

Tenía el ceño fruncido y estaba serio.

—¿Tu padre te hubiese impedido ir a la universidad? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por qué puso esa estúpida cláusula que me obligaba a casarme para disponer de la herencia? Era un hombre raro.

Machista.

Controlador.

No

le

hubiese hecho ninguna gracia que me marchase, no. Ni siquiera me permitió ir a un curso de repostería que impartían en Centralia, y eso que solo estaba a media hora en coche. Te hablé de él. Pensaba que te habías hecho una idea de cómo era —dejó escapar un suspiro.

—Y lo hice, pero no pensé que sería tan... tan...

—¿Cabrón? —Angie intervino—.

Vamos, ¡dilo! No te cortes, aquí todos pensamos lo mismo.

—Controla esa boca, señorita. —

Barbara fulminó a su hija con la mirada y después se giró hacia Luke mientras se relamía los dedos recubiertos de caramelo de uno en uno—. Fred Gibson era un hombre

testarudo. Tenía mucho genio y problemas con el alcohol, era difícil llevarle la contraria.

—¿Podemos hablar de algo más alegre? —sugirió Jamie—. Como, por ejemplo, en caso de que los lacitos de miel no superen la prueba, ¿los seguirías haciendo para mí en alguna ocasión? Te pagaría el doble de lo que valen.

—¡No seas tonto! ¡Claro que te los haría!

—Te adoro. —Jamie le sonrió.

Luke se removió incómodo en su silla y rozó con el dorso del brazo la mano de Harriet mientras se inclinaba sobre la mesa para garabatear un par de notas sobre el papel. Intentó ignorar la cálida sensación que le recorrió.

—¿Qué os falta por probar? Yo ya lo tengo casi todo.

—¡El bizcochito de vainilla! — exclamó Barbara al tiempo que cogía un trozo y se lo metía entero en la boca; lo degustó con los ojos cerrados—. Ya sé que es necesario, pero me parece un delito eliminar alguno de estos dulces, ¡todos están riquísimos!

—Lo que es un delito es que esta chica de aquí apenas duerma para poder mantener todo este producto en tienda

—refunfuñó

Luke

malhumorado—. Dadme los papeles para que haga el recuento —pidió, y cuando los tuvo todos se fue a la

trastienda para contabilizar las
puntuaciones.

—¿Y ahora qué mosca le ha
picado? —Angie puso los ojos en
blanco—. En fin, no importa. ¿Te he
contado ya que tengo nuevos
hermanos? El novio de mamá tiene
dos hijos adolescentes.

—¡No es mi novio! Maldita sea,
Angie, ¿por qué no te metes en tus
asuntos?

—¿Y qué sois, si puede saberse?

—Amigos. Con derechos.

—Qué moderna.

—¡La vida son dos días, cariño! —
Jamie le revolvió el pelo con ternura
—. Deja que tu madre disfrute
teniendo sexo telefónico o lo que
surja.

—¡Ah! ¡No! —Miró a Barbara—.

Dime que lo que acaba de decir

Jamie

es

solo

una

de

sus

suposiciones estúpidas.

Barbara frunció los labios para

evitar reír.

—Jamie es un chico muy intuitivo,

hija. Muy intuitivo.

—¿Prácticas ñaca-ñaca online?

—A pesar de lo interesante que

parece esta conversación —dijo

Luke, regresando a la sala principal

—, voy a tener que interrumpirla

para comunicar los resultados.

Harriet se llevó las manos al

rostro, nerviosa. Para ella era

importante. Había estado prestando atención a las reacciones de cada uno de ellos mientras comían sus dulces, pero no había conseguido deducir nada.

—Y el jurado ha decidido que las recetas que deben seguir en carta son... —sonrió al advertir el brillo repleto de curiosidad en los ojos de Harriet y después volvió a centrar la mirada en el papel que sostenía—.

Tarta de queso, hojaldre con

cerezas,

tarta

de

mousse

de

chocolate, lacitos de miel, tarta de

manzana, bizcocho de almendras y

bocaditos de chocolate y menta,

cruasanes

rellenos,

galletas

de

canela y bombones.

—¡Oh, Dios! —gimió Harriet—. ¿Y

qué pasa con la tarta de limón?

—No ha podido superarlo, abejita.

Ha muerto.

Los demás se marcharon poco

después de dar por finalizada la

cata, y Luke y ella se quedaron un

rato más terminando de recoger los

restos y dejándolo todo a punto para

abrir a la mañana siguiente. Cuando

salieron era tarde y, aunque el clima

les había dado una tregua durante

la última semana, al anochecer la

temperatura descendía.

Caminaron juntos por las calles

adoquinadas. El cielo era un manto
negro del que parecían pender un
montón
de
diminutas
cerillas
encendidas. A su alrededor, tan solo
se escuchaba el ruido de sus pisadas
al andar y algunos guijarros a lo
lejos, cerca de la zona más boscosa
que delimitaban las últimas casas
del pueblo.

Luke suspiró profundamente y el
vaho escapó de sus labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Da igual lo que responda, la
harás de todos modos, ¿no?

—Supongo

que

sí.

—Pareció

pensárselo unos instantes—. ¿Has estado enamorada de Jamie en algún momento?

—¿Qué estás diciendo?

Harriet dejó de caminar. Luke la imitó, parado frente a ella, sin apartar su escrutadora e intensa mirada de aquellos ojos dorados.

—Solo era una pregunta.

—Nunca me ha gustado—contestó enfadada—.

¿De dónde...?

¿De dónde has sacado una idea

semejante?

—Era un pálpito, nada más. Por la
forma en la que lo miras, los miras,
a
veces.

Como

si

necesitases

contentarlos. O como si fuesen una
especie de ejemplo para ti.

—¿De qué vas? —Dio un paso
hacia atrás—. ¡Claro que intento
darles lo mejor de mí! Tú solo sabes
una parte teórica de lo que ha sido
mi vida; ellos han estado siempre.

Angie ha permanecido a mi lado en
todos

los

momentos

difíciles,

durante el aborto, el funeral de mi
padre, la apertura de la pastelería...

—Se miró la mano, con los tres
relucientes

anillos

que

le

recordaban los baches que ya había
superado y dejado atrás. Después,
volvió a alzar la vista hacia Luke,
que no se había movido ni un ápice
y seguía observándola fijamente—.

Jamie es una de las personas que
más quiero del mundo, pero jamás
me ha atraído de ese modo. Y claro
que son un ejemplo de lo que me
gustaría tener, ¿a quién no? Se
apoyan el uno al otro, se tienen
confianza ciega, ni siquiera hace
falta que hablen entre ellos para

entenderse. Y ya sé, de verdad que
sí, que tú tienes un concepto
diferente y más, no sé, moderno y
genial de lo que es el amor. Vale,
bien por ti. Pero deja que los demás
sigamos
teniendo
estúpidas
ilusiones sin sacar conclusiones
equivocadas.

Estaba
respirando
de
forma
entrecortada.

Apenas
había
empezado a caminar de nuevo
cuando Luke la sujetó por los
hombros, frenándola. Incluyó la

cabeza hacia ella. Estaban muy muy
cerca y Harriet sentía los latidos de
su corazón retumbándole en el
pecho; se preguntó si él también los
estaría escuchando.

—Eh, tranquila. Siento haberte
preguntado algo así. No pensé que te
enfadarías y ya sabes que no pienso
las cosas antes de...

—Antes de abrir la boca. Ya.

—Eso mismo. Perdona. Sé lo
mucho que los quieres a ambos.

El silencio se prolongó unos
segundos.

—No entiendo por qué tienes que
hacer
siempre
preguntas
tan
incómodas cuando tú no soportas

hablar de nada que tenga que ver
con tu vida.

—Eso no es cierto —susurró Luke.

—De acuerdo. —Ella se obligó a
permanecer allí quieta, a tan solo
unos centímetros de distancia de su
rostro, siendo consciente de la
agradable calidez que desprendía su
cuerpo—. Entonces, dime, ¿por qué
te despidieron?

—¿De verdad importa?

—Pues claro. Dices que somos
amigos, pero no confías en mí.

—Oye, sí confío en ti. Es solo que...

—¿Qué? Vamos, ¡suéltalo!

—¡Nada, joder!

—Vale.

Está

bien.

¿Puedes

apartarte...? Quiero ir a casa.

Luke se pasó una mano por el rostro y después tomó una bocanada de aire.

—Le partí la nariz al padre de un alumno. —Hizo una pausa—. Y también le rompí una costilla.

—Luke... —susurró—. ¿Qué pasó?

—Se me fue de las manos. Eso pasó.

—Tendrías tus razones...

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco. Sé que jamás le harías daño a alguien sin motivo. Lo sé.

—No me conoces una mierda, Harriet. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Poco más de un mes...? ¿Y de verdad crees que sabes algo sobre mí?

—No solo «algo». Creo que sé mucho más de lo que parece — aseguró—. Pero de lo único que estoy segura es de que no eres una mala persona. No lo eres, Luke.

Él se estremeció cuando ella lo abrazó con inseguridad, deslizando sus manos alrededor de su espalda con una torpeza tierna. Inspiró hondo y, cuando Harriet ya estaba a punto de apartarse y volver a distanciarse, la retuvo con fuerza, pegándola a su torso. Había algo indescriptible en el hecho de sostener ese cuerpo pequeño y cálido contra el suyo, algo que no había sentido antes, como una especie de anhelo inalcanzable. Resultaba reconfortante.

Hundió la cabeza en el hueco de

su cuello, entre el cabello sedoso, y
cerró los ojos mientras intentaba
memorizar ese aroma tan dulce que
desprendía su piel. Joder. Era tan
embaucador
como
ella.

Era
delicioso. Quería probarlo. Quería
probarla. Quería...

—Luke...

—Dime.

—Casi no puedo... respirar.

Aflojó el abrazo de inmediato,
pero no la soltó. Harriet rio
suavemente mientras recostaba la
cabeza en su pecho y él respiró
contra
su
cuello,

haciéndole

cosquillas. No supo cuánto tiempo
estuvieron así, pero se habría
quedado toda la noche en aquella
calle solitaria y fría, pegado a ella,
escuchando su respiración pausada.

—Deberíamos volver —murmuró
Harriet.

Cuando alzó la cabeza, él la miró
muy serio mientras algo se agitaba y
se debatía en su pecho. Apoyó su
frente en la suya y respiró hondo
mientras sopesaba sus palabras.

—Deberíamos, pero...

Miró

sus

labios.

Eran

tan

apetecibles...

Húmedos, tiernos, perfectos.

Antes de poder preguntarse a sí

mismo

qué

demonios

estaba

haciendo, inclinó la cabeza y rozó

su boca con suavidad, lentamente.

Fue un beso tan efímero como un

aleteo y Harriet apenas pudo sentir

el tacto de los labios de Luke. Quería

más. Quería aunque fuese el

recuerdo de su sabor. Él se apartó al

tiempo que maldecía por lo bajo y la

frenó con delicadeza cuando ella

intentó buscar de nuevo su boca. Le

clavó la yema de los dedos en la piel

de las caderas; jamás había hecho

tal esfuerzo por contenerse. Tenía

tantas ganas de besarla que hasta

dolía, pero...

Ella no buscaba aquello, no lo

buscaba a él. Merecía algo mejor.

Algo estable por una vez en su vida.

Algo real y duradero y bonito.

—No lo intentes una vez más,

porque entonces...

—¿Entonces qué? —Harriet tembló

contra su cuerpo.

—Entonces no me controlaré.

—¿Y si no quiero que lo hagas?

—Joder. —Hizo acopio de todas

sus fuerzas—. Sí que quieres Harriet.

Hazme caso. Es la mejor opción para

ti. Si por mí fuese... —Volvió a mirar

su boca entreabierta y tomó una

bocanada de aire—. Somos amigos,

¿recuerdas? Esto no debería pasar. Y

no es lo que tú quieres, lo que estás

buscando.

Aquello pareció calar hondo en ella, porque finalmente se apartó un poco hacia atrás y él aflojó el agarre sobre sus caderas hasta liberarla.

Sus miradas se enredaron durante unos instantes eternos, bajo la luz tenue de la única farola que había en la solitaria calle.

—Lo siento —susurró ella.

—No.

Yo

lo

he

empezado.

Perdóname. —Le tendió una mano que ella aceptó. Sus dedos estaban fríos, en contraste con los de Luke, y se acoplaron de un modo delicioso entre los suyos. Le sonrió—. Vamos. Volvamos a casa.

El casi beso de Luke había
exprimido su mente de un modo
cruel e insano durante los últimos
días. Desde aquel martes por la
noche, Harriet no podía pensar en
otra cosa; no había nada que
pudiese
distraerla
el
tiempo
suficiente como para que lograse
olvidar el roce suave de sus labios,
el calor de su aliento mentolado, la
seguridad que ofrecían aquellos
brazos que la arropaban con
firmeza...

Ni siquiera organizando todo lo
necesario para la feria anual había
conseguido

liberarse

de

aquel

recuerdo. Y eso que la cantidad de trabajo que había tenido durante los últimos días era inhumano. Junto a Luke, había creado un menú especial enfocado al público que asistiría al evento. Ahora, estaba desembalando las cajas que él había descargado del coche y sacando los dulces

ya

preparados

para

colocarlos en la caseta asignada.

—¡Encantado! Me llamo Luke, creo que nos hemos visto antes pero nadie nos había presentado hasta el momento. —Le tendió la mano a

Kate,

la

mujer

con

la

que

compartían caseta, aunque estaba en

el otro extremo del pequeño

cubículo. El olor a café recién hecho

ya flotaba en el aire.

—Lo mismo digo. Qué buena pinta

tienen

los

dulces;

espero

controlarme durante estos días para

no acabar devorando toda vuestra

mercancía —rio.

—¿Un

dónut

por

un

café?

¿Trueque?

—¡Luke!

—bramó

Harriet,

avergonzada.

—A mí me parece una idea
maravillosa. —Kate les dedicó una
sonrisa amistosa—. Pedidme los
cafés que os apetezcan, de verdad.

Tengo un montón de sabores y
especialidades,

con

vainilla,

chocolate, caramelo...

—Ah, vale. —Harriet asintió, más
tranquila. Apenas conocía a Kate de
vista, pero no tenía constancia de

que fuese una de las amigas de Minerva Dune. Aun así, tendía a desconfiar de los demás si no le daban una buena razón para no hacerlo y su primer impulso había sido marcar las distancias. Unas distancias que Luke siempre se encargaba de romper—. Tú también puedes pedirme lo que quieras.

Tenemos pastelitos de nata y nueces para aburrir y todo tipo de dulces de feria.

«Todo tipo» era quedarse corta.

Luke

había

accedido

a

regañadientes a que ella diese forma a algunas ideas nuevas para la feria, como los palitos de algodón de

azúcar. Eran más pequeños y
manejables, y los había hecho en
tres colores diferentes, el típico rosa,
azul y amarillo. También traían
caramelos y diferentes pastelitos.
Habían intentado crear un menú
práctico, que los clientes pudiesen
comerse de un solo bocado o llevar
en la mano con facilidad sin
mancharse.

Para

cuando

los

tonos

anaranjados

del

atardecer

comenzaron a teñir el cielo grisáceo,

casi todos los puestos de la feria

habían terminado de ultimar los

retoques finales y estaban ya
abiertos de cara al público, que no
tardó
en
ir
apareciendo
a
cuentagotas,
paseando
por
las
inmediaciones del lugar.

Casi al final, había una noria de
tamaño medio que se erguía como
punto de referencia para todos, con
sus cubículos de aspecto infantil
pintados con tonos pasteles, rosas,
azules y naranja calabaza. El suelo
sobre el que se levantaba la feria era
de arenilla fina y había algunos

árboles frondosos a ambos lados de la calle, entre los puestos de comida y las casetas para ganar diferentes premios que eran, sin duda, las más abundantes. Había un montón de modalidades; desde tiro al blanco hasta intentar encestar unos cuantos aros, justo al lado de las típicas atracciones como el saltamontes o los coches de choque.

Luke tenía un recuerdo intacto y quizás algo idealizado de lo divertido que había sido acudir a la feria con Jason, Mike y Rachel cuando tenían unos diez años, cerca de la urbanización donde los tres habían crecido en San Francisco.

Quizá por eso le resultaba un lugar tan agradable. Por eso y por toda la comida basura que al fin podía

comer, pensó mientras engullía el
segundo perrito caliente del día.

—Eso es una cerdada —protestó
Harriet cuando lo vio chuparse los
dedos manchados de ketchup y
mostaza.

—Cerdadas te haría yo a... —cerró
la boca de golpe. Por alguna razón,
desde que había estado a punto de
besarla en aquella calle, ya no se
sentía igual de cómodo bromeando
o tonteando con ella como antes.

Puede que fuera porque de tontería
tuviese ya poco. Quería probarla de
verdad. Y contenerse estaba siendo
todo un reto—. ¿Eso que suena es
Californication? ¿De dónde viene?

—De la caseta de allí. La de los
peluches con pinta de asesinos.

—Iré a decirle que suba el

volumen.

Habría buscado cualquier excusa mala para salir de allí. Estar en esa caseta tan tan pequeña con ella tan tan cerca no ayudaba una mierda a que la situación fuese más llevable. Estaba caminando hacia la caseta de donde provenía la música, cuando su móvil comenzó a sonar. Era Jason.

—¿Cómo va eso? —Tenía la voz serena y tranquila, como siempre.

—Va.

—Te estás aburriendo de darnos detalles sobre tu estancia allí, ¿eh? —bromeó—. He visto que has pagado el alquiler del mes. Y no hacía falta que lo hicieses, puesto que ya no vives aquí. No literalmente, al menos.

—¡Claro que vivo allí, joder! —

Cambió el peso del cuerpo de un pie
al otro y se paró frente a la sombra
de uno de los árboles del camino.

Desde donde estaba, podía ver a
Harriet en la caseta, que estaba
charlando con Kate—. ¿Cómo estás?
¿Qué tal va el trabajo?

—Bien, bien, más o menos —
contestó—.

Tengo
algunas
dificultades para conseguir a unos
clientes
japoneses
que
me
interesarían para abrir el mercado.
Tienen un montón de contactos.
Sería perfecto.

—¿Y desde cuándo se te resiste un cliente?

—Desde que existe algo llamado «competencia». Pero no me líes, quiero que seas claro conmigo. Dime qué demonios estás haciendo allí y qué está pasando. Las supuestas vacaciones se están convirtiendo en toda una vida.

—Más drama no, por favor. Luke suspiró hondo y cerró los ojos con resignación.

—Mira, te conozco desde que tenías seis años, y tú y yo nunca hemos pasado separados más de un par de semanas. —Era cierto. Con Mike y Rachel la vida había dado

más vueltas, pero Jason había sido su sombra, hasta el punto de que si se decidió por estudiar marketing y publicidad fue porque él lo hizo; Luke nunca había tenido ningún objetivo claro más allá del fútbol—.

Sé cuándo mientes, sé cuándo la cosa no va bien y sé que eres la persona más inestable del planeta y que tienes alguna razón para permanecer

en

ese

pueblo

diminuto. Porque, Luke, entiendo que te sientas algo perdido, lo que ocurrió es horrible y no puedes quitártelo de la cabeza, pero no me trago que de todos los lugares del mundo en los que podrías estar,

huyendo como un capullo, hayas
decidido quedarte en un sitio que
no va contigo.

—No estoy huyendo —siseó—. Ya
no.

—¿Ahora no, antes sí...?

—Recuérdame por qué somos
amigos.

—Porque soy el único que te dice
lo que no quieres oír. —Chasqueó la
lengua—. Y ahora dame una buena
razón para que no estés en este
momento metido en tu coche, de
regreso a San Francisco y a tu vida.

Porque
tienes
una
vida
que
recuperar.

Pensativo, Luke se pasó una mano por el pelo y después se la llevó tras la nuca sin apartar los ojos de Harriet. Estaba preciosa, con el cabello rubio suelto alrededor de su rostro y las mejillas sonrojadas por el sol de la primavera; y parecía tan feliz ahí, rodeada de todos aquellos dulces...

Eso lo había hecho él. Había hecho algo útil. Darle un empujón a sus sueños.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Vamos, esfuérzate un poco, colega. Tiene que haber una razón —insistió Jason.

—Está ella.

—¿Ella? ¿Harriet Gibson?

—Le estoy echando una mano con el negocio.

—¿Así, en plan caritativo? Vaya,
esa es una nueva faceta tuya que
desconocía —bromeó—. De modo
que paralizas tu vida para ayudar a
una chica que, hasta donde yo sé, no
te importa.

—Sí me importa.

—Nos vamos entendiendo.

—Te voy a colgar.

—¡Eh, Luke! ¡Ni se te ocurra col...!

Demasiado tarde. Presionó el
botón de colgar la llamada y apagó
el
teléfono
móvil
antes
de
guardárselo en el bolsillo de los
vaqueros. En realidad no tenía una
buena excusa que darle a Jason, y lo

agobiaba cuando se ponía en modo psicólogo e intentaba hurgar en él porque al final siempre se las apañaba para terminar sacando la verdad a la luz y eso era un asco la mayor parte del tiempo. Tener que afrontar las cosas, tener que elegir una dirección que tomar...

Era mejor seguir en standby.

Indefinidamente.

Volvió a centrar la vista en la caseta donde estaban Harriet y Kate.

Sabía que quedarse en Newhapton durante más tiempo empezaría a resultar algo raro. Y sabía que tendría que irse pronto, pero...

La realidad era que hacía una eternidad que Luke no se sentía tan feliz.

No

era

una

felicidad

momentánea, efímera; al contrario.

Era una felicidad general, una

sensación

de

aceptación,

de

conformidad,

sin

grandes

expectativas

a

la

vista

que

estorbasen los pequeños momentos

del día a día. Nunca había estado

tan concentrado en su propio

presente. Siempre había perdido el tiempo lamentándose por el pasado que no fue, por todo lo que no consiguió, o devanándose los sesos por aquello que pretendía lograr en el futuro. Y se perdía lo más importante: el aquí y el ahora.

El jueves tuvieron mucho trabajo, y el viernes, al caer la tarde, Harriet ya

había

tenido

que

hacer

más

bocaditos de nata y almendras.

También

aprovecharon

para

entablar amistad con Kate, que los

engatusó con su delicioso café y

accedió a la propuesta de Luke de vender algunos de los dulces diariamente en su cafetería, algo que aseguraría un ingreso escaso pero fijo. Si tenían alguna hora muerta, los dos estudiaban el pequeño mapa del mundo que ella siempre llevaba en el bolso; era tan chiquitín que Luke tenía que inclinarse más hacia ella para poder leer el nombre de algunos países y, cada vez que lo hacía, tenía que controlarse para no abalanzarse sobre sus labios.

—Me encanta Madagascar. Es fácil.

Ese nunca lo olvido.

—¿Madagascar? ¿Por la película? —preguntó divertido.

—Y por el nombre. Es diferente.

—Todos son diferentes. A ver,

hum... España.

—¿Qué le pasa?

—Quiero ir.

—¿Adónde,
exactamente?

—

Harriet paseó la punta del dedo por
la península de la que él hablaba.

—Barcelona. Ibiza.

—Suenan bien.

—Podríamos hacerlo —murmuró

—. Algún día. Reunirnos como
viejos amigos por vacaciones o algo
así y viajar juntos. —Se mordió la
uña del dedo índice mientras lo
meditaba. Estaba empezando a decir
más estupideces en voz alta de lo
debido.

—Ya, aunque sería un poco raro. —

Ella lo miró de reojo, bajo el sol del

atardecer,
dentro
de
aquella
minúscula caseta de madera vieja
pintada con varias capas de rosa
palo—. Quiero decir... ¡A saber qué
será de nosotros dentro de unos
años! Quizás estés casado y con
hijos y todo eso.

—Créeme, eso no pasará.

—¿Por qué estás tan seguro?

Luke se removió en su asiento y
su pierna rozó la de Harriet con
suavidad. Ella no intentó apartarse,
sino que permaneció allí, cada vez
más
cerca,
mirándolo
con

curiosidad.

—¿Te imaginas que un montón de ovejas asesinas acabasen con la raza humana? Hay una película que va de eso. Y son terroríficas, con los ojos enrojecidos y...

—Odio que cambies de tema. —Harriet resopló—. ¿Y por qué siempre que abres algún debate estúpido tiene que estar relacionado con la destrucción del planeta o la invasión de especies asesinas? ¿Qué trauma tienes? —dejó escapar una carcajada.

—Me parecen temas relevantes. Todos deberíamos pensar más en la destrucción y en esas

cosas

divertidas —se rio cuando ella le dio
un codazo juguetón.

Al anochecer, el lugar se llenó de
gente. Había muchos visitantes de
los pueblos vecinos y era sábado, el
momento álgido de la feria anual.

Luke estaba terminando de cobrar a
un hombre que llevaba a su hija
sobre los hombros, cuando vio
aparecer a Angie, Jamie, Barbara, el
entrenador Harrison y, dedujo, la
mujer de este, que era todo lo
contrario a él: de aspecto dulce, con
el cabello rubio y corto y unos ojos
negros y penetrantes idénticos a los
de Jamie.

—¡Buenas
noches,
pareja!

—
canturreó Barbara alegremente—. Os
preguntaría qué tal va todo, pero ya
veo que apenas quedan manzanas
de caramelo, ¡madre mía!

—Está funcionando genial. Gracias
por venir, chicos. —Harriet sonrió.

—Gracias a casi todos —bromeó
Luke mirando significativamente al
entrenador, que dejó escapar una
risita maliciosa.

—Los chavales no han dejado de
preguntar por ti —graznó, porque
ese hombre no hablaba. Gritaba,
gruñía, maldecía por lo bajo..., pero
no hablaba—. Espero verte en el
campo la semana que viene, porque
tengo la espalda destrozada y
alguien tiene que hacerse cargo
mientras tanto.

—¿Tienes la espalda destrozada?

Pobrecito... —Luke alzó una ceja y negó con la cabeza—. ¡Busca una excusa mejor! O pídele favores a tu hijo —añadió señalando con la cabeza a un Jamie que parecía pasárselo en grande cada vez que ambos tenían un encontronazo.

—¡Mi hijo no sabe un carajo de fútbol! No le pidas una estrategia, una organización ni nada que se parezca a un entrenamiento. A él lo que le gusta es ver los partidos.

—Y beber cerveza, comer nachos...

—apuntó Jamie.

—Lo de la espalda de mi marido es cierto —se inmiscuyó su mujer, que le palmeó el hombro con cariño antes de mirar de nuevo a Luke—. A veces piensa que todavía es un

chiquillo; ayer subió al tejado para
desatascar el canalón y se quedó
enganchado.

—¡Te lo he dicho mil veces, papá!

—protestó Jamie—. Pídeme ayuda
cuando lo necesites. No es ninguna
molestia.

—Puedo

apañármelas

—gruñó

Harrison.

—¿Por qué siempre tienes que ser
tan testarudo?

—¡Está bien, ya basta! —Luke

inspiró hondo—. Me ocuparé de los
malditos

entrenamientos,

pero

parad de discutir o acabaréis

espantando a los clientes.

—Ay, ¡eres un encanto! —Barbara
le revolvió el pelo y se metió dentro
de la caseta—. ¿Por qué no os dais
una vuelta por la feria mientras
nosotros os sustituimos un ratito?

Angie,

entra

aquí

y

hazme

compañía. Seguro que con el escote
que llevas conseguiremos aumentar
las ventas.

—¡Mamá!

Jamie le miró las tetas a su novia y
una sonrisita traviesa tiró de la
comisura de sus labios. Después la
empujó con delicadeza hacia la
entrada lateral de la caseta.

—Vamos, cielo, animemos el

ambiente.

—¡Pero no podemos irnos...! —
protestó Harriet—. No, no es una
buena idea.

—Llevas aquí metida tres días
seguidos. —Luke le tiró de la mano
—. Te vendrá bien tomar el aire. Y
solo será un momentito de nada.
Vamos.

Las luces de colores de la feria
parecían más vivaces bajo aquel
cielo negro. Olía a algodón de
azúcar caliente, a caramelo recién
hecho y a palomitas de maíz. Luke
soltó la mano de Harriet cuando se
internaron entre el gentío y se
colocaron en la fila de los coches de
choque.

—Es un poco irresponsable estar
aquí mientras otros hacen nuestro

trabajo.

—¿Nuestro? —Él sonrió.

—Quería decir «mi». Perdona.

—Era broma, Harriet. —Cogió los tiques que acababa de pagar—.

También tienes derecho a divertirte un poco de vez en cuando. Veamos qué tal se te da ponerte detrás del volante.

Mal, muy mal. Se quedó atascada en dos ocasiones y Luke aprovechó los momentos de debilidad para darle pequeños golpecitos con su coche, mientras la instaba a dar marcha atrás. Cuando salieron de la atracción, los dos reían a carcajadas mientras deambulaban por la

transitada calle.

Hasta que, de golpe, Harriet frenó
en seco.

Paró de caminar junto a un puesto
de comida mexicana, pero sus ojos
no

prestaban

atención

al

dependiente que rellenaba una
fajita, sino que estaban fijos en algo
que había más allá. «Algo» que tenía
una cabellera rubia inconfundible y
unos hombros anchos que se
tensaron en cuanto se dio la vuelta y
sus miradas se encontraron.

Era Eliott Dune. Allí. Frente a ella.

Harriet se estremeció cuando él le
sonrió

de

aquel

modo

tan

cautivador, como si ella fuese la
única persona del mundo por la que
valía la pena curvar los labios, y
apenas fue consciente de la voz
lejana de Luke, que le preguntaba si
estaba bien.

No, no estaba bien. Nada bien.

Quería desaparecer. Mejor aún,
quería que Eliott desapareciese.

Una esperanza que se esfumó en
cuanto él comenzó a caminar hacia
ella y se paró justo delante, tan cerca
que podía distinguir aquella colonia
de marca cara.

—Harriet...

Eliott seguía teniendo aquella voz
armónica, templada, que se colaba

por las rendijas de todas las puertas
que ella había cerrado años atrás.

—Cariño,

¿no

piensas

presentarnos? —Luke le dio un
golpecito en el hombro con la punta
de los dedos y consiguió sacarla de
aquel trance en el que se había visto
atrapada.

—Sí,

claro...

—logró

decir

finalmente—. Luke, te presento a
Eliott.

—Encantado.

Eliott le tendió una mano sin
apartar sus ojos de la joven rubia
que tenía enfrente, pero Luke

rechazó el saludo y dio un paso
intimidante al frente.

—Hum, ¿qué Eliott? ¿Eliott, el
gilipollas? ¿O Eliott, el tío al que
pienso partirle la cara? Da igual.
Cualquiera de las dos opciones me
vale.

—¡Luke! —Harriet le lanzó una
mirada de advertencia, con el
corazón retumbándole en el pecho
por todo, todo lo que estaba
ocurriendo en apenas un dichoso
minuto.

Eliott Dune se removió incómodo
ante aquellas palabras y ladeó la
cabeza
hacia
ella,
mientras
cambiaba el peso del cuerpo de un

pie al otro. El resto de los transeúntes pasaban a su alrededor entre risas y conversación, ajenos a aquella chica que se sentía más frágil que nunca, aletargada entre tantos recuerdos que no quería revivir.

—¿Es tu novio?

—Su marido —lo corrigió Luke, y rodeó con un brazo la cintura de Harriet con cierta posesividad. Ella tembló ante el inesperado contacto —. Y, dime, ¿qué te trae por aquí? Elliott Dune sonrió de un modo forzado y se metió una mano en el bolsillo del pantalón marrón que vestía, antes de mirarlos a ambos alternativamente.

—Me han concedido el traslado que solicité el año pasado para

hacer unas prácticas, así que me
quedaré durante un tiempo... —El
silencio los envolvió a los tres
durante unos instantes, aunque
Luke tuvo que morderse la lengua
para no soltar ninguna barbaridad
cuando lo vio mirarla y sonreírle
por segunda vez—. Me enteré de que
abriste la pastelería. Enhorabuena.
—Gracias.

La voz de Harriet era apenas un
susurro inaudible, y cuando se
acurrucó más contra el cuerpo de
Luke, como buscando su presencia
en medio del caos, él entendió que
tenía que sacarla de allí. La retuvo
con firmeza sin soltar su cintura.

—Tenemos que irnos —anunció
entre dientes, haciendo un esfuerzo
para comportarse como un ser

racional, normal, y no perder el control—. Vamos, abejita, camina — murmuró contra su oído.

Aquella noche, al llegar a casa, Harriet salió a la terraza trasera, se sentó entre los cojines y cogió algunos de los tarros de cristal que allí había e inspeccionó las hojas, como si deseara cerciorarse de que, efectivamente, seguían ahí, intactas y seguras.

Luke permaneció a su lado, en silencio. Cuando escuchó la voz suave de Harriet, ni siquiera estaba seguro de qué hora era, pero probablemente bien entrada la madrugada.

—¿Puedes darme una de las cartas?

—¿Ahora? No sé si es el mejor

momento.

—Estoy bien, Luke. De verdad —
dijo—. Solo ha sido el impacto
inicial, ya sabes. Quiero leerlas de
una vez, quiero quitármelas de
encima y desprenderme de todo,
todo lo que tiene que ver con el
pasado. No soporto pensar más en
esas personas que solo saben hacer
daño y tomar un desvío después y
seguir adelante. Y tampoco soporto
que me afecte. No soporto ser tan...

—No digas que eres débil. No lo
digas, porque no es verdad. —Luke
se puso en pie y le dio un beso
tierno en la frente—. Espera aquí. Iré
a por esa carta.

«Querido Fred:

¿Qué

quieres

que

te

diga?

¿Pretendes que me invente alguna

excusa para hacerte sentir mejor?

Sabes que todo hubiese sido

diferente si hubieses confiado en mí,

si me hubieses querido de verdad.

Pero nunca lo hiciste, ¿cierto?

Siempre

estabas

ahí,

detrás,

controlándome,

atento...

Y

preferiste dejarle las acciones a

Harriet antes que a mí. ¿Crees que

eso no me dolió? ¿Que todo el

mundo se enterase de que habías

hecho un testamento especial y
hablado con el administrador?
¿Que la gente pensase que era una
especie de buscona que intentaba
aprovecharse del bienintencionado
Fred?»

14

Durante los siguientes días, Luke
recabó diferente información hasta
entender por qué la madre de
Harriet
le
había
dado
tanta
importancia a esas acciones. Al
parecer, años atrás, cuando la
tabacalera estaba en pleno auge,
dichas acciones adquirieron un
valor estratosférico. Y fue entonces

cuando Fred Gibson decidió hablar

con

su

abogado

y

dejar

expresamente a nombre de su hija

tales bienes en caso de que le

ocurriese algo.

—No tiene ningún sentido —

insistió Harriet.

Estaba tras el mostrador con las

manos entrelazadas y vestía un

suéter de color rojo cereza. Desde la

llegada de Eliott Dune a Newhapton

se había mostrado mucho más

nerviosa de lo normal, ausente a

veces, inquieta.

—Tu padre no parecía fiarse

mucho de ella... —tanteó Luke—.

Había

«algo»

que

lo

hacía

desconfiar, pero fue una buena idea

por su parte cambiar la herencia. Si

me dejases leer esa última carta que

queda...

—Pronto. Pero todavía no.

—De acuerdo —suspiró hondo—.

Tengo que irme o llegaré tarde al

entrenamiento. Nos vemos luego.

Harriet permaneció con la mirada

fija en el cristal de la puerta hasta

que lo perdió de vista. Después, sacó

el pequeño mapa de su bolso,

suspiró, e intentó memorizar unos

cuantos países más. Con un poco de

suerte, en un par de años se

aprendería el mundo entero, porque
tenía el pequeño problema de ir
olvidando algunos de los que ya
creía saber cada vez que iba
reteniendo otros mentalmente. La
geografía nunca había sido su punto
fuerte, desde luego.

Ya

casi

había

empezado

a

atardecer cuando las campanillas de
la puerta se agitaron y Harriet alzó
la cabeza. No era un cliente más. Era
él.

Eliott

cerró

la

puerta

con

suavidad, como si temiese hacer ruido, y miró a su alrededor con curiosidad, fijándose en los tonos rosa pastel que cubrían las paredes y el mobiliario blanco e impoluto. Sus ojos encontraron finalmente los de Harriet, que parecía aterrada ante su repentina e inesperada visita.

—Siento aparecer sin avisar —dijo él y se acercó hasta el mostrador—. Este viernes celebramos en casa el cumpleaños de mi padre. Vendrá gente... importante —añadió con aparente incomodidad—. Y pensé en ti para el catering de los postres.

—No lo dices en serio —masculló—. No has venido aquí, sin más, como si nada hubiese ocurrido, para hacerme un encargo.

—Yo solo...

—Por favor, vete. No quiero problemas.

Eliott se pasó una mano por el pelo con gesto abatido y algunos rizos rubios se deslizaron por su frente bronceada.

—En realidad, necesitaba verte. Estos días he estado pensando...

—¿Pensando?

—Era como si tuviese algo atascado en la garganta al hablar.

—En lo que te hice. En lo que nos hice... —Paseó la mirada por los dulces que había en el expositor, alineados de un modo casi perfecto —. Lo siento. Quería decirte eso, que

lo siento mucho. Cometí un gran error.

Harriet tardó una eternidad en contestar.

—Me resulta complicado creerte.

—Y lo entiendo, de verdad que sí.

La había tratado como si fuese algo con fecha de caducidad, una piedra más que saltar en el camino y

OceanofPDF.com

dejar atrás. Y aquel último día que lo había visto... Harriet todavía podía recordar la frialdad de su mirada, el desprecio en sus ojos cada vez que se posaban en ella.

—Lo del encargo iba en serio. Me gustaría que al menos te lo pensaras.

—Pues suena a chiste. ¿De verdad crees que a tu madre y a sus amigas les gustaría verme sirviendo postres en el cumpleaños de tu padre? —
Negó con la cabeza y una sonrisa triste e irónica curvó sus labios—.
Olvidalo.

—Sé cómo es mi madre. Y también sé que sería una forma de demostrarle a ella y a todas las demás que te importa un bledo lo que piensen.

—¿Por qué haces esto? Eres igual

que ellos. Siempre lo fuiste.

—No es... no es exactamente así —

suspiró nervioso y fue la primera

vez

que

Harriet

advirtió

la

inseguridad que lo consumía y los

movimientos torpes y poco firmes

de sus manos cuando las posó sobre

el mostrador—. Entiendo que me

odias. Lo entiendo. De todas formas,

si al final quisieses hacerlo... —Dejó

una tarjeta con sus datos sobre el

cristal—. Te pagaré muy bien. Lo que

necesites. Eso no será un problema.

Esperó hasta que Luke salió de la

ducha, con el cabello oscuro todavía

mojado por diminutas gotitas de

agua. Y entonces decidió que sería mejor esperar aún un poco más. Así que, para cuando se decidió a contarle que había accedido a hacer aquel encargo para el cumpleaños del señor Dune, ya era casi la hora de acostarse y Luke estaba medio adormilado tirado en el suelo, en la alfombra, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados tras la nuca. Se incorporó de golpe.

—¿Qué has hecho qué?

—No es para tanto —replicó.

Luke se contuvo para no coger el cojín que tenía más a mano y lanzarlo hasta la otra punta del salón como un niño pequeño al que le ha entrado una rabieta. Estaba furioso. Furioso y frustrado porque no debería afectarle tanto lo que

cojones Harriet decidiese hacer con su vida, que para eso era suya y de nadie más. No tenía derecho a entrometerse, no tenía ningún derecho, pero...

—No me gusta una mierda ese tío ni que trabajes en esa fiesta.

—Es un encargo como otro cualquiera, Luke. Al principio no pensaba hacerlo, pero eso solo sería peor. Ir es el modo perfecto de demostrarles que no me importan. Y no solo los Dune, sino también todos los demás ricachones prejuiciosos de este pueblo.

—Sigue sin gustarme la idea —gruñó.

—¿Qué te preocupa tanto?

—No saber mantener las manos
quietas si vuelve a hacerte daño.

Harriet sintió un hormigueo en el
estómago. De emoción. De miedo.

Porque daba igual lo seguro y
estable y maravilloso que Luke se
antojaba ante sus ojos cada vez que
le demostraba lo mucho que le
importaba; no caería en la trampa
de nuevo. No, no, no.

—Sé cuidarme sola. Te agradezco
todo lo que haces por mí, pero antes
de que llegases me ocupaba de mis
problemas y lo seguiré haciendo
cuando te marches. Y, además,
¿sabes qué me haría inmensamente
feliz?

—Suelta por esa boquita...

Sonrió travieso mientras fijaba la

vista en aquellos labios rosados y
luego dejó de respirar cuando
Harriet se movió y percibió su
aroma a vainilla. ¿Por qué tenía que
oler tan jodidamente bien? Luke
nunca había tenido pensamientos
tan ridículos por una mujer, como
desear hundir el rostro en su cuello
y olerla y mordisquear su piel y...
—Que me apoyases aunque no
estés de acuerdo con mi decisión.
Eso es arriesgar. Creer en alguien,
incluso cuando tú mismo piensas
que quizá me esté equivocando.
—Casi nada, joder.
—¡Vamos, confía en mí!
—Confío en ti con los ojos
cerrados, Harriet. Pero no en ese
gilipollas —explotó—. Y da igual lo
que diga, porque vas a hacerlo de

todos modos, así que no me queda otra que apoyarte. Pero te llevaré con el coche e iré a recogerte. Y esperaré fuera hasta que acabes, por si pasase algo.

—¿Qué puede ocurrir?

—No lo sé. Pero son malas personas, la típica gente que piensa que puede conseguir cualquier cosa solo por su puto dinero.

Luke cerró los ojos, levemente alterado, y Harriet se preguntó si sus palabras escondían algo más que no le estaba diciendo.

—De acuerdo. Lo haremos así. —

Se levantó del sofá y le tocó el brazo con delicadeza—.

Gracias

por

entenderlo, Luke. Gracias. Porque
no solo necesito el trabajo por la
parte económica, sino también para
demostrarme a mí misma que
puedo con ellos, que soy lo
suficientemente fuerte como para
soportar las miradas que me
echarán o las estupideces que
cuchichearán frente a mí.

—Lo sé. —Se inclinó hacia ella, le
sujetó las mejillas con ambas manos
y, cuando pareció que estaba a punto
de rendirse ante su instinto y
apoderarse de aquella boca, la
abrazó con fuerza y la soltó casi al
instante, como si quemase, dejando
a Harriet aturdida y temblando.

15

Aquel

cumpleaños

era

más

ostentoso que una boda real. Los

invitados pululaban por el jardín

mientras

comían

diminutos

canapés, charlaban entre ellos y

reían

animados.

Todos

ellos

aparentaban tener una vida perfecta,

idílica; ataviados con sus trajes y

vestidos de diseño.

La pequeña mesa sobre la que

Harriet iba preparando las bandejas

de pastelitos y bombones estaba

ubicada en uno de los extremos del

enorme

jardín,
decorado
con
guirnaldas de luces nacaradas que
parecían luciérnagas flotando entre
las copas de los árboles. Habían
contratado a varios camareros que
iban recorriendo el lugar para
ofrecer el catering.

Minerva Dune le había dirigido
una mirada glacial nada más llegar
y, sin dignarse a saludarla primero,
le había indicado la mesa sobre la
que debía realizar su trabajo. En
cierto momento de la noche, cuando
todas aquellas mujeres habían
empezado a mirarla de reojo y a
cuchichear por lo bajo, se había
arrepentido de aceptar el encargo.
Quizá debería haberle hecho caso a

Luke. Y también a Barbara, Angie y Jamie, que habían enloquecido en cuanto les contó lo que se proponía hacer.

—¿Todo bien? Si necesitas algo... — Elliott la miró con cierta inseguridad mientras aferraba una copa de champán en la mano izquierda.

—Sin problemas —contestó—. Ten, ya está lista —añadió, dirigiéndose a uno de los camareros, vestidos de riguroso negro, y tendiéndole la bandeja que acababa de preparar.

Después volvió a mirar a Elliott, no porque le apeteciese, sino porque no le quedó más remedio, ya que seguía allí plantado—. Disfruta de la fiesta. Estoy perfectamente.

Se
removió

incómodo,

balanceándose a un lado, pero no se
marchó.

—Me aseguré de que mi madre
mantuviese la boca cerrada —
anunció—. No habrá intentando
incordiarte, ¿no?

—Ya lo suponía. Y no, no lo ha
hecho,

ha

estado

ocupada

asesinándome con la mirada —

bromeó y colocó con mucho

cuidado uno de los bombones en el

centro de la siguiente bandeja. La

primera fila era de chocolate negro,

la siguiente, con leche, y la última y más

pequeña,

de

reluciente

chocolate blanco.

—¿Crees que podremos hablar
luego, cuando termines?

—¿Hablar de qué?

Ella levantó la mirada hacia él y
rápidamente distinguió tras su
figura que varias personas los
miraban con interés, seguramente
preguntándose qué estaba pasando
entre ellos, como si fuesen una
telenovela andante en directo. Que
su hijo estuviese allí, al lado de una
de las contratadas del catering, debía
de estar provocándole a Minerva
una úlcera, como poco.

—De todo, Harriet.

—Es mejor dejar las cosas como
están.

Eliott pareció sopesar sus palabras

antes respirar hondo.

—Ese chico... ese...

—¿Luke?

—Sí. He oído que os casasteis hace unos años y que él regresó hará un mes del ejército —dijo—. Y quiero que sepas que me alegro por ti. De verdad. Fui un imbécil al dejarte escapar.

Harriet se mordió la lengua, pero no lo corrigió. Ya imaginaba que en Newhapon habrían inventado un montón de historias para justificar la presencia de Luke. Todo el mundo creía cualquier rumor descabellado.

Se amonestó a sí misma cuando

advirtió

que

le

temblaban

levemente las manos. ¡Dichosos

nervios!

¿Y

qué

demonios

significaba eso de «fui un imbécil al

dejarte escapar», eh? No la había

dejado escapar, la había obligado a

alejarse sin darle otra opción, que

era muy diferente.

Lo miró de reojo, insegura.

Todavía sentía su cuerpo encogerse

ante su presencia, pero no estaba

segura de si era debido a la

decepción y la rabia o al hecho de

que los recuerdos a veces lo

aplastaban todo a su paso y él había sido la única persona que la había tocado, que había estado dentro de ella.

Sintió náuseas antes de hablar.

—No removamos el pasado ahora.

—Ya sé que no debería, pero

Harriet...

—¡Eh, Eliott! ¡Aquí estás!

Uno de sus amigos apareció por detrás y le rodeó el cuello mientras reía. No se molestó en saludar a Harriet, a pesar de que habían tenido algo de trato años atrás. Ella supuso que no le parecía lo suficientemente importante como para dignarse a pronunciar un simple «hola».

Estaba

tan

acostumbrada, después del desdén
recibido aquellos últimos años, que
ni siquiera se inmutó y siguió a lo
suyo.

—¿Cómo va eso, Matthew? —
preguntó Eliott con desgana.

—¡Cojonudo! ¿Sabes que tu padre
es el jefe más insoportable del
Condado?

—No me sorprende.

—Tío, ¿por qué no vienes allí con
los demás? Vamos, diviértete un
poco.

—Ahora iré.

—No tardes.

Matthew se alejó tambaleándose
un poco sobre el césped del jardín y
Eliott tardó una eternidad en volver
a hablar, después de acabar el

champán de su copa de un solo

trago con cierta brusquedad.

—Así que tú y ese tal Luke...

—¿Por qué te importa siquiera? —

lo cortó Harriet—. Y no deberías

estar aquí, hablando conmigo. Todo

el mundo nos está mirando.

—Vale. Volveré luego, cuando

termines.

No le dio tiempo a protestar. Antes

de que ella pudiese negarse, dio

media vuelta y se internó entre la

multitud, saludando a unos y a

otros. Observándolo desde fuera,

Harriet se dio cuenta de lo mucho

que él encajaba en aquel ambiente y

lo poco que ella jamás lo hubiese

hecho. No era una cuestión de

dinero, no. De hecho, Fred Gibson

había sido una persona acaudalada

en el pueblo, gracias a la tabacalera.

Era una cuestión de actitud, de prejuicios, de fingir lo que no se era y tener que guardar las apariencias veinticuatro horas al día. Llevaban una especie de etiqueta sobre sus hombros, como si todos ellos fuesen tarros de mermelada y tuviesen que indicarle al resto del mundo que eran «fresa», «naranja ácida» o «ciruela». Harriet no quería ninguna etiqueta, ella tan solo deseaba «ser» sin tener que definirse de un modo concreto; libre, muy libre.

Mientras terminaba de servir las últimas bandejas, se preguntó qué estaría haciendo Luke en aquel momento, apenas a unos metros de distancia, metido en su coche. Había cumplido su promesa y se había

empeñado en esperarla frente a la
puerta de los Dune hasta que
terminase el turno de trabajo. Y ella
le había dado las gracias por
preocuparse
tanto,
tentada
de
recriminarse
que
fuese
tan
considerado, tan tierno... Porque, en
cierto
modo,
Luke
le
estaba
mostrando todo lo que Harriet
siempre había anhelado. Pero solo

se lo mostraba, solo eso, porque no podía tenerlo.

Cuando concluyó su trabajo, empezó

a

recoger

todas

sus

pertenencias y a ordenar los

utensilios sucios y vacíos para que se

los llevase parte del servicio que se

encargaba de la limpieza. Acababa

de quitarse el delantal y meterlo en

su bolsa de mano, cuando Eliott

apareció de nuevo.

—Estaba todo delicioso —musitó.

—Gracias.

Bajó la mirada al advertir cómo

aquellos ojos, a la vez tan familiares

y extraños, la recorrían de los pies a

la cabeza. Con la intención de adaptarse al ambiente y no llamar demasiado la atención entre los invitados, se había puesto un vestido con vuelo de color blanco roto, con el estampado de diminutas florecitas naranjas y rojas, a juego con la sencilla chaqueta. Rompió la tensión del momento cuando se disculpó y se internó en la inmensa casa para ir al servicio. Al salir, dispuesta a marcharse de allí, tropezó con la señora Dune, que la estudió unos segundos. Su rostro carecía de expresión.

—Ya me iba —se apresuró a decir.

Los

labios

de

Minerva

se

fruncieron.

—Los postres eran... comestibles —
musitó—. Buen trabajo.

Harriet se giró como un resorte,
pero Minerva ya había dado media
vuelta y se alejaba pasillo abajo con
una copa en la mano. Suspiró y
avanzó en dirección contraria.

Necesitaba escapar de aquel lugar,
porque era como si un disfraz con
un pomposo lazo rojo lo envolviese
todo: la casa, las conversaciones
frívolas que se sucedían en el jardín,
las sonrisas falsas que se convertían
rápidamente en muecas. Pensó en
Luke. Luke, que era real y único y

diferente. Quería creer en él.

Eliott apareció de nuevo.

—¿Podemos hablar ahora?

—No, me están esperando.

—Solo será un momento, Harriet.

—Sorprendiéndola, la cogió del
codo con delicadeza pero decisión

—. Ven, es mejor hacerlo en algún
lugar más apartado.

Lo siguió y se internaron entre los
árboles del jardín hasta llegar a una
zona poco iluminada y sentarse
sobre un banco de piedra. Sentía
una mezcla de rechazo y curiosidad,
porque era incapaz de encontrar
una miserable razón por la que
Eliott estuviese perdiendo de nuevo
el tiempo con ella.

—Yo solo... —Se frotó la barba
incipiente—. Quería repetirte lo

mucho que siento lo que hice. Fui...

No sé quién fui. Alguien que no soy,
de verdad que no.

—¿Por qué te importa siquiera que
te perdone?

—Porque te quería. Y las cosas
tendrían que haber sido diferentes.

—¿Es una broma? Tenías planeado
desde el principio que lo nuestro
fuese algo temporal. No necesito
palabras de consuelo. Lo superé
hace tiempo.

Eliott inspiró hondo y apartó la
vista del rostro entre las sombras de
Harriet

y

contempló

la

luna

menguante que se alzaba sobre

ellos.

—Tú no lo entiendes. Por supuesto que te quise, pero lo nuestro era complicado. Si no hubieses sido importante para mí, no me habría molestado en enfrentarme a mi familia para estar contigo —suspiró—. Simplemente no encajabas en mi vida y no sabía qué hacer para que te acoplases, para que...

—Hablas como si fuese una pieza de un puzle que te pertenecía. ¿Por qué habría tenido que encajar o acoplarme yo en tu vida? ¿Por qué no tú en la mía?

Eliott extendió las piernas sobre las briznas de hierba que crecían bajo el banco y guardó silencio unos instantes.

—Solo sé que hice las cosas mal. Y

que desde entonces me siento
culpable y no dejo de pensar... no
dejo de pensar... —La miró—. En
cómo sería ahora. Si viviese. Si por
mi culpa tú no te hubieses visto
obligada a perder a ese bebé. Sé que
es de locos, pero no puedo evitarlo.
Imagino en mi cabeza cómo hubiese
sido... ¿A ti no te pasa?

—No —mintió.

En parte. Solo en parte. Porque
desde la llegada de Luke a su vida
estaba mucho más centrada en el
presente. Al anochecer se mantenía
ocupada
con
él,
divirtiéndose,
charlando, viendo una película...
Había dejado atrás las horas

muertas que pasaba buscando hojas
perfectas que meter en tarros de
cristal o que dedicaba a bucear en
recuerdos e intentar comprender
por qué su madre la había
abandonado, por qué su padre la
había odiado o por qué la única
persona a la que creía haber amado
la había traicionado. Todo aquello
formaba ya parte del pasado.

—Será mejor que me marche. —

Harriet se puso en pie y se alisó la
falda del vestido con una mano—. Y,
Eliott, no soy yo quien debe
perdonarte, sino tú mismo. A veces
las cosas ocurren por alguna razón,
o quiero pensar que es así, porque si
no lo hiciese me pasaría la vida
cabreada por las ironías e injusticias
del destino.

—Tendrías derecho a estarlo —
murmuró—. Vamos, te acompañaré
a la puerta.

—No es necesario.

—Quiero hacerlo.

Atravesaron de nuevo el jardín
llamando la atención de algunos de
los invitados e ignoraron los vítores
y las risas que se escuchaban entre
el grupo de amigos del señor Dune,
que habían empezado a descorchar
varias botellas de whisky. Eliott se
mantuvo en silencio hasta que
atravesaron el umbral de la puerta
principal y entonces se paró frente a
ella, muy cerca, y la miró fijamente.
—Supongo que nos veremos de
vez en cuando, ahora que voy a
quedarme
por

aquí

una

temporada...

—Imagino que sí.

—El catering ha sido perfecto,

Harriet.

—Ya. Gracias. —Algo incómoda,
sujetó con fuerza la correa del bolso
que llevaba colgado del hombro—.

Buenas noches, Eliott. Y suerte con
esas prácticas.

Acababa de dar un paso al frente,
deseando alejarse de allí, de todas
aquellas personas, cuando Eliott la
sorprendió al estrecharla entre sus
brazos. Harriet se sintió como si
acabasen de exprimirla el aire de los
pulmones,

desorientada

y

confundida entre aquel aroma a colonia que ya no le evocaba ningún sentimiento.

Giró

la

cara

rápidamente cuando percibió que él se acercaba demasiado.

—Ni se te ocurra tocarla.

Harriet se liberó de su agarre en cuanto oyó la voz de Luke a su espalda. Eliott dio un paso atrás, confundido, y no dijo nada mientras él la cogía de la muñeca y tiraba de ella antes de montar en el coche que estaba aparcado enfrente.

16

Luke arrancó el motor del vehículo y condujo por las solitarias calles.

Había empezado a chispear. El

silencio en el interior del coche era tan aplastante que podía oírse el golpeteo suave de algunas gotitas de lluvia contra el cristal. Aferró el volante con más fuerza de la necesaria, todavía alterado.

—¿Qué coño ha sido eso?

—No lo sé —respondió Harriet.

—¿No lo sabes? —inquirió alzando el tono de voz—. ¿Cómo demonios no vas a saberlo?

—¿A ti qué mosca te ha picado?

Harriet aferró el cinturón de seguridad entre los dedos y lo miró.

Luke tenía el semblante serio, muy serio, la mandíbula, en tensión y los labios, ligeramente fruncidos en una mueca indescifrable. Y, antes de que ella pudiese insistir y preguntarle de nuevo qué le pasaba, él se internó

en uno de los muchos senderos que
se abrían paso entre los bosques de
los alrededores y avanzó por el
camino de gravilla y tierra mojada
unos metros, en medio de la
oscuridad de la noche, hasta
desviarse hacia un lado del arcén y
apagar el motor del coche.

Luke se giró con lentitud hacia
ella. Daba igual que ya hubiesen
pasado algunos minutos desde que
la había visto entre los brazos de
aquel gilipollas, seguía sintiendo el
corazón acelerado y la rabia
paseando a sus anchas por cada
tramo de su ser.

—¿Ibas a besarlo? —siseó.

—¿Qué? ¡¡No!! ¿De dónde sacas
eso?

—¿En qué estabas pensando, eh?

Harriet se quitó el cinturón de seguridad y le lanzó una mirada de reproche.

—¡Deja de gritarme! No tienes ningún derecho. Solo me ha abrazado.

Solo
eso.

Y
no
precisamente porque se lo hubiese pedido. —Tomó aire y enderezó los hombros.

—Así que lo normal es ir por ahí abrazando a la gente que te ha hecho la vida imposible. ¡Vamos, no me jodas!

—Te estás comportando como un capullo.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Porque me

preocupo por ti? Es verdad. Debería haberle dado una palmadita en la espalda a ese imbécil y haberle deseado suerte en eso de intentar follarte otra vez para volver a dejarte tirada después.

—Que te jodan, Luke.

Temblando,

Harriet

abrió

la

puerta dispuesta a bajarse del vehículo. Luke la retuvo sujetándola del brazo antes de que pudiese hacerlo y luego acogió su rostro entre las manos con delicadeza.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurró—. Mierda. Ojalá pudiese retirar lo que acabo de decir.

Perdóname. Solo... solo es que

ahora mismo no sé ni qué coño
estoy sintiendo. Lo único que sé es
que me importas más de lo que ya
sabía que me importabas, y que
cuando te he visto abrazada a ese
tío...

—Luke...

—Tenía ganas de golpear algo. De
golpearlo a él, para ser más exactos.

—¿Y eso qué significa?

Ella contuvo el aliento. Las manos
cálidas de él sostenían sus mejillas
con ternura y estaban tan cerca el
uno del otro que al respirar le
acariciaba la piel.

—Significa que estaba celoso. Y
significa que, joder, no soporto
imaginarte con otro compartiendo
todo...

todo

lo
que
nosotros
tenemos. Hostia, Harriet, haz algo
para callarme la boca porque no
dejo
de
decir
estupideces
supercursis.

Ella rio y Luke la besó con fuerza
llevándose el vibrante sonido de su
risa, como si su vida dependiese de
ese instante, de ese segundo
perfecto. A Harriet nunca la habían
besado de aquel modo, nunca nadie
había reclamado su boca con esa
impaciencia y desesperación. Gimió
contra sus labios mientras permitía
que sus lenguas se entrelazasen

suavemente como si llevasen una eternidad deseando encontrarse.

El ruido de la lluvia retumbando contra los cristales del coche se entremezclaba con el latir de las palpitaciones que Harriet oía por todas partes, como si todo su cuerpo se hubiese vuelto loco. De deseo.

Anheló. Y ganas de más, mucho más.

Luke atrapó entre los dientes su labio inferior y lo mordisqueó con cuidado mientras sus manos firmes y grandes iban descendiendo por su espalda, palpando su cuerpo bajo la ropa e intentando adivinar cada curvatura

y

cada

detalle.

Inútilmente,

Harriet

intentó

acercarse más, pero la separación entre ambos asientos se interponía a modo de barrera entre ellos; así que se movió con torpeza hasta subir a su regazo y sentarse a horcajas sobre sus piernas.

Ahora podía sentirlo.

Su erección presionando bajo su cuerpo contra la tela de los vaqueros.

Se frotó sobre él y Luke respiró hondo contra su boca, antes de volver a deslizar las manos por su espalda con una lentitud que la hizo enloquecer. Para cuando sus dedos levantaron el dobladillo de su falda y le acariciaron la piel de los muslos,

Harriet estaba a un paso de rogarle
que acabase con esa tortura de una
vez por todas.

—Harriet —rozó sus labios—, creo
que deberíamos parar ahora.

—No quiero parar.

—Me lo estás poniendo muy
difícil.

—No dejes de tocarme —jadeó.

—Joder. Sabes que mi autocontrol
tiene un límite muy frágil, ¿verdad?

Luke

deslizó

la

mano

que

mantenía

entre

sus

muslos,

ascendiendo hasta arriba, incapaz
de contenerse. Tenía la piel sedosa,
caliente, tan apetecible...

—Más.

—¿Quieres más? —Mordisqueó su
barbilla con suavidad—. ¿Así...? —Le
acarició por encima de la ropa
interior. Estaba mojada, deliciosa,
entre sus brazos. Era una tortura.

Tanteó con los dedos antes de
tocarla sin reparos.

—Dios mío, Luke...

Y oírla decir su nombre de aquel
modo...

—Siénteme. Cierra los ojos.

Harriet gimió, sujetándose con
fuerza a sus hombros. Él le lamió el
lóbulo de la oreja antes de susurrar:

—¿Sigues queriendo más?

—Sí, mucho más.

Le acarició con el pulgar, trazando lentos movimientos circulares hasta notar cómo a ella empezaban a temblarle las piernas mientras se arqueaba y recostaba la espalda contra el volante del coche.

—Luke, quiero tocarte —pidió con voz ahogada, aturdida por el placer que le sacudía. Estaba ardiendo—.

Deja que lo haga...

Se apresuró a buscar la hebilla de su cinturón y después tanteó en la oscuridad

hasta

empezar

a

desabrochar los botones de los vaqueros. La respiración de Luke se tornó más pesada y sonora; dejó de acariciarla, deslizó la mano por su

trasero e intentó tranquilizarse...

Intentó, que no consiguió.

El

corazón

le

latía

atropelladamente.

—Harriet, no deberíamos. Esto no
está bien. No para ti, al menos.

—Deja que sea yo quien decida si
está bien o no. —Ella le dio un beso
seductor, dulce, y lo cogió de la
mano—. Guíame. Dime qué te gusta.
Dime qué tengo que hacer.

—Me estás matando...

—Solo quiero que puedas sentir lo
mismo que tú me haces a mí. Y me
haces sentir muchas cosas, Luke.

Necesito esto ahora. Necesito saber
cómo sería tenerte. Quedarme el

recuerdo.

Él tembló. No la besó, no, le mordió la boca, hundió la lengua en aquellos labios que acababan de aniquilar todo su control con apenas un par de palabras. Luke jamás se había sentido tan excitado, tan fuera de sí. Quería poseerla de todas las formas posibles. Quería ver la satisfacción en sus ojos cálidos cuando se corriese. Quería que el instante durase para siempre.

Cogió su mano, suave y pequeña, y acarició con ella su propia erección por encima de la ropa interior que todavía estorbaba entre ambos.

Harriet se frotó contra él, anhelando sentirlo en su interior...

—¿Notas lo duro que estoy? —Ella asintió—. Te juro que jamás había

deseado a nadie como te deseo a ti.

Harriet, eres preciosa. Eres perfecta.

Harriet

liberó

su

miembro

palpitante y lo rodeó con los dedos.

Él dirigió los movimientos con su

propia mano, guiándola, sin dejar

de besarla, antes de que ella se

adueñase de la situación y marcase

el ritmo, que era cada vez más

rápido, más intenso, y Luke tuvo

que frenarla porque esas manos...

Joder, esas manos terminarían en

nada con todo su autocontrol.

La levantó de su regazo con

suavidad

y

ambos

terminaron

tumbados sobre el asiento trasero,
Luke sobre ella. Sin abandonar sus
labios, le levantó el vestido hasta la
cintura.

—No puedo parar de besarte,
Harriet.

—Bien, porque no soportaría que
lo hicieses.

Luke sonrió contra su boca y
enterró de nuevo la lengua en
aquella cavidad dulce y húmeda
que lo hacía delirar. Era tan
adorable, tan diferente... No estaba
seguro de si tenía que ver con el
hecho
de
que
le
parecía

increíblemente sexy cuando más
pretendía no serlo, o si se trataba de
esa complicidad, esa calma que
sentía cuando ella estaba a su lado,
como si hubiese llegado a una
especie de destino después de un
largo trayecto. Conseguía apaciguar
sus miedos. Y, cuando Luke vaciaba
la
cabeza
de
pensamientos
enredados, era finalmente él mismo,
la persona que deseaba ser.
Harriet le importaba.
Le importaba de verdad.
Mierda. Qué gran putada.
—Tenemos que parar.
—¿Qué? No hablas en serio.
—Ahora mismo te aseguro que

solo puedo pensar en follarte, en
estar dentro de ti y, joder, ¡joder! —
Cerró los ojos y expulsó entre
dientes
el
aire
que
estaba
conteniendo—. No puedo. No así.
—Pero, ¿por qué? —Dejó caer la
mano sobre la mejilla de Luke y lo
obligó a mirarla—. No pares. Por
favor... Quiero esto. Olvida todo lo
que sabes de mí. Te quiero aquí,
ahora.
—Estamos en un puto coche, en
medio del bosque. Mereces algo
mejor.
—Luke, tú eres lo mejor que me
ha pasado en años.

Sus palabras sonaron casi como
una especie de ruego. Y lo decía en
serio. Era lo más real, inesperado y
reconfortante que recordaba en
mucho tiempo. Un cambio. Un
acelerón en su vida que lo había
revuelto todo y trastocado el curso
de sus días. Ni siquiera estaba
segura
de
cómo
sería
seguir
adelante
cuando
se
marchase,
porque por mucho que intentase
negarlo era consciente de que
dejaría un vacío inmenso.

Luke la miró durante unos
instantes en silencio, dubitativo,
mientras
seguía
respirando
entrecortadamente y sus dedos
trazaban círculos alrededor de la
piel de sus muslos. Finalmente
inhaló hondo y volvió a devorar sus
labios, dejándose llevar por sus
instintos más primarios. Le bajó uno
de los tirantes del vestido floreado
hasta dejar a la vista el sujetador
blanco de encaje y recorrió con la
lengua el camino que conducía
hasta sus pechos. Apartó la tela con
un tirón brusco y atrapó el pezón
con la boca.

Harriet gimió y se arqueó contra
él, derritiéndose ante sus caricias. El

modo en el que sus manos la
tocaban donde más lo necesitaba y
las atenciones de aquellos labios la
estaban volviendo loca. Anhelante,
tiró de la camiseta que todavía
cubría el torso de Luke y se la quitó
por la cabeza, antes de deslizar los
dedos por aquella espalda firme.
Cuando él frotó con la palma de la
mano su sexo, se estremeció y le
clavó las uñas en la piel de los
hombros.

—Luke... —jadeó—. Hazlo ya, por
favor.

Estaba temblando bajo su cuerpo
y Luke fue incapaz de negarse, de
echar
el
freno.

Se

deshizo

totalmente de los vaqueros y buscó

en su cartera un preservativo

mientras Harriet le besaba y

mordisqueaba la piel del cuello y

enredaba los dedos en su cabello,

tirando suavemente de las puntas

cada vez que una de sus manos, que

seguía entre sus muslos, rozaba el

punto exacto que la hacía morir de

placer.

—Mírame, Harriet.

Él deslizó el dorso de la mano por

su mejilla y apoyó la otra en el

cristal de la ventanilla del coche. La

lluvia seguía cayendo y golpeando

el capó con un ritmo suave y

constante mientras Luke se colocaba

entre sus piernas y se hundía

lentamente en ella, intentando

retener ese instante exacto en su
memoria,
esa
sensación
estremecedora que empezaba en su
columna vertebral y se extendía
después
por
cada
terminación
nerviosa.

—Más profundo, Luke. Todo tú.
Sorprendiéndolo, rodeó su cintura
con las piernas y alzó las caderas
hasta que él estuvo completamente
dentro de ella. Y joder, aquello era
perfecto, único, y no quería que
acabase jamás. Intentó empezar
despacio, pausado, pero cuando
Harriet deslizó la lengua entre sus

labios y gimió contra su boca, perdió
el poco control que le quedaba.

Salió de ella para después volver a
hundirse con fuerza en su interior.

Las embestidas se tornaron cada vez
más desesperadas, más rápidas, más
salvajes.

Luke jadeó al sentir cómo Harriet
se estremecía mientras pronunciaba
su nombre en susurros, notó la
tensión de su cuerpo pequeño
alrededor de su miembro, los
espasmos que la invadieron. Hundió
la yema de sus dedos en su espalda
y se aferró a él mientras se corría y
algo en su interior se rompía para
dar paso a la sensación de placer, de
dejarse llevar y creer tocar el cielo
con la punta de los dedos.

Y ni siquiera supo cómo demonios

logró aguantar hasta que ella
terminó, porque en cuanto lo hizo la
embistió un par de veces más con
desesperación

y

se

derrumbó,

escondiendo el rostro en su cuello.

Le rozó la piel con los labios,

sintiendo

sus

pulsaciones

aceleradas, y luego la abrazó, la

abrazó como si no existiese nada

más en el mundo que ellos dos, allí,

en ese preciso instante, rodeados

por el sonido de la tormenta y la

oscuridad de la noche.

17

—Deberíamos ir a casa.

Luke alzó la cabeza al escuchar
aquella voz delicada que había
sepultado bajo tierra su cordura y
cualquier atisbo de control. ¿Y ahora
qué...? Ya no había vuelta atrás.
Incluso aunque la hubiese, era un
camino que no estaba dispuesto a
tomar.

Apoyó un codo en el mullido
asiento del coche y la miró desde
arriba con los ojos entrecerrados.
Trazó con la yema de los dedos el
contorno de su rostro, la línea
deliciosa en la que su labio superior
se curvaba, como si deseara formar
un corazón. Puede que no fuese
exuberante
o
una
belleza

especialmente llamativa, pero para Luke era perfecta. Y el hecho de que pensase en algo así después de follar solo podía significar que estaba muy jodido.

—¿Quieres ir a casa? —preguntó en un susurro.

Harriet asintió lentamente con la cabeza,

sin

apartar

aquellos

expresivos ojos de él. Unos ojos que estaban ligeramente húmedos. Luke se incorporó un poco, le subió la parte superior del vestido, que seguía arremolinado en torno a su estómago y le colocó los tirantes sobre la curvatura de los hombros.

Realizaron todo el trayecto en

silencio.

Ella tenía la cabeza apoyada en el cristal y lo empañaba con cada respiración, mientras observaba la lluvia caer en diagonal bajo la luz de las farolas de las calles que dejaban atrás. En cuanto entró en casa, antes incluso de que Luke pudiese encender las luces y dejar las llaves del coche, se metió en su habitación y cerró la puerta con el pestillo. Se dejó caer al suelo y escondió el rostro entre las rodillas. Un sollozo escapó de su garganta. Luke había tenido razón al sugerir que parasen..., pero es que fue incapaz de valorar siquiera la posibilidad. Porque quería aquello, demonios. Lo quería a él. La forma siempre atenta que tenía de mirarla

y esa faceta suya tan tierna y al
mismo tiempo salvaje que salía a
relucir cada vez que la tocaba...

—¿Harriet? ¿Qué cojones...? —

Movió inútilmente la manivela de la
puerta—. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo... —tomó aire—.

Quiero estar sola. Dormir. Estoy
cansada.

Estaba aterrada.

Sentía el miedo paralizando sus
pensamientos. Miedo a perderlo.

Miedo a tenerlo. Miedo a ella
misma. Miedo a él. Miedo al dolor, a
las decepciones, a reconstruir de
nuevo cuando las cosas se rompen
sin previo aviso...

¿Por qué se había dejado llevar?

¿Por qué no podía ser firme y dura y
con una personalidad arrolladora

como muchas otras personas...?

Cada vez que una piedra se
interponía en su camino, tropezaba
con ella. No sabía cómo esquivar las
dichosas piedrecitas.

—¡Vamos! ¡Abre la puerta, Harriet!

Luke

no

obtuvo

ninguna

respuesta. Inspiró hondo.

—Déjame entrar. Por favor.

—No puedo, Luke. —Dejó caer la
cabeza hacia atrás hasta recostarla
en la puerta de madera. Él estaba
tan cerca... y a la vez tan lejos...

—¿Por qué? Solo dame una buena
explicación.

Algo

que

pueda

entender.

Le pareció que ella tardaba una eternidad en contestar.

—Porque tengo miedo.

—Harriet...

—Ha sido un error. Uno de esos errores que parecen maravillosos hasta que acabas de hacerlos. Me siento muy tonta ahora mismo. No quería poner en riesgo nuestra amistad y lo he hecho y sé cómo terminan siempre estas cosas — gimió.

Luke respiró entre dientes y apoyó la frente en la dichosa puerta que los separaba.

—No ha sido ningún error, Harriet.

Un error no puede ser tan perfecto.

Por favor, ábreme, no quiero estar

lejos de ti. Podemos hablar las cosas.

Y te prometo que no vas a perder mi amistad, siempre vas a tenerme...

Pasaron unos segundos antes de que se oyese el chasquido del cerrojo de la puerta al abrirse. Luke entró despacio en la habitación. Ella se había vuelto a sentar en el suelo, con las piernas cruzadas; él se arrodilló a su lado y le sostuvo la barbilla con la punta de los dedos.

—¿Por qué me haces esto, Harriet?

Cada vez que lloras me matas un poco por dentro. No tienes que sentirte culpable por lo que ha ocurrido. No ha sido nada malo.

—Para mí es importante —sollozó

—. Aparte de Barbara, Angie y Jamie, nunca nadie me había entendido como lo haces tú, sin juzgarme, sin

hacerme sentir tonta. No quiero que nada cambie, no quiero perderte.

—Te juro que eso no ocurrirá.

Confía en mí. Inténtalo. Sé que te ha fallado mucha gente, pero yo no lo haré.

Ella asintió y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

Luke la estrechó contra su pecho y después la levantó en brazos como si no pesara nada y la dejó sobre la cama. Se inclinó para darle un beso en la frente.

—Dime qué quieres que haga. Si prefieres que me quede contigo... —susurró—. O puedo irme al sofá. Y, de verdad, decide lo que realmente deseas, Harriet. Porque solo tú eres dueña de tus actos, solo nosotros dos estamos implicados en esto. No

te dejes llevar por el miedo o los
prejuicios, ni por el qué dirán. Si
Angie, la gente del pueblo o
cualquiera que se inmiscuya no
entiende lo que sea que existe entre
nosotros, que les den. En serio. Que
les den hasta que se les quiten las
ganas de hurgar en las vidas o los
sentimientos de los demás. —Le
acarició la mejilla con los nudillos,
suavemente—. No sabes cómo he
intentado resistirme, pero si volviese
atrás te aseguro que no cambiaría ni
un segundo de lo que ha ocurrido
en ese coche.

Harriet lo agarró de la muñeca y
cerró los ojos y se concentró en el
latir de las pulsaciones de Luke que
retumbaban contra sus dedos.

—Quédate.

Se hizo a un lado en la cama.

Luke se quitó la camiseta antes de tumbarse a su lado y abrazarla mientras dejaba escapar un suspiro de alivio. Le habló en susurros hasta que ella se relajó, y después comenzó a quitarle el vestido con cuidado y recorrió con los dedos cada tramo de piel que quedaba a la vista, deteniéndose en todos los lunares, las diminutas imperfecciones o cualquier detalle que llamase su atención.

—¿Qué estás haciendo, Luke?

—Memorizarte. Tocarte.

Deslizó la mano por su antebrazo derecho y se detuvo en las sombras oscuras de los tres pájaros que

Harriet llevaba tatuados, justo igual
que él. Sus labios se curvaron
lentamente mientras trazaba los
bordes de las alas.

—De todos los tatuajes estúpidos
que me he hecho en mi vida, este es
mi preferido.

—A mí también me gusta. —

Harriet sonrió en la penumbra y se
acurrucó más contra su cuerpo
cálido—. ¿Qué pasó con los demás?

—Uf, recuerdo poco. El primero, el
escudo

del

equipo

de

la

universidad, me lo hice con dos

amigos

del

club

después

de

emborracharme una noche en la

que ganamos un partido decisivo —

explicó—. Luego fue el de la brújula,

cuando perdí una apuesta contra

Mike. Había un tío en el local de

tatuajes que se llamaba Blake o

Blaine o algo así que se estaba

haciendo este mismo diseño y no

dejaba de repetir lo importante que

era no perder el norte —dijo—.

Después llegó el de los pajaritos... —

esbozó una sonrisa rápida—. Y por

último el erizo. El más estúpido de

todos los que me he hecho, que ya

es decir, teniendo en cuenta que en

ninguno estuve sobrio. Lo bueno es

que, cuando alguien me pregunta si

duele, no tengo ni zorra.

—¡Estás pirado! —Harriet rio.

—Dijo la culpable del tatuaje
número tres...

—¡No, ahora en serio! —replicó
cuando se recompuso de la risa—.

¿Por qué un erizo? —Tocó con el
dedo

índice

el

contorno

del

diminuto animal. Por suerte era
pequeño, bajo la línea de la cadera,
así que apenas se veía.

—Lo cierto es que me dan pánico.

No puedo soportarlos. Son como
ratas con púas en vez de pelo. —

Permaneció pensativo y luego alzó
la vista hacia Harriet—. En realidad,

me lo hice durante una muy mala
época, poco antes de recibir esa
llamada de mi abogado y venir aquí.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—¿Puedo evitar que lo hagas? —
respondió divertido.

—No. —Sonrió y se acomodó más
cerca de él, casi encima, sin dejar de
trazar círculos sobre la piel de su
pecho—. Siempre recibes llamadas
de una tal Sally. ¿Quién es? ¿Alguien
importante para ti?

Sus miradas se enredaron en una
sola.

Él contuvo el aliento antes de
hablar.

—No es nadie. Una vieja amiga.

—Luke, no me mientas. Por favor.

Suspiró hondo y se giró para
poder mirarla a los ojos. Le daba

miedo dejarse ver, dejarla ver,
abrirse ante ella y mostrarle todo lo
malo que arrastraba consigo. Que no
aceptase o pudiese entenderlo más
allá de la primera capa. Tragó saliva.
—Sí que es alguien. Es la chica que
me tiraba cuando estaba en San
Francisco —admitió—. Pero le dije
hace semanas que siguiese su
camino, si es lo que te preocupa.
Harriet permaneció callada tanto
tiempo que Luke empezó a ponerse
nervioso. Alargó una mano y deslizó
la yema de los dedos por el
contorno
de
sus
labios.
Le
tranquilizó que no se apartase.

—Di algo, Harriet.

—¿Te hiciste con ella el tatuaje? El del erizo.

—Sí.

—¿Lo que teníais era como lo que tenemos nosotros?

—No, joder, no. Ni de lejos —susurró—. Ella no me conoce, no sabe nada de mí, ni de cómo me siento ni de cómo quiero llegar a sentirme... —respiró hondo—. Tú no puedes compararte a nada de lo que he tenido antes. Y ya te he dicho que cuando me hice ese tatuaje... fue una mala época. Pensé en quitármelo unas semanas después,

pero cambié de idea porque no
quise olvidar los errores que
simboliza. —Sonrió con tristeza—. Es
de risa que un erizo represente el
mal, ¿no crees?

Ella se tumbó de lado y apoyó una
mano en su pecho.

—¿A qué te refieres con una mala
época?

Luke se mordió el labio inferior,
dubitativo.

—Ya sabes, una de esas épocas en
las que no eres tú mismo. ¿Nunca te
has sentido así? —Harriet negó
lentamente con la cabeza y él le
colocó tras la oreja el mechón de
cabello rubio que cayó ante el
movimiento—. Pues tienes suerte,
porque es una mierda. Deprimente.
Te sientes infeliz y perdido, y lo peor

de todo es que no tienes ninguna
razón de peso para estarlo, no te
estás muriendo ni nada parecido,
pero te comportas como si todo te
diese igual. —Inspiró hondo—.

Cuando me despidieron fue como si
el mundo se derrumbase. Y ya
arrastraba de antes esa misma
sensación, como de derrota, desde
siempre, cada vez que algo en la
vida no me salía exactamente como
yo
lo
había
planeado...

—

Permaneció
unos
instantes
en

silencio—. Me comporté como un capullo, empecé a salir de fiesta por ahí. Y no eran fiestas... suaves.

Recuerdo despertarme al mediodía, con la cabeza dando tumbos y..., joder, no sé cómo demonios pensaba que eso podría ayudarme en algo. Creo que en realidad me frustraba cada día un poco más.

Pensaba que eso era «vivir el presente», pero estaba equivocado.

Solo era un alivio rápido, poder dejar de ser yo mismo durante unas horas...

—¿Ibas con Mike y Rachel y...?

—No, ellos tenían su vida, estaban empezando a construir algo sólido.

Nadie se merece más un poco de estabilidad. Y Jason, bueno, Jason jamás se dejaría llevar hasta el

extremo;

de

hecho,

intentó

controlarme. Es un tío con las cosas
claras. Creo. Al menos, cauto. El tipo
de persona que piensa las cosas
antes de hacerlas —aclaró—. Los tres
estaban ocupados, con sus trabajos,
con sus metas...

—Así que cuando llegaste aquí fue
una especie de vía de escape.

—Más, mucho más. Fue lo mejor
que me podía haber pasado —
reconoció—. Pensé que duraría
menos de una semana, pero, no sé,
la rutina, sentir que sirvo para algo,
que puedo ser útil, ahora el
compromiso con el idiota de
Harrison, y tú, solo tú... —La cogió

de la nuca para acercar su rostro al
suyo y atrapar sus labios—. Has sido
terapia sin siquiera proponértelo —
susurró contra su boca.

Harriet dejó que su lengua se
colase en su interior, acariciando la
suya, y gimió cuando Luke la
estrechó contra su pecho y volvió a
sentirse atrapada por aquel aroma
cítrico

que

desprendía

y

la

experiencia de esas manos que
recorrían su cuerpo como si
deseasen colarse bajo la piel y
tocarla de todas las formas posibles.

—Luke... —Él ignoró el tono
preocupado de su voz y le

mordisqueó la barbilla con suavidad
antes de volver a besarla. Harriet se
apartó para poder hablar—: Debe de
ser horrible pasar por algo así. No
encontrarte a ti mismo.

—Solo estaba un poco perdido.

—Y deprimido —adivinó.

—Algo así. Déjalo ya. No quiero
hablar más de eso —se quejó en un
murmullo y después atrapó los
brazos de Harriet y los alzó sobre su
cabeza mientras retenía su cuerpo
bajo el suyo. Le rozó los labios—.

Ahora solo puedo pensar en estar
dentro de ti, en follarte lento, y
probarte y lamerte...

Ella se estremeció ante el tono
ronco de su voz y aguantó la
respiración
mientras

Luke

le

quitaba el sujetador y deslizaba

después su boca por cada tramo de

piel que encontraba a su paso,

descendiendo hasta su estómago.

Depositó un beso tierno al lado de

su ombligo y tiró de la ropa interior

con brusquedad hasta bajarla por

sus muslos. La miró desde allí abajo,

con

aquellos

ojos

verdes

entrecerrados

que

la

hacían

enloquecer, enmarcados bajo las

gruesas pestañas... Y, antes de que

podiese prepararse para lo que estaba por llegar, él deslizó la lengua por la humedad de su sexo con una lentitud enloquecedora, sin dejar de mirarla, y Harriet cerró los puños en torno a las sábanas e intentó reprimir el gemido que finalmente escapó de su garganta.

18

Luke giró el volante en el último tramo de la calle y frenó frente a la casa de Barbara. El porche estaba repleto de macetas y la primavera había contribuido a que las flores se abriesen, gráciles, y contrastasen con la madera del suelo y las paredes por las que trepaban algunas enredaderas.

—¿Seguro que no quieres entrar?

—No, abejita. Llego tarde al

entrenamiento. —Luke sujetó su barbilla con los dedos y le dio un beso profundo y cálido que se alargó más de lo esperado. Cuando se apartó, sonrió al descubrir que Harriet tenía las mejillas encendidas —. Salúdala de mi parte.

—Vale. Nos vemos luego.

—Ya lo creo que sí. —Luke sonrió travieso—. Tengo planes interesantes en mente.

—¿Todos están relacionados con la palabra «sexo»? —bromeó Harriet, tras cerrar la puerta, mirándole a través de la ventanilla bajada del vehículo.

—Absolutamente todos, sin excepción.

Observó cómo el coche se alejaba
por el solitario sendero que se abría
al final de la calle y después subió
los escalones del porche y entró en
la casa, que estaba abierta. Llegaba
media hora antes de lo previsto,
pero escuchó las voces de Barbara y
Angie que provenían de la cocina,
justo en el otro extremo de la
vivienda.

—Vas a tener que guardar reposo,
Angie.

—Estoy bien, mamá. ¡No seas
pesada!

—Ahora que vas a ser madre
entenderás lo terca y poco razonable
que puedes llegar a ser. Ya verás lo
poco que te gusta que te lleve la
contraria. Que sepas que el karma
existe.

Harriet se quedó paralizada en la
puerta de la cocina. Las dos dejaron
de pelar patatas para la cena y
alzaron la mirada hasta la chica
rubia que las contemplaba sin
pestañear.

—¿Estás embarazada?

Angie dio dos pasos hacia ella con
cautela.

—Te lo iba a decir...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace... —tomó aire—. Hace
varias semanas.

—¿Qué? ¿Y entonces por qué no...?

Harriet la miró dolida antes de
terminar de formular la pregunta.

—No sabía cómo te lo ibas a tomar
—se excusó Angie—. Y has estado un
poco sensible y rara desde la llegada
de Luke. Lo siento. Quería decírtelo.

Tenía muchas ganas de decírtelo, en realidad.

Harriet respiró hondo y sin pronunciar palabra dio

media

vuelta y salió de la casa. Agradeció el viento fresco que soplaba al atardecer. Apenas había pisado el camino de gravilla cuando oyó unos pasos a su espalda.

—¡Sabía que esto pasaría! Ay, niña, ven aquí. —Barbara la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la cabeza—. No se lo tengas en cuenta a la zopenca de mi hija. Ya sabes que se preocupa demasiado por ti. ¡Se lo tengo dicho! Que deje de tratarte como si fueses una hermana

pequeña a la que tiene que proteger,
cuando eres su igual.

—¿Puedes

dejarnos

a

solas,

mamá? —preguntó Angie con la voz

rota desde el porche—. Quiero

hablar con ella.

Barbara

la

soltó

tras

unos

segundos.

—Vale, pero, por lo que más

queráis, ¡no os peleéis! —Las miró a

las dos, muy seria—. Ni siquiera

sabíais andar cuando ya compartíais

cuna por las tardes, durante la hora

del té. —Negó con la cabeza para sí
misma
mientras
seguía
murmurando por lo bajo y se
alejaba hasta entrar en la casa.

Angie se sentó en los escalones de
madera y le dirigió a Harriet una
mirada suplicante con la que
consiguió que esta se acomodase a
su lado. El silencio se prolongó unos
instantes.

—Perdóname. De verdad.

—¿En qué estabas pensando? —
Todavía se reflejaba un rastro de
decepción en los ojos de Harriet—.
Soy tu mejor amiga. Más que eso.
Somos como hermanas.
—Pensaba en ti, como siempre que
la cago. No sé qué estúpido instinto

de protección tengo, pero en parte es algo egoísta. Y es egoísta porque cada vez que me ocurre algo bueno, como cuando empecé a salir con Jamie, o cuando montamos el negocio mientras tú no podías tener la pastelería, o ahora con el bebé..., pienso en si eso te hará daño. El hecho de que tenga algo que me gustaría que tú también pudieses disfrutar...

—¡Madre mía, Angie! Sabía que eras retorcida, pero no hasta qué punto...

—Me siento fatal. Me siento como la mala de la película porque es como si me estuviese llevando también tu porción de suerte o algo así. —Entrelazó las manos con nerviosismo—. No sabes lo mucho

que me gustaría que te ocurriesen
un montón de cosas buenas, en
serio. Eso me haría feliz. Odio
cuando algo te sale mal porque es
injusto. Lo mereces más que yo y...

Harriet estalló en una carcajada.

Empezó riendo suavemente hasta
que el sonido se volvió ronco y
vivaz. Angie parpadeó sorprendida.

—¿Qué te has fumado esta
mañana?

—Uf, Angie. —Logró tranquilizarse
y la miró con dulzura, todavía con
una sonrisa asomando en sus labios

—. ¡Eres un caso perdido! Y te adoro
por eso, por ser tan sufrida y
protectora como tu madre...

—¡Eso no es cierto! —exclamó
ofendida.

—Sí que lo es. Y, ay, ahora vas a ser

mamá. Serás todavía peor... Vas a tener un bebé... —La risa se fue transformando lentamente en un lamento—. Voy a ser tía y yo... Dios mío...

—¿Harriet? ¿Estás llorando? —

Angie la abrazó y pegó su mejilla a la suya—. Cielo, perdona si te ha molestado. Sé que es un tema delicado para ti, por eso no estaba segura de cómo darte la noticia...

—No, no es eso —gimió—. Lloro de alegría, tonta.

Angie dejó escapar también un sollozo y la estrechó con más fuerza.

—¿Puedo tocarlo...?

—Apenas se nota —comentó con alegría mientras se levantaba la camiseta y Harriet posaba con suavidad la palma de su mano sobre

la barriga—. Pero es..., no sé, no
tengo palabras para describir la
sensación de saber que está ahí
dentro, en mí.

Harriet guardó silencio sin dejar
de sonreír. Estaba segura de que
tanto Angie como Jamie serían unos
padres increíbles.

—Voy a querer a este bebé más
que a nada en el mundo —susurró
—. Angie, me alegro muchísimo por
ti, por vosotros, de verdad. No te
haces una idea.

—Gracias. —Le dio un beso en la
frente.

—Y deja de preocuparte por mí,
lerda

—bromeó

mientras

se

limpiaba un par de lágrimas—. Estoy perfectamente. Soy feliz con lo que tengo. Sé que las cosas podrían ser mejores,

pero

también

mucho

peores, créeme. —Cogió su mano y la apretó con firmeza—. Tengo mi propio negocio y esa casa vieja que en realidad adoro. Os tengo a vosotros. A Luke. Y ahora seré tía —sonrió—. ¿Qué más puedo pedir?

Angie sorbió por la nariz y se tocó la tripa una última vez antes de bajar el dobladillo de la camiseta y alzar la mirada hacia su mejor amiga.

—¿Elegir el nombre del bebé? —tanteó divertida—. Ya sabes que es

difícil que Jamie y yo nos pongamos de acuerdo en algo. Tenemos algunas dudas. Si es niña, estamos entre Abril, Noelle o Kenzie, y si es niño nos gusta...

—Abril. Será Abril.

—¿Por qué estás tan segura, bruja?

—No lo sé. Lo presiento. Será una niña.

—Abril... —susurró Angie—. Me encanta cómo suena.

—A mí también. Es perfecto.

—Y eso que lo propuso Jamie.

—¡No seas mala! Tiene buen gusto para algunas cosas —puntualizó.

—¡Abril me encanta! —se oyó la voz aguda de Barbara tras una de las ventanas.

—¡Mamá! —gritó Angie—. ¿Tienes algún problema en entender el

significado

de

la

palabra

«privacidad»? ¡Búscala en el dichoso
diccionario que coge polvo en la
estantería! ¡Maldita seas, siempre
husmeando! Me pone mala esta
señora.

—¡Deja de llamarme «señora»! ¡Es
ofensivo!

—¡Dios, Buda, Alá, el que sea,
llévame pronto!

Harriet rio y se acercó más a Angie
para que la madre de esta no
pudiese escucharlas. Le susurró al
oído:

—Yo también tengo algo que
contarte.

—Ay, joder. ¿Te lo has tirado?

—¡Ni siquiera me ha dado tiempo
de decírtelo! ¡Y baja la voz!

—¿Habéis copulado? —Barbara
abrió la puerta y salió al porche.

—Mamá,

de

verdad

que

sí

deberías echarle un vistazo a ese
diccionario, ¿eh? «Copulado», dice.

Se llama «follar», «echar un polvo»,
«darle al ñaca-ñaca»... La que más te
guste, tienes un gran repertorio para
elegir. Pero, por lo que más quieras,
«copular» pasa a ser una palabra
prohibida.

Harriet se tapó el rostro con una
mano, avergonzada, y miró a la
madre de su amiga entre el espacio

abierto que quedaba entre los
dedos. Estaba roja como un tomate
maduro.

—¿Podéis dejar de hablar a gritos?

Los vecinos...

—Cariño, los vecinos creen desde
hace meses que copulas con ese
chico, así que no te preocupes más
por eso —aclaró Barbara.

—Y dale con la palabrita.

—Vamos, entremos. Queremos los
detalles. Y hemos dejado a medias
las patatas con bechamel que
íbamos a hacer. —Barbara le rodeó
con un brazo la cintura mientras
atravesaban el umbral de la puerta

—. Sabía que pasaría. Os comíais con
los ojos.

—No es verdad. —Harriet frunció
el ceño.

—Lo estabais deseando desde
hace un año y pico —insistió Angie
mientras se sentaba en una de las
sillas que había alrededor de la
mesa de la cocina. El viento
ondeaba las cortinas blancas que
cubrían la ventana—. Si no llego a
intervenir en Las Vegas, esto
hubiese ocurrido mucho antes,
créeme.

—¿Qué insinúas?

—Insinúo lo que estás pensando.

Que te gusta desde siempre. Te
atrajo desde el primer momento en
el que tus ojos se cruzaron con los
suyos. —Se llevó una mano al pecho,
en
plan
melodramática
sobreactuada, y sonrió de oreja a

oreja.

—¡Es superromántico! —Barbara
las miró con la espalda apoyada
sobre la encimera de madera repleta
de patatas peladas.

—Ignora a mamá oso amoroso —
ironizó Angie—. ¿Habéis hablado
del tema? Quiero decir, ¿seguís
alguna pauta o acuerdo concreto?

—Eh, no.

—¿Nada?

—No.

—¿Ni siquiera un «que conste que
esto es solo sexo y no hay
sentimientos de por medio, así que
no vengas luego a exigirme un
anillo de boda y blablablá...»?
Aunque, bueno, ahora que lo pienso,
ya estáis casados.

—¿Qué tontería es esa? —Harriet

arrugó la nariz de un modo gracioso

—. ¡Pues claro que hay sentimientos!

Si no fuese así, no me acostaría con él.

—¡Ay, cielo! —Angie soltó un gritito angustiado.

—¡No empieces! —Barbara abrió uno de los armarios de la cocina, sacó un paquete de caramelos M&M y se lo tendió a su hija—. Come y calla. —Luego miró a Harriet—.

Tiene antojo de esto con el embarazo, y el otro día el pobre Jamie tuvo que recorrer más de cuarenta kilómetros para encontrar una gasolinera abierta donde los vendiesen —negó con la cabeza—. Y encima la princesa se deja los rojos.

¡Dame! ¡No los tires, narices! —Le arrebató un par de bolitas rojas y se

las metió en la boca de golpe—.

Entonces, ¿te ha dicho cuándo
piensa volver a San Francisco?

—Hace unas semanas comentó
que «pronto». Supongo que debería
preguntárselo otra vez, pero ni
siquiera estoy segura de querer
saberlo

—admitió—.

Sé

cómo

terminará esto. Lo pasaré mal
durante un tiempo cuando se
marche. Pero ¿cómo era ese dicho?

Ese que habla de que es mejor
haber amado y haber perdido que
no haberlo hecho.

—¿Lo amas?

—No, no lo decía de una forma
literal. —Puso los ojos en blanco—.

Solo sé que quiero disfrutar de esto
mientras dure. Nada más.

—¿Sabes lo que significa eso,
cariño? —Barbara la miró con
dulzura—. Que estás dispuesta a
arriesgar. Cuando pasó lo de Eliott
temí que te cerrases en banda para
siempre. Solo eras una niña...

Por primera vez en mucho tiempo,
Harriet ya no quería hablar del
pasado. Ni siquiera le guardaba el
mismo rencor a los Dune ni tenía
ganas de pararse a pensar en todos
los «y si...» que se habían quedado
en el camino. Estaba en calma
consigo misma, con lo que tenía
ahora.

—Los
problemas
están

para

superarlos

—contestó

con

una

sonrisa—. Y confío en Luke.

19

Luke terminó de explicarle la estrategia que estaba llevando a cabo el equipo contrario y Harriet asintió, fingiendo que entendía todo lo que le decía, aunque solo se había quedado con la primera parte.

Estaban viendo un partido de fútbol en la televisión y ella tenía las piernas encima de las suyas, tumbada en el sofá. Luke trazaba círculos sobre su muslo derecho sin apartar los ojos de la pantalla.

Harriet pensó que aquello era

perfecto.

De

hecho,

llevaba

días

pensándolo.

No podía evitar darse cuenta de

que empezaban a comportarse

como una pareja más, y no solo

porque Angie lo repitiese cada vez

que los veía, sino porque realmente

era cierto. Estaban juntos desde que

se

levantaban

hasta

que

se

acostaban y ella nunca se aburría de

sus bromas, de sus chistes fáciles o

de esa sonrisa insolente que le

dedicaba cada vez que se le subía
un poco el ego. Luke era muy
divertido. Y Harriet no dejaba de
preguntarse qué pasaría cuando se
marchase y cómo demonios podría
conocer
a
otro
chico
y
no
compararlo de inmediato con él; si
es que eso ocurría algún día, claro,
porque las posibilidades de que
alguien apareciese en su vida eran
escasas. A veces, hasta se torturaba
un poco mentalmente imaginando
con qué otras mujeres saldría Luke
en cuanto regresase a San Francisco,
si serían más listas, más altas, más

atractivas que ella.

—¿En qué estás pensando? —Él
ladeó la cabeza al mirarla, todavía
sentado en el sofá, y dejó de
acariciarle la pierna cuando su
mano ascendió lentamente hasta
posarse en su tripa y colarse bajo el
suéter grueso y verde que vestía.

—En nada. —Tragó saliva.

—Eres una pequeña mentirosa.

—Pensaba en lo perfecto que es
esto.

Luke suspiró y su mano abandonó
la calidez de la piel bajo la ropa
cuando la alzó para colocarle tras la
oreja un mechón rubio de cabello
rebelde.

—¿Sabes cómo podría ser más
perfecto?

—Sorpréndeme

—contestó

divertida.

—Ah, pues es fácil —replicó burlón

—. Está la parte obvia, que se

resumiría en tenerte aquí y ahora

bajo mi cuerpo. Y también la parte

que por razones misteriosas quieres

esconderme, como confesarme que

dentro de nada será tu cumpleaños.

—Se miró el reloj de muñeca—. En

trece minutos exactos. Si juntamos

ambas partes, podemos celebrarlo a

lo grande.

Harriet se incorporó de golpe en el

sofá, bajando las piernas de las

suyas y encogiendo las rodillas para

abrazárselas contra el pecho. Lo

miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Digamos que Jamie me cae cada

vez mejor.

—¡Dichoso Jamie! —refunfuñó.

Luke la atrajo hacia su cuerpo sin dejar de reír. Harriet podía sentir cómo su pecho vibraba contra el suyo al son de las carcajadas.

Intentó resistirse, pero la idea de tenerlo

cerca

era

demasiado

tentadora como para negarse a ello.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Harriet?

—¡Odio los cumpleaños! Solo son un estorbo para Angie y Jamie, que están muy ocupados con el bar, y celebrarlo es una tontería. De verdad que no me importa.

—A mí sí que me importa. —Se

puso en pie—. Así que tengo una sorpresa, pero no esperes nada demasiado especial. Solo es una tontería, ¿de acuerdo?

Harriet lo miró con dulzura.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo...

—Espera aquí. Vuelvo enseguida. Contuvo las ganas que tenía de seguirlo y averiguar cuál era la sorpresa, aunque, en realidad, no le importaba demasiado; la mera idea de saber que se había tomado la molestia de prepararle algo ya era más de lo que habían hecho muchas de las personas que habían pasado por su vida. Se frotó las manos con nerviosismo al escuchar sus pasos cerca y su boca dibujó una mueca de sorpresa cuando él apagó las

luces, dejando solo la de la
lamparita ambiental, y entró de
nuevo en el comedor con un
diminuto cupcake sobre el que
brillaba fulgurante una solitaria vela
encendida.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños
feliííííiz, te deseo solo yo... —

Entrecerró los ojos al sonreír y dejó
el dulce sobre la mesita, frente a ella
—. ¡Cumpleaños feliz!

—¡Oh, Luke! —Pestañeó muy
rápido para evitar llorar—. ¡Gracias!
En serio, gracias por tomarte la
molestia.

Él se puso de cuclillas, sujetándose
con una mano a la mesita, y la miró
fijamente.

—Nunca es una molestia nada que
tenga que ver contigo, abejita. —

Curvó los labios con lentitud—. Y
ahora sopla y pide un deseo,
¡vamos!

—¿Un deseo?

—Sí, claro.

Harriet clavó los ojos en la llamita
de la vela que ondulaba con
suavidad. Hacía muchos años que
no pedía ningún deseo, pero puede
que los veinticuatro fuese un buen
momento para romper aquella
tradición. Cerró los ojos y no pudo
evitar desear justo lo que tenía en
ese preciso instante. Así, sin nada
más, sin nada menos; se conformaba
con aquello, que no era poco. Sopló
con fuerza y el fuego se extinguió y
dejó
tras
de

sí

el

aroma

característico y una voluta de humo.

Cogió el pequeño cupcake y lo

estudió desde diferentes ángulos

con los ojos entornados y una

sonrisa en los labios. Alzó ambas

cejas al mirar a Luke.

—¿Lo has hecho tú?

—Bueno, he intentado hacerlo yo.

Ella dejó escapar una brusca

carcajada y se reclinó en el respaldo

del sofá sin dejar de reír. Ignoró que

Luke gruñó por lo bajo mientras se

sentaba a su lado y trataba de

quitarle el dulce de las manos. Era

de lo más gracioso. La masa estaba

dura, reseca, probablemente porque

se

había
equivocado
con
las
medidas, y hasta había intentado
decorar la punta imitando las
coloridas florecitas que ella hacía
con fondant, pero solo consiguió una
masa sin forma que parecía una
pelota aplastada. Harriet lo miró de
rejojo.

—Eres genial, Luke. De verdad. Me
encanta.

—He hecho lo que he podido.

Él le apretó las mejillas con los
dedos y se inclinó para darle un
sonoro beso en los labios. Se quedó
ahí unos segundos, mirándola
mientras respiraba contra su boca,
sopesando si terminar ya con la

segunda parte del cumpleaños. Estar con Harriet era fácil. Demasiado fácil. Se contuvo un poco más.

—He tardado mucho en hacer esta cosa —reconoció tras quitárselo de la mano—. Y te juro que este es el más decente de la docena que metí en el horno. No mires la bolsa de la basura cuando vayas a la cocina. — Sonrió cuando la risa vibrante de Harriet volvió a alzarse en la estancia. Le encantaba ser él quien la hiciese reír así.

Ella lo miró largamente, con las rodillas encogidas de nuevo contra el pecho y un lado de la cara apoyado en el respaldo del mullido sofá. El ambiente era cálido, agradable, y el semblante de Luke se recortaba entre las sombras.

—¿Sabes...? He cambiado. Ahora
todo es diferente —susurró, y sintió
un vuelco en el estómago al
reconocer aquello en voz alta.

—¿Diferente a cuándo? —Luke
ladeó la cabeza.

—23 otoños antes de ti...

—¿Qué quieres decir?

Harriet se mordió dubitativa el
labio inferior.

—Que me has ayudado a cerrar
puertas
que
llevaban
abiertas
mucho tiempo —admitió—. Por eso
creo que el próximo otoño será
diferente. No sufriré cuando vea las
hojas caer, ¿entiendes? Las hojas...,
ya no puedo protegerlas ni seguir

guardándolas. Tengo que dejarlas ir.

—¿Eso significa que te sientes segura?

—Sí, porque las personas que podían hacerme daño ya son solo recuerdos.

Le mostró una sonrisa tímida y Luke se tensó, pero el gesto duró apenas unos segundos antes de que volviese a relajarse y dejase de pensar que, probablemente, él era el único que no formaba parte de un recuerdo y aún podía dañarla; porque se iría, claro, ¿y cómo no iban a echarse de menos después de todo aquello? Tarde o temprano tendrían que pasar por aquel trance. Era el precio a pagar por acercarse demasiado.

Respiró profundamente.

—Voy a confesarte algo —dijo, y
Harriet lo miró con curiosidad. —
Podría haberme divorciado de ti tras
cumplir el primer año de casados.
Solo tendría que haber hecho un
montón de engorroso papeleo,
empadronarme
falsamente
en
Nevada y demostrar que llevábamos
todo ese tiempo sin convivir juntos.
—¿Lo dices en serio?
—Muy en serio. —Él rio sin
demasiado humor y la cogió de la
mano. Acarició con ternura los
dedos largos y finos y aquellas uñas
cortas que no se parecían en nada a
las cuidadas uñas de brillantes
colores que solían llevar las chicas
con las que antaño se relacionaba en

San Francisco.

—¿Por qué no pediste el divorcio,
Luke?

—No lo sé. Imagino que porque mi
vida estaba tan vacía que casarme
con una desconocida fue lo más
interesante que me había pasado en
mucho tiempo. Y me intrigaba saber
por qué tú no parecías querer
hacerlo. Era... una especie de
misterio que resolver y supongo que
hasta eso es mejor que no tener
nada.

—Luke...

—Está mal que me sienta así, está
mal. Una vez Jason me dijo una
frase de uno de sus libros preferidos,
El guerrero pacífico, y se me quedó
grabada a fuego en la cabeza. No
dejo de repetírmela desde entonces.

Me veía en esas palabras, pero no
sabía cómo escapar de ellas. Y
ahora, aquí, contigo... —tragó saliva
—, no tengo que demostrarle nada a
nadie, no tengo que hacer nada que
realmente no quiera hacer ni que
luchar contra mí mismo.

—¿Cuál era la frase?

— «Las personas no son lo que
piensan que son. Solo creen serlo. Y
eso es lo más triste».

Harriet observó cómo trazaba con
los dedos las líneas de su mano y se
estremeció al alzar la vista y
perderse en el prado que se abría en
sus ojos.

—Conmigo no tienes que intentar
ser nada. Solo tú, Luke.

20

—Creo que he tenido esta fantasía

un millón de veces —comentó Luke mientras dejaba las llaves sobre la isla de la cocina después de una tarde de duro entrenamiento con los chicos—.

Llegar

a

casa,

encontrarme a una rubia muy

follable esperándome...

—¿Muy follable? —Harriet dejó de remover el chocolate con leche que estaba mezclando en un cuenco y se giró hacia él—. ¿De verdad acabas de decir eso? —alzó una ceja con diversión.

Luke sonrió.

—No me has dejado terminar. —

Frente a ella, se quitó la camiseta

que llevaba puesta y la tiró al suelo.

Harriet

tembló

de

deseo

al

contemplar su torso desnudo y esa

seguridad con la que se exponía

ante sus ojos—. Aparte de follable, la

rubia

de

mis

fantasías

es

increíblemente lista, el tipo de chica

a la que se le mete una idea entre

ceja y ceja y no se rinde hasta

conseguir lo que quiere. —Sujetó su

nuca con una mano y le apartó el

cabello a un lado antes de rozarle el

cuello con los labios—. Hum,
también sabe muy bien, ¿lo había
dicho ya?

—No —respondió ella con una
especie de gemido.

Una de las manos de Luke se
internó en los pantalones de pijama
que llevaba puestos y le cogió el
trasero con firmeza, apresando la
suave carne entre sus dedos.

—Además es preciosa y muy
divertida. Podría pasarme horas y
horas con ella sin aburrirme ni un
instante. —Atrapó el labio inferior
de Harriet entre sus dientes y le sacó
la camiseta por la cabeza sin
contemplaciones—. Esa chica de la
que hablo me hace desear dar lo
mejor de mí y no perderme ni un
solo instante a su lado. —Bajó sus

pantalones de un tirón y se
desabrochó el cinturón de los suyos
sin dejar de besarla. A pesar de que
entrenar a los muchachos cada vez
le resultaba más satisfactorio, había
estado un poco ausente, pensando
en lo que le haría en cuanto llegase
a casa... Estaba obsesionado, no
había otra explicación. Desde aquel
primer día que lo habían hecho en
el interior de su coche, algo había
hecho clic en su cabeza y sentía la
necesidad de pasar con Harriet más
y más y más tiempo—. También me
incita a hacer cosas malas...

Sus

ojos

verdes

chispearon

mientras metía una mano en el

cuenco de chocolate y extendía
después la dulce mezcla por los
pechos de Harriet, deteniéndose en
los puntos más sensibles.

—Estás loco.

—Muy loco —la besó—, por ti.

Conforme la tocaba, fue cubriendo
su cuerpo de chocolate. Pasados
unos segundos, Harriet lo imitó,
untándolo también poco a poco,
entre risas que se perdían cada vez
que se besaban. Había algo en el
modo en el que Luke la tocaba que
le hacía desear que aquello durase
para siempre y no fuese una mera
etapa en su vida.

Cerró los ojos cuando sus labios se
cerraron en torno a uno de sus
pezones, mientras abarcaba con las
manos ambos pechos, consiguiendo

que le fallasen las rodillas. A veces,
al estar con Luke, tenía que
obligarse a mantenerse serena y en
pie, porque sentía que se deshacía
entre sus brazos, que se convertía en
alguien liviano y etéreo.

Harriet gimió cuando él frotó con
los dedos la humedad entre sus
piernas, y buscó a tientas su
erección, latente y dura, lista para
perderse en su interior. Después
posó
los
labios
sobre
los
abdominales de aquel torso cubierto
de chocolate y deslizó la lengua
trazando un camino que conducía
cada vez más y más abajo; hasta que

estuvo arrodillada frente a Luke.

—Voy

a

probarte

—susurró

divertida, y sostuvo con una mano

su miembro. Lo rozó suavemente

con los labios, respirando contra la

piel tersa y alzó la mirada hacia él,

que parecía estar a punto de

desfallecer—. Y, en mi defensa, que

conste que nunca lo he hecho antes

—confesó.

—No lo dices en serio.

—Totalmente —dijo, y luego lo

acogió entre sus labios.

Luke dejó de respirar y apartó con

el dorso de la mano los mechones

de cabello rubio que enmarcaban su

rostro. Ahogó un jadeo e intentó

retener aquella imagen, disfrutando
del espectáculo de verla lamerle con
una lentitud enloquecedora, de
temblar en su boca y estremecerse
ante la humedad de su lengua...

—Joder. —Cerró los ojos y tomó
una brusca bocanada de aire—.

Joder,

joder

—repitió—,

para,

Harriet. Ven aquí.—Se agachó a su
lado y la abrazó unos segundos
antes de alzarla con facilidad,
instándola a que enredase las
piernas en torno a sus caderas.

La sostuvo contra el mueble de la
isla de la cocina y no esperó ni un
instante antes de deslizarse en su
interior con una sola embestida.

Estaba caliente y húmeda y lista
para él. Luke se movió con lentitud,
tan solo porque deseaba que aquello
durase eternamente. Apoyó su
frente en la de Harriet y respiró
hondo antes de empezar a perderse
en ella mientras sentía agitarse su
cuerpo envuelto por una neblina de
placer...

Allí no había nada más que ellos
dos. Él. Ella. Juntos. Encajados entre
sí de mil formas posibles, porque
empezaba a sentirla en todas partes:
bajo
su
piel,
en
su
cabeza,
abrazándole el corazón...

—Un reloj gigante aparece en el cielo y empieza a marcar una cuenta atrás de dos días. ¿Pensarías que es el fin del mundo o, por el contrario, que un montón de angelitos empezarán a bajar a la tierra de un momento a otro y repartirán flechas del amor y demás? —Luke engulló el último bocado de su trozo de pizza y la miró con atención.

Estaban en el sofá y Harriet tenía sus pies sobre su regazo.

—Pensaría que estás como una cabra.

—Putra cabra. Se dice así. —Ladeó la cabeza—. Decídete por una opción.

—Los angelitos, me tienta más esa idea.

—La idea menos probable.

—Claro,

porque

es

taaaaaan

probable que un reloj aparezca en el

cielo para marcar una cuenta atrás

antes de que el planeta explote. —

Harriet puso los ojos en blanco y

sonrió—. ¿Te importa si hoy me

OceanofPDF.com

encargo yo de hacer las preguntas?

—Qué remedio. —Se encogió de hombros.

—Vale. —Se relamió los labios, que todavía sabían a queso, y se incorporó un poco en el sofá para arrodillarse frente a él—. Cuéntame lo del despido. Por favor.

—Harriet...

—¡Tú lo sabes todo sobre mí!

—No es verdad —frunció el ceño—. Hasta hace un par de horas no sabía que nunca habías hecho una mamada.

—No tiene gracia, Luke.

—Ya, porque no es gracioso. Lo decía en serio —replicó—. ¿Qué tipo de aburrida relación de mierda tenías con el capullo de Elliott? —
Puso los ojos en blanco ante la

mirada asesina que Harriet le
dedicó—.

Está

bien,

intentaré

explicártelo, pero no es una historia
agradable.

—No importa. Adelante.

—Y a cambio leeremos la última
carta.

Ella torció el gesto, pensativa.

—Trato hecho.

Acogió una de las manos de Luke
entre las suyas, como si intentase
infundirle ánimos, y él tomó aire
antes de empezar a hablar.

—Vale, a ver... —Fijó la vista en el
televisor—. Ya sabes que en San
Francisco daba clases deportivas en
un colegio privado, de esos un

poco... elitistas. Y por las tardes
entrenaba a dos equipos del club del
centro, uno con chavales de catorce
y otro de críos más pequeños, tenían
entre seis o siete años —explicó—.

Un día entré en los vestuarios y me
di cuenta de que Connor, uno de los
niños, tenía el cuerpo lleno de
cardenales, sobre todo en el costado
izquierdo. Además, tenía algunas
marcas que no tenían pinta de ser
por una caída ni nada parecido. Le
pregunté quién le había hecho eso y
se echó a llorar, pero no me
respondió. No hubo forma de que
contestase y estaba temblando y,
joder, sumé dos más dos... —

Permaneció unos segundos en
silencio—. Así que hablé con el
director y la psicóloga del centro y

nos reunimos con los padres. Él era el típico rico gilipollas que camina por ahí mirando a todo el mundo por encima del hombro y le indignó siquiera que lo molestásemos por algo así. Lo negó todo. Y de paso decidió denunciarnos por no sé qué mierda al honor. Intenté hablar con la mujer a solas unos días más tarde, pero no hubo forma alguna de que la muy... En fin, los de asuntos sociales concluyeron que no teníamos pruebas; el hijo de puta era un abogado influyente, socio de una de las firmas más importantes de la ciudad, habíamos perdido antes siquiera de intentar ganar...

Harriet le acarició la mejilla con ternura.

—¿Y cómo acabó todo?

—Como

tenía

que

acabar,

supongo. —Se encogió de hombros

—. El padre de Connor apareció en

los vestuarios un día, cuando ya se

habían marchado todos y yo estaba

terminando de recoger las cosas. Lo

hizo simplemente por el placer de

recordarme que había vencido, que

no podía pararlo. Y joder, vi esa

sonrisa de prepotencia que tenía en

la cara y se me cruzaron los cables.

Se me cruzaron mucho. Pero es que

me sentía como la mierda sin poder

impedir que ese crío estuviese a su

merced, así que...

—Le pegaste.

—Hasta que apareció una mujer de la limpieza y llamó a la seguridad del centro. Y tuve suerte de que lo hiciese, porque no sé qué le habría hecho si no. —Dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá—.

No suelo ser violento, pero me desquició, joder. Sé que no me equivocaba con él, lo sé. Mi amigo Mike pasó por lo mismo durante toda su infancia, su padrastro le pegaba y su madre no hacía nada por impedirlo; sé cómo son los cardenales y las heridas tras una paliza, y Connor fue incapaz de confesar porque le tiene pavor y sabe lo influyente que es su padre. Harriet lo abrazó.

—¡Es horrible! Lo siento mucho,
Luke.

—Al menos conseguí que se
quedase unas cuantas semanas en el
hospital —bromeó sin humor—.
Todavía tengo un juicio pendiente
por eso.

—¿No hay nada que se pueda
hacer?

Luke negó lentamente con la
cabeza.

—Eso es lo más frustrante. Lo que
hacía que entrase en bucle y pensase
durante todo el jodido día lo
mismo... —dijo—. Y el hecho de
saber que si ese tío no hubiese sido
alguien tan influyente seguramente
las cosas serían muy distintas.

—Y, tras el despido, ¿fue cuando te
abandonaste a ti mismo?

—Sí, más o menos —admitió—.

Empecé a vivir al día y a no pensar o hacer nada útil. Salía por ahí con gente que apenas me conocía y lo pasaba bien, me evadía de todo. Me tomaba cualquier basura con la que pudiese ser otra persona durante unas horas... El problema es que si las cosas siguen así mucho tiempo es una especie de suicidio lento. Perderse a uno mismo, no saber quién eres o que dejen de importarte las personas que están a tu alrededor y esas metas o sueños que antaño tuviste...

Harriet lo abrazó con fuerza y cerró los ojos al apoyar la barbilla en su hombro. Entendía a Luke. De verdad que lo entendía. Y eso la hacía

feliz.

Saber

que

podía

comprender por qué se había

comportado así o su forma de

reaccionar ante las adversidades,

que era totalmente contraria a la

suya.

Él huía. Él se odiaba a sí mismo

cuando no conseguía algo que se

había propuesto y se culpaba

cuando las cosas escapaban de su

control y no podía manejarlas a su

antojo. Por eso siempre estaba

huyendo. Porque la vida es inestable

y la mayor parte del tiempo

caminamos sobre arenas movedizas

sin saber qué viene después, qué

ocurrirá mañana.

—Iré a por esa carta. Espera aquí.

Luke se soltó de su abrazo y tardó menos de un minuto en regresar con la última carta que quedaba. Era más gruesa que las demás, de dos folios, y estaba más desgastada, como si su padre la hubiese leído una infinidad de veces. Harriet tragó saliva mientras él desdoblaba el papel y la miraba vacilante. Ella asintió con la cabeza, dándole permiso para leerla en voz alta. «Las cosas siempre ocurren por algo.

Es una frase que me dijo mi abuela y que nunca he olvidado. Una gran verdad. Donde los demás ven casualidades o azares del destino, yo veo lógica. Y sí, tienes razón, puede que no fuese la esposa

perfecta, pero, si te paras un
miserable segundo de tu tiempo a
verlo
desde
mi
perspectiva,
entenderás que no me quedaba otra
opción para sobrevivir.
Sobrevivir, en eso se ha
resumido toda mi vida. Luchar
con uñas y dientes desde que
puedo recordar, y ¿para qué?
Para nada. Tienes razón en eso:
fracasé. Fracasé como madre y,
desde
luego,
fracasé
como
esposa. Pero hice lo que hice por
ella, por Harriet. ¿Quién no

hubiese hecho lo mismo en mi
lugar? ¿Quién? ¿Te has parado a
pensar en la difícil situación en
la que me encontraba?

Sí, tus sospechas son ciertas. Ya
estaba embarazada cuando te
conocí.

¿Qué querías que hiciese,
Fred? Su padre era un feriante
fracasado incapaz de darnos
ningún tipo de estabilidad, y te
juro, te juro que cuando te vi
sentí algo..., un cosquilleo, el
presentimiento de que tú eras
una buena persona y que le
darías a mi bebé todo aquello
que él no podía darle. Y, aunque
no lo creas, lamento haberte
mentado. En eso y en todo lo
demás. Me esforcé todo lo que

pude. Puse todo lo que tenía de
mi parte para conseguir que lo
nuestro
funcionase,
que
fuésemos esa familia que ambos
queríamos, pero por más que lo
intenté no logré amarte como tú
me amabas a mí, ¿y quién puede
culparme por no sentir aquello
que debería?

Lo lamento. Lo lamento de
veras.

Lamento haberte hecho creer
que Harriet era tu hija. Y
lamento haberte engañado con
Gavin Clark y Paul Dune. No
merecías la vergüenza y la
humillación. Pero yo tampoco
merecía

una

suerte

tan

desdichada, el desamor y vivir

recluida en ese pueblo que me

ahoga y acaba conmigo.

No voy a volver nunca, Fred.

No volveré por Harriet ni

tampoco por ti.

Ahora soy un alma libre,

ahora me he encontrado al fin a

mí misma y no renunciaré a esta

felicidad inesperada, no puedo.

No la quiero a ella como se

supone que debería hacerlo. No

tengo ese instinto y no puedo

seguir fingiendo. Sé que suena

horrible, pero estoy siendo

altruista y pensando en lo mejor

para su vida. Y lo mejor para

Harriet es que yo esté lejos de
ella, porque no hay nada de mí
que pueda darle.

Hasta siempre.

Ellie Gibson»

21

Temblaba de los pies a la cabeza
cuando golpeó con los nudillos la
puerta de Barbara. Estaba lloviznando
y la oscuridad de la noche los
envolvía. Luke la sostuvo con
delicadeza contra su cuerpo y le dio
un beso en la cabeza justo cuando la
puerta se abrió. Barbara los miró
sorprendida, recién levantada de la
cama, mientras se anudaba a la
cintura la bata rosa que vestía. Sus
rizos castaños se disparaban en
todas direcciones.

—¡Oh, Dios mío! ¿Ha ocurrido

algo?

—No, no exactamente, pero... —

comenzó a decir Luke.

—¿Tú

lo

sabías?

—preguntó

Harriet, aunque sonó más a un

reproche—. ¿Sabías que Fred no era

mi padre? ¿Lo has sabido siempre?

Los ojos de Barbara se abrieron

más de lo normal, expresivos, antes

de que un velo de tristeza y

reconocimiento los cubriese. Se hizo

a un lado en el umbral de la puerta.

—Pasad, por favor. Prepararé té.

Harriet entró mientras maldecía

por lo bajo y se giró hacia ella.

—¡No quiero té, quiero respuestas!

—Tranquila. —Luke rodeó su

cintura con un brazo protector—.

Vamos, podemos hablarlo en la cocina.

Entraron en la estancia. Barbara introdujo en la tetera agua caliente y sacó un tarrito con una mezcla de hierbas. Tras ponerlo al fuego, los miró fijamente.

—Lo he sabido siempre, Harriet — admitió y expulsó el aire que estaba conteniendo—. Siento muchísimo no habértelo dicho nunca, pero en su momento acordamos que sería lo mejor para ti y estuve de acuerdo con esa decisión.

—¿Acordasteis?

—Yo y tu padre.

Harriet se sentó en una de las sillas de la cocina, incapaz de mantenerse en pie durante más

tiempo; le temblaban las rodillas.

Miró a aquella mujer que tenía
enfrente y que parecía saber más de
su vida que ella misma.

—Cuéntamelo

todo.

Quiero
saberlo.

—Lo supe desde el principio —
confesó—. Tu madre llegó aquí con
unos feriantes. Decía ser libre,
carente de responsabilidades. Y eso
es lo que siempre deseó. Pero se
quedó embarazada de uno de
aquellos hombres con los que
viajaba y conoció a tu padre al llegar
aquí y..., en fin, supongo que le
invadió el espíritu de supervivencia
y buscó la seguridad en él —dijo—.
Fred era alegre, confiado, nada que

ver con el hombre que tú conociste.

Se enamoró de ella locamente e intentó complacerla con todo tipo de regalos y comodidades. Poco después ella le dijo que se había quedado embarazada e insistió en que debían casarse cuanto antes, en que lo suyo era amor a primera vista, y él, tonto e ingenuo, preparó de inmediato una boda por todo lo alto.

Barbara respiró hondo, haciendo una pausa, y sacó de uno de los armarios tres vasitos pequeños para el té que depositó sobre la encimera.

—El mismo día de la boda, me di cuenta de que Ellie, tu madre, mentía. Casi todas las mujeres estábamos en la habitación de la novia, pero en un momento dado

ella se encerró en el baño, nerviosa, y pidió que solo entrase yo. Apenas nos conocíamos, tan solo habíamos hablado un par de veces. En cuanto la vi, comprendí el problema. El vestido no le entraba. No había contado con que justo estaba en esa fase en la que la barriga parece crecer de un día para otro... —Alzó la mirada al techo, como si intentase recordar con más detalle—. Tuve que ayudarme de unos imperdibles para conseguir cerrar la espalda del vestido y desechamos la idea de hacerle un recogido para dejar que el cabello, que por suerte le llegaba a la cintura, tapase la parte de atrás. Yo supe que era imposible que el bebé fuese de Fred, porque apenas hacía dos meses que se conocían.

Por
aquel
entonces,
estaba
embarazada de Angie y creo que esa
fue la razón de que me eligiese a mí
para entrar en aquel baño. Me miró
muy seria, vestida con aquel
ajustado traje de novia y se llevó
una mano a la barriga y me dijo:
«Lo amo. Amo a Fred. Por favor,
prométeme que no dirás nada». No
supe qué contestar hasta que vi las
lágrimas en sus ojos; me dejé llevar
por mi instinto y me creí todas y
cada una de sus palabras. Así que le
sonreí, asentí y le di un empujoncito
en el hombro para animarla a salir
por aquella puerta.

Harriet se limpió las mejillas con

el dorso de la mano, incapaz de
asimilar todo aquello. Barbara curvó
los labios con tristeza.

—Pero me equivoqué. No lo
amaba —reconoció—. Creo de todo
corazón que al principio lo intentó,
al menos durante los primeros
años... Después, fue perdiendo el
interés.

Y,
conforme
ella
se
despojaba de la máscara que
siempre había llevado, él comenzó a
cambiar y a volverse más taciturno y
malhumorado. Tu padre pasó de ser
alguien
normal,
tranquilo,

a

convertirse en un monstruo. Se volvió machista y controlador y se encerró en sí mismo —explicó—. Empezó a sospechar de Ellie, a cuestionar cada cosa que ella decía o hacía. Creo que se dio cuenta de que ella jamás lo había querido y aquello lo volvió loco. Ambos tuvieron una gran discusión cuando él hizo el testamento y te dejó a ti las acciones de la tabacalera y no a ella como habían acordado en un principio. Al enterarse, tu madre entró en cólera. Por aquel entonces, nosotras todavía éramos amigas. No te mentaré y te diré que desde el principio supe cómo era, porque no es cierto. Me embaucó igual que lo hizo con tu padre.

Harriet agradeció en silencio que
Luke la cogiese de la mano y
aferrase sus dedos con suavidad,
infundiéndole calor.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que tu madre sabía
cómo engatusar a los de su
alrededor. Tenía una personalidad
muy muy fuerte. Era el tipo de
mujer decidida y segura de sí
misma que atraía todas las miradas
en cuanto entraba en algún sitio.

—No se parecía a mí —susurró
Harriet.

—Por supuesto que se parecía a ti,
cariño —se apresuró a matizar
Barbara—. La diferencia es que el
corazón de Ellie era pequeño y
oscuro y el tuyo es inmenso y está
lleno de buenas intenciones. Ni

siquiera te has dado cuenta todavía de lo preciosa que eres y de lo cabezota y testaruda que te vuelves cuando quieres conseguir algo. No eres débil, Harriet. No creas que, porque los demás a veces te protegemos, lo eres.

—Nunca había estado tan de acuerdo en algo. —Luke sonrió a Barbara y luego depositó un beso tierno en la frente de Harriet.

—La cuestión es que tu madre era una mujer que necesitaba captar la atención de los demás. Le gustaba que la mirasen, que la adulasen. Tu padre empezó a tener unos celos compulsivos. Y en parte no iba desencaminado, tenía razones para sentirse así. Ellie lo engañó con Gavin Clark. —Se giró, apagó la

tetera y tomó una bocanada de aire
antes de mirar a Harriet a los ojos—.

Y después tuvo una aventura con
Paul Dune, el padre de Eliott.

—Lo sé, lo ponía en esa carta.

—Cuando me enteré, intenté
impedirlo, que entrase en razón. Me
di cuenta de que Ellie nos había
engañado a todos. Tuvimos una
fuerte discusión y ese día nuestra
amistad se rompió. Entendí que ella
no pensaba en las consecuencias, en
nada ni nadie siempre y cuando
pudiese lograr sus deseos. Cada vez
te descuidaba más. Pasabas las
tardes aquí, en casa, jugando con
Angie. —Se frotó las manos con
nerviosismo—. Al final, Minerva
Dune pilló a su marido y a tu madre
en su propia cama. Fue horrible. La

mujer estaba destrozada. A pesar de que tu madre le rogó que no lo hiciese, habló con Fred y se lo contó todo. Entonces, Ellie dejó de fingir y se mostró tal cual era, y él la odió y se odió todavía más a sí mismo por haber caído en sus redes, en las redes de una mujer.

»Una semana después, tu madre recogió sus cosas, se despidió de ti y se fue. Tu padre se hundió. Se sentía humillado, despreciado y, encima, culpable por la discusión que habían tenido tras enterarse de lo de Paul Dune.

Si ya se había

endurecido hasta entonces, lo que vino después fue peor. Empezó a vivir de los recuerdos, a beber y a faltar al trabajo. Se volvió un misógino. Y el sentimiento se acrecentó cuando vino a verme unos meses después y me preguntó si yo sabía si tú eras hija suya — confesó—. Le dije la verdad, incluso a sabiendas de que eso solo encendería la llama y provocaría que su odio aumentase. Era una situación muy complicada. Yo temía que llamase a asuntos sociales y quisiese desprenderse de ti, así que hablé con mi abogado e intenté prepararme para lo que vendría después.

»Pero nunca llegó ese «después».

No ocurrió. Fred no te apartó de su

lado y yo intenté fingir que no había ocurrido nada y seguí ocupándome de ti como siempre.

Hubo un silencio eterno en la cocina. Barbara se llevó a los labios el vasito de té, pero el de Harriet seguía intacto. Luke le apartó con delicadeza un mechón de cabello del rostro y ella se derritió ante el gesto.

—Entonces... —sorbió por la nariz

—. ¿Entonces mi padre me quería?

—Sí, claro que sí. Solo que no sabía ni quería demostrarlo. Estaba muy dolido, Harriet. Sé que no es excusa, pero tu madre le destrozó la vida. Hay personas a las que les ocurren cosas que les hacen perder la fe en el ser humano. Tú eres un pequeño milagro. Todavía confías

en los demás. —Se frotó las manos—.

Fred no logró superar nunca aquella traición. Cada vez que intenté enfrentarme a él o le exigí que fuese más atento contigo, me aseguró que jamás consentiría que te faltase nada. Y cumplió su palabra — aseguró—. Eso no quita ni excusa que te hiciese tanto daño. Porque lo hizo. Lo que ocurre es que no sabía actuar de otro modo. Estaba roto. Actuó mal, pagó contigo todas las frustraciones que no pudo volcar contra Ellie y te mantuvo bajo su ala siempre sin permitirte ser feliz, porque temía que lo abandonases, que fueses como ella y no volvieres jamás.

Harriet gimió y se llevó las manos al pecho. Sí que la quería. La quería

mal, muy mal, pero la quería, y ella ni siquiera fue capaz de llorar en su funeral porque estaba llena de rabia y de dolor, pero es que no lo sabía..., ella no sabía...

—Eh, abejita, ven aquí. —Luke la estrechó entre sus brazos con ternura—. No vas a sentirte culpable por esto. Escúchame, tú no lo sabías y, además, él se comportó como un idiota contigo, incluso a pesar de todo lo que Ellie le hizo... —suspiró—. No llores.

—Lo siento muchísimo, cielo. —También había lágrimas en los ojos de Barbara—. No sabes cuántas veces he pensado en que lo correcto hubiese sido detener esa boda. Todo fue por mi culpa. Pero luego entiendo que si lo hubiese hecho tú

no estarías ahora aquí, conmigo, y
entonces... —sollozó—. Soy egoísta,
lo sé.

Harriet la miró con los ojos
enrojecidos.

—No, no te disculpes. Si no
hubieses estado en mi vida, mis días
habrían sido un infierno. Y no me
importa lo que hicieses. No me
importa. Todos nos equivocamos.

Barbara se tapó el rostro con las
manos y después se apartó de la
frente

los

rizos

que

caían

alborotados. Cuando Luke y Harriet
se marcharon media hora más
tarde, una máscara de desolación

seguía impregnando sus facciones.

Luke no habló en todo el camino
y dejó que Harriet se desahogase y
llorase en silencio. No estaba seguro
de si descubrir todo aquello iba a
ser bueno o malo para ella. Lo único
que sabía era que deseaba abrazarla
y protegerla y hacerla sentir segura
entre sus brazos, así que cuando
llegaron a casa la pegó contra su
cuerpo y no la soltó en ningún
momento, ni siquiera cuando ambos
atterizaron en la cama y comenzó a
quitarle la ropa en silencio.

—Gracias, Luke. —Le dio un beso
dulce mientras él se deslizaba
suavemente

en

su

interior,

hundiendo los dedos en la piel de

sus caderas—. Gracias por estar...

—No. Ni se te ocurra. Soy yo quien

debería darte las gracias. Por todo.

Por ser como eres y hacer que yo sea

como siempre he querido ser. —Le

habló con voz ronca y después la

embistió lentamente, dominando el

ritmo

de

sus

movimientos

y

perdiéndose en ella una y otra vez

como si cada vaivén fuese una

respiración

y

cada

respiración

jadeante los acercase un poco más.

Harriet se arqueó contra él al sentir su cuerpo agitarse en una oleada de placer. Enredó los dedos entre el cabello de Luke y tiró con suavidad mientras se derretía por dentro y él dejaba escapar un gruñido contenido al terminar.

Luke salió de su interior, pero no se movió. Se quedó sobre su cuerpo cálido, alargó la mano y le acarició la mejilla. Era tan suave. Tan real.

Con gesto somnoliento, ella despegó lentamente aquellos labios que lo volvían loco.

—Te quiero —susurró muy muy bajito.

Luke se tensó sobre ella. Cada uno de sus músculos se contrajo como si un dolor profundo acabase de atravesarlo.

—¿Qué has dicho?

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Nada. No he dicho nada.

—Harriet, eso... —Luke tragó saliva con dificultad—. Eso no es verdad, ¿vale? Solo te has dejado llevar.

—Lo siento —gimió.

—Eh, no pasa nada. —Besó con cariño la punta de su dedo anular y luego atrapó sus labios y susurró contra su boca—: Han sido muchas emociones en un solo día.

Ella

tragó

saliva

mientras

intentaba tranquilizarse. Su mente

bullía, saltando de una idea a otra.

El corazón le latía a un ritmo rápido

e inestable. Y sentía el tacto de la

piel de Luke contra la suya, la
calidez de aquel cuerpo firme y
seguro, y ese aroma cítrico que
aniquilaba su cordura...

—¿Y si es verdad?

—¿Qué quieres decir?

Bajó las manos del rostro y
permitió que sus miradas se
enredasen; indefensa, expuesta ante
él.

—¿Y si te quiero?

Luke tardó una eternidad en
contestar. Su rostro se contrajo en
una mueca.

—No puedes quererme, Harriet.

—¿Por qué?

Sonaba poco menos que una niña
pequeña ansiosa por recibir un poco
de cariño y se sintió estúpida e ilusa.

—Porque voy a irme. —Había una

especie de súplica silenciosa en las palabras de Luke.

—Ya lo sé. —Harriet se removió bajo su cuerpo y él le dejó espacio para que pudiese incorporarse.

Aferró las sábanas y se cubrió, como si con ese gesto pudiese sentirse menos vulnerable. Ni siquiera se había dado cuenta de que volvía a llorar,

porque

llevaba

horas

haciéndolo,

desde

que

había

terminado de leer esa carta; dejó de cuantificar el dolor que cargaba tras de sí cada una de las lágrimas que

se escurrían por sus mejillas—.

Pero... Pero eso no quita que pueda hacerlo. Es posible que no haya conseguido evitar quererte, incluso a sabiendas de que vas... vas a irte — balbuceó—. Y que puede que no vuelva a verte nunca más...

—¿Por qué me haces esto? — preguntó él con la voz rota. Se había puesto los vaqueros, que llevaba aún sin abrochar, y estaba sentado en el borde de la cama con la mirada fija en ella.

—Porque no es fácil no quererte, Luke.

—Joder.

Luke se puso en pie con brusquedad y caminó por la habitación de un lado a otro. Alzó la mirada al techo y cuando volvió a

bajarla tropezó con la calidez de los
ojos de Harriet. Parecía un cervatillo
asustado, sosteniendo el corazón en
la mano a la espera de que él lo
aplastase de una vez por todas.
Respiró hondo. Le dolía el pecho.
No soportaba verla así. Se acercó
hasta ella y la estrechó contra su
cuerpo con delicadeza, abrazándola.
—No soy ni una milésima parte de
todo lo que tú mereces tener. Y sé
que lo tendrás algún día. —Respiró
contra su pelo y apretó los dientes
ante la idea de ver a Harriet entre
los brazos de otro hombre—. Serás
feliz. Mereces ser muy feliz. Si el
mundo estuviese lleno de personas
como tú, sería un lugar mucho
mejor. Justo. Humilde. Perfecto.
Harriet se tragó las lágrimas y se

preguntó por qué si le parecía tan
maravillosa no podía quererla.
Sentía el peso del cansancio
asentándose y se quedó allí, muy
quieta, aferrada a Luke e intentando
que su respiración no reflejase la
ansiedad que notaba en el pecho,
hasta que el sueño la envolvió.
Él la tapó con la sábana y
permaneció
unos
instantes
mirándola
en
silencio,
en
la
penumbra. Era preciosa. Delicada
pero muy muy fuerte. Dulce pero
con un puntito salado y enigmático

cuando rascabas la superficie y
hurgabas más a fondo en su interior.

Y a Luke lo volvían loco las
contradicciones, los polos opuestos,
lo dulce y lo salado, la dualidad de
Harriet...

Salió al porche trasero. Todavía
caía una llovizna fina. Olía a hierba
fresca y la humedad se palpaba en el
aire. Suspiró hondo, con la mirada
clavada en el cielo.

Seguía
oyendo
aquellas
dos
malditas palabras, el leve susurro, el
tono atemorizado con el que había
confesado quererlo. A Luke le
habían dicho muchas veces «te
quiero», personas que conocía muy

bien, personas que no conocía tanto o apenas nada; pero en ninguna de aquellas ocasiones había sentido como si le diesen un pellizco en el corazón. Un pellizco seco, de esos que te cortan la respiración de golpe.

22

Harriet se llevó a los labios la taza de café con leche y bebió un sorbo. Después, alzó la mirada hasta él.

—Has dormido en el sofá.

—Sí. —Luke se sirvió un café solo.

Desde aquel primer beso en el coche, bajo la tormenta, no habían vuelto a dormir separados ni un solo día.

—¿Por qué? No creerías lo que dije anoche, ¿verdad? —Intentó que no le temblase la voz—. Estaba nerviosa

y confundida después de todo lo
ocurrido y me sentía un poco sola.
—Los ojos verdes de Luke estaban
fijos en ella—. Te aprecio mucho,
pero no te quiero «de ese modo».
Olvida que dije eso, por favor. No
me gustaría que nada cambiase
entre nosotros. Somos amigos. Me
importas mucho, Luke.

Los engranajes del cerebro de
Luke parecieron ponerse en marcha
en un momento dado y sopesar las
palabras que acababan de salir de
los labios de Harriet. Tardó más de
lo esperado en asentir lentamente
con la cabeza, después de expulsar
el
aire
que
había

estado

conteniendo. Ella le sonrió, a pesar

de sentirse de gelatina, muy

endeble. Quería cubrirse con el

abrigo más grueso del mundo y no

dejar

que

nadie

volviese

a

desabrochar los botones para hurgar

en su interior.

—Además,

tienes

razón.

Encontraré a mi media naranja

algún día —bromeó para romper el

hielo. Luke no sonrió ni un ápice—.

¿Cómo es eso que suele decirse...?

Que, cuando menos se busca,

aparece. —Terminó de un trago el
resto del café con leche y dejó la
taza sobre el fregadero con un
tintineo—. ¿Por qué sigues tan
callado?

Me
estás
poniendo
nerviosa.

Luke acortó la distancia que los
separaba con tres grandes zancadas,
la sujetó por la nuca y le dio un beso
profundo y húmedo. Sus labios eran
posesivos y firmes.

—No
me
quieres
—quiso
asegurarse.

Harriet contuvo el aliento.

—Fue una tontería, Luke.

—Será mejor que nos demos prisa
o llegaremos tarde —concluyó él, y
le dio un segundo beso tan intenso
que consiguió que le temblasen las
piernas.

Ella tragó saliva. No importaba
cuántos rodeos había dado, aquí y
allá, allá y aquí, al final se había
metido en la boca del lobo.

Apenas se dirigieron la palabra
durante toda la mañana. Harriet
estuvo tras el mostrador, atendiendo
a los clientes. El señor Tom apareció
a primera hora, como siempre,
seguido de Galia, que se llevó lo que
quedaba del pastel de queso para
unos turistas ingleses que se
hospedaban en el hostal. El resto
había desaparecido antes siquiera

de abrir, porque Kate, la dueña de la cafetería que desde la feria les hacía un pedido diario, siempre elegía ese dulce.

—Creo que debería hacer dos pasteles diarios de queso. Cuando lo pensamos no contamos con el encargo de Kate —comentó.

—Vale.

Luke volvió a bajar la mirada hasta los papeles de la empresa que estaba estudiando. Ella no estaba segura de que llegados a aquel punto se pudiese hacer mucho más para potenciar el negocio. Aun así, había mejorado mucho. Tiraba menos comida, apenas le sobraba género al cerrar y, si se daba el caso, pasaba rápidamente por el pub para dejárselo a Jamie. Por lo tanto,

compraba

muchos

menos

ingredientes y el gasto se había
reducido. Además, varios de los
vecinos que probaron sus dulces
durante la feria anual habían vuelto
para repetir, especialmente un grupo
de unas cinco o seis mujeres que
acudía todos los días después de
dejar a los niños en el colegio.

Barbara se pasó por allí casi al
mediodía para ver cómo iba todo.

Seguía preocupada y tenía los ojos
hinchados

y

algo

enrojecidos.

Harriet intentó calmarla en la
medida de lo posible, porque a

pesar de todo era incapaz de
culparla por nada. ¿Que quizás
había sido demasiado confiada al
creer que Ellie amaba a Fred y
permitir que esa boda siguiese
adelante? Sí. Pero, como bien había
dicho ella misma la pasada noche, a
saber dónde estaría ahora de no ser
por esa decisión que Barbara tomó
en su día.

—Entonces, ¿todo bien?

—Sí,

tranquila

—le

sonrió—.

¿Quieres llevarte algo?

—No, no, gracias. Esta mañana he
hecho un pastel de zanahoria.

Luke se puso en pie, arrastrando
la silla hacia atrás al hacerlo y

produciendo un ruido de lo más desagradable.

Llevaba

algunos

papeles bajo el brazo.

—Si no os importa, estaré en la trastienda —comentó con sequedad.

Barbara arqueó las cejas y estudió a Harriet con atención.

—¿Os habéis peleado? —preguntó en un susurro inclinándose sobre el mostrador.

—No. Bueno, no exactamente. Él es así de gruñón de normal.

—No es verdad.

—¿Cómo está Angie? Hace un par de días que no la veo —dijo la chica cambiando de tema.

—Sigue en reposo por ese dichoso resfriado,

pero

ya

está

casi

recuperada. Ahora pasaré por su casa para llevarle un poco de caldo y del pastel de zanahorias.

—Toma, llévale también esto. —

Harriet dejó sobre el mostrador un precioso cupcake que tenía una diminuta perla en la punta y luego lo metió en una cajita—. Y dale un beso a Abril de mi parte en esa barriguita.

—¿Entiendes por qué mi hija te adora con locura? —Cogió el dulce con una sonrisa—. Cuídate, Harriet. Y arregla lo que sea que ocurra con Luke. Estáis hechos para estar juntos.

«Temporalmente», pensó ella.

—Claro, ¡no te preocupes!

Barbara se marchó y Harriet

suspiró hondo al fijar la mirada en

la puerta que conducía a la

trastienda. No pensaba ir tras él ni

preguntarle

qué

demonios

le

pasaba. Estaba malhumorado, hosco

y más callado de lo habitual

(teniendo en cuenta que Luke era

incapaz de permanecer más de diez

minutos con la boca cerrada), pero,

después de lo ocurrido la noche

anterior, se sentía abochornada.

«Ruanda,

Nigeria,

Eritrea,

Mozambique, Túnez, Togo, Zambia,
Somalia...» Levantó la mirada del
mapa que intentaba memorizar
cuando oyó las campanillas de la
puerta agitarse.

La sonrisa dulce de Eliott acaparó
toda su atención en un primer
momento.

Tenía
los
dientes
perfectos,
demasiado
blancos,
demasiado
rectos.

Sus
ojos
revolotearon por la estancia antes de
permanecer fijos en ella.

—Buenos días, Harriet.

—Buenos días —contestó con amabilidad—.

¿En

qué

puedo

ayudarte?

—Pareces una de esas chicas teleoperadoras. —Muy a su pesar,

Harriet

sonrió—.

Tengo

veinte

minutos libres para el almuerzo y

luego no terminaré el turno de

prácticas hasta pasadas las tres, ¿qué

me recomiendas?

—El pastel de chocolate llena

bastante... —Torció el labio y alzó la

mirada hacia él—. Aunque, ahora

que lo pienso, odias el chocolate.

—Todavía te acuerdas.

—Tengo una buena memoria...

para cualquier cosa inútil —bromeó

—. ¿Quieres galletas de mantequilla?

Tengo bolsitas ya preparadas, por si
quieres picar entre horas.

—Eso me parece perfecto, sí.

Gracias. —Suspiró hondo, sin dejar
de mirarla mientras ella se inclinaba
para coger algunas galletas—. Y
gracias otra vez por el catering en el
cumpleaños de mi padre, fue
perfecto.

De

hecho,

quería

comentarte que algunos de sus

amigos preguntaron por ti. Si

tuvieses una tarjeta o un número de

contacto de la pastelería...

—¿Qué coño hace él aquí? —Luke
salió de la trastienda con un humor
de perros. Señaló la puerta de mala
gana—. Pírate de una puta vez antes
de que descubras lo simpático que
soy cuando me cabreo de verdad.

Harriet lo miró horrorizada.

—¡Luke, basta! Es un cliente —
siseó furiosa.

—Un cliente que te jodió la vida.

—Está bien, no pasa nada, ya me
iba. —Eliott dejó sobre el mostrador
un par de billetes y cogió la caja con
las galletas que Harriet le tendió. Se
despidió de ella con la mano y salió
de allí sin mirar atrás.

Un silencio incómodo se adueñó
del lugar.

Harriet

tenía

la

respiración

agitada.

—Que sea la última vez que me
dices lo que tengo que hacer en mi
propio negocio, Luke. No tienes
derecho. ¡No tienes ningún maldito
derecho!

Él

le

dirigió

una

mirada

penetrante y fría y luego sonrió sin
humor.

—Vale. Ya lo pillo. Estás esperando
a que me marche, ¿no?

—¿Esperando...? —Harriet frunció
el ceño.

—Para tirártelo. ¿Es eso?

—¿Qué has dicho?

—¿Quieres que lo repita?

—Quiero que salgas de aquí.

Ahora.

Él dio un paso hacia el mostrador
y luego retrocedió, confundido,
como si estuviese valorando las
palabras que acababan de escapar
de sus labios. La miró y, de pronto,
la vio lejos, a miles de kilómetros de
distancia, y a la vez muy cerca,
dentro de él. Ya estaba dentro, joder.

—Harriet, lo siento... No sé qué
cojones...

—Márchate, Luke. Pueden venir
clientes, no hagas esto aquí. —
Parpadeó rápido y logró contener el
dolor que le oprimía el pecho.

—Perdóname. Yo no quiero ser así,

no quiero sentir celos ni hacerte
daño. Pero tú sabías que lo haría,
¿no? Lo sabías... Dímelo. Solo dilo.

Harriet tragó saliva y le sostuvo la
mirada.

—No, Luke. Siempre confié en ti.

Lo sigo haciendo.

«¡No me jodas!», masculló antes
de salir de allí dando un portazo.

Ella tenía que saberlo, tenía que
saber que acabaría siendo como
todos los demás, haciéndole daño.

Cada vez que Luke había deseado o
anhelado algo, lo había perdido.

Nunca conseguía mantener nada
bueno de lo que le sucedía. Siempre
había sido así. Y Harriet era algo
bueno, algo demasiado bueno como
para que él pudiese hacerse cargo
de mantenerlo. Nada duraba en su

vida. Y estaba furioso. Furioso por lo
que había dicho, por lo que se había
callado y por lo mucho que lo
inquietaba rememorar su voz de
buena mañana, cálida y suave,
pronunciando aquellas tres putas
palabras. «No te quiero.» Joder. «No
te quiero.» Respiró hondo y caminó
más
rápido
por
las
calles
empedradas.

«No
te
quiero.»

Perfecto. Era perfecto que así fuese.
Paró cuando llegó al final del
pueblo. El bosque se dibujaba a

unos metros de distancia y el viento
agitaba las ramas de los árboles.

Luke tomó una bocanada de aire e
intentó calmarse. Le estaba pasando
factura la noche sin apenas dormir,
pensando en todo aquello. Era eso.

Alzó la vista al cielo.

Había algo que dolía, pero no era
amor. No podía ser amor. Lo que
dolía era pensar que algún día
Harriet se despertaría al lado de otro
tío con más suerte que él y ocuparía
su lado derecho de la cama y le
sonreiría antes de llegar a la cocina
y poner una sartén al fuego. La
abrazaría por las noches, bailarían
canciones lentas de Frank Sinatra
con ella y se reirían juntos de
bromas que solo ellos entenderían.
Y, cuando Harriet mirase el tatuaje

de su brazo, ya no lo vería a él, las horas que habían compartido, sino tan solo tres sombras vacías que habían perdido todo su significado. Cerró los ojos.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo, de si los pensamientos enredados de su cabeza seguían alguna lógica o tan solo estaba confundido. Caminó de lado a lado y, cuando logró tranquilizarse, sacó el teléfono y marcó el número de Rachel.

—Tengo un puto jodido problema.

—Tantos detalles no, por favor.

—Esto va en serio, Rachel.

—¿Qué está ocurriendo?

—Es ella. Me está confundiendo.

Ya no sé qué quiero —admitió—.

Cada vez que pienso en volver a San

Francisco, me entra una especie de ansiedad en el pecho... Por su culpa.

Por Harriet. Odio lo que me hace sentir, pero aun así no puedo irme.

Y entonces lo alargo más y cada maldito día que paso aquí es peor porque dolerá el doble cuando me marche. Y voy a irme. Necesito irme.

—¡Luke, cálmate! No te está pasando nada malo.

—Pues no lo siento así. Me siento... atrapado, Rachel.

—No, lo único que te ocurre es que no estás acostumbrado a preocuparte por nada ni por nadie.

Tu vida ha girado siempre alrededor de tu propio ombligo y sentir algo por otra persona te acojona —replicó

—. Pero está bien, Luke. Todo está bien. Y sé que te da pavor pensar en

consecuencias, en que a partir de
ahora lo que hagas o digas podrá
repercutir en alguien más, pero vale
la pena. Eres un tipo con suerte. Te
has enamorado de tu propia esposa,
¿cuántas posibilidades hay en el
mundo de que ocurra algo así...?

—¡Ni de puta broma vuelvas a
decir eso!

—Luke, pero...

—No estoy enamorado. Yo no
hago esas mierdas. No funciono así

—masculló

con

rotundidad

y

después colgó, ignoró sus llamadas y

puso rumbo a esa casa que había

llamado

«hogar»

durante

los

últimos meses.

Antes de ir al entrenamiento para
zanjar de raíz su estancia allí, abrió
el armario de la habitación que
compartía con Harriet, cogió toda su
ropa y la metió en la maleta negra
que se había traído consigo desde
San
Francisco.

Al

cerrar

la

cremallera, intentó no pensar en la
mañana cuando ella le había
enseñado sonriente el estante libre
que le había cedido en el armario
para que colocase sus cosas. Y,
mientras dejaba sus pertenencias ya

preparadas dentro del maletero del coche, se dijo que estaba haciendo lo mejor. Sobre todo para él, pero también para ella. Lo mejor para los dos.

23

Los chiquillos estaban ejecutando un ejercicio bastante sencillo, participando en un corrillo en el que se pasaban el balón y se turnaban para ocupar el centro e intentar atraparlo al vuelo. Luke los había machacado durante el resto del entrenamiento, haciendo caso omiso a sus protestas. Era más que evidente que estaba de mal humor.

—Les has metido caña, ¿eh? —

Harrison apareció en el banquillo y se acomodó a su lado sin pedir permiso.

Al

fin

y

al

cabo,

oficialmente él seguía siendo el

entrenador, a pesar de que Luke se

ocupase del equipo la mayoría de

los días desde hacía semanas—. ¿Un

mal día para el pobre Lucky Luke?

—¿Nunca

te

cansas

de

entrometerte en la vida de los

demás?

—No cuando se trata de ti. No te

ofendas, pero cuando te conocí
necesitabas que alguien te diese una
buena colleja.

—¿Qué te hace pensar que he
cambiado?

—Estos últimos días has estado
bien, feliz, relajado —gruñó, como si
le molestase tener que señalar algo
positivo—. Hoy no sé qué mosca te
ha picado.

Luke desenroscó el tapón de la
botella de agua con la mirada fija en
los
chavales
que
seguían
entrenando sobre el campo. Se
escuchaban sus risas y sus gritos
cada vez que se decían algo. Le dio
un trago largo al agua y se limpió la

boca con el dorso de la mano antes
de girarse hacia aquel hombre de
pelo canoso que lo miraba con
atención y parecía conocerlo mejor
de lo que él se conocía a sí mismo.

—Voy a irme, Harrison.

—¿Adónde?

—Vuelvo a casa.

Sus pobladas cejas grisáceas se
fruncieron.

—¡No lo dices en serio, muchacho!

—Lo siento, pero sí.

—Dame

una

explicación

razonable —bramó.

«Porque creo que estoy pillado,
muy pillado.»

Vale, eso no era demasiado

«razonable».

—Llevo aquí demasiado tiempo.

Necesito seguir con mi vida —dijo—.

Pero te agradezco todo lo que has

hecho por mí. De corazón. —Se llevó

una mano al pecho y lo miró serio.

Harrison se frotó el puente de la

nariz.

—¿Lo sabe Harriet?

—Todavía no.

—Vas a destrozar a esa chica. Eres

consciente de eso, ¿verdad?

—Ella estará bien. Saldrá adelante.

No te metas en eso —le advirtió y

fijó la mirada en el césped húmedo

que se sacudía por el viento.

—Echarás de menos esto. Si te vas,

un día te despertarás, mirarás atrás y

te arrepentirás de la decisión que

tomaste. Eras un capullo cuando

llegaste aquí, escondiéndote de ti

mismo. Y ahora que te estás
encontrando...

—Joder. Sabía que insistirías.

Harrison escudriñó el rostro del
joven con suspicacia.

—Si no tuvieses tanto miedo, las
cosas serían diferentes.

Luke lo fulminó con la mirada y
presionó los labios.

—¿Qué coño has querido decir con
eso?

—¡Que no quieres arriesgarte! Es
más fácil fingir que solo tienes una
opción, pero ¿sabes qué...? Te estás
mintiendo a ti mismo —sentenció—.

Tienes la alternativa de no irte. De
empezar aquí una nueva vida, desde
este punto en el que te encuentras
ahora.

Luke se puso en pie con

brusquedad.

—¿Identificas conmigo tus propios fracasos y crees que puedes suplir tu frustración a través de mí, que soy tu puta obra de caridad? No necesito una mierda tus consejos.

Harrison también se levantó.

Estaban muy cerca el uno del otro, mirándose apenas sin pestañear, respirando agitados.

—Este próximo año habrá un puesto libre en el colegio de Palm. Está apenas a veinte minutos de aquí y podrías seguir entrenando a estos chavales. —Señaló a los chicos que, ajenos a todo lo que ocurría, seguían disfrutando del fin de la jornada.

La duda se reflejó en los ojos de Luke durante unos segundos, pero

después negó rápidamente con la cabeza y se hizo a un lado, justo cuando Jamie entró en el campo y los miró alternativamente.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Os habéis vuelto a pelear?

Llevaba una camiseta negra de manga corta que dejaba a la vista el entresijo de tatuajes que comenzaba en su dedo anular y se extendía hasta el hombro.

—Nada, no pasa nada. —Luke cogió la bolsa de deporte que estaba en el suelo.

—Pasa que se va.

—Deja que lo haga, su esposa le espera en casa —bromeó Jamie y le palmeó la espalda con cariño; Luke se sacudió levemente hacia delante, sintiéndose

extrañamente

derrotado. Quería que toda aquella mierda terminase cuanto antes. Le dolió el gesto de Jamie, que lo tratase como a un amigo, con esa confianza que habían ido forjando desde su llegada al pueblo.

—Se va a San Francisco, hijo —
matizó Harrison.

—¿Lo dice en serio? ¿Te marchas?

—Jamie se apartó lentamente de él

—. ¿Por qué?

Luke encogió un hombro con fingida indiferencia.

—Ha llegado el momento.

Con un nudo en la garganta, los esquivó a ambos y salió del campo de fútbol sin mirar atrás.

Dudó, con la mirada fija en la luz anaranjada que se adivinaba tras la

ventana. Pensó en subir al coche y marcharse ya y enviarle un mensaje de teléfono cuando estuviese lejos, a mitad de camino. Pero al final entró.

Se dijo que sería la última noche, que solo necesitaba memorizar a conciencia

cada

detalle,

cada

particularidad de Harriet, para llevársela consigo y no tener la tentación de echar la vista atrás nunca más.

Ella estaba en la cocina. Llevaba unos pantalones de pijama de unos viejos dibujos animados y una camiseta suya que le había cogido el día anterior y que Luke deseó quitarle de inmediato. Se había

recogido el cabello rubio en un
moño y removía con una cuchara de
madera el interior de una cazuela
que había al fuego.

Luke dejó la bolsa en el suelo y las
llaves sobre la mesa. Apenas una
semana atrás le había hecho el amor
allí mismo, contra la isleta de la
cocina. Tendría que haberse dado
cuenta
mucho
antes
de
lo
complicadas
que
se
estaban
volviendo las cosas.

Ella se giró y le dedicó una sonrisa

algo triste.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—¿No deberías estar enfadada?

—Tú lo has dicho, «debería» —

admitió—. Pero luego he pensado que normalmente solo necesitas un par de horas para recapacitar y darte cuenta de que a veces te comportas como un idiota.

Luke podía sentir el corazón golpeándole contra las costillas. ¿Por qué tenía que ser tan maravillosa? ¿Por qué iba por ahí regalándole su perdón a gente que no lo merecía? A él, para empezar. ¿Por qué no podía estar enfada y ya está? Sería todo mucho más fácil. Una razón, una chispa, una discusión que le diese pie a dar media vuelta y huir.

—Estoy

preparando

tu

cena

preferida. —Metió la cuchara en el cazo y removi6 mientras lo miraba de reojo—. Porque ¿sigue siendo el estofado de ternera o el cambio de humor te afecta en m6s de un sentido?

Sentía como si le estuviesen

aplastando

los

pulmones

y

dejándolo sin aire. Una presión desagradable se asentó en su pecho.

¿Cómo iba a conseguir seguir

adelante sin verla nunca m6s? No

podía enterrar aquellos tres meses

de su vida y fingir que no había sido

feliz allí, con ella. Apoyó una mano en la isleta de la cocina y respiró hondo. Ella lo miró preocupada. Dejó la cuchara sobre la encimera y apagó el fuego antes de acercarse a él y rodearle la cintura con los brazos.

—Luke, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? Incapaz de hablar, él negó con la cabeza.

—Dímelo. Confía en mí.

—No es nada, Harriet.

Aguantó la respiración cuando ella lo abrazó más fuerte y se sintió morir al notar sus labios rozando los suyos. Y vainilla. La puta vainilla. Cerró los ojos. Era como una brisa suave. Harriet se puso de puntillas y habló contra su boca.

—Sea

lo

que

sea,

puedes

contármelo.

«Me voy. No volveremos a vernos.

Esta será la última vez que te toque,

te mire, te sienta. Tú seguirás con tu

vida, yo, con la mía, y así es como

deben ser las cosas...»

—Creo que te quiero. Joder. Creo

que...

Luke tomó una brusca bocanada

de aire y se zafó de sus brazos,

apartándose. No quería ni tocarla.

Estaba bloqueado. Su mente había

tomado la bifurcación de la derecha

y su corazón se dirigía directo hacia

la izquierda. Caminó de un lado a

otro, pasándose la mano por el pelo

e intentando recomponerse. Harriet permaneció en el mismo lugar sin rehuir sus ojos de él. Tan solo se escuchaba el leve crepitar del caldo hirviendo.

Cuando habló lo hizo en tono de súplica.

—¿Lo dices en serio? Porque no sé si podría soportar que fuese una especie de broma tuya...

Luke paró de caminar y la miró fijamente.

—¿Tengo

pinta

de

estar

bromeando? Yo... —Se pellizcó el puente de la nariz con los dedos, confuso—. Yo no sé qué coño me pasa, pero no quiero perderte,

Harriet. Ni tampoco quería que
ocurriese esto. Y ahora ya es
demasiado
tarde,
porque,
solo
pensar en la idea de no volver a
verte, me duele. —Se llevó una
mano al pecho—. Duele como nunca
imaginé que podía doler.

—Luke...

—¿Y ahora qué? —exclamó—.

¿Qué se supone que significa esto?

¡No quiero sentir putos celos, no
quiero la inseguridad que me creas!

Esto no tenía que pasar. Y odio
pagarlo contigo, porque, joder, tú
eres increíble, y lo único que sigo
sin entender después de tener la
oportunidad de conocerte es cómo

demonios consigues ser la única
persona que no se da cuenta. Porque
todos los demás, todos los que
estamos a tu alrededor, somos
conscientes de la suerte que
tenemos por tenerte en nuestras
vidas.

Luke esbozó una mueca de dolor
y se resistió un poco cuando Harriet
lo abrazó de nuevo, pero al final
dejó que sus manos lo atrapasen.
Apoyó la cabeza en su pecho.

—Llevo todo el día intentando
convencerme de que llevabas razón
con lo que dijiste anoche, de que no
puedo quererte, pero...

—Solo digo gilipolleces —masculló
antes de besarla. La besó con los
labios, con los dientes, con la lengua,
y la saboreó como si fuese la

primera vez mientras tiraba de la
goma que le sostenía el pelo para
dejar
que
el
cabello
cayese
suavemente y enmarcase su rostro.
Estaba preciosa—. Te necesito tanto,
Harriet...
Ella cerró los ojos.
—¿Hasta cuándo? —preguntó.
—Hasta siempre —susurró.
Volvió a besarla. Sus labios sabían
a nuevos comienzos. Ni siquiera
podía creer todavía el rumbo que
había tomado la situación. Pero al
verla en aquella cocina en la que
habían compartido tantas horas, tan
sexí vistiendo su camiseta, supo que

no podría escapar de allí, de ella. No quería volver a su vida superficial de San Francisco, a perderse entre la gente y a sentir que no encontraba su lugar en el mundo; no quería besar ninguna otra boca, no quería despertarse en la cama con una desconocida más, no quería nada de todo aquello.

La alzó entre sus brazos para llevarla hasta la habitación. Los dos rieron al caer sobre el colchón con brusquedad. Luke buscó a tientas el dobladillo de la camiseta de Harriet y se la sacó por la cabeza con premura, como si no hubiese nada más en el mundo que pudiese desear excepto estar ahí, sobre esa chica que le había robado el corazón, despojándola de toda su

ropa.

Cuando

terminó

de

desnudarla, se tumbó boca arriba y acomodó a Harriet entre sus piernas, a horcajadas. Se irguió levemente para poder saborear esa boca húmeda de nuevo. Ella apoyó las manos en aquel pecho firme y duro sobre el que adoraba dormirse por las noches.

Luke la miró fijamente a los ojos, en medio de la penumbra, antes de recorrer sus mejillas con los dedos y sostenerle después la barbilla.

—Fóllame, Harriet —susurró y sonrió travieso cuando la sintió temblar contra él—. Fóllame y piensa que soy tuyo, solo tuyo. No sé

cómo demonios te has metido bajo
mi piel, pero te prometo que lo has
hecho.

Ella lo acogió con lentitud
mientras
escuchaba
aquellas
palabras y se las guardaba para
siempre. Mirándolo a los ojos,
Harriet marcó el ritmo de las
embestidas, sintiéndose dueña de
las sensaciones que sacudían a
Luke; lento al principio, hasta que
ese ritmo se tornó insuficiente para
ambos
y
sus
movimientos
cambiaron hasta ser mucho más
rápidos y profundos. Él se incorporó,

apoyándose en el cabecero de la
cama,
y
emitió
un
gruñido
contenido cuando ella lo abrazó y se
frotó contra su erección con más
fuerza, jadeante...

—Córrete —susurró en su oído, y
ella se sintió morir entre sus brazos,
sacudida por el placer y el sonido
ronco de aquella voz deliciosa.
Gimió y le mordió el hombro justo
cuando él también se vaciaba en su
interior.

Se quedaron quietos, abrazados a
pesar del sudor que perlaba sus
cuerpos. Luke le apartó el pelo de la
frente y le besó la punta de la nariz.

—Haremos que esto funcione.

—¿Qué es lo que te da tanto
miedo?

—Cagarla.

Hacer

algo

mal.

Perderte

—acarició

su

mejilla

despacio—. Volver a encontrarme
con un desconocido al mirarme al
espejo.

—No dejaré que eso ocurra.

—Lo sé, Harriet.

—Pero tú...

—Dime.

—Ni se te ocurra hacerme daño.

Prométemelo.

Había un resquicio de temor e incertidumbre en su voz, y Luke posó la mano sobre la piel de su estómago y le acarició despacio la cintura mientras se sentía como un mierda por haber estado a un paso de huir, de dejar atrás a esa chica que había aparecido en su vida y que lo hacía volver a creer en la suerte y el destino. Le rozó los labios.

—Quiero hacerte feliz, Harriet — dijo, pero no prometió nada.

24

—Mañana no abrimos —anunció Luke.

—No podemos hacer eso. Hoy ya llegamos tarde.

Harriet se dio la vuelta en la cama y miró la hora que marcaba el reloj

que había sobre la mesita. Eran las siete. La noche anterior se habían dormido de madrugada entre risas, besos y un montón de tonterías que se susurraron al oído (desde: «Quiero vivir dentro de ti...», justo antes de hacerla suya de nuevo, pasando por: «¿Pueden los mosquitos infectar a toda la raza humana de un virus mortal hasta su extinción?»). El tiempo se le escurría entre los dedos cuando estaba al lado de Luke y no podía dejar de mirarlo y de sentirse pletórica, feliz.

—Es que es festivo. Todos los comercios lo hacen.

—No podemos permitirnos ser

como todos los comercios.

—Puede que antes no, pero ahora sí. Tengo grandes planes para la pastelería. —La retuvo cuando intentó levantarse y la tumbó de nuevo en la cama—. ¿Adónde crees que vas, abejita? No pienso dejar que te escapes.

—Luke...

—había

una

leve

advertencia en el tono de su voz, pero al final permitió que las puntas de sus dedos se colasen bajo la goma de la ropa interior y tirasen con suavidad hacia abajo—. ¿Cómo puedes seguir teniendo ganas? —bromeó, aunque

se

estaba

derritiendo por culpa de sus

caricias.

—Siempre tendré ganas de ti.

—Eres muy cursi.

—Me haces ser cursi. —Sonrió

divertido. Todas sus dudas se habían

volatilizado después de bucear la

noche anterior en aquellos ojos de

ámbar

que

tanto

decían

sin

necesidad de palabras—. Terminaré

tirando de los tópicos dentro de

nada.

—¿Qué tópicos?

Luke presionó los labios con gesto

pensativo.

—Por ejemplo, que me haces ser mejor persona.

—¿Y es verdad?

—Una gran verdad. O que cuando te miro tengo la sensación de que nos conocemos desde hace un millón de años, que tuvimos que estar juntos en otra vida o algo así.

—Es bonito pensarlo, como en una realidad paralela, ¿no? Quizás en esa otra vida tú eras..., hum, arqueólogo y yo enfermera y nos conocimos en un

hospital

cuando

viniste

sangrando

porque

una

roca

milenaria se te había caído en la
cabeza.

—¿Tengo pinta de arqueólogo? —
preguntó riendo.

—Tienes pinta de lo que tú
quieras. Puedes ser lo que te
propongas, Luke. Lo sabes, ¿verdad?

—le apartó algunos mechones de
cabello oscuro.

Él tragó saliva, nervioso sin saber
por qué, y tiró de su brazo para
atraerla hacia sí y abrazarla con
fuerza. Hundió el rostro en su cuello
y respiró contra su piel. Harriet se
apartó con suavidad cuando su
teléfono móvil comenzó a sonar.

—Es Barbara. Habrá pasado por la
pastelería y le extrañaría verla
cerrada —dijo antes de descolgar la

llamada y levantarse de la cama.

Luke se quedó allí, tumbado, con la cabeza recostada sobre los brazos cruzados, observando a Harriet moverse por la habitación mientras le contestaba paciente a Barbara y se vestía con torpeza.

De pronto ella dejó de hablar.

Silencio. Y Luke supo por qué.

Se incorporó con el corazón desbocado.

—Harriet, espera, no es lo que piensas.

Ella dejó caer el brazo, inerte, tras colgar la llamada, pero sus ojos continuaron clavados en el armario.

El armario medio vacío. Era imposible no advertir el hueco enorme que el día anterior había estado ocupado por la maleta y la

ropa de Luke.

Sintió la acidez trepando por la garganta y se le encogió el estómago.

Se sujetó a la puerta de madera del armario, incapaz de dejar de observar esa ausencia. Ni siquiera pudo moverse cuando los brazos de Luke la rodearon por detrás y su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—No es lo que parece. De verdad que no.

A ella le costó hablar. Notaba la boca pastosa.

—¿Cuándo...? —preguntó dándose la vuelta.

—Ayer —susurró—. Pero deja que me explique.

Se giró y su mirada tuvo que revelar todas las emociones que no

era capaz de plasmar en palabras,
porque él la miró con preocupación
y miedo.

—¿Antes de decirme que me
querías?

—Precisamente porque me di
cuenta de que te quería.

—No, Luke. No hagas esto. No así
—parpadeó
inútilmente—.

No

quiero que estés aquí cuando
vuelva, ¿me has oído?

—Mierda. Joder —siseó y, cuando
notó que Harriet se movía a su lado,
la retuvo con suavidad contra la
puerta de la habitación antes de que
pudiese escapar. Apoyó las manos
en la madera y su frente en la suya.
Cerró los ojos—. Perdóname. Una

vez más. La última vez, Harriet, te lo
juro. No más mentiras, ni dudas ni
dolor.

—Suéltame.

Fue casi una caricia cuando ella lo
empujó. Luke le sujetó las muñecas
con

delicadeza,

intentando

controlarla sin hacerle daño. Sus

ojos estaban llenos de rabia y,

mirándolos, él tuvo un momento de

debilidad que Harriet aprovechó

para zafarse y abrir la puerta de la

habitación. Luke todavía se estaba

abrochando

los

botones

del

pantalón vaquero cuando Harriet

salió de la casa dando un portazo.

No supo cómo logró que las

piernas

le

respondiesen

para

emprender el camino que conducía

a la pastelería, pero, más que andar

por las calles, casi corrió. Sentía el

pecho ardiendo. Al final llegó. Y

subió la persiana y abrió la tienda

como si fuese un día más, un día

cualquiera. Se mordió el labio

inferior, intentando soportar el

dolor; cogió un trapo y limpió el

cristal del mostrador. Frotó, frotó y

frotó con más fuerza la ya pulcra

superficie

cuando

divisó

la

inconfundible

figura

de

Luke

caminando por la acera de enfrente

directo hacia allí.

Entró en la pastelería con la

respiración agitada y bajó la

persiana. Cuando aquellos ojos

verdes se detuvieron en ella se

sintió morir. Se había perdido sin

remedio

en

aquella

mirada

cautivadora y le había permitido ver

todas sus debilidades.

—No habría sido capaz de irme,

Harriet.

—¿Y en qué situación me deja eso?

Alzó la barbilla al mirarlo, con las pestañas brillantes por las lágrimas y el labio inferior temblándole. Luke tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no abrazarla.

—Quería hacerlo, pero... no.

—¿Pensabas despedirte, al menos?

Luke dejó escapar el aire que estaba conteniendo y se movió inquieto. Se lo estaba poniendo muy difícil, porque ni siquiera él mismo era capaz de entender sus propias emociones enredadas, ¿cómo iba a explicárselo a ella?

—¡No lo sé! Estaba alterado. Y confundido.

—¿Cómo puedes pasar de querer marcharte sin más a desear estar con una persona durante el resto de

tu vida? ¿Cómo puede ser que lo
que sientas sea tan volátil, tan
frágil...? —Su mirada estaba cargada
de decepción.

Él dio un paso hacia ella.

—Déjame... intentarlo otra vez —
suplicó—. No quiero hacerte daño,
Harriet.

Te

prometo

que

me

esforzaré cada día por no hacerlo...

Ella negó con la cabeza, rota. Se
secó los ojos.

—¿Es que no lo ves, Luke? Tú no te
valoras, no crees en ti mismo y
tampoco puedes creer en nosotros.

Yo no puedo hacerlo por los dos,
estoy cansada de excusarte y

perdonarte cada vez que vuelves a equivocarte. Ni siquiera sabes quién eres. Necesito, por una vez en mi vida, necesito que alguien esté dispuesto a darlo todo por mí.

—Yo te lo daré todo.

—No puedes. Quizá quieres, pero no puedes.

Luke sintió pánico al mirarla.

—¿Qué coño significa eso?

—Tienes que irte...

—Joder. Te quiero. Te quiero como nunca pensé que querría a nadie.

¿No te vale eso? Harriet, mírame. Tú eres lo más importante para mí ahora...

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—¿Durante cuánto tiempo seré tu prioridad?

—¡No lo sé! —Cerró los ojos y
respiró agitado antes de volver a
abrirlos y clavarlos en ella—. ¡Sí,
joder, sí lo sé! Siempre, Harriet. De
verdad. Confía en mí.

Pero era demasiado tarde, porque
ese primer «no lo sé» se le clavó en
el
corazón.

Harriet
intentó
mantenerse serena, aunque por
dentro sentía que se rompía poco a
poco, porque no quería ser para
Luke una etapa más de su caótica
vida, no quería volver a ser la chica
que se quedaba en el pueblo
mientras
todos
los

demás

terminaban marchándose tarde o temprano. ¿Por qué ella tenía que ser siempre parte del camino y no el destino? Miró a Luke y tragó saliva. Luke. El chico que un día adoraba los cereales Froot Loops y al día siguiente los aborrecía, el chico que acababa aburriéndose de todo, ese que era incapaz de encontrar una estabilidad en su vida y que parecía estar hecho para vivir en una ciudad grande; algún lugar lleno de cosas nuevas y estimulantes que hacer cada día, retos que ir tachando de la lista.

Harriet inspiró hondo.

—Vete, por favor. No hagas que las cosas sean peores.

—¿Peores? ¿Cómo van a ser

peores?

Luke caminó nervioso y furioso

hacia ella.

—Déjalo.

No

quiero

seguir

discutiendo.

—¡No, joder, dilo! ¡Di lo que sea

que estés pensando!

Y Harriet explotó, gritó y lloró

fuera de sí.

—¿De verdad quieres saberlo?

Vale, está bien, tú te lo has buscado.

Lo que creo es que llegaste aquí y te

tropezaste conmigo y pensaste: «Eh,

mira,

la

típica

idiota

sin

personalidad a la que puedo
manipular fácilmente y que pasará
por alto cualquier mierda que diga».

Pues, ¿sabes qué?, lo conseguiste.

Has ganado. ¿Te sientes mejor
ahora? ¿Puntos extra para tu
autoestima? Bien, otro capítulo más
de tu vida. Lo habrías cerrado antes
o después, en cuanto dejase de ser
una novedad para ti —sollozó—.

Eres un cobarde. No soporto eso de
ti. Que seas incapaz de admitir las
cosas o de luchar cada vez que te
tropiezas. Vas por ahí sin pensar en
las

consecuencias,

rompiéndolo

todo... ¡Pero los demás no tenemos

la culpa de que te aburras, de que

no encuentres nada que te haga
feliz, de que estés... vacío por
dentro!

Luke quiso abrir la boca, contestar,
decir algo. Pero no pudo. No pudo
porque sus palabras fueron como un
puñetazo en el estómago. La miró
mientras se limpiaba las mejillas
con el dorso de la mano antes de
alzar la vista hasta encontrar sus
ojos. Cuando ella habló de nuevo, lo
hizo
con
voz
temblorosa
y
suplicante.

—Si me quieres aunque sea un
poco, solo un poco, vete.

Tardó en moverse, porque no

podía apartar la mirada de la
persona que lo había ayudado a
buscarse, a empezar a encontrarse, a
sentir lo que no había sentido antes,
pero finalmente lo hizo. Porque no
la quería un poco, como ella había
dicho, la quería un todo, un mucho.
Sintió que se ahogaba mientras se
daba la vuelta y subía la persiana
antes de salir por la puerta y dejarla
atrás, alejándose de su vida, de cada
centímetro de su mente y de ese
cuerpo que había marcado con sus
manos, sus besos y un sinfín de
palabras que ahora ya no valían
nada.

Harriet se quedó allí, de pie, con
las rodillas temblando, viendo cómo
desaparecía a lo lejos. De algún
modo

retorcido,

Luke

había

conseguido que volviese a creer en
sí misma, para después coger esa
seguridad y quebrarla hasta hacerla
sentir diminuta e insignificante. La
gente paseaba por la calle de
enfrente, entrando y saliendo de la
cafetería de Kate como si el mundo
realmente siguiese su curso, cuando
para ella todo estaba hecho pedazos.
Y quiso volver atrás en el tiempo,
no enterarse jamás de que tan solo
un día antes había estado a punto de
marcharse y dejarla atrás como si no
significara nada para él. Evitar el
sufrimiento, tanto el que Luke le
había hecho a ella como el que ella
acababa de hacerle a él; porque

Harriet era de esas personas que creen que el amor no debería estar salpicado de dolor. Masticar sus palabras. Y tragarse ese «estás vacío por dentro», porque no era cierto. Quizá lo suyo no estaba destinado a funcionar, pero Luke era... era muchas cosas.

Era

caos

e

incertidumbre, sí, pero también ternura. Era alegría y risas y siempre una sonrisa en los labios. Era felicidad y calidez. Y precisamente por eso Harriet deseaba ser una certeza para él, sin dudas, sin preguntarse cada noche si a la mañana siguiente, al despertar, ya

no estaría al otro lado de la cama.

Ella quería que alguien la quisiese bien.

Había superado muchas jugarretas del destino, pero no estaba segura de poder sobreponerse a aquello.

Era como si se hubiese desatado un terremoto en su interior. Se acercó al mostrador, cogió las llaves de la tienda, salió y cerró. A la mierda. A la mierda todo. Enfiló la calle de la derecha y anduvo rápidamente hasta pararse frente a aquella puerta recargada, adornada con ribetes dorados en los marcos laterales.

Llamó al timbre. Una, dos, hasta tres veces seguidas, impaciente y fuera de sí.

Minerva

Dune

nunca

había

parecido tan sorprendida.

—¿Qué estás hacien...?

—¿Por qué has tenido que pasarte toda la vida castigándome por lo que hizo mi madre? —gritó a pleno pulmón. La adrenalina recorría su cuerpo—. ¡Yo no tuve la culpa de lo que pasó entre ella y tu marido! — Harriet echaba chispas por los ojos.

—Harriet, no creo que este sea el momento ni el lugar para...

—¡Estoy harta de las personas que se creen más fuertes e importantes que los demás y se pasan la vida menospreciando a cualquiera que se cruce en su camino! Yo jamás me he metido en tu vida. Jamás. ¡Y tú te has pasado

toda

una

vida

machacándome y haciendo daño de

forma gratuita! —Era incapaz de

bajar la voz—. ¿Qué has ganado con

eso? Que sepas que durante todos

estos años propagando rumores

estúpidos solo te engañabas a ti

misma. Ese bebé que tanto te alegra

no haber conocido era tu nieto y sé

que tú lo sabes. —La apuntó con un

dedo acusador—. Pero gracias.

Gracias por hacerme tanto daño,

porque, después de tragar tanta

mierda, ahora soy más fuerte.

Harriet jadeó al terminar. Debería

haber hecho aquello mucho antes.

Fue como sacarse una espina que

estaba ahí, pinchando día tras día.

Minerva Dune la sujetó por la muñeca antes de que pudiese bajar los escalones. Tenía los ojos más cristalinos de lo normal y los labios fruncidos en una mueca.

—Entra en casa. Estás muy nerviosa. Llamaré a mi hijo.

—¿Qué?

No.

No

quiero

tu

compasión. No la necesito.

—Pasa —insistió—. Prepararé té.

—Pero...

—Vamos.

La hizo entrar a un comedor con muebles oscuros y pesadas cortinas color burdeos. Se sentó en uno de los sofás tapizados, justo enfrente de

un enorme retrato de familia
colgado en la pared. Todo lo que
había a su alrededor tenía pinta de
costar una fortuna, y Harriet
permaneció muy quieta, aturdida,
con los ojos enrojecidos e irritados.
Minerva Dune se excusó unos
minutos para preparar el té y llamar
a su hijo. Cuando regresó se sentó a
su lado, cruzando las piernas con
elegancia, y dejó que Harriet se
desahogase.

—¿Se puede saber qué he hecho
yo para que usted me odie tanto?
¿Qué le hice a Eliott? ¿Qué le pasa a
todo el mundo conmigo? ¿Por qué
Luke tiene dudas? ¿De verdad es tan
difícil quererme? —Harriet hablaba
atropelladamente
sin

poder

contener las lágrimas.

—Luke, ¿tu marido? —Arqueó una ceja—. Querida, no sé qué ha pasado con él, pero ya deberías saber que ningún hombre es de fiar.

Se estremeció al recordar la última mirada que Luke le había dedicado antes de salir de la pastelería y de su vida. Aún le costaba creer que todo lo que habían vivido juntos, aquellos meses en los que había sido más feliz que nunca, fuesen tan endebles como para que él pensase en marcharse sin mirar atrás, casi sin despedirse.

¿Tan frágiles eran sus sentimientos?

Porque los de ella eran sólidos. Muy sólidos.

—Él parecía diferente —susurró,

pero su voz sonó vacía y triste.

—Todos

parecen

diferentes,

Harriet. —El tono de Minerva, por el

contrario,

era

duro

como

el

diamante—. A veces el desencanto

es tal que ignoramos la realidad.

—¿Por qué...? —Se humedeció los

labios—. ¿Por qué sigue casada con

su marido después de lo que le hizo

con mi madre?

Minerva dejó escapar una sonrisa

carente de alegría.

—Si tu madre hubiese sido el

único problema con el que he

tenido que lidiar durante estos años... —Pareció perderse en sus recuerdos—. Las infidelidades de mi marido ya no me afectan. Hace años que dejaron de hacerlo. Pero hice unos votos. Cumplo mi promesa. Intento cuidar de él y también de mi hijo, aunque no siempre he sido imparcial. —Le dirigió una mirada significativa, pero sus labios no pronunciaron ningún «lo siento» y Harriet supo que nunca se lo oiría decir.

Eliott llegó poco después. Le tomó las pulsaciones y la tensión y quiso darle un calmante suave que Harriet se negó a tomar. Seguía alterada, pero no quería adormecerse ni nada parecido. Deseaba ser consciente del dolor, grabarlo a fuego en su mente

para no volver a cometer jamás la
estupidez de confiar en la primera
persona que se cruzase en su
camino. Eliott se quedó con ella el
resto de la mañana, hablándole de
su vida en la universidad, de las
prácticas que estaba haciendo y de
un montón de cosas que a Harriet
no le interesaban lo más mínimo,
pero que consiguieron que pensase
menos en lo que estaba sintiendo,
en ese desasosiego tan profundo.

Al

mediodía

regresó

a

la

pastelería, pero no abrió. Dejó la

persiana bajada y se dispuso a

limpiar a fondo la trastienda,

intentando borrar todas las risas y
los
recuerdos
que
parecían
impregnar las paredes. Tiró a la
basura los paquetes de patatas fritas
que había comprado la semana
anterior para que Luke siempre
tuviese a mano algo salado entre
tanto
dulce,
y,
por
alguna
incomprensible razón, rompió en
pedazos el pequeño mapa que
siempre llevaba consigo. ¿Qué más
daba? Jamás conseguiría memorizar
todo aquello. Y a nadie le importaba

que lograrse hacerlo.

Tal

como

esperaba,

cuando

regresó a casa al anochecer, el coche

de Luke ya no estaba aparcado en la

entrada y, en cuanto puso un pie en

aquel hogar que había compartido

con él, percibió el vacío que había

dejado. Un escalofrío le recorrió la

espalda y ahogó un sollozo. Él

también parecía estar presente en

cada rincón de aquel lugar. En el

tocadiscos que solía poner cuando

hacían la cena, en el sacacorchos

que estaba sobre la encimera (no

podía olvidar esa manera suya de

abrir la botella de vino y servirle

siempre a ella la primera copa), en

la ventana que había dejado abierta,
en el polvo que se había asentado
durante esos meses en los botecitos
de cristal repletos de hojas...

Tuvo que llamar a Angie.

Estaba tan nerviosa que apenas
podía hablar. Le pidió si podía ir y
Angie le aseguró que estaría allí en
un par de minutos. Había temido
contarle lo ocurrido porque creía
que contestaría con un «te lo dije» o
un «se veía venir», y eso solo la haría
sentir más tonta si cabe; porque, sí,
vale, era previsible, pero en cierto
momento Harriet había empezado a
confiar en Luke a ciegas. Había
apostado por él.

Angie no dijo nada al entrar, tan
solo la abrazó muy fuerte y Jamie se
ofreció para prepararles un vaso de

leche caliente y cacao mientras ellas
estaban en el comedor. Cuando se lo
terminaron, tras un largo rato en
silencio, Harriet quiso irse a dormir.

Deseaba cerrar los ojos y que al
abrirlos a la mañana siguiente todo
lo que sentía hubiese desaparecido.

Angie se empeñó en quedarse y
dormir a su lado y, cuando Harriet
le hizo un hueco en la cama,
agradeció su presencia y el calor que
desprendía

su

cuerpo,

porque

aquella habitación le recordaba
demasiado a Luke, los momentos
vividos y las palabras dichas.

—¿Por qué duele tanto? —gimió.

—Pasará. —Le acarició la cabeza

con cariño y Harriet se giró y apoyó
la mano sobre su tripa—. Abril dice
que Luke es un tonto y que no
merece que llores por él. Es muy
lista. —Las dos rieron entre lágrimas
—. También dice que cuando menos
te lo esperes te recuperarás, como
siempre has hecho —prosiguió, y
luego se quitó uno de sus anillos y le

pidió a Harriet que le diese la mano

—. Ten. Aquí tienes el cuarto.

—No, no lo hagas. No me lo merezco.

—Claro que sí. Este anillo te lo doy porque te quiero, por haber sido la mejor amiga que podría desear. Y no necesito más razones para hacerlo. Ahora duérmete, Harriet. Intenta descansar.

25

Luke apagó el motor del coche en medio de la nada, en la cuneta de una carretera solitaria y oscura. Llevaba horas conduciendo. Apoyó la frente en el volante durante un segundo y luego lo golpeó con fuerza una y otra vez, ignorando el dolor. Cuando se cansó de hacerlo, respiró con brusquedad mientras

abría la puerta del coche y salía. Se
tumbó sobre el capó y clavó la
mirada en el cielo salpicado de
estrellas. Y entonces sintió algo
rompiéndose
en
su
interior,
resquebrajándose, saliendo de él. Le
dolía el pecho. No podía dejar de
pensar en Harriet y en el dolor que
reflejaban sus ojos. Le había
prometido que no le haría daño y le
había fallado. Le había fallado a ella
y también a sí mismo, con todas esas
dudas que en este momento
parecían lejanas e insignificantes.
Parpadeó rápido, tragándose las
lágrimas, porque él no lloraba. Él no
había llorado jamás ni tampoco se

permitiría hacerlo ahora.

26

El viento y las calles empinadas de San Francisco despertaron en él nostalgia y recuerdos, pero hubiese dado cualquier cosa por no estar allí en aquel momento, sino en un solitario pueblo que conocía bien, en medio del bosque, donde vivía esa chica que no necesitaba nada grande para ser feliz. Un sueño.

Dulces. El partido de los domingos.

Una carcajada. Él. Miradas. El aroma que la lluvia dejaba tras de sí. O una cama sobre la que perderse el uno en el otro durante horas. Todavía recordaba la primera vez que había entrado en su casa, cuando pensó que «no entendía cómo podía ser tan conformista, feliz con tan poco».

Si pudiese volver atrás en el tiempo,
congelaría ese momento y se diría
un par de cosas importantes a sí
mismo.

Cuando entró en el apartamento,
lo notó extrañamente frío; con esos
muebles que seguían una misma
línea y los tonos grises que carecían
de personalidad. Jason no estaba en
casa, así que se paseó por las
diferentes
estancias
e

intentó
convencerse de que tan solo se
sentía así de raro porque hacía
meses que no pisaba aquel suelo.

Todo estaba en silencio, nada había
cambiado de lugar.

Se dejó caer sobre su cama y

estuvo

un

par

de

horas

contemplando el techo blanco y

vacío. Se sentía un poco así. Blanco.

Y muy vacío. Al marcharse de

Newhapon se vio tan perdido que

había empezado a conducir hacia

Canadá un par de horas hasta que se

decidió

a

dar

media

vuelta,

consciente de que el único lugar que

seguía perteneciéndole estaba en la

dirección contraria. Había dormido

un par de horas en un motel de

mala muerte antes de proseguir su camino. Y ahora estaba allí, inmóvil y solo.

Ni siquiera reaccionó cuando oyó el chasquido de la cerradura al abrirse la puerta principal, seguido de las voces de sus amigos a lo lejos. Mike se quedó parado en el umbral de la puerta de su habitación y lo miró sorprendido.

—¿Luke? Joder, ¡has vuelto!

—Déjame pasar. —Rachel entró en la estancia y el colchón se hundió con suavidad cuando se sentó junto a él—. Luke, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

Hubo un tenso silencio, hasta que Luke se tapó el rostro con el dorso del brazo y Rachel se inclinó sobre él y lo abrazó muy fuerte. Joder. Ni

siquiera cuando se rompió el codo a los once años jugando al béisbol se permitió bajar la guardia delante de ellos. Respiró hondo, sintiendo el aire hincharle el pecho, hasta que logró calmarse y pudo mirarlos de nuevo. Mike parecía nervioso. Jason tan solo lo estudiaba pensativo e imperturbable, apoyado sobre el dintel de la puerta. Y Rachel...

Rachel estaba preocupada.

—Luke, da igual lo que haya pasado. Todo tiene solución. Lo sabes, ¿verdad?

—La pecosa tiene razón — corroboró Mike—. Y ahora vamos a tomarnos unas cervezas. Yo invito.

¡Venga, tío, levántate!

—Eso no es lo que Luke necesita ahora.

—Pero se despejará. Beberá. Y
olvidará.

Rachel supo dedicarle a su novio
una
mirada
que
significaba
exactamente «sal de la habitación»,
aunque Jason pareció entenderlo
antes que él, porque tiró de la
manga de su camiseta mientras
daba un paso hacia atrás. Luego
cerró la puerta, dejándolos a solas.

—Vete tú también, Rachel. No
quiero que me veas así.

—No digas tonterías. —Ella le
apartó los mechones de cabello
oscuro que caían por su frente y se
estremeció al ver el contorno rojizo
que rodeaba el verde de sus ojos—.

Ay, Luke. Dime qué puedo hacer.

Cuéntame qué ha ocurrido.

—La he cagado. Iba a pasar tarde o temprano.

—Encontraremos la forma de arreglarlo.

—No, ¿no lo entiendes? Resulta que el puto problema soy yo y no tengo arreglo. Le fallé. Y, joder, me pasó muchas veces. Demasiadas.

¿Qué coño se supone que voy a hacer con mi vida de ahora en adelante? Empecé a echarla de menos incluso antes de marcharme.

—Luke,

tú

no

eres

ningún

problema.

Giró la cabeza para mirar a Rachel. Los dos estaban tumbados en la cama, boca arriba, como cuando de adolescentes todos se reunían en la habitación de uno de ellos y pasaban la tarde entre conversaciones tontas y partidas de videoconsola.

—Tuviste suerte de conocerme cuando era un crío y de que empezase a quererte antes de convertirme en quien soy ahora, porque, si no hubiese sido así, habría jodido nuestra amistad como jodo todo lo demás. Y lo mismo con Mike y Jason.

—¿Por qué te haces esto? Pensar un montón de cosas negativas sobre ti mismo, repetírtelas, creértelas. Tú eres más complejo que eso, Luke.

—Dime solo una sola cosa que
conserva.

—Nosotros. El fútbol. Tu odio por
los erizos.

—El fútbol lo perdí y ya te he
dicho que vosotros no contáis.

Rachel se incorporó y se sentó con
las piernas cruzadas en la cama.

—Vale, está bien. A veces puedes
ser un capullo muy impulsivo y de
lo más variable, y un día te levantas
soleado y al día siguiente estás
lloviendo, pero, Luke, cuando algo
te importa de verdad estás dispuesto
a darlo todo. No sé qué es lo que has
hecho, pero sí sé que Harriet debería
sentirse
orgullosa
por
haber

conseguido llegar a ti, porque no es nada fácil.

Él suspiró y cerró los ojos.

—No importa. Ya no confía en mí.

—La confianza no es dos más dos.

Intenta ponerte en su situación y comprenderla. Sé que ahora estás demasiado dolido para ver más allá, pero quizás a ella le ocurra exactamente lo mismo —apuntó—.

Tú sabes lo mucho que a mí me costó confiar en Mike. Y no era porque no lo quisiera, al contrario.

Tan solo sentimos miedo ante aquello que de verdad nos importa porque tememos perderlo. No hay nada

más

complejo

que

las

emociones; la mayor parte del

tiempo

son

una

maraña

de

sentimientos difíciles de manejar.

Pero al final todo encajará, ya lo

verás.

—La he perdido. Mierda, Rachel,

que estuve a punto de marcharme

de allí y dejarla atrás como si fuese

una anécdota más de mi vida,

cuando ella me lo ha dado todo. ¿En

qué coño estaba pensando? Y

luego... Harriet dijo cosas. Cosas

sobre mí. Y lo peor es que tenía

razón en todo, cada palabra fue...

dolor.

—Dale tiempo, Luke. Y date tiempo también a ti mismo. —Le dio un beso en la frente—. Te conozco desde que tenías siete años. Si esa chica te quiere solo la mitad de lo que sé que tú la quieres a ella, todo se arreglará. Confía en mí. El amor de verdad no tiene nada de efímero. Y después volvió a tumbarse a su lado y lo cogió de la mano y la apretó fuerte mientras se quedaban allí, en silencio, mirando fijamente el techo de la habitación.

Jason y Mike llamaron a la puerta casi una hora más tarde. Rachel se había quedado medio dormida, pero Luke había estado todo el rato despierto, a pesar de que estaba agotado después

de

conducir

durante tantas horas. No quiso

discutir cuando insistieron en que

fuese al comedor para picar algo,

pero una vez allí no probó ni un

bocado de la pizza y la comida

china que habían pedido. Se quedó

en el sofá mirando la comida y

pensando que si ella estuviese allí le

hubiese preguntado cómo preferiría

morir, si atragantada por un

espagueti o por un trozo de pizza

con

champiñones.

Seguro

que

hubiese elegido la primera opción,

sonaba más divertida.

Jason se levantó poco después

para llevarse los platos, y cuando regresó dejó sobre su regazo un montón de cartas y un sobre marrón algo más grande.

—El correo de los últimos meses.

—Vale, gracias.

Mike lo miró inseguro.

—Si podemos echarle una mano en algo...

Luke negó con la cabeza, cogió una de las cartas y la estudió en silencio antes de empezar a abrirla con brusquedad. Sus ojos se movieron nerviosos por el papel y una extraña sensación de alegría lo embargó. Buscó su teléfono.

—¡Mi móvil! ¿Dónde demonios lo he dejado...?

—¿Qué dice la carta? —Jason cogió el papel y lo leyó con interés—. Es

una citación para un juicio.

—Un

juicio

contra

Anthony

Parker, el padre de Connor —explicó

mientras llamaba a su antiguo jefe,

que descolgó al tercer tono—. Hola,

soy Luke Evans.

—¡Gracias a Dios! Te había dado

por perdido. No había forma de

localizarte —comentó el hombre.

Luke lo instó a contarle lo que había

ocurrido—. La abuela del menor se

presentó en el colegio por sorpresa y

pidió hablar con la psicóloga. La

mujer estaba aterrada, pero lo contó

todo. Están imputados los dos. Él

por malos tratos y la madre por

cómplice de los hechos. El juicio es

dentro de tres semanas y sería de gran ayuda que pudieses testificar.

—No te preocupes. Allí estaré.

—Siento mucho lo que ocurrió.

Lamento

que

tuviésemos

que

prescindir de tus servicios. Sabes

que siempre tuve en cuenta tu

palabra,

pero

después

del

encontronazo que tuviste con Parker

no podíamos permitirnos no hacer

nada de cara a la opinión pública. —

Hizo una pausa—. En cuanto todo

esto pase, por mi parte tienes las

puertas abiertas de nuevo. El colegio

es tu casa, Luke. Estoy seguro de que
los chavales estarán deseando que
vuelvas;
los
resultados
de
la
temporada
empeoraron
significativamente desde tu marcha.

—Gracias, pero creo que de
momento tengo otros planes —
aseguró antes de colgar.

27

—¿Te gusta cómo queda este tono
rosa? —preguntó Mike.

Luke se inclinó hacia la pantalla
del ordenador y asintió, satisfecho
con el resultado. Estaban en la casa
que él y su novia compartían en una

urbanización a las afueras, en el despacho que Rachel se había preparado para escribir y estudiar tranquila.

La estancia estaba decorada con muebles

vintage,

carteles

de

películas poco conocidas e infinitas estanterías repletas de libros. Luke merodeó por el lugar mientras Mike seguía trabajando en el proyecto para el que le había pedido ayuda.

Se fijó en las fotografías estilo polaroid que colgaban de la pared de la izquierda. En una salían los cuatro, de pequeños. En otra, Mike abrazaba a Rachel en lo alto de Montmartre, con las vistas de la

ciudad de París a su espalda; habían
hecho esa escapada meses atrás. En
la última, Mike estaba en la cocina,
sonriente, mirando a la cámara sin
soltar la sartén que estaba puesta al
fuego.

Le

gustó

que

fuesen

momentos improvisados. Escenas
del día a día. Recuerdos del pasado
que explicaban el ahora.

—Tío, me asusta que alguien entre
aquí y sufra una sobredosis de
azúcar —se burló Mike mientras se
apartaba a un lado del escritorio
para que Luke pudiese ver cómo
estaba quedando—. ¿No podemos
usar otro color que no sea el rosa?

—Te sorprendería saber lo mucho
que estoy deseando decir «sí», pero
no, no podemos. Está bien así.
Dejémoslo por hoy —suspiró.
Mike asintió y apagó el ordenador
antes de salir tras Luke hacia el
salón. Un gato naranja y gordo
estaba tumbado en el sofá hecho un
ovillo, justo al lado de Mermelada, su
compañero de pelo oscuro que
Rachel
se
había
encontrado
semanas
atrás
cerca
de
un
contenedor

de

basura

de

la

universidad, buscando entre los

restos de comida que un restaurante

próximo había dejado ahí.

—Mantequilla, deja

hueco

—

masculló Mike mientras lo apartaba

a un lado para poder sentarse. Cogió

un mando de la videoconsola y le

pasó el otro a Luke, pero este negó

con la cabeza—. Estos gatos... solo

comen y duermen y se apoderan de

la casa como si pagasen las facturas

a final de mes. A ver, ¿qué quieres

hacer, entonces?

—Nada, no quiero hacer nada —

dijo tras dejarse caer en el sofá que
estaba libre.

—Luke, estás hecho un asco.

¡Anda, ánimo!

Se oyó el ruido de la cerradura,
seguido de pisadas, y Rachel
apareció en la estancia con un
maletín

morado

colgado

del

hombro. Les sonrió y se inclinó para
acariciar a los gatos; luego le dio un
beso a Mike.

—¿Te quedas a comer, Luke? —
preguntó.

—No, no tengo hambre.

—Vale, tengo lasaña congelada de
cuatro quesos, ¿te va bien? Id
poniendo la mesa mientras la meto

en el microondas, tardará cinco

minutos

—concluyó

antes

de

alejarse por el pasillo.

Luke miró a Mike y ambos

estallaron en una carcajada.

—Tú los vasos y yo los cubiertos y

las servilletas —añadió Mike sin

dejar de reír mientras se levantaban

para dirigirse a la cocina.

Poco después, los tres estaban

sentados a la mesa, comiendo y

comentando las noticias que daban

en la televisión. Rachel le había

mandado un mensaje a Jason por si

se quería pasar durante la hora de

descanso y llegó un rato más tarde.

—¿Y mi lasaña? —preguntó.

—No queda —contestó Rachel—.

Pero en la nevera hay una fiambarrera
con brócoli al vapor y patatas
hervidas.

Jason pestañeó sin dejar de
mirarla.

—Suenas muy apetecible —ironizó
—. Espera, voy a por tres cubos de
eso —añadió antes de desaparecer
en la cocina y regresar con un plato
vacío y un par de cubiertos. Alargó
una mano para coger el de Rachel e,
ignorando sus protestas, le quitó un
cuarto de lasaña. Luego hizo lo
mismo con los platos de Luke y
Jason, hasta que el suyo estuvo lleno
—. Esto sería una metáfora de un
mundo más justo.

—Y blablablá —se burló Mike
sonriente—. Sigue hablándonos de

cosas justas, nos interesa mogollón.

—Intentó quitarle un trozo de lasaña y Jason le dio un manotazo en la cabeza que hizo reír a Rachel, al otro lado de la mesa, y por poco termina escupiendo el agua que acababa de beber.

Luke inspiró hondo, mirándolos.

Siempre era bueno estar con ellos.

Siempre le recordaban que no importaba las veces que tropezase, estarían ahí para sostenerlo cuando eso ocurriese. Pinchó un trozo de su comida, se la llevó a la boca y se relajó y se rio cuando Mike empezó a imitar a su novia cuando se enfadaba si cambiaba las cosas de sitio de su despacho, lo que probablemente le valdría una buena regañina más tarde, cuando ellos se

hubiesen ido.

Jason le preguntó el sábado por la noche si quería acompañarlo a una de esas galas aburridas a las que él solía acudir para hacer contactos o tratar

con

los

clientes

más

exclusivos de la inmobiliaria. Pero

Luke prefirió quedarse en casa

viendo la tele. Casi entrada la

madrugada, llamaron al timbre de

la puerta. Se levantó suspirando.

Qué

raro

que

Jason

hubiese

olvidado las llaves.

Abrió. Parpadeó confundido.

Una chica morena con el pelo
lacio, muy largo y las puntas
tintadas de un llamativo rosa fucsia
le sonreía. Tenía los ojos azules y
llevaba un pendiente con forma de
aro en la nariz. Vestía una minifalda
vaquera y unas sandalias rojas de
tacón, a juego con el esmalte de sus
uñas.

En

la

mano

derecha,

balanceaba una botella de ginebra.

Se lanzó a sus brazos antes de que
pudiese decir nada.

—¡Luke! ¡Qué ganas tenía de
verte!

—¿Qué haces aquí, Sally?

—Oí que habías vuelto. Y, como llevas casi dos meses sin contestar mis mensajes ni coger el teléfono, pensé en hacerte una visita sorpresa.

Así que... ¡sorpresa! —gritó—. ¿Qué ocurre? ¿No te alegras de verme?

Luke suspiró profundamente.

—No es eso, es solo que...

—¡Vamos, déjame pasar! —lo cortó antes de escabullirse a un lado y entrar en el apartamento. Dejó la botella en el mueble del comedor y se quitó la chaqueta de cuero, quedándose con una camiseta de tirantes que dejaba a la vista un par de centímetros de piel de su estómago—. Dime que tienes limón. Espero que sí, porque sabes que me encanta añadir una rodaja. —Lo

miró de arriba abajo y sonrió—.

Vaya, sigues teniendo tan buen
aspecto como recordaba.

Él se frotó el mentón con agobio.

—Te dije que todo había acabado.

—Pero ¿por qué? Me aburro sin ti.

Salir de fiesta es un muermo sin
nadie con quien compartir la noche.

Tengo marihuana en el bolso. —Se
acercó a él y le dedicó una mirada
seductora antes de deslizar los
brazos alrededor de su cuello—. ¿De
verdad no te apetece revivir viejos
momentos?

Luke la apartó con suavidad antes
de que sus labios rozasen los suyos.

Tomó una bocanada de aire e
intentó calmarse.

—He conocido a alguien.

—¿Y...?

—Alguien especial, Sally.

—¿Estás de broma? Tú..., no, no te pega eso. —Dio un paso atrás—. Tú no eres así, Luke. Se suponía que esas cosas no van con la gente como nosotros. Somos libres.

—Deja de decirme cómo soy.

—¿De verdad quieres atarte a alguien? —Lo miró horrorizada.

— «Atarme» no es la palabra.

—¡Es lo mismo! Sabes que te aburrirás de eso.

Luke se enfureció. ¿Por qué...?

¿Por qué todo el mundo juzgaba cómo era o daba por hecho que volvería a fastidiarla? Si ni siquiera él mismo había descubierto lo que buscaba hasta hacía nada. ¿Cómo podían los demás creer que lo conocían incluso mejor de lo que él

se conocía a sí mismo?

—No sabes nada de mí. Nunca has sabido nada de mí.

—Hemos estado meses follando.

Te conozco —sentenció.

Se pasó una mano por el pelo revuelto y bajó la mirada hasta Sally, percatándose por primera vez de lo vulnerable que parecía, ahí, en su salón, buscando un igual con el que ahogar las penas. En realidad siempre había sido así. Lejos de la independencia de la que alardeaba, era frágil y estaba muy perdida.

Apenas tenía veinte años. Sintió pena al ver en aquellos ojos azules el reflejo de lo que él había sido tiempo atrás. La sujetó por los hombros con delicadeza.

—Yo no voy a poder acompañarte

más. Lo dije en serio en su momento y te lo repito ahora. Deja de meterte mierda e intenta buscar algo que te haga feliz. Si algún día necesitas algo, algo que valga la pena, ya sabes dónde estoy. —La soltó—. Buena suerte, Sally —añadió tras abrir la puerta del apartamento.

28

Eran las tres de la madrugada de un miércoles cualquiera y las luces titilantes de la ciudad se perdían hasta la bahía de San Francisco. Luke suspiró hondo, con la frente apoyada en el ventanal del comedor, empañando el cristal con cada respiración mientras observaba el mundo exterior. No podía dormir. Las luces parpadeantes de un avión cruzaron el cielo nocturno justo

cuando oyó un ruido tras él.

—¿Qué

haces

despierto?

—

preguntó Jason.

—Tejer una bufanda —ironizó—.

¿Tú qué crees? No consigo dormir.

Jason negó con la cabeza en la oscuridad y luego abrió el minibar y sacó una botella de whisky y dos vasos que dejó sobre la mesa auxiliar, al lado del sofá.

—Pues sí que estás tú motivado.

—Va, Luke, siéntate y deja de joderme.

—Joderte... no entra en mis planes, no —bromeó antes de reír, a pesar de que llevaba días de un humor de perros, y luego se sentó frente al

sillón que Jason había ocupado y
esperó paciente mientras su amigo
servía la bebida. Cuando acabó,
cogió el vaso y le dio un trago largo,
ignorando la quemazón en la
garganta.

—¿Qué es lo que pasa contigo,
Luke?

—Se suponía que iba a hacer algo
grande.

—¿Entrenar
no
te
parece
suficiente?

—Sí, claro que sí —masculló—.

Pero es que si miro atrás...

Jason se acomodó en el sillón con
esa seguridad que parecía indicar
que lo tenía absolutamente todo

bajo control. Luke nunca se sentía así; sereno, firme.

—El problema es que, durante todos esos años que estuviste jugando, te prepararon para ganar, pero no para perder. Te decían lo que conseguirías si dabas lo mejor de ti, si avanzabas un poco más.

¿Pero alguien se paró a decirte qué pasaría si no lo lograbas si, por ejemplo, tal como ocurrió, te lesionases a los veintiuno?

Luke alzó la mirada hacia él.

—No, nadie.

—Pues, antes de que eso pasase, alguien tendría que haberte dicho que no pasaría nada por perder. Que no era el puto fin del mundo. Que estás aquí, Luke, con toda la vida por delante. No tienes que hacer

algo grande para sentirte realizado,
no hace falta que seas una estrella o
cambies el curso del mundo.

Luke expulsó el aire que estaba
conteniendo.

—Ella era algo grande. Es.

—Exacto. —Jason sonrió—. Tú
decides qué es grande o pequeño,
Luke. Está en tus manos. Te frustra
no tener una meta fija como antaño.

Un

objetivo

marcado

en

el

calendario. Un sueño que cumplir.

Pero ni siquiera te has parado a
pensar que, al final, todos estamos
aquí luchando por lo mismo. Ser
felices.

—Me siento como un puto niño
caprichoso. —Luke deslizó los dedos
por el contorno del vaso y luego lo
cogió y se bebió el resto del
contenido de un trago.

—Tú eres tu mayor enemigo,
siempre diciéndote un montón de
mierda. —Ladeó la cabeza al
mirarlo—. Si lograses apagar esa
vocecita que tienes en tu cabeza...

—Me da miedo no ser nunca
suficientemente bueno para ella.

—Lo serás cuando consigas ser
primero
suficientemente
bueno
para ti.

Luke se llevó la mano tras la nuca.
Estaba tan cansado de darle vueltas
a lo mismo..., de pensar en ella, no,

de sentir que se moría al pensar en
ella, de verse tan insignificante, de
no reconocerse cuando se tropezaba
con fotografías antiguas en las que
sonreía con los ojos. Suspiró
profundamente.

—Con ella fui feliz. Cada día era
un buen día.

Jason se recostó en su asiento y
sonrió. Se miraron en la oscuridad
de la estancia mientras la ciudad de
San Francisco dormía tras el
ventanal del salón.

—¿Cómo es...? —preguntó.

—¿Ella? ¿Harriet?

—No,

estoy

harto

de

oírte

parlotear sobre ella —bromeó y
luego su rostro se ensombreció—.

¿Cómo es enamorarse? Querer a
alguien así.

—Es como encontrar en los ojos
de otra persona la mejor versión de
ti mismo.

Luke inspiró hondo mientras
observaba la reacción de Jason y se
daba cuenta de que el chico de oro,
el que parecía tenerlo y controlarlo
todo, jamás se había enamorado.

Nunca había sentido lo que él sentía
al verla sonreír, al perderse en ella,
en su mirada, al alargar la mano
para coger la suya y acariciar su piel,
tan suave, tan familiar...

Y entonces tragó saliva, nervioso.

—Soy afortunado, ¿verdad? Lo soy.

Joder.

Jason deslizó el vaso por la mesa tras darle el último trago. Alzó el mentón y, en su expresión, Luke descubrió todo lo que a veces él mismo no se permitía ver.

—Sí que lo eres. Eres un idiota con mucha suerte —rió.

29

—¿Cuánto tiempo piensas seguir así, hijo? —Su madre lo reprendió sin demasiada dureza, y su abuela y sus dos

hermanas

lo

miraron

esperanzadas desde el otro lado de la mesa. Luke ignoró el comentario, cogió el bol de la ensalada y se sirvió más ración; sabía que pocas cosas hacían tan feliz a su madre

como verlo comer en abundancia—.

Tienes que hacer algo. Los demás

también

tenemos

sentimientos,

¿sabes? No es agradable ser testigo

de cómo te consumes poco a poco.

—¡Catherine, basta! —ordenó su

abuela con voz serena. Se metió un

trozo de lechuga en la boca—. Deja

que

el

chiquillo

se

recupere

tranquilo. Necesita tiempo. Es la

primera vez que se ha enamorado.

Su hermana Abbie emitió una

risita y Luke la fulminó con la

mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Y, más concretamente, tú enamorado. Los astros debieron de alinearse.

—Cállate —gruñó.

—Está pasando por el proceso normal tras cualquier ruptura. —Se inmiscuyó su otra hermana, Jane—.

Primero llegó la fase de tristeza absoluta.

Después,

una

leve

recuperación,

seguida

de

otra

recaída, situación en la que se

encuentra ahora mismo.

Luke la señaló con el tenedor.

—¿Puedes dejar de ser psicóloga durante un segundo? Todos te lo agradeceremos. Gracias —masculló antes de bajar de nuevo la cabeza a su plato.

—Podría echarte una mano.

Siempre he querido psicoanalizarte y nunca me dejas hacerlo. No con total libertad, al menos. —Jane le dio un toquecito con el pie por debajo de la mesa y Luke la miró—. ¿Por qué no nos cuentas qué es lo que ocurrió?

Somos chicas.

Todas.

Podemos aconsejarte.

—No es una buena idea, Jane.

—¿Por qué no? —Hizo un mohín.

—Porque no me apetece que toda mi familia me odie.

—Eso suena a que le hiciste algo muy malo.

—¡Deja en paz a tu hermano, niña!

—la reprendió su abuela, que siempre era la que terminaba ordenando y mandando en aquella casa. Miró a Luke con cariño y le preguntó si quería más pollo. Era su ojito derecho.

—Estoy lleno.

—Estás muy delgado —añadió su madre.

—Vamos, Luke, cuéntanos al menos cómo es ella —insistió Jane, y Abbie asintió con interés.

—Vale. —Sus hermanas sonrieron

incrédulas y Luke se acomodó en su asiento, como si fuese a contar una historia larguísima—. Harriet es perfecta. Y ya está. Fin. Espero haber saciado vuestra curiosidad. —Se puso en pie—.

Sois

unas

metomentodo. Me marcho ya.

Todavía le dolía el mero hecho de pronunciar su nombre y no estaba seguro de que aquella sensación fuese a desaparecer. Se había mantenido ocupado las últimas semanas entre el juicio contra Parker, que habían ganado, y el proyecto que había ideado para la pastelería y en el que Mike le estaba

echando una mano. Pero al caer la noche, cuando se tumbaba en la cama y estaba a solas consigo mismo, los recuerdos volvían. La había llamado todas y cada una de esas noches. Treinta y tres días exactos. Treinta y tres veces que ella había dejado que el teléfono sonase hasta que saltaba el contestador.

Luke siempre se quedaba callado tras el pitido inicial, respirando con pesadez, pero al final las palabras se le atascaban en la garganta y nunca decía nada.

Volvería. Iría a buscarla pronto.

Lograría que esas palabras saliesen al fin. Se haría entender, porque, ahora, empezaba a hacerlo, a entenderse; sus dudas, sus miedos, sus debilidades. No era agradable

hurgar en su lado más oscuro, ese
que nunca había querido mirar
demasiado, pero era necesario. Luke
se estaba desprendiendo de todo
aquello que él creía ser, pero que no
era realmente, como si se hubiese
pasado media vida observándose
desde un prisma distorsionado. Y
esperaba que ella pudiese ver la
persona en la que se había
convertido. La que ya era antes, pero
que no se creía.

—¿Veis lo que habéis conseguido?

—protestó su madre—. ¡Cuando por
fin estaba comiendo...! ¡Se ha
dejado medio plato!

—Mamá... —Luke puso los ojos en
blanco y luego negó con la cabeza
dándola por perdida—. No importa.
Te prometo que comeré más la

próxima vez que venga.

Se inclinó para darle un beso a su
abuela en la mejilla y les palmeó la
cabeza a sus hermanas. Salió de la
casa y atravesó el pequeño jardín
lleno

de

flores

vivaces

que

cultivaban cada primavera. Antes de
que cruzase el umbral de la puerta
principal, su móvil sonó. No conocía
el número. Descolgó la llamada.

—¿Luke? ¿Eres tú?

—Sí. ¿Quién eres?

Hubo un momento de silencio.

—Soy Elliott Dune. ¿Me recuerdas?

—Más de lo que me gustaría —

masculló y entonces la imagen de

Harriet acudió a su cabeza y sintió tal vuelco en el estómago que tuvo que sujetarse al muro de piedra para mantenerse en pie—. ¿Le ha ocurrido algo a Harriet? ¿Ella está bien?

—Tranquilo. Está bien. Más o menos.

—¿Qué significa «más o menos»?

Eliott

pareció

pensar

sus

siguientes palabras.

—Está un poco débil —dijo—. No sé qué ocurrió entre vosotros, pero no lo encajó muy bien. Si todavía sigues queriéndola, deberías volver. Al parecer, cuando empezó a correr el

rumor

de

que

te

habías

marchado,

el

abogado

del

Ayuntamiento empezó a investigar

más a fondo la situación. Parece ser

que cuando solicitaste los papeles

para la feria pudieron comprobar

que estabas empadronado en San

Francisco y les resultó raro que no

hubieses pisado el pueblo hasta

entonces —suspiró—. Si demuestran

que lo vuestro fue un acuerdo

temporal, Harriet tendrá que pedir

un préstamo para devolver el dinero

de la herencia.

Luke montó en el coche y sujetó el teléfono con fuerza mientras giraba la llave y arrancaba el motor.

—Ya voy de camino.

30

Las calles de Newhapon no habían cambiado nada. Todo seguía tal y como lo recordaba, con sus noches silenciosas y su cielo plagado de estrellas. Aparcó frente a la casa de Harriet y no reconoció el coche oscuro que estaba a un lado de la calzada. Llamó a la puerta, con el corazón latiéndole a mil por hora, temeroso y deseoso a un mismo tiempo de volver a verla. Pero no fue ella quien abrió, sino Elliott Dune.

—¿Qué
estás

haciendo

aquí?

¿Dónde está ella?

—En la habitación. —Se interpuso

en su camino antes de que pudiese

entrar. Salió al porche y dejó la

puerta

entornada—.

¿Podemos

hablar? —Luke asintió, a pesar de

estar ansioso por verla. Y nervioso. Y

feliz. Y asustado, todo a la vez—. He

estado controlándola estas últimas

semanas. Le hice unos análisis y

tiene un poco de anemia y falta de

algunas vitaminas. Ya le estoy

suministrando

la

medicación

necesaria.

—Joder. —Luke se pasó una mano por el pelo.

—Tranquilo, no es nada grave. Se recuperará.

—Es por mi culpa. Está así por mi culpa.

—No. Está así porque lleva años sin tomarse un descanso. Era normal que se debilitase en algún momento y supongo que al final se juntó todo de golpe... —Dejó la frase a medias—. Barbara lleva unos días ocupándose de la pastelería con ayuda de Angie, desde que Harriet enfermó. Empezó con anginas y ahora la infección se ha extendido hasta el oído. Se tomó hace un rato el antibiótico y le acabo de dar un antiinflamatorio, así que la fiebre empezará a bajar enseguida.

—Necesito entrar y verla ya —rogó
Luke.

—Espera, una cosa más —pidió y
cogió aire antes de hablar—. Si
finalmente

el

curso

de

la

investigación no fuese favorable

para Harriet y tuviese que devolver

el dinero al Ayuntamiento, mi

madre se ha ofrecido a prestarle la

cantidad que necesite, sin intereses.

Ella no quiere aceptarlo, pero tienes

que convencerla de que lo haga o

perderá la pastelería. La situación es

complicada.

—¿Tu madre?

—Las cosas han cambiado un

poco.

Luke tragó saliva.

—¿Por qué estás haciendo esto,

Eliott?

—Porque

siempre

me

ha

importado, pero fui un idiota con

ella y no me di cuenta de la

atrocidad que cometí hasta mucho

tiempo después. Por aquel entonces

solo era un crío centrado en mi

propio ombligo —admitió con voz

serena—. Por desgracia para mí, ella

te quiere.

Pasó por su lado y comenzó a

bajar las escaleras del porche. Luke

se giró hacia él antes de que enfilase

la calle.

—¿Por qué estás tan seguro?

Eliott lo miró vacilante. Había un deje de envidia en sus ojos que no supo o quiso disimular.

—Porque cada noche se queda despierta hasta que recibe tu llamada. Entonces espera hasta que salta el buzón de voz y escucha cómo respiras antes de colgar. —

Luke se estremeció—. Me lo explicó Angie el otro día. Y esta noche me he quedado con ella porque le había subido la fiebre. No has llamado. Así que no se durmió hasta hace un rato, cuando no aguantó más.

—No llamé porque... estaba de camino...

—Lo sé. Intenta no alterarla mucho. Ella no sabe que estás aquí. Si no le baja la fiebre, le puedes dar

un antitérmico dentro de unas tres horas; toda la medicación está en la encimera, el antibiótico no le toca hasta las diez de la mañana.

—De acuerdo. Gracias.

—No me las des. Lo hago por ella.

Luke empujó con delicadeza la puerta de la entrada y la cerró a su espalda. Apenas había luz. Caminó despacio hacia aquella habitación donde habían compartido tantos momentos, de esos que parecen tontos mientras están pasando, pero que al final son los que se quedan en el recuerdo para siempre, como fotogramas de felicidad.

Harriet era un pequeño bulto entre las mantas de la cama. Tenía los ojos cerrados y estaba encogida sobre sí misma. Luke apenas podía

distinguir el contorno de su rostro
en medio de la penumbra, pero
deslizó con cuidado el dorso de la
mano por su mejilla y ella se
sacudió ante la trémula caricia.

—¿Eliott?

—No. Soy yo, Harriet.

Todo su cuerpo se tensó de
inmediato, pero no se movió.

Permaneció hecha un ovillo, girada
de cara a la pared que había al otro
lado de la cama.

—Vete. Por favor.

—No voy a irme.

—Pero yo quiero que lo hagas...

—No es verdad.

Luke apoyó una rodilla en el
colchón y se sentó junto a ella. A
pesar de que la estancia seguía
sumida en la oscuridad, advirtió que

sobre la mesita de noche había un par de tarros de cristal llenos de hojas. Eran nuevos. Suspiró con pesar al tiempo que alargaba una mano para apartarle con cuidado el cabello de la frente. Estaba sudando.

Y ardía. Lo único que deseaba era abrazarla muy muy fuerte y no soltarla jamás, pero temía asustarla.

—Te traeré un trapo con agua fría.

—No, Luke.

—En nada te bajaré la fiebre.

Aguanta un poco, Harriet.

Fue a la cocina, buscó un paño limpio y lo mojó antes de escurrirlo sobre la pila. En aquella estancia también había nuevos botes de cristal con delicadas hojas que Harriet había decidido resguardar bajo su protección. Se odió por

haberla hecho sentir insegura de nuevo, por abrir las puertas que ella tanto se había esforzado por cerrar.

Luke regresó a la habitación y dejó un vaso de agua en la mesita. Encendió la lamparita de noche, que emanó una luz tenue.

—Ven, gírate un poco para que pueda ponerte esto. Te sentirás mejor.

—No.

—Harriet...

—No quiero que me veas así —susurró, y se hizo más un ovillo entre las mantas, como si intentase esconderse de él.

—¿Así cómo? —Esperó algún tipo de respuesta—. ¿Harriet?

Luke se inclinó sobre ella y la movió con delicadeza hasta girarla

hacia él. Ella no encontró las fuerzas
necesarias para resistirse; dejó caer
las manos con las que se cubría el
rostro y a él se le encogió el corazón
en un puño. Tanto que dejó de
respirar.

Estaba pálida. Tenía las mejillas
hundidas

y

unas

ojeras

pronunciadas que ensombrecían su
mirada. Había adelgazado mucho.

Demasiado. Harriet ya había sido
poca cosa tiempo atrás, pero ahora
estaba en los huesos. Luke se dejó
caer a su lado y la estrechó contra su
cuerpo, ignorando la rigidez que
adoptó el de ella.

—¿Yo te he hecho esto? —gimió

temblando—. Joder, Harriet. Joder.

Lo siento mucho. Lo siento. No sé cómo, pero te prometo que lo arreglaré todo.

La alzó para sentarla sobre su regazo. No pesaba nada. Se recostó contra el cabezal de la cama y le colocó en la frente el trapo mojado, presionándolo suavemente con los dedos. Le besó la nuca, le besó la cabeza. Seguía teniendo mucha fiebre.

—Todo esto pasará, ¿vale? —susurró en su oído—. Ni siquiera lo recordaremos dentro de unos años.

Voy a cuidar de ti, Harriet. Y te demostraré que merezco la pena.

—No —murmuró—. Ya no te quiero, Luke.

—Pues

haré
que
vuelvas
a
quererme.

Harriet abrió los ojos en la penumbra de la habitación, a pesar de que, por la luz tenue que se distinguía tras la cortina, debía de ser media mañana. Se quedó en la cama escuchando el sonido del cajón de los cubiertos y del grifo del agua al abrirse. Recordó la llegada inesperada de Luke la pasada noche y sintió que se quedaba sin aire.

Tosió. Le ardía la garganta y cada centímetro del cuerpo, pero no era nada en comparación con lo que había sentido al saber que él había regresado. Se había convencido de

que no volvería a verlo. Y ahora estaba allí. Otra vez. ¿Cómo podía doler tanto su mera presencia? En teoría, solo era un número más. Un hombre entre millones y millones de personas que ahora mismo caminaban por el mundo. Pero era él.

Él. Único e irremplazable.

Luke era vértigo.

Ella dejó escapar el aire que estaba conteniendo, exhausta, y permaneció un rato más en la cama hasta que finalmente se armó de valor y se puso en pie. Tembló. Se cubrió con una sábana que arrastró por la madera del suelo al caminar y cuando llegó a la cocina permaneció muy quieta en medio de la estancia, mirándolo. Él se giró; la nuez de su

garganta se movió con suavidad.

—¿Cómo te encuentras?

Y su voz. Esa voz...

—Bien. Tengo que tomarme la
medicación —contestó, aunque en
realidad le daban unos pinchazos
terribles en el oído y sentirse con
tan

poca

fuerza

le

resultaba

frustrante—. Y quiero..., no, necesito
que te vayas —añadió en un susurro.

—No voy a irme, Harriet. —Apartó
la mirada de ella y se secó las manos
en un trapo de cocina antes de
acercarse a la encimera y coger las
pastillas que le tocaban. Le preparó
un vaso de agua y se lo tendió. Ella

lo aceptó con manos temblorosas.

Después se quedó sentada en uno de los taburetes que rodeaban la isla de la cocina, sin decir nada, sin hacer ningún ruido, tan solo mirándolo cocinar. Luke estaba de espaldas a ella y cortó en trocitos muy pequeños zanahorias, cebollas, tomate, apio, puerros y ajos. Harriet contempló cómo metía después toda la mezcla en una cazuela con agua que estaba hirviendo y añadía una pizca de sal y algunas especias. Luego abrió la nevera y empezó a rebuscar dentro. Lanzó un yogur a la basura.

—¿Qué

estás

haciendo?

—le

preguntó, y él pareció sorprenderse al oírla. Llevaba ahí sentada más de media hora sin decir ni una palabra.

—Tirar las cosas caducadas.

—Me refería a lo que tienes al fuego.

—Sopa de verduras. Para ti.

—No tengo hambre. Me haré un vaso de leche.

Él cerró la nevera y la miró muy serio.

—Te puedo asegurar que vas a comer sopa de verduras, aunque tenga que meterte cada cucharada a la fuerza en la boca. —Harriet presionó los labios y sujetó con más fuerza los extremos de la sábana con la que se tapaba cuando Luke la señaló con la mano—. ¿Tú te has visto?

Estás...

muy

delgada.

Necesitas recuperarte.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Habría sido más fácil que no

volvieses.

—¿Más fácil para quién?

—Para mí. Para los dos.

—Ni siquiera debería haberme ido

nunca, Harriet. —Rodeó la isla de la

cocina y se paró a su lado, apenas a

unos centímetros de distancia.

Acogió sus mejillas con las manos—.

¿No lo entiendes? A ti te tenía muy

clara, a quien no me tenía tan claro

era a mí mismo. Pero te quería.

Igual que te quiero ahora. Y verte así

es lo más jodido por lo que he

pasado en mucho tiempo —susurró

—. Así que a partir de ahora vas a comer y a descansar. Y, mientras tanto, me ocuparé de todo lo relacionado con la pastelería.

Harriet sintió que algo se rompía en su interior. Sorbió por la nariz e intentó inútilmente no llorar. No era solo porque la pastelería fuese el gran sueño de su vida, también porque allí había invertido ilusión, esfuerzo, ganas y esperanzas. Pensó en el día que la abrió, en la mirada orgullosa de Angie mientras le daba el tercer anillo, en las manos inquietas de Jamie que lo probaban todo, en la voz cantarina de Barbara y sus amigas, y en su propia satisfacción al lograr al fin lo que tanto había deseado...

—La voy a perder. Saben que todo fue una farsa. Tendré que cerrarla —

sollozó—. Y no hay nada que tú
puedas hacer para evitarlo. Es
demasiado tarde.

Luke negó con la cabeza, alzó una
mano y le colocó tras la oreja un
mechón de cabello dorado que
había escapado de su coleta.

—Al final, lo nuestro podrá haber
sido muchas cosas, pero no una
farsa. Sé que no te he dado razones
para hacerlo, pero confía en mí
cuando te digo que no la perderás.

Paseó

la

mirada

por

su

desmejorado rostro y se detuvo en
sus labios. Estaban allí, tentándolo.

Se inclinó lentamente hacia ellos,

pero Harriet giró la cara en el último
instante y él se mantuvo quieto un
segundo, antes de darle un beso
tierno en la mejilla que a ella la hizo
estremecer.

Llevaba más de una semana en
Newhapton

cuando

finalmente

logró que dejaran de lado la
investigación. Su presencia allí
calmó los ánimos, pero aun así
había tenido que reunirse con el
abogado de Fred Gibson dos veces,
respondiendo

a

unas

cuantas

preguntas incómodas sobre su
matrimonio. Se llegó a la conclusión

de que era imposible probar que
había sido un fraude.

Harriet recuperó algo de peso y,
tras saber que no tendría que cerrar
la pastelería, su rostro adquirió ese
brillo especial y vivaz que Luke
llevaba días deseando ver. Esa tarde
se sentó a su lado en el sofá,
dejando
cierta
distancia
entre
ambos. Vestía unos pantalones
cortos
y
él
tuvo
que
hacer
verdaderos esfuerzos para apartar la

mirada de esas piernas que tantas veces había acariciado.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

No

pueden

demostrar que nada sea mentira.

Además, como si fuese así el dinero iría destinado al Ayuntamiento, los amenacé con demandarlos por acoso al tener intereses económicos en la causa y no ser imparciales.

Él sonrió. En realidad, la charla con el abogado no había sido

demasiado

agradable

y

ser

simpático no era precisamente su punto fuerte. Las cosas se habían

puesto un poco feas hacia el final y
sabía que, a partir de ahora, estarían
vigilándolos hasta que se cumpliera
el plazo estipulado. Tan solo
faltaban unas semanas, pero eso no
le importaba, porque no pensaba
irse. No pensaba irse nunca.

—No me la van a quitar —insistió
con voz temblorosa.

—No.

Ya

no

tienes

que

preocuparte más por eso.

Se acercó a ella. Necesitaba
tocarla. Lo necesitaba. Durante toda
la semana se habían mantenido
alejados,
callados,

sin

quiera

rozarse. Luke había dormido todos los días en el sofá. Bueno, si es que a cerrar los ojos un par de horas cada noche se le podía llamar «dormir», porque era incapaz de dejar de pensar que todo lo que quería estaba muy cerca, apenas a unos pasos de distancia, y a la vez muy lejos. Algo había cambiado en Harriet. De vez en cuando la pillaba observándolo en silencio, pero, en cuanto él se percataba, ella apartaba la mirada, agachaba la cabeza y volvía a perderse en sí misma. Y a Luke lo volvía loco no saber en qué estaba pensando, así que había matado las horas del día yendo y viniendo a la pastelería, de la que se

encargaban

Barbara

y

Angie,

arreglando las tablas de madera que aún estaban sueltas, limpiando el tejado de la casa o arrancando los hierbajos que cubrían el jardín de la parte de atrás. Cualquier cosa que lo mantuviese ocupado.

Deslizó la mirada hasta su boca y se mordió el labio inferior, haciendo un esfuerzo por contener sus impulsos. Se había prometido a sí mismo que mantendría las manos quietas y le dejaría espacio. Iba a permitir que Harriet tomase las riendas de la situación, pero aquello era un sufrimiento innecesario. No podía más. Tampoco es que la

paciencia formase parte de sus
virtudes a destacar.

—¿Cuánto tiempo más tenemos
que seguir fingiendo?

—No sé de qué hablas —respondió
cohibida.

—De fingir que no me quieres —
aclaró.

Luke respiró profundamente. Aún
estaba a tiempo de retroceder,
volver a la retaguardia y seguir
dejando pasar los días entre
dolorosos silencios y miradas que
decían todo lo que ella no era capaz
de admitir. Pero él no era así. No lo
era. Para lo bueno y para lo malo se
dejaba llevar. Y todo lo conducía a
Harriet.

—O que no estás loca por mí, ni te
mueres de ganas por que nos

encerremos

en

la

habitación

durante días. Apuesto lo que sea a

que ya estás imaginando todo lo que

haremos. —Acortó la distancia que

los separaba y rodeó su cintura con

los brazos. Pegó su frente a la suya—.

Eh, abejita, ¿por qué lloras...? —Su

voz perdió por el camino el tono

divertido y se tornó cauta e

intranquila—. Harriet, háblame. Por

favor.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerte daño,

Luke —gimió—. Siento todo lo que

te dije cuando te fuiste. No es

verdad. Tú no estás vacío por dentro.

Y claro que me resulta tentador lo que dices, meterme en la habitación contigo, como hacíamos antes, fingir que todo es perfecto así, pero no puedo seguir engañándome.

—No te entiendo, joder.

—Ya lo sé. Ese es el problema.

—¡Pues explícamelo! Haz que lo comprenda.

Luke le limpió las lágrimas con la punta de los dedos y a Harriet le tembló el labio inferior. Ella cerró los ojos. Había pensado mucho en aquello durante el último mes. Le había dado vueltas y más vueltas, quizá demasiadas, hasta convencerse de que no podía dejarse llevar por una atracción tan

efímera, tan frágil..., y que ya era hora de que empezase a ser un poco más egoísta y a pensar en sí misma, porque el otro camino solo le había traído decepciones, desencuentros y dolor.

—Tú

me

haces

sentir

muy

insegura y necesito tener la certeza de que la persona que tengo enfrente siente lo mismo. Sin dudas.

Yo jamás dudé de mis sentimientos hacia ti. No podía. Solo con mirarte..., es que sobraba todo lo demás —dijo—. Toda mi vida... toda mi vida ha estado marcada por aquellos que decidieron dejarme

atrás o para los que no fui
suficientemente buena. Lo sabías. Y
aun así tú también te ibas a ir...

—No pude. No lo hice.

—¡Pero querías hacerlo! —Luke se
quedó callado, mirándola—. No
necesito que me digas lo bien que
nos lo vamos a pasar si nos metemos
en la habitación, lo que necesito son
certezas. Es seguridad. Y tú no
puedes darme nada de todo eso.

Nervioso, Luke se puso en pie y se
frotó el mentón.

—Joder, Harriet. Sabes que no se

me

da

bien

explicarme.

Las

palabras... no me salen. Pero te

quiero. No entiendo por qué eso no te parece suficiente. Si pudieses entrar en mí y ver todo lo que siento...

Ya. El problema era ese. Que ella era incapaz de verlo y él no se lo decía. Harriet exhaló hondo antes de levantarse también y encerrarse en su habitación. Se sentó en un rincón, con las piernas encogidas, y se abrazó las rodillas. ¿Por qué no podía entenderla? Que se sentía muy pequeña después de tantos traspiés. Que necesitaba garantías antes de abrirse de nuevo. Que ya había arriesgado demasiadas veces. Que tenía un miedo atroz a decirle que sí, a confiar en él y que, tras tachar ese reto de su lista, Luke volviese a irse en busca de

emociones más estimulantes. Que a veces la inseguridad era tal que no podía evitar pensar que él terminaría aburriéndose de ella tarde o temprano. Y lloró de impotencia.

Por no conseguir erradicar todo lo que no quería ser y por lo que había luchado aquellos años.

No supo qué hora era cuando volvió a ponerse en pie. Luke no estaba en casa y ya casi había anochecido.

Enfadada

consigo

misma, se dirigió a la cocina, cogió

todos los tarros de cristal y salió al

porche trasero, donde se sentó

mientras sollozaba con rabia. La

luna menguante se recortaba en el

cielo oscuro. Sostuvo uno de los

botes

con

manos

temblorosas,

observando las hojas. Y notó el

corazón golpeándole contra las

costillas al advertir el polvillo que se

asentaba en el fondo, porque se dio

cuenta de que guardarlas no había

servido de nada. No las estaba

protegiendo. No podía protegerlas.

Desaparecerían como todas las

demás; quizá más tarde, pero lo harían también. De repente se sintió tonta y ridícula por haber seguido haciendo lo mismo que cuando era una niña solitaria y débil, y advirtió que, de algún modo, esa niña seguía muy viva dentro de ella y necesitaba dejarla marchar.

El primer tarro se abrió con un suave clic.

Harriet contuvo la respiración y luego lo volcó, las hojas cayeron y formaron un montoncito a sus pies que rápidamente se disipó cuando sopló una ráfaga de viento. Intentó no llorar. Hizo lo mismo con el segundo. Y el tercero. Y el cuarto. Todos.

—¿Qué estás haciendo...?

Se giró. Luke parecía consternado,

recorriendo con la mirada las hojas
que se perdían arrastradas y los
botes de cristal, ahora vacíos, que
estaban amontonados a un lado.

Harriet se levantó y sacudió las
manos.

—No sirven. No están seguras ahí
dentro —respondió antes de pasar
por su lado y volver a meterse en la
casa. No cenó. Regresó a la
habitación, se escondió bajo las
mantas y se preguntó hasta cuándo
se sentiría así y si en realidad algún
día había dejado de hacerlo.

El sol levantaba motas de polvo tras
el cristal de la ventana cuando abrió
los ojos al oír su voz. Tardó unos
segundos
en
incorporarse

y

preguntarle a Luke qué estaba
haciendo allí, en su habitación,
inclinado hacia ella.

—Tengo que enseñarte algo. —La
miró inseguro—. Solo si tú quieres.
Pero dime que quieres, por favor,
porque creo... creo que entendí lo
que querías decirme ayer y necesito
que ahora me entiendas tú a mí.

Harriet supo que no iba a poder
negarse en cuanto se perdió en su
mirada verde. Se puso en pie con
lentitud y luego dejó que Luke le
tapase los ojos con las manos y la
guiase con suavidad hacia la cocina.

Intentó que no notase que su
proximidad la hacía temblar y que,
a pesar de todo, lo único que
deseaba era darse la vuelta y

esconder la cabeza en su pecho y
escuchar el latido de su corazón...

—¿Estás lista?

—Creo que sí.

—Vale, pues...

Apartó las manos, permitiéndole
ver. La cocina estaba como siempre,
nada había cambiado. Los vasos
limpios, sobre la repisa; los platos
apilados, a un lado; los moldes para
hacer pasteles, dentro del horno; las
especias,

en

las

estanterías

superiores, justo al lado de...

Los tarros de cristal.

Harriet dejó de respirar. Estaban
ahí, como siempre. También el que
ocupaba el sitio al lado del

tocadiscos y el que reposaba junto al
pequeño jarrón de la isla de
madera. Pero ninguno estaba lleno
de hojas. Dentro de los botes solo se
distinguían algunos papeles de
colores doblados.

—¿Qué... qué has hecho?

—Ábrelos. Empieza por el que
quieras.

—Luke...

Él alargó un brazo y bajó uno del
estante más alto.

—Toma.

Ella lo cogió. Y le sorprendió el
tacto familiar del tarro de cristal y, a
la vez, la novedad que suponía que
no estuviese repleto de hojas. Lo
abrió con suavidad, metió la mano y
sacó un papel que desdobló.

Encontró la letra de Luke, los trazos

imprecisos.

«Prepararte el desayuno todos los domingos.»

Luke gruñó por lo bajo.

—Espera. Justo ese... no era el mejor. —Le quitó el bote de las manos y lo sacudió sobre la encimera sacando varios papelitos a la vez. Aguantó la respiración al mirarla de nuevo—. Léelos, por favor.

Y Harriet los leyó. Uno a uno.

«Despertar cada mañana a tu lado y susurrarte un te quiero antes de que empiece el día.» «Llevarte a ver un partido de los San Francisco 49ers y atiborrarnos de nachos con queso.» «Hacer una escapada de fin de semana y comprar discos nuevos en alguna tienda de segunda mano

para ese viejo tocadiscos que
tenemos.» «Hacerte el amor en la
ducha... ¿Cómo es posible que
todavía no lo hayamos probado?»

Harriet rio y sorbió por la nariz
mientras desdoblaba el siguiente
papel.

«Tragarme

todos

los

(insufribles) programas de cocina
que tanto te gusta ver.» «Hacer mi
especialidad una vez a la semana
(ensalada con pollo y curry...), y no
probar contigo mis experimentos
culinarios.» Ella alzó la mirada
hacia él.

—Luke, todo esto...

—Sigue leyendo —la cortó.

«Viajar. Viajar contigo a cualquier

sitio, aunque sea con la mochila a
cuestas, recorrer el mundo a tu
lado.» «Inventar nuevas teorías
sobre la destrucción humana.»
«Bailar alguna de Sinatra... y luego
follarte lento en el suelo de la
cocina. Para que luego digas que no
soy romántico.» «Abrazarte muy
fuerte todas las noches.» «Llevarte a
San Francisco y enseñarte la ciudad,
sus calles empinadas, pasear por la
costa; presentarte a mi familia y a
mis amigos.» «Quererte más y mejor
cada día.» «Limpiar el cobertizo.»
«Dejar de tener miedo.» «Comer
más mierda verde, digo, verduras...
si eso te hace feliz.»

Harriet sonrió entre lágrimas.

Abrió el siguiente papelito, ya del
segundo tarro de cristal, pero veía

borroso y no podía distinguir bien
las letras que bailaban. Luke dio un
paso hacia ella con gesto inseguro.

—Si aún quieres que me vaya,
dímelo ahora y te prometo que lo
haré en cuanto se cumpla el plazo
de la herencia —susurró y luego
bajó la cabeza para poder mirarla a
los ojos—. Pero si confías en mí, si lo
haces, te prometo que todo lo que
he escrito ahí será nuestro futuro.

Nunca he estado tan seguro de algo
como de esas palabras y las quiero
contigo. Lo único que necesito es
que cuando me mires encuentres
certezas.

Ella sorbió por la nariz y hundió
el rostro en su pecho. Luke cerró los
ojos y la abrazó mientras expulsaba
el

aire

que

había

estado

conteniendo.

—Cuando te miro lo encuentro

todo, Luke.

Eso era lo que necesitaba oír.

Necesitaba saber que él podía serlo

todo para ella, aun con sus defectos

y sus carencias. Inspiró hondo

cuando la oyó susurrarle que lo

quería. La había echado de menos.

Ella. Su risa. Su permanente buen

humor. El tacto suave de su piel. Su

boca. Luke se separó un poco y

buscó sus labios. Los rozó.

—¿Sabes lo que pensaba anoche,

mientras hacía manualidades como

un puto niño pequeño recortando

papelitos? —bromeó, y su aliento
cálido se mezcló con el de ella—.
Que, si todos los fracasos de mi vida
me han conducido hasta ti, no
pueden haber sido tan malos. Ha
valido la pena el camino recorrido.
Harriet sonrió. Y Luke atrapó
aquella sonrisa con la boca en un
beso lento y profundo, y se prometió
a sí mismo que se pasaría la vida
cazando la felicidad dibujada en sus
labios. Deslizó las manos por su
espalda y le subió la camiseta con
lentitud.
—¿Qué haces? —Ella rio y se
apretó más contra él, divertida.
—Las ganas que te tengo... —
gruñó.
—¿Quieres
empezar

a

demostrarme tus promesas?

Luke esbozó una sonrisa traviesa,
y luego la cogió y la cargó sobre su
hombro

mientras

ella

dejaba

escapar una carcajada.

—Es hora de tachar la palabra

«ducha» de la lista.

Epílogo

(Un año más tarde)

Ibiza, España

El sol me acaricia la piel y a lo lejos
se oyen los gritos y las risas de los
bañistas y el sonido de las olas al
romperse antes de llegar a la orilla.

No estoy segura de qué hora es
porque aquí el tiempo parece

haberse

detenido

desde

que

llegamos hace cuatro días. Suspiro

al notar las manos algo ásperas de

Luke acariciándome el estómago.

Abro los ojos. Está tumbado a mi

lado, en la toalla de playa, apoyado

sobre un codo, y, aunque no puedo

asegurarle porque lleva puestas

unas gafas de sol, estoy segura de

que su mirada es sexi y peligrosa.

—Me estás volviendo loco con este

biquini diminuto. —Tira de la goma

de la braguita blanca con un dedo—.

Son como dos centímetros de tela.

Debería ser ilegal.

Me estiro más sobre la toalla.

—En realidad, creo que llevo

demasiada ropa.

—Define «demasiada» para ti.

—Me molesta la parte de arriba —
protesto y me llevo las manos al
cordel que llevo atado al cuello.

—Ni lo sueñes, abejita.

—¿Por qué no? Aquí todas lo
hacen.

—No pienso dejar que todos los
tíos salidos te miren las tetas.

—Eres un muermo —suspiro—.

¿Sabes que los celos injustificados
no tienen nada de atractivo?

Me giro y me tumbo de espaldas, a
pesar de que probablemente ya
estaré roja como una gamba. No
importa cuánta protección use, mi
cuerpo se niega a cooperar. Hundo
el rostro en la toalla y entonces noto
las manos de Luke sobre mis

hombros. Se inclina hacia mí y me
susurra al oído.

—No te muevas.

Me acaricia la piel con la punta de
los dedos y siento un hormigueo
cuando desata con cuidado los dos
nudos de la parte superior del
biquini. Deposita un beso en mi
espalda y luego me rodea la cintura
con una mano.

—Ya puedes girarte.

Lo hago. La tela blanca cae a un
lado y la brisa del mar me hace
cosquillas en la piel de los pechos.
Le dedico una mirada traviesa y él
se relame el labio inferior.

—Vamos al agua. Ya —ordena
haciéndome reír.

Corremos por la orilla cogidos de
la mano y nos zambullimos en el

agua fría y cristalina de esta cala
pequeña y recogida entre las rocas.

Me rio cuando me abraza y enredo
las piernas en torno a su cintura
mientras él se mueve lentamente
hacia una zona más profunda.

El sol rojizo se funde con el
horizonte y por un momento pienso
que el cielo se está desangrando.

Hemos visto cada día el atardecer,
pero el de hoy es increíble. Luke me
coge de la nuca y me besa. Sabe a
sal, sabe a todo lo que siempre he
querido. Mientras las olas nos
mecen en un suave vaivén, sigue
sosteniéndome con una mano por la
cintura y con la otra me acaricia uno
de los pechos, lo acuna en su palma
con delicadeza y sonrío sobre mis
labios.

—Pues tiene su parte práctica esto
del toples.

—Ni se te ocurra pensar que
vamos a hacer algo aquí.

—¿No? —Presiona sus caderas
contra mí y lo noto más que
dispuesto—. ¿Estás segura? Medítalo
un poco más... —susurra ejerciendo
más fuerza, y entonces oímos a un
grupo de chiquillos reír a lo lejos
mientras luchan entre ellos por
conseguir subir a una colchoneta.

Luke gruñe frustrado e inspira
hondo—. Está bien. Más tarde. En el
hotel. Olvídate de dormir esta
noche.

Me rio y lo abrazo hasta que el sol
desaparece y salimos del agua. Me
pongo
los

vaqueros

cortos

deshilachados

y

una

camiseta

blanca

con

los

hombros

al

descubierto sobre la parte superior

del biquini. Luego subimos en la

moto que hemos alquilado durante

nuestra estancia aquí y recorreremos

la isla disfrutando de las vistas, de la

vegetación que cubre la línea de la

costa, del olor a salitre, las calles

empedradas

y

las

enormes

buganvillas púrpuras que trepan por las paredes blanquecinas de las casas como si desearan llegar hasta el cielo azul cobalto.

Luke aparca poco después en un restaurante frente a la costa. Nos sentamos en la terraza y pedimos un plato de marisco variado. Huele a mar y se ven las luces de los barquitos sobre el agua. No dejo de pensar en todo lo que ha cambiado, en que nunca he sido tan feliz, en que me siento muy muy afortunada ahora mismo. Luke coloca su mano sobre la mía, encima de la mesa y me mira preocupado.

—Estás seria. ¿En qué estás pensando, Harriet?

Me muerdo el labio inferior
mientras uno de los camareros nos
sirve dos copas de vino. Le doy un
trago cuando se marcha.

—En que ahora mismo no
cambiaría nada de mi vida. Ni
siquiera las pequeñas tonterías que
surgen en el día a día. También me
gustan. Todo me gusta.

—¿A qué te refieres? —Luke
frunce el ceño.

—A lo cabezón que eres. O lo
difícil que resulta convencerte de
que la cocina no es lo tuyo. También
está eso que haces cada vez que te
duchas, dejar todo el suelo del baño
lleno de agua y las toallas tiradas
por ahí... —Suelto una risita—. Hasta
eso me encanta de ti. Tener una
excusa para reñirte o enfadarme de

vez en cuando y ver cómo pones los
ojos en blanco o mascullas por lo
bajo.

Luke ladea la cabeza y sus dedos
juguetean con el tallo de su copa.

—Yo adoro que me despiertes
temprano los domingos, que tardes
años en secarte el pelo y finjas un
secuestro en el cuarto de baño o que
siempre, joder, siempre te comas la
última patata frita, pero dejes la
bolsa en la despensa para que,
cuando la abra, me ilusione al
pensar que todavía quedan.

Dejo escapar una carcajada y
luego lo miro y de verdad que no
existe nadie más en este restaurante,
en este mundo, solo él, frente a mí,
con ese gesto suyo tan tierno que
aparece en cuanto nuestros ojos se

encuentran.

Pienso en lo mucho que me ha
hecho aprender. Luke fue el
detonante que me hizo darme
cuenta de que las cosas casi nunca
son blancas o negras. Hay mil
matices de grises. Todos somos
grises. ¡Y qué difícil es juzgar a las
personas!

Qué
complicado
catalogarlas en el bando de los
«buenos» o los «malos», como si
todo fuese tan sencillo. Con el
tiempo he entendido que ni mi
padre fue tan malo, aun con todo su
dolor transformado en rabia, ni
Barbara siempre tan moralmente
correcta. Que Angie a veces se
equivoca, igual que Jamie, pero que

los quiero con y a pesar de sus
errores. Sobre todo «con». Y que
incluso creo que he perdonado a
Eliott de verdad y, si me esfuerzo,
hasta puedo entender por qué
Minerva vive con ese miedo que la
hace defenderse con uñas y dientes.
Saco el móvil del bolso al oír el
pitido de un mensaje.

—¿Quién es? —pregunta Luke.

—Angie. Dice que Abril está
comiendo más. —Sonrío. Ese bebé

es

la

cosa

más

adorable

y

maravillosa del mundo—. Y que han
seguido entrando pedidos de la

tienda a pesar de estar cerrada. No entiendo por qué no leen el banner ese que pusiste. ¿Sabes...? No importa. Ya me ocuparé de eso cuando volvamos.

Luke

asiente

satisfecho

y

comienza a comer en cuanto nos sirven los platos.

Durante el mes que estuvimos separados, tuvo la idea de crear una tienda online de repostería que complementase las ventas del local.

Sus amigos lo ayudaron a diseñarla

y

a

promocionarla

tras

su

lanzamiento. Gracias a eso ahora
recibimos pedidos a nivel estatal y
estamos

planeando

ampliar

horizontes el próximo año, aunque

Luke apenas tiene tiempo libre

entre las clases en el colegio y su

trabajo como entrenador. Tenemos

muchos encargos de tartas para

bodas, cupcakes divertidos para

despedidas de solteras y dulces

especiales

para

todo

tipo

de

celebraciones.

Y

eso

era

exactamente lo que siempre había

deseado,

que

todo

estuviese

enfocado a un plano más creativo,

divertido e innovador. Es perfecto.

Tan perfecto que quizá...

—Tenemos que seguir pensando

en lo de la franquicia. —Luke se

adelanta a lo que estoy pensando—.

San Francisco debería tener su

propia Pinkcup. Jimena estaría

encantada de dirigirla, ya lo sabes —

añade, refiriéndose a una de las

amigas de Rachel, a la que había

tenido la oportunidad de conocer

tiempo atrás durante una de

nuestras habituales visitas a la ciudad—. Y buscar el local sería fácil teniendo a Jason. Seguro que en la inmobiliaria tiene justo lo que necesitamos.

—Creo que ahora mismo Jason ya tiene suficiente lío encima como para pedirle que nos eche una mano. Podemos dejarlo para más adelante, Luke.

Él asiente pensativo y luego sonrío y chasquea la lengua.

—¿Quién lo iba a decir...? Y eso que era el «responsable» del grupo.

—¡No seas malo! —bromeo, y le doy un toquecito en la pierna.

Nos comemos el marisco y la ensalada entre risas

y

conversaciones tontas (¿sería posible que los alienígenas ya hayan invadido la Tierra, estén entre nosotros y uno de ellos sea nuestro camarero? El hombre es muy raro, pero Luke dice que no es probable, porque de ser así hubiese elegido un trabajo más cómodo. Yo creo que eso era precisamente lo que el alienígena querría que pensásemos).

Cuando terminamos de cenar y pagamos la cuenta, salimos de allí paseando sin prisa.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —pregunto.

—Divertirme.

Bailar

contigo.

Acabar en el hotel.

Luke me coge de la mano antes de que pueda poner ninguna objeción y me arrastra a su paso por las calles despiertas de Ibiza. Entramos en un par de locales pequeños, de aspecto hippie y colorido, y en cada uno de ellos nos bebemos un chupito y nos dejamos llevar por la música alegre y el ambiente.

Siento que estoy flotando cuando nos movemos al son de una melodía latina y Luke clava la yema de sus dedos en la piel de mi cintura, que queda al descubierto cuando me sube un poco la camiseta. Se inclina y me besa. Sabe a tequila y a limón, y deslizo la lengua por sus labios con lentitud. Él se aparta y me mira con deseo antes de echarse a reír.

Esa risa despreocupada y segura que

me hizo fijarme en él la primera vez
que la oí en aquella piscina de Las
Vegas. Me gusta que siga siendo así,
que no le importe qué pensarán de
él los demás, que se deje llevar por
sus impulsos y haga caso de la
primera idea loca que cruza por su
cabeza.

No sé cómo, pero al final
terminamos en una discoteca. Las
luces de colores se mueven de un
lado a otro. Llevo una pulsera de
neón en la mano que no sé de
dónde demonios ha salido. Luke
está eufórico y me coge en brazos
mientras salta entre la gente al son
de la melodía electrónica que suena.

Dos chicos nos acompañan y no
dejan de darle palmaditas en la
espalda. No sé cómo nos hemos

hecho amigos de ellos, porque no
hablan inglés y nosotros solo
sabemos cinco palabras en español:
«Fiesta», «hola», «gracias», «paella»,
«Macarena». Pero son simpáticos y
me gustan las rastas que uno de
ellos lleva en la cabeza. Me gustan
tanto que no dejo de intentar
estirarle el pelo y a él parece hacerle
mucha gracia. No sé qué es tan
gracioso, pero no importa, le sonrío
después de darle otro tironcito.

De pronto empieza a caer espuma
del techo del local. ¿Esto es real o
estoy soñando? Me agarro al
hombro de Luke y él me sujeta
contra su cuerpo mientras todo el
mundo se mueve a lo loco a nuestro
alrededor. Me rio. Se ríe. Me da un
mordisquito en el cuello y yo me

derrito entre sus brazos.

—Harriet...

—Dime.

—Te adoro. Y lamento decirte... —

hace una pausa cuando cae más
espuma y coge un poco con la mano
y me la restriega por la cara antes de
meterla en mi escote entre risas—,
que no voy a dejarte escapar. Estás
condenada a pasar el resto de tu
vida conmigo. Qué putada para ti.
Qué bien para mí —bromea, porque
ahora sé que se dio cuenta hace
tiempo de lo especial que era, no
solo para mí, sino para el mundo.
Ruedo a un lado de la cama con los
ojos entrecerrados. Estoy muerta. Va
en serio: o he muerto o la cosa ha
estado ahí ahí, muy cerca. Me
palpita la cabeza. Me palpita todo el

dichoso cuerpo. Consigo levantarme y camino a tuestas mientras Luke también se incorpora; me meto en el cuarto de baño de la habitación del hotel. Suelto un quejido cuando enciendo la luz y abro la boca al mirarme al espejo.

Llevo una trencita de colores en el pelo. Un pelo que no parece mi pelo, sino una maraña rubia que da miedo. Un collar de flores gigantes muy raras cae hasta rozarme el ombligo. El ombligo. Claro, porque no sé dónde está la camiseta blanca que vestía la pasada noche y solo llevo la parte de arriba del biquini (gracias a Dios).

—¡Harriet! —Luke golpea la puerta del baño con el puño y noto un leve tono de urgencia en su voz.

—¡Yo también tengo que hacer pis,
espérate! —protesto.

—Joder. Necesito que salgas —le
oigo maldecir por lo bajo.

—Ya voy. —Abro el grifo y me lavo
las manos con jabón—. Y, por cierto,
segunda y última vez que salimos
de fiesta tú y yo juntos, Luke. Esto
termina aquí. Deberíamos hacer una
especie de juramento o algo así.

Cuando salgo del baño veo que
Luke está en medio de la habitación,
sin camiseta, frente al espejo
alargado que hay en la puerta del
armario. ¡Y qué bien le sienta no
llevar nada encima, más ahora que
tiene la piel morena por el sol!

—¿Estás bien?

—No. Joder, no. Nada bien.

—¿Qué pasa, Luke?

Se gira lentamente y veo el fino
plastiquito que recubre el lateral de
la zona baja de su estómago,
tocando la goma del pantalón, justo
donde se dibuja esa especie de uve
que siempre me gusta recorrer con
los dedos. Me tapo la boca con las
manos.

—¿Es un tatuaje?

—¡Es otro jodido tatuaje!

¿Cuándo?

¿Cómo?

¿Por

qué?

Algunos recuerdos aparecen como
fogonazos; tan solo lo perdí de vista
un momentito de nada cuando pedí
a esas chicas simpáticas que me
pusiesen la trencita en el pelo. No
debería haberlo dejado solo. Ni un

segundo. Nada. Luke solo necesita un pestañeo para llevar a cabo la idea más descabellada del mundo.

—Dime que es menos raro que el del erizo —ruego.

—No sé yo... —Frunce el ceño y coge con los dedos la punta del plastiquito para apartarlo y dejar que lo vea. Suelto un gritito. ¿Pero qué demonios...? Ay, Dios. Intento no reírme, de verdad que lo intento, pero no consigo evitarlo.

Es una abejita.

Una colorida abejita brillante.

FIN

Agradecimientos

Aquí estoy otra vez, pensando y recordando a todas esas personas geniales que han hecho posible este libro, que Harriet cumpliera sus

sueños, que Luke se encontrase a sí mismo, que conozcas su historia.

Pero, antes de centrarme en ellas, quiero dar las gracias a la gente que me rodea, a mi familia y amigos.

Escribir

es

experiencias.

Y

experiencias sois vosotros cada día.

Ahora sí, vamos allá:

En primer lugar, gracias a mi editora, Esther, por su confianza, por acoger a Harriet y Luke con los brazos abiertos poco después de haberles dado la bienvenida a Rachel y Mike. No se tiene la suerte de tropezar todos los días con alguien que esté tan dispuesto a arriesgar por ti. Y, por supuesto,

gracias también a la editorial Urano
y a todos los que forman parte de
esta casa, incluidas mis compañeras
y mi correctora, Berta.

A Nazareth y Rebeca Stones, por
sus bonitas frases.

A Laia. Gracias por darme más
empujones (en el buen sentido de la
palabra,

«empujones

hacia

delante»), por cuidar de mis novelas
y regalarme las tuyas.

A María, por ser la mejor
compañera de editorial que podría
desear.

A Inés, por tu opinión sincera y
por leerme (y aguantarme) siempre.

A Neïra, por ayudarme a mejorar
esta historia y hacerme disfrutar con

las tuyas.

A

Rocío,

por

quedarte

de

madrugada junto a ellos.

A Eva, por compartir conmigo lo

difícil (y solitario) que a veces

resulta el camino en esto de escribir

con la llamada semanal de rigor. Así

muchos años más.

A todos esos maravillosos lectores

que le dieron una oportunidad a 33

Razones para volver a verte y se

quedaron con ganas de conocer la

historia de Luke.

A mamá. Gracias por estar

siempre a mi lado, leyendo mis

historias cuando todavía son meros

esbozos, pero, sobre todo, gracias
por creer en mí y apoyarme al
pensar que escribir podía formar
parte de mi futuro. Y a papá y al tete,
claro, siempre.

A Dani. Gracias por otro título,
¡otro más! 23 Otoños antes de ti es tan
bonito como los demás. No sé qué
haría si no estuvieses al otro lado
del teléfono cada día. No te vayas
nunca, nunca.

Y por último, como siempre, a J.
Por fin llegó la historia, tu historia.
Esta va dedicada a ti. Eres y siempre
serás mi mejor amigo, el único que
me entiende cuando el resto del
mundo

(unas

7.229.916.048

personas) no lo hace. Te digo algo

parecido a lo que Harriet le dijo a
Luke: gracias por apoyarme incluso
cuando no estás de acuerdo con mis
decisiones, gracias por dejar que me
equivoque, caiga, y después estar ahí
para ayudarme a levantarme de
nuevo.

OceanofPDF.com

Document Outline

- [Año 1999](#)
- [Año 2002](#)
- [Año 2007](#)
- [Año 2009](#)
- [Año 2010](#)
- [Año 2011](#)
- [Año 2014](#)
- [Año 2015 \(Parte 1\)](#)
- [Año 2015 \(Parte 2\)](#)
- [UN AÑO Y SIETE MESES DESPUÉS](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)

- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)

OceanofPDF.com